FEDOR DOSTOYEWSKI

CRIMEN Y CASTIGO

ADQUISICIÓN DE OBRAS PÚBLICAS - LIBROS Y DE ENSEÑANZA PARA BIBLIOTECAS
JUNTA DE INTERCAMBIO

TRADUCCIÓN

DE

EUSEBIO HERAS

PATRONATO DE MISIONES PEDAGÓGICAS

TOMO PRIMERO

BARCELONA
CASA EDITORIAL MAUCCI
Gran medalla de oro en las Exposiciones de Viena de 1903, Madrid 1907, Budapest 1907, Londres 1913, París 1913, y gran premio en la de Buenos Aires 1910
Calle de Mallorca, núm. 166

FEDOR DOSTOYEWSKI

«Dentro de cien años se hablará de la aparición de Dostoyewski en la literatura como de uno de los acontecimientos más extraordinarios del siglo XIX. En la fauna espiritual europea será algo como el Diplodocus.»

(Pío Baroja.—«Juventud, Egolatría.»)

La obra de Dostoyewski tiene, aparte de su enorme valor artístico, una importancia científica nada vulgar; sus estudios y análisis psicológicos, profundos y sutiles, han sido justipreciados en la forma de que, las opiniones transcritas a renglón seguido, pueden dar una idea.

El doctor W. Tchije, profesor de psiquiatría de la Universidad de Iouriev, afirma que: «nunca un poeta ha hecho una descripción tan justa y detallada de los criminales, como Dostoyewski. En toda la literatura no se encuentra un conocimiento tan profundo del criminal como en sus obras. Dostoyewski ha hecho antropología criminal antes de que fuera ésta constituída en cuerpo de doctrina. Es a él a quien se debe la distinción entre los criminales natos y los criminales de ocasión, los criminales por pasión y los criminales políticos; en fin, los criminales locos que ha descrito con mucha sutileza y profundidad.

Desde este punto de vista, su Rascolnikof quedará como un tipo ejemplar». («Los tipos criminales, después de Dostoyewski», comunicación al Congreso Internacional de Antropología Criminal, celebrado en Amsterdam, 1901).

El doctor Bajenov, profesor de la Universidad de Moscú, en un estudio sobre Guy de Maupassant y Dostoyewski, dice: «Los tipos e imágenes de Dostoyewski servirían para ilustrar un manual moderno de psiquiatría. Hace ya cerca de medio siglo, el novelista ruso daba descripciones exactas de enfermedades mentales desconocidas hasta hoy para nosotros». (Archivos de Antropología Criminal, Moscú, 1904).

En «Juventud, Egolatría», página 149, escribe Baroja: «Una de las ciencias que me gustaría conocer es la psicología. Con este fin he leído a saltos el libro clásico de Wundt y el de Ziehem. Después de leerlos he comprendido que la psicología que yo busco, hoy por hoy, no está en los tratados. Está más en los libros de Nietzsche y en las novelas de Dostoyewski; quizá con el tiempo llegue a entrar en los dominios de la ciencia».

En su estudio médico-psicológico sobre Dostoyewski, París, 1904, el doctor Gastón Loygue, ha dicho: «Se puede afirmar que la mayoría de los personajes creados por el genio de Dostoyewski son tipos psicopáticos definitivamente accesibles a la ciencia... en un país y en una época en que el espíritu humano no había sido todavía orientado hacia esas investigaciones. El es quien los ha creado y los ha sometido al escalpelo de su frío análisis; se ha subjetivado en su obra».

André Gide en «La Nouvelle Revue Française», 1922, escribe: «Sus pinturas son de un arte

tan pujante y a menudo tan perfecto, que no existirán otras de parecida profundidad de pensamiento; yo creo que Dostoyewski quedará como el más grande de los novelistas».

Dmitri Merejkowsky, en su libro «Dostoyewski y Tolstoi», dice: «Escudriñando el fondo de la naturaleza de Dostoyewski, se descubre su necesidad irresistible de artista de sondear los abismos más peligrosos del corazón humano, el abismo de la voluptuosidad preferentemente».

E. Halpérine Kaminsky, en su artículo «Dostoyewski en el teatro», escribe: «Yo había llamado la atención del público francés, treinta y cuatro años atrás, sobre esta habilidad de un escritor, carente de ciencia médica, de describir los síntomas exactos de las enfermedades mentales. Como un Chacot, decía yo, como un psicopatólogo, Dostoyewski estudia las enfermedades de la inteligencia llevadas a su más alto grado de intensidad. Es por el engrandecimiento del monstruo, por lo que ve mejor al hombre normal...»

G. Levachov, en sus comentarios a «El Doble», dice: «Ni el dolor ni el goce, en hombres como Dostoyewski, son parecidos a los de la generalidad de las gentes. La extraordinaria sensibilidad de este enorme psicólogo y artista, le había centuplicado el sentir. Era demasiado grande ese universo interior de su espíritu, para ponerlo al alcance del vulgo, cosa inútil por otra parte. De ahí, que todos los hombres geniales, expansivos, lo sean en vano. La mayor parte de las gentes saca muy poco, aunque la dejen asomarse al interior de las almas. Y hasta muchos mortales distinguidos son miopes para ciertas zonas morales... Las grandes obras maestras de Dostoyewski están escritas en su madurez. Entre ellas, adquieren capital importancia «El Idiota», «Los Po-

seídos», «Los Hermanos Karamazov» y «Crimen y Castigo». Después de leer estos libros citados, todo palidece, exceptuando aquellas contadísimas obras cumbres del mundo. En estas grandes novelas citadas, se llega a una región moral cuya travesía es difícil. Casi nadie ha llegado a ella. Nunca se ahondó más y mejor en la maraña complejísima del espíritu humano, ni se alcanzó mayor emoción y belleza. Dostoyewski es profundamente cristiano, en el más hondo significado. La inquietud y el dolor son sus compañeros inseparables, y jamás esa interior expresión de lo inefable, tuvo un sentido más infinito en el arte literario. Dostoyewski es, en suma, un verdadero acontecimiento humano».

Refiriéndose a «Recuerdos de la Casa de los Muertos», escribía en 1880 Tolstoi a Strakhov: «Me hallaba estos días un poco triste, y he leído «La Casa de los Muertos»; no conservaba más que un recuerdo incierto de este libro y lo he releído; no conozco mejor libro en toda la literatura moderna, incluso Pouschkine. No es el estilo; es la concepción maravillosa, sincera, natural, cristiana».

En «La Caverna del Humorismo», página 131, dice Baroja: «Estos son los rusos; aquí está Gogol, con sus propietarios de fincas enormes y mal administradas; sus generales ignorantes y sus mujiks sentimentales y llorones; aquí se presenta Turguenef, con sus héroes hamletianos, vacilantes y dominados por las mujeres, sus nihilistas charlatanes y sus cazadores intrépidos; aquí aparece Dostoyewski, con su galería de tipos cómicos, doloridos y absurdos, hombres llagados que se contradicen, van y vienen inconscientemente agitados por el espíritu subterráneo».

Y, en otra ocasión, escribe: «Víctor Hugo,

en «El hombre que ríe», quiso acusar un tipo por el estilo de Yago, e inventó a Barkilpedro, que es la maldad desinteresada y activa, la maldad del traidor de melodrama. La otra maldad sin objeto de los pozos turbios de la personalidad, esa maldad inactiva, incapaz no ya de esgrimir un puñal, sino ni aun siquiera de escribir un anónimo, Dostoyewski solamente ha podido revelarla al mismo tiempo que la bondad inerte, que queda adherida al alma, y que no sirve de base para nada».

De estos juicios puede inferirse la importancia de Dostoyewski en la literatura universal; molesta así, que el doctor Freud en sus estudios sobre psicoanálisis haga caso omiso del gran escritor ruso, a pesar de ser «Los Poseídos», «El Doble» y «Crimen y Castigo», verdaderas maravillas de tal método científico...

Un escritor español, acusando verdadera falta de visual, comparó a Víctor Hugo con Dostoyewski. De este examen sacaba como resultado que «Los Miserables» de aquél constituían una obra superior a «Humillados y ofendidos», de éste.

No es posible tal comparación; Víctor Hugo, retórico, académico, buen gramático, elocuente, no tiene nada que ver con el novelista ruso, de una sencillez y de una sinceridad conmovedoras, sin artificios ni adornos tan del gusto del autor de «Los Miserables».

Sería como poner en un pie de igualdad a Chateaubriand y a Shakespeare, a Racine y a Stendhal, a Diderot y a Tolstoi.

Otros escritores atacan el estilo libre y caprichoso de Dostoyewski; se le ha colocado fuera de Roma, en la región del arte bárbaro

y sin medida. A esto podría contestarse que si estar fuera de Roma consiste en no ajustar la personalidad a la retórica, está fuera de Roma todo lo mejor: Shakespeare, Stendhal, Tolstoi, Ibsen, Heine, Kipling.

Conviene asimismo recordar lo que Ortega y Gasset escribiera en «El Espectador», página 140, T. I: «Cuando hemos leído ya mucha literatura y algunas heridas en el corazón nos han hecho incompatibles con la retórica, empezamos a no interesarnos más que en aquellas obras donde llega a nosotros gemebunda o riente la emoción que en el autor suscita la existencia. Y llamamos retórico en el mal sentido de la palabra, a todo libro en cuyo fondo no resuene ese trémolo metafísico».

Un ejemplo de que el estilo académico, engolado, no se encuentra muy a menudo en los grandes escritores, lo dan Huysmans, de una originalidad rayana en la exageración, Dikens con sus páginas débiles y a media luz, Azorín en sus descripciones sencillas, Stendhal, Turguenef... etcétera, etc.

El paralelo de Dostoyewski, está más bien en Poe: en ambos existió idéntica afición por el análisis espiritual. Hay páginas de Poe que podría firmar Dostoyewski y viceversa.

Así «El Hombre de las Muchedumbres», tiene puntos de contacto con «Crimen y Castigo», «El Doble» y «Los Poseídos». Lo mismo puede afirmarse de «William Wilson»», «El Demonio de la Perversidad», «El Gato Negro»... etc.

No creemos que Jaspers Kretschmer, Harnack o Freud, cultores de la psicoanálisis, hayan columbrado en sus obras a un Rascolnikof, o a un Dupin.

Nietzsche es quizá el único que, como psicó-

COMISIÓN DE LIBROS Y PUBLICACIONES

logo, ha podido superar a Dostoyewski; fuera de él, será difícil hallar otro que posea su rara maestría en este terreno.

Fedor Mikailovitch Dostoyewski nació en Moscú en el año 1822. Conocemos su vida a través de «La vida de un gran pecador», proyecto de novela que no le fué dado terminar, cuando en 1881 le sorprendió la muerte. En este libro Dostoyewski pintó una contrafigura suya, y sus personajes son todos personajes reales, como María Dmitrievna Yssaiev, su hermano Mikail Mikailovitch, Mlle. Souslova... y otros muchos. Esta es la parte íntima de su existencia; la exterior se halla reflejada en su correspondencia, dirigida a Strakhov, Wrangel, Maikov... etc. En cuanto a sus comentaristas, son numerosísimos y de todos los países.

En 1846 publicó su primer libro, de una tendencia socialista y revolucionaria, «Las pobres gentes»; y en él denotaba sus ideas liberales y cristianas, no del todo agradables al despotismo cruel del zar y sus huestes. El gran crítico Belinsky, también revolucionario, logró que el público ruso fijara su atención en esta novela y bien pronto el nombre de su ator alcanzó envidiable fama.

En 1849, Dostoyewski fué preso como conspirador. Se le supuso afiliado a las reuniones clandestinas llevadas a cabo bajo la dirección de Petraschevsky.

Es preciso considerar el estado intelectual de Rusia en aquella época; León Deutsch, en «Diez y seis años en Siberia», da una idea exacta de esta brutal presión que se ejercía sobre la cultura, y que se traducía en terribles penas impuestas a los directores de la masa, ingenieros,

médicos, escritores, poetas y revolucionarios. Refiere León Deutsch que las cárceles estaban repletas de hombres célebres, soterrados en las minas de Siberia o mazmorras de Pedro y Pablo. Todo aquel que intentara substraer al pueblo del terrible embrutecimiento en que vivía, daba con sus huesos en la cárcel.

A las represalias del gobierno se unía la intransigencia de la Iglesia; llovían las excomuniones del Sínodo de San Petersburgo, y los mejores libros eran prohibidos. Aun los de Tolstoi lo estaban, y este gran artista se vió excomulgado por desear una vida sana y limpia en vez del atraso o la injusticia y la esclavitud.

Preso Dostoyewski, fué condenado a muerte en unión de todos sus compañeros; Nicolás I sabía sin embargo que las reuniones de Petraschevsky no tenían otro objeto que el de discutir las ideas liberales de la época. Pero le convenía deshacerse de estos hombres exaltados y justicieros y no vaciló en castigarlos.

Ya delante del verdugo en el cadalso, llegó el indulto; Dostoyewski fué enviado a Siberia condenado a cuatro años de trabajos forzados.

Fué en este destierro, donde imaginó «Recuerdos de la Casa de los Muertos», una de sus mejores obras.

Cumplido el castigo entró a servir en el ejército como simple soldado. En 1856 le fué permitido regresar a Moscú.

Este mismo año contrajo matrimonio con la viuda Issaiev, a quien había conocido en Semipalatinsk, Siberia, durante su estadía en el ejército.

En «La vida de un gran pecador», refiere Dostoyewski sus desdichas conyugales; María Dmitrievna Issaiev, enferma del pecho y neurótica,

amargó todos los momentos de su existencia. A estos sufrimientos se unía la epilepsia de que padeció y la falta de recursos casi absoluta.

En 1865 falleció María Dmitrievna y también su hermano Mikail Mikailovitch, por quien sentía verdadero cariño.

Enamorado de Mlle. Souslova no logró casarse con ella; de estas pasiones tumultuosas y desgraciadas provienen los personajes llagados y confusos que creó en sus novelas.

En 1867 desposó a Ana Grigorievna Smitkine, y, al parecer, tampoco esta unión hizo su felicidad.

Por fin, el día 9 de febrero de 1881, falleció en Moscú a la edad de setenta años.

Sus obras, que alcanzan a un crecido número, son todas de la misma fuerza y valor artístico.

De carácter psicológico son: «Crimen y Castigo», «El Idiota», «Los Poseídos», «El Doble» y «Los Hermanos Karamazov».

«Crimen y Castigo», especialmente, tiene desde ese punto de vista una importancia extraordinaria: Rascolnikof quedará, como dice el doctor Tchije, cual un tipo ejemplar entre los criminales.

«El Doble», que es el estudio de un caso de manía persecutoria; «Humillados y Ofendidos», «El Adolescente», «El Idiota», «Las pobres gentes», «Recuerdos de la Casa de los Muertos», «Las Noches blancas», «El Subsuelo», «La confesión de Stravoguine»... quedarán también como obras maestras en la literatura universal.

En la novela psicológica, subjetiva, Dostoyewski no tiene rival; sus escarceos e investigaciones a través del espíritu humano, de las pasiones; sus pinturas del remordimiento, de la maldad, de la locura, de los más complejos y confusos

sentimientos, hechas con mano habilísima, no se sabe que hayan sido sobrepujadas.

Unicamente Guy de Maupassant y Poe resisten esa comparación. Quizá Stendhal se aproxime un tanto al gran novelista. También tienen puntos de contacto con él, Knut Hamsun, Sudermann y Federico Amiel.

Entre sus compatriotas, Pouschkine, Tolstoi, Gontcharof, Tchejov, Gogol, Turguenef, Lermontov, Axakof..., han cultivado asimismo, la novela psicológica con rara maestría.

RÓMULO F. CABRERA

PRIMERA PARTE

I

A primeros de julio, en una noche extremadamente calurosa, de la pequeña habitación amueblada que ocupaba en una gran casa de cinco pisos, en el Pereuzlok S..., salió un joven que, lentamente, con aire irresoluto, se dirigió hacia el puente de K...

Tuvo la suerte de no topar en la escalera con su patrona. Esta habitaba en el piso inferior, y su cocina, cuya puerta hallaba siempre abierta, daba a la escalera. Cuando tenía que salir, el joven se veía obligado a pasar bajo el fuego del enemigo, experimentando en tales ocasiones una sensación de temor que le humillaba y le hacía fruncir las cejas. Debía bastante dinero a su patrona y tenía miedo de encontrarla.

No era que la desgracia le intimidase o le desconcertara; lejos de esto, hacía algún tiempo se hallaba en un estado de irritación nerviosa, vecina a la hipocondría. Aislándose, encerrándose en sí mismo, había llegado a huir, no sólo del encuentro con su patrona, sino de toda relación con sus semejantes. La pobreza le aniquilaba: muchas veces había llegado a ser a ella insensible.

Por completo había renunciado a sus diarias ocupaciones. Interiormente se burlaba de su patrona y de las medidas que contra él pudiera tomar. Pero verse detenido en la escalera, oir toda clase de necedades, sufrir reclamaciones, amenazas, quejas, responder con efugios, excusas y mentiras... ¡No! Preferible era esquivarla sin ser visto por nadie, deslizarse como un gato escaleras abajo. Por otra parte el temor de chocar con su acreedora, le admiró a él mismo aquella vez, cuando se vió en la calle.

—Proyectando un golpe tan atrevido, ¿está bien que me asusten tonterías semejantes? —pensó con sonrisa extraña—. ¡Hum...! sí, el hombre todo lo tiene en sus manos, y deja que las cosas pasen por delante de sus narices, únicamente por poltronería... Esto es un axioma... Me agradaría saber qué es lo que más asusta a las personas; creo que las intimida en especial lo que se sale de sus costumbres... Pero charlo demasiado. Y porque charlo no hago nada. Verdad que también podría decir: charlo porque no hago nada. He aquí que hace un mes que tomé la costumbre de charlar, echado por espacio de días enteros en un rincón, llena la cabeza de insulseces. Veamos. ¿Con qué objeto doy ahora este paseo? ¿Acaso soy capaz de *ello*? ¿Acaso es *ello* serio? No es completamente serio. Son fantasías que distraen mi imaginación, ¡puras quimeras!

En la calle hacía un calor asfixiante. La multitud, la vista de la cal, de los ladrillos, de los andamiajes, y aquel mal olor especial tan conocido del petersburgués que no cuenta con recursos para pasar en el campo el verano, todo contribuía a irritar más aún los ya excitados nervios del joven. El insoportable olor de las tabernas, muy numerosas en aquella parte de la ciudad, y los

borrachos que a cada paso se encontraban, aun cuando aquél fuese un día laborable, concluían de dar al cuadro un colorido repugnante. Los finos rasgos de nuestro héroe, revelaron, durante un instante, impresión de amargo disgusto. Digamos, al paso, que las ventajas físicas no escaseaban en él, que era de estatura más que mediana, delgado y bien hecho, tenía cabellos castaños y hermosos ojos obscuros. Poco después cayó en profundo ensueño, mejor dicho, en una especie de letargo intelectual. Caminaba sin ver lo que le rodeaba y hasta sin querer verlo. De vez en cuando murmuraba algunas palabras para sí; pues, como lo reconocía él mismo no hacía mucho, tenía la costumbre de monologar. En aquel momento notaba que sus ideas se embrollaban y que estaba muy débil: hacía dos días que, por así decirlo, no había comido.

Estaba tan miserablemente vestido, que a cualquiera le hubiera dado escrúpulo salir a la calle con harapos semejantes a los suyos. En verdad, el barrio autorizaba para usar no importa qué traje. En los alrededores del Mercado de Heno, en aquellas calles del centro de San Petersburgo, donde habita una población de trabajadores, la indumentaria más heteróclita no tiene nada que pueda producir admiración. Pero tan feroz desdén habíase amontonado en el alma del joven, que, no obstante su pudibundez, en ocasiones candorosísima, ninguna vergüenza experimentaba al exhibir sus harapos en plena calle.

Habría sido otra cosa, si se hubiera encontrado con algún conocido, con cualesquiera de sus antiguos compañeros, de quienes huía... No por esto dejó de detenerse al oirse señalar a la atención de los transeuntes por estas palabras, pronun-

ciadas con voz zumbona: «¡Hola, el sombrerero alemán!»

El que acababa de proferir tal exclamación, era un hombre borracho a quien llevaban en una carreta, no sabemos adónde ni por qué.

Con un gesto convulsivo el interpelado quitóse el artefacto que cubría su cabeza y se puso a examinarlo.

Era aquél un sombrero de copa alta, comprado en casa de Zimmermann, pero ya gastado por el uso, todo descolorido, agujereado, cubierto de abolladuras y de manchas, sin alas, horrible, en una palabra.

Sin embargo, lejos de sentirse herido en su amor propio, el poseedor de tal prenda experimentó un impulso, antes de inquietud, que de humillación.

—¡Me lo temía! —murmuró en su turbación—. ¡Lo había presentido! ¡Y lo peor es que una miseria como ésta, una insignificancia me echa a perder el negocio! Sí, este sombrero hace demasiado efecto... Y hace efecto precisamente porque es ridículo... Necesito absolutamente un casquete que corresponda a mis harapos; cualquier cosa irá más bien que este horror. Nadie lleva sombrero por el estilo: el mío se notará en una *versta* a la redonda, será recordado... más adelante, y será un indicio. Y ahora se trata de llamar lo menos posible la atención... Las pequeñeces tienen su importancia: por ellas se pierde uno siempre...

No tenía que ir lejos; sabía hasta la distancia exacta que separaba a su casa del lugar adonde se dirigía: setecientos treinta pasos justos. Los había contado cuando su proyecto vivía en su espíritu en el estado de vago ensueño. En aquella época, ni él mismo creía que su proyecto

podría pasar a idea de acción; se limitaba a acariciar una quimera, a la vez espantosa y seductora. Pero desde entonces había pasado un mes, y comenzaba a considerar las cosas de otro modo. Aun cuando en todos sus soliloquios se recriminaba por su falta de energía, de resolución, poquito a poco, a su pesar en cierto modo, habíase acostumbrado a considerar cosa posible la realización de su ensueño, sin cesar de dudar de sí mismo. En el momento aquél, concluía de hacer el *ensayo* de su empresa, y, a cada paso, su agitación iba en aumento.

El corazón desfallecido, sacudidos los miembros por un temblor nervioso, se acercó a una inmensa casa que por una parte daba hacia el canal, y por otra, a la calle... Aquel inmueble, dividido en una multitud de pequeñas habitaciones de alquiler, tenía por inquilinos industriales de todas suertes: sastres, cerrajeros, cocineros, alemanes de diversas categorías, prostitutas, humildes funcionarios, etc., etc. Un hormiguero de personas entraba y salía por ambas puertas. Tres o cuatro *dvorniks* servían en aquella casa.

Con gran satisfacción suya, el joven no encontró a nadie. Después de franquear el umbral, sin ser visto, inmediatamente subió por la escalera de la izquierda.

Conocía aquella escalera sombría y estrecha, cuya obscuridad estaba muy lejos de desagradarle: tan tenebroso se hallaba aquello que no podía tener miedo a las miradas curiosas.

—Si ahora tengo tal miedo, ¿qué será cuando venga *decidido*?—no pudo dejar de discurrir cuando llegaba al cuarto piso.

Cortáronle allí el camino: antiguos soldados convertidos en mozos, sacaban el mobiliario de un

cuarto ocupado —el joven lo sabía— por un funcionario alemán y su familia.

—Gracias a la partida de este alemán, durante algún tiempo no habrá en este rellano más inquilino que la vieja. Bueno es saber esto... por lo que ocurra...—pensó, llamando a la puerta de la anciana.

La campanilla resonó débilmente, como si hubiera sido de hojalata en vez de cobre. En aquellas casas, tales son generalmente las campanillas de las pequeñas habitaciones de alquiler.

Había olvidado un detalle; aquel especial sonido de la campanilla debió recordarle algo, porque se estremeció súbitamente.

Al cabo de un instante abrióse un poco la puerta, y, por la estrecha abertura, la dueña del piso examinó al recién llegado con evidente desconfianza: sólo se veían sus ojillos, semejantes a puntos luminosos que lucían en la obscuridad. Pero notando que había gente en la meseta, se tranquilizó y abrió la puerta de par en par.

El joven penetró en una sombría antesala, dividida en dos partes por un tabique, tras del cual estaba la pequeña cocina. De pie ante él, la vieja guardaba silencio y le interrogaba con la vista.

Era la tal, una mujer de sesenta años, pequeña y flaca, con diminuta nariz puntiaguda y vivarachos ojillos maliciosos.

Llevaba la cabeza descubierta; en sus cabellos, que empezaban a encanecer, relucía el aceite. Un trapo de franela rodeaba su cuello, delgado y enjuto como una pata de pollo; no obstante el calor, sobre sus hombros llevaba una pelliza amarillenta y sin pelo.

Tosía a cada instante. Probable es que el joven la mirase con aire singular, porque sus ojos

volvieron a tomar súbitamente el mismo aire desconfiado.

—Rascolnikof, estudiante. Vine a vuestra casa hace un mes—se apresuró a decir el visitante, inclinándose a medias.

Había reflexionado que debía ser amable.

—Me acuerdo, *batuchka*, me acuerdo perfectamente—respondió la anciana, que no cesaba de contemplarle con aire sospechoso.

—Bueno, veamos... Vengo para un asuntillo de igual género — continuó Rascolnikof, algo turbado y sorprendido por la desconfianza que se le mostraba.

—Después de todo, quizá sea siempre así; pero la otra vez no lo noté—pensó, desagradablemente impresionado.

La vieja estuvo algún tiempo silenciosa; parecía que reflexionaba. Mostró la puerta a su visitante y le dijo, apartándose para que pasara delante de ella.

—Entrad, *batuchka*.

La pequeña habitación en que el joven fué introducido estaba empapelada de amarillo; las cortinas de muselina de las ventanas ocultaban tiestos de geranios; el sol poniente alumbraba todo aquello con una luz intensa.

—De igual modo, sin duda, alumbrará *entonces* el sol—se dijo Rascolnikof.

Y paseó rápidamente la mirada por todo el aposento, a fin de darse cuenta de los objetos que los rodeaban y grabarlos en su memoria.

Pero la habitación no encerraba nada de particular. Los muebles, de madera amarilla, eran todos muy viejos. Un diván de gran respaldo inclinado, una mesa ovalada frente al diván, un tocador y un espejo adosado al espacio de pared que separaba ambas ventanas, algunas sillas, dos

o tres grabados sin valor, representando señoritas alemanas con pájaros en las manos: he aquí a lo que estaban reducidos todos los muebles.

En un rincón, ante una pequeña imagen ardía una lámpara. Todo relucía, de puro limpio.

—Isabel es la encargada de asearlo —pensó el joven—. Ha de irse a casa de viudas viejas para ver semejante limpieza—agregó.

Y con curiosidad miró la cortina de indiana que ocultaba la puerta que conducía a otra habitación, todavía no vista por nuestro héroe, en la que estaban la cama y la cómoda de la anciana. El piso se componía de aquellos dos aposentos.

—¿Qué deseáis?—preguntó secamente la vieja, que, después de seguir al visitante, fué a plantarse ante él para examinarle atentamente.

—Vengo a empeñar algo.

Dicho lo cual, de su bolsillo sacó un viejo y plano reloj de plata, en cuya tapa se veía grabado un globo. La cadena era de acero.

—¡Pero no me habéis reembolsado la suma que os presté ya! El plazo venció anteayer.

—Os pagaré el interés de otro mes: tened alguna paciencia.

—Soy libre, *batuchka*, de esperar o de vender vuestro objeto desde entonces; como me agrade.

—¿Qué me daréis por este reloj, Alena Ivanovna?

—¡Si es una miseria lo que me traéis, *batuchka!* Eso... como quien dice... no vale nada. La vez anterior os presté dos billetes pequeños por vuestro anillo, y en rublo y medio puede comprarse uno nuevo en casa de un joyero.

—Dadme cuatro rublos, lo desempeñaré: es recuerdo de mi padre. Pronto recibiré dinero.

—Rublo y medio, con descuento de interés.

—¡Rublo y medio!—gritó el joven.

—Podéis aceptarlo o no.

Diciendo esto, la vieja le volvió su reloj.

El visitante lo tomó, y, en su indignación, iba a retirarse, cuando reflexionó que la prestamista era su único recurso. Por otra parte, había ido allí para algo más.

—¡Bien, venga!—dijo en tono brutal.

La vieja buscó sus llaves en el bolsillo y pasó al otro aposento.

Solo en el primero, Rascolnikof prestó atento oído, sin abandonar las diversas inducciones a que se hallaba entregado. Oyó cómo la usurera abría la cómoda.

—Debe de ser el cajón de arriba —supuso—. Ahora sé que lleva todas las llaves en el bolsillo derecho... todas juntas en un mismo llavero... Hay una que es tres veces más gruesa que las demás, y cuyas guardas son dentadas; no es ésta seguramente, la que abre la cómoda... Por tanto, hay aún otro mueble o alguna caja de caudales... Cosa curiosa. Todas las llaves de cajas de caudales suelen tener tal forma... Pero, por otra parte, ¡qué innoble es todo esto...!

La vieja reapareció.

—Aquí tenéis, *batuchka*: si tomo una *grivna* (1) por mes y por rublo, de rublo y medio debo descontar quince *kopeks*, y el interés queda pagado de antemano. Además, como me pedís que espere un mes para el reembolso de los dos rublos que os presté, me debéis por esto, veinte *kopeks*, que hacen que la suma total ascienda a treinta y cinco. Luego tengo que entregaros, por vuestro reloj, un rublo y quince *kopeks*. Helos aquí.

—¡Cómo! ¿Sólo pensáis darme un rublo y quince *kopeks*?

---

(1) Moneda de diez kopeks.

—Lo que debéis recibir.

Sin discusiones, el joven tomó el dinero. Miraba a la vieja y no se apresuraba a marcharse. Parecía tener deseos de decir o de hacer algo, pero ni él mismo aparentaba saber precisamente que...

—Probable es, Alena Ivanovna, que muy pronto os traiga otra cosa... una pitillera... de plata... muy bonita... Cuando un amigo a quien la presté me la devuelva...

Pronunció estas palabras con aire embargadísimo.

—Bueno, entonces volveremos a hablar, *batuchka*.

—¡Adiós...! ¿Y seguís sola siempre? ¿No tenéis aquí a vuestra hermana?—preguntó él, con el tono más indiferente que simular pudo, en el momento de ir a salir de la antesala.

—¿Qué os importa mi hermana, *batuchka*?

—Verdad. Hacía la pregunta sin darle importancia ninguna. Sólo que vos... en seguida... ¡Adiós, Alena Ivanovna!

Rascolnikof salió muy turbado. Al bajar la escalera detúvose muchas veces, como vencido por la violencia de sus emociones. Por último, al llegar a la calle:

—¡Oh, Dios mío! —exclamó—. ¡Cómo agita todo esto el corazón! ¡Es posible, es posible que yo...! ¡No, es una necedad, un absurdo! —añadió resueltamente—. ¿Y una idea tan espantosa se me pudo ocurrir? ¿De qué infamia hubiera sido capaz? ¡Esto es odioso, innoble, repugnante...! Y durante un mes, he...

Pero las palabras y las exclamaciones eran impotentes para expresar la agitación que experimentaba. La sensación de inmenso disgusto que había empezado a oprimirle cuando se dirigía a casa de la anciana, llegaba entonces a tal inten-

sidad, que no sabía qué hacer para escapar de aquel suplicio. Caminaba por la acera como un hombre ebrio, no viendo a los transeuntes y tropezando con ellos. En la siguiente calle se reanimó. Mirando a su alrededor notó que se hallaba cerca de una taberna. Una escalera situada al nivel de la acera daba acceso al sotabanco del establecimiento. Rascolnikof vió salir de él a dos borrachos que se sostenían el uno al otro, llenándose de insultos.

El joven vaciló un minuto, luego bajó la escalera. Nunca había entrado en una taberna, pero la cabeza le daba vueltas y estaba atormentado por una ardiente sed. Tenía ganas de beber cerveza fresca, tanto más cuanto que atribuía su debilidad a lo vacío de su estómago.

Después de tomar asiento en un rincón sombrío y sucio, ante una mesa pegajosa, se hizo servir cerveza y bebió un vaso con avidez.

Al momento se sintió aliviado; se aclararon sus ideas.

—Todo esto es absurdo —dijo ya confortado—, y no había en ello motivo para turbarse. ¡Es sencillamente una enfermedad física! Un vaso de cerveza, un pedazo de pan, y en un instante habré recobrado mi fuerza intelectual, la claridad de mi pensamiento, el vigor de mis resoluciones. ¡Oh, qué insignificante es todo esto!

No obstante aquella desdeñosa conclusión, tenía algo de alegre, como si de pronto se hubiera descargado de un peso horrible, y paseaba una amistosa mirada por las personas allí reunidas. Pero, a la vez, sospechaba que aquella reacción de energía era ficticia.

Quedaban pocos parroquianos en la taberna. Tras de los borrachos de que hablamos había salido una banda de cinco músicos. El estable-

cimiento quedó silencioso; en él no había más que tres personas. Un individuo algo embriagado, cuyo exterior denotaba a un burguesillo, estaba sentado ante una botella de cerveza. Cerca de él, durmiendo sobre un banco, en completo estado de embriaguez, veíase un hombre grueso que vestía larga levita y lucía barba blanca.

De tarde en tarde, éste último parecía despertarse bruscamente; entonces hacía crujir sus dedos, abriendo sus brazos e imprimiendo bruscos movimientos a su busto, sin alzarse del banco sobre el cual estaba echado. Tal gesticulación iba acompañada de cualquier canción mal entonada, cuya letra buscaba en sí mismo con esfuerzo:

Durante un año acaricié a mi esposa...

O bien:

En la Podiatcheskaia
me he topado con aquélla...

Pero nadie tomaba parte en la dicha del melómano. Su mismo compañero le escuchaba en silencio y como descontento.

El tercer parroquiano tenía aspecto de antiguo funcionario. Sentado aparte, de vez en cuando llevaba el vaso a los labios, mirando a su alrededor. También parecía presa de cierta agitación.

II

Rascolnikof no estaba acostumbrado a la multitud, y, como dijimos, desde hacía algún tiempo sobre todo, huía de sus semejantes. Pero de pronto sintióse atraído hacia los hombres. Una especie de revolución parecía operarse en él, el instinto de sociabilidad volvía a recobrar sus derechos. Entregado por espacio de un mes a los malsanos ensueños que engendra la soledad, nuestro héroe estaba tan cansado de su aislamiento, que deseaba volver a verse, aun cuando no fuera más que por un minuto, en un medio humano. Así aun cuando la taberna fuese sucia, se sentó junto a una mesa con verdadero placer.

El dueño del establecimiento hallábase en otra pieza, pero aparecía frecuentemente en el salón. En cuanto se presentaba en el umbral, sus lindas botas de anchos reversos rojos, atraían la mirada. Todo su rostro estaba como cubierto de aceite. Un mozo de catorce años hallábase tras del mostrador; otro, más joven aún, servía a los clientes. Las vituallas expuestas como muestra eran tajadas de pepino, panecillos negros y trozos de pescado. Todo exhalaba un olor infecto. El calor era insoportable y la atmósfera se hallaba tan cargada de vapores alcohólicos, que parecía que iba uno a emborracharse a los quince minutos de permanecer en el salón.

Suele ocurrirnos tropezar con desconocidos que nos interesan a primera vista, antes de cambiar una palabra con ellos. Tal fué el efecto que en Rascolnikof produjo el individuo que tenía as-

pecto de funcionario. Más adelante, recordando aquella impresión primera, el joven la atribuyó a un presentimiento. No apartaba sus ojos del funcionario, sin duda también porque éste no cesaba de contemplarle, y parecía deseoso de trabar conversación con él. A los demás parroquianos y aun al dueño mismo, mirábalos con aire de fastidio y hasta de modo algo altanero: parecía evidente que eran seres demasiado inferiores a él por la condición social y la educación, para que él se dignara dirigirles la palabra.

Aquel hombre, que ya había pasado de los cincuenta, era de mediana estatura y de robusta complexión. Su cabeza, en gran parte calva, no conservaba sino algunos cabellos canos. La cara, inflada, amarilla, verdosa, mejor dicho, acusaba costumbres de intemperancia; bajo los hinchados párpados brillaban unos ojillos encendidos, pero llenos de vivacidad. Lo que sorprendía más en aquella fisonomía era la mirada, en que el fulgor de la inteligencia y del entusiasmo alternaba con una expresión de locura.

Aquel personaje llevaba un viejo frac negro, todo desgarrado: enemigo del desorden, tenía abrochado correctamente el solo botón que en el frac quedaba. El chaleco dejaba ver una corbata de las llamadas de plastrón, ajada y cubierta de manchas. La ausencia de barba acusaba al funcionario; pero debía de hacer tiempo que no se afeitaba, porque un vello bastante largo empezaba ya a agrandar su rostro. Algo de la gravedad burocrática veíase también en sus modales; en el instante aquél, parecía agitado. Alborotaba sus cabellos con las manos, y, de vez en cuando, poniéndose de codos en la mesa, sin temor a ensuciar sus mangas agujereadas, ocultaba la cara

ADQUISICIÓN DE BIBLIOTECAS PÚBLICAS - JUNTA DE ANDALUCÍA

entre ambas manos. Por último empezó en voz alta y firme, dirigiendo su mirada a Rascolnikof.

—¿Cometeré indiscreción, caballero, atreviéndome a trabar conversación con vos? Digo esto porque, no obstante la sencillez de vuestro traje, mi experiencia distingue en vos a un hombre bien educado y no a un pilar de taberna. Personalmente, siempre concedí atención suma a la educación unida a las cualidades de corazón. Pertenezco, por otra parte, al techin; permitid que me presente: Marmeladof, consejero titular. ¿Puedo preguntaros si servís?

—No, estudio...—respondió el joven, algo sorprendido por aquel lenguaje cortés, pero considerándose algo ofendido al ver que un desconocido le dirigía la palabra a bocajarro.

Aun cuando se encontrara en un momento de sociabilidad, en el acto sintió que en él despertaba el mal humor que solía experimentar cuando un extraño cualquiera trataba de ponerse en relación con él.

—Entonces, ¡sois estudiante o lo habéis sido! —prosiguió vivamente el funcionario—. Lo mismo que pensaba. ¡Tengo olfato, caballero, olfato que debo a una larga experiencia!

Llevóse el dedo a la frente, mostrando con tal ademán la opinión que le merecían sus capacidades intelectuales.

—¡Habéis estudiado! Pues permitid...

Se levantó, tomó su consumición, y fué a sentarse cerca del joven. Aunque estuviera ebrio hablaba distintamente y sin demasiada incoherencia. Al verle lanzarse hacia Rascolnikof como sobre una presa, hubiérase podido suponer que tampoco él probara bocado en el transcurso de un mes.

—Caballero —declaró con una especie de so-

lemnidad—, la pobreza no es un vicio, sé que la embriaguez no es una virtud; tanto peor. Pero la indigencia, caballero, la indigencia es un vicio. Pobre, aun conserváis el orgullo nativo de vuestros sentimientos; indigente, no conserváis nada. La indigencia no es arrojada de entre los humanos a palos, sino a escobazos, lo cual es más humillante y con razón; porque el indigente es siempre el primero que está dispuesto a envilecerse por sí mismo. ¡Y he aquí lo que explica la taberna! Caballero, hace un mes que el señor Lebeziatnikof pegó a mi mujer. Y tocar a mi mujer, ¿no es tocarme a mí en lo más sensible? ¿Comprendéis? Permitidme que os haga otra pregunta. ¡Oh, por simple curiosidad! ¿Pasasteis alguna noche en el Neva, en los barcos de heno?

—No, nunca se me ocurrió —respondió Rascolnikof—. ¿Por qué?

—Pues bien, yo llevo cinco noches acostándome allí.

Llenó su vaso, lo apuró y tornóse pensativo. En efecto, un tamo de heno veíase en sus ropas y hasta en sus cabellos. Según todas las apariencias, cinco días hacía que ni se desnudaba ni se lavaba. Sus gruesas manos rojas, de uñas de luto, estaban extremadamente sucias.

Todo el salón le escuchaba, aunque con bastante indiferencia. Los muchachos se reían detrás del mostrador. El patrón había bajado al sotabanco, expresamente, sin duda, para oir a aquel «cuerpo gracioso»; sentado a alguna distancia, bostezaba con aire de importancia. Claro se veía que Marmeladof era conocido de la casa. Según toda probabilidad, debía su fama a la costumbre de hablar en la taberna con cualesquiera interlocutores que encontraba. Tal costumbre se torna necesidad en ciertos borrachos, sobre

todo en los que en su casa son duramente tratados por esposas poco mansas: la consideración de que carecen en su hogar, tratan de encontrarla en la taberna, entre sus compañeros de orgía.

—¡Cuerpo gracioso! —dijo con voz fuerte el tabernero—. Pero, ¿por qué no trabajas, por qué no sirves, supuesto que eres funcionario?

—¿Por qué no sirvo, caballero? —agregó Marmeladof, dirigiéndose exclusivamente a Rascolnikof, cual si la pregunta le hubiera sido hecha por éste—. ¿Por qué no sirvo? Pero, ¿es que mi inutilidad no es una pena para mí? Cuando, hace un mes, el señor Lebeziatnikof pegó con propia mano y delante de mí, a mi mujer, ¿acaso no sufría yo? Permitid, joven, ¿os ha ocurrido... ¡jem! os ha ocurrido pedir prestado sin esperanza?

—Sí. Es decir... ¿Qué entendéis por esas palabras: «sin esperanza»?

—Quiero decir, sabiendo de antemano que nada obtendríais. Por ejemplo, tenéis la certeza de que tal o cual hombre no os dará nada, pues sabe que no se lo devolveríais. ¿Por piedad? El señor Lebeziatnikof, partidario de las nuevas ideas, explicó el otro día que la piedad, en nuestra época, es hasta condenada por la ciencia, y que tal es la doctrina reinante en Inglaterra, donde florece la economía política. ¿Por qué, repito, os ha de prestar dinero aquel hombre? Sabéis que no os lo dará, y, sin embargo, os ponéis en marcha, y...

—¿Para qué ir, en tal caso?—interrumpió Rascolnikof.

—¡Pues porque es preciso ir a alguna parte, porque se llegó al último extremo! ¡Viene un tiempo en que el hombre se decide, de buena o

de mala gana, a dar no importa qué paso! Cuando mi hija única fué a hacerse inscribir en la higiene, yo también tuve que ir... (porque mi hija tiene el pasaporte amarillo...) —añadió entre paréntesis, mirando al joven con aire un poco inquieto—. Esto me es igual, caballero, esto me es igual —se apresuró a declarar en seguida, con flema aparente, mientras muchachos y patrón contenían la risa—. ¡Poco me importa! No me inquietan los movimientos de cabeza, porque ello es conocido de todo el mundo y no hay secreto que no se descubra; no con desdén, sino con resignación miro la cosa. ¡Así, así! *¡Ecce homo!* Permitid, joven: ¿podéis, mejor dicho, *os atrevéis*, fijando la vista en mí, a afirmar que no soy un gorrino?

El joven no dijo nada.

El orador esperó con aire lleno de dignidad el fin de las risas provocadas por sus últimas palabras; luego agregó:

—Vaya, sea, soy un puerco, ¡pero ella es una señora! Llevo en mí el sello de la bestia; pero Catalina Ivanovna, mi esposa, es una persona bien educada, hija de un oficial superior. Admito que yo sea un truhán, pero mi mujer tiene un gran corazón, sentimientos elevados, instrucción. Y sin embargo... ¡Oh, si tuviera piedad de mí! ¡Caballero, todo hombre necesita hallar piedad en alguna parte! Pero Catalina Ivanovna, no obstante su grandeza de alma, es injusta... Y aun cuando yo comprenda que cuando me tira de los pelos, lo hace en interés mío (porque, no temo decirlo, me tira de los pelos, joven —insistió con doble dignidad, al oir las carcajadas—); sin embargo, ¡Dios mío! sí, aun cuando no fuera más que una vez, me... Pero no, no, dejemos esto, porque es inútil hablar de ello... ¡Ni una

sola vez obtuve lo que deseaba, ni una sola vez se tuvo lástima de mí; pero... tal es mi carácter; soy un verdadero bruto!

—¡Lo creo!—murmuró, bostezando el tabernero.

Marmeladof dió un puñetazo en la mesa.

—¡Tal es mi carácter! ¿Sabéis, sabéis, caballero, que me he bebido hasta sus medias? No digo sus botas, esto se comprendería hasta cierto punto, ¡pero sus medias, beberme sus medias! Me bebí también su capa de piel de cabra, regalo que le habían hecho, prenda que poseía antes de casarse conmigo, ¡que era de su propiedad, no de la mía! Y habitamos en una nevera; el invierno pasado cogió un catarro, y tose y escupe sangre. Tenemos tres hijos pequeños, y Catalina Ivanovna trabaja de la mañana hasta la noche. Por desgracia tiene el pecho débil, es propensa a la tisis, cosa que siento. ¿Acaso no lo siento? Y cuanto más bebo, más lo siento. Para sentir y sufrir más me entrego a la bebida... ¡Bebo porque quiero sufrir doblemente!

E inclinó su cabeza sobre la mesa, con expresión de desaliento.

—Joven —agregó al punto enderezándose—, creo leer cierta pena en vuestro aspecto. Desde que entrasteis tengo esta impresión, y he aquí por qué os hablo. Si os refiero la historia de mi vida, no es para ofrecerme a la risa de estos ociosos que, por otra parte, todo lo saben ya. No, lo hago porque busco la simpatía de un hombre bien educado. Sabed, pues, que mi mujer se educó en un colegio aristocrático de provincias, y que al salir de aquel establecimiento bailó en chal ante el gobernador y los demás personajes ofi-

ciales. ¡Y bien satisfecha estaba cuando obtuvo una medalla de oro y un diploma!

La medalla... vendida está... bastante tiempo hace... ¡hum...! En cuanto al diploma, mi esposa lo conserva en un cofre, y últimamente lo mostraba a nuestra patrona. Aun cuando no está de buenas con tal mujer, gustosamente le enseñaba la prueba de algunos de sus triunfos de otro tiempo. No la considero criminal, pues su sola alegría consiste actualmente en recordar los buenos días pasados. ¡Lo demás se ha desvanecido! ¡Sí, sí, es un alma ardiente, orgullosa, intratable! Por sí misma friega el suelo, come pan negro, pero no sufre que se la falte. Por esto no toleró la grosería de Lebeziatnikof, y cuando, para vengarse de haber sido puesto a raya, éste le pegó, ella hubo de guardar cama, sintiendo más vivamente el insulto hecho a su dignidad que los golpes recibidos.

Cuando me casé con ella, era viuda y tenía tres hijos. Había sido casada en primeras nupcias con un oficial de infantería, en compañía del cual huyó de casa de sus padres. Amaba extremadamente a su marido, pero éste se entregó al juego, tuvo que arreglar con la justicia y falleció. En sus últimos tiempos le pegaba. Sé de buena tinta que ella no era mansa con él, lo que en la actualidad no le impide llorar cuando se acuerda del difunto, y establecer entre él y yo comparaciones poco halagüeñas para mi amor propio. A mí me agrada eso, me gusta que se figure haber sido feliz en tiempos pasados.

Después de morir su esposo, se encontró con tres hijos pequeños en un distrito lejano y salvaje. Allí la encontré yo. Su miseria era tal, que yo, aunque las he visto de todas clases, no me siento con fuerzas para describirla. Toda

su familia la había abandonado; su orgullo, por otra parte, no le había permitido recurrir a su piedad... Y entonces, caballero, entonces yo, que era viudo igualmente, y que de mi primer matrimonio tenía una hija de catorce años, ofrecí mi mano a aquella pobre mujer. ¡Tanto me apenó verla sufrir!

Instruída, bien educada, procedente de una familia distinguida, consintió, no obstante esto, en unirse a mí: podéis juzgar cuál sería su miseria. Llorando, sollozando, retorciéndose las manos acogió mi ofrecimiento, pero lo acogió, porque no tenía a dónde ir. ¿Comprendéis, caballero, lo que significan estas palabras: no tener a dónde ir? ¿No? ¿No comprendéis esto aún...!

Por espacio de un año entero ejecuté mi deber honradamente, santamente, sin tocar a esto (mostrando con el dedo la botella ante él colocada), porque tengo sentimientos. Pero no gané nada; por entonces perdí mi colocación, sin causa para que me fuera arrebatada: cambios administrativos ocasionaron la supresión de mi empleo, ¡y desde entonces me di a la bebida...!

Dieciocho meses va a hacer que, después de mil peregrinaciones, fijamos nuestra residencia en esta capital, magnífica y atestada de monumentos. Aquí conseguí colocarme otra vez, pero de nuevo perdí mi empleo. Entonces por mi culpa, pues la bebida causó mi desgracia. Ocupamos ahora una habitación en casa de Amalia Fedorovna Lippervechzel. Ignoro con qué vivimos y de qué modo pagamos. Hay allí muchos inquilinos, sin contarnos. Es una verdadera olla de grillos la tal casa... hum... sí... Y mientras tanto crecía la hija que tuve de mi primera mujer. Prefiero pasar por alto lo que su madrastra le hizo sufrir.

Aunque repleta de nobles pensamientos, Cata-

lina Ivanovna es una señora irascible e incapaz de contenerse en el ardor de su cólera... ¡Sí! Pero inútil es hablar de esto. Como podéis suponer, Sonia no ha recibido buena instrucción. Tiene cuatro años; he tratado de enseñarle geografía e historia universal; mas, como yo mismo no estuve nunca muy fuerte en estas materias, y como, además, no tenía a mi disposición ningún buen manual, sus estudios no fueron muy allá. Nos atascamos en Ciro, rey de Persia. Más adelante, llegada a la edad adulta, leyó algunas novelas. El señor Lebeziatnikof le prestó, no hace mucho tiempo, la *Fisiología* de Ludwig. ¿Conocéis esta obra? La encontró interesantísima, y hasta nos leyó algunos pasajes en voz alta. He ahí a lo que se limita su cultura intelectual.

Ahora, caballero, me dirijo a vuestra sinceridad. ¿Creéis en conciencia, que una joven pobre, pero honrada, puede vivir de su trabajo...? Si no posee ningún talento especial, ganará quince *kopeks* (1) al día, y aun, para llegar a esta cifra, no deberá perder un solo minuto. ¿Qué digo? Sonia hizo una media docena de camisas de tela de Holanda para el consejero de Estado Ivan Ivanovitch Krosstock, ¿habéis oído hablar de él? y, no sólo está esperando todavía su salario, sino que se la puso en la calle, bajo pretexto de que no había tomado bien la medida del cuello.

Mientras tanto los niños se mueren de hambre, Catalina Ivanovna se pasea por el aposento, retorciéndose las manos, y en sus mejillas se presentan rojas manchas, cosa que siempre ocurre en aquella enfermedad. «—¡Perezosa! —decía—. ¿No te avergüenzas de vivir en esta casa sin hacer

(1) Tres reales aproximadamente.

nada? ¡Bebes, comes, no pasas frío!» ¡Os pregunto qué podría comer la infeliz cuando, desde tres días antes, los mismos niños no habían llevado a la boca un solo pedazo de pan! Yo estaba acostado entonces... y entonces, poco importa decirlo, me hallaba ebrio. Oigo cómo mi Sonia responde tímidamente con su dulce voz (es rubia, su cara fina, pálida y ajada): «—Pero, Catalina Ivanovna, ¿acaso puedo conducirme de tal modo?»

Necesario es deciros que ya tres veces Daria Frantzovna, una mala mujer bien conocida de la policía, le había hecho insinuaciones por mediación de la propietaria.

«—Bueno, ¿y qué? —respondió irónicamente Catalina Ivanovna—. ¡Vaya un lindo tesorero, para guardarle con tal cuidado!»

¡Pero no la acuséis, caballero, no la acuséis! Ella no se daba cuenta del alcance de sus palabras; estaba agitada, enferma, veía llorar a sus hijos hambrientos, y lo que decía era más bien para vejar a Sonia que para excitarla al desarreglo... Catalina Ivanovna es así: en cuanto oye gritar a sus hijos se pone a pegarles, sin tener en cuenta que el hambre los hacía gritar. Eran entonces las cinco. Veo a Sonetchka levantarse, ponerse su capa y salir.

Regresa a las ocho dadas. Al llegar, dirígese rectamente hacia Catalina Ivanovna, y, silenciosamente, deposita treinta rublos de plata sobre la mesa, delante de mi mujer. Hecho lo cual toma nuestro pañuelo de paño verde y de señora (es un pañuelo que sirve para toda la familia), se envuelve en él la cabeza, y échase en la cama de cara a la pared; pero sus hombros y su cuerpo están agitados por un continuo estremecimiento... Yo, siempre en el mismo estado... Y en aquel momento, joven, vi cómo Catalina Ivanovna también

silenciosamente, fué a arrodillarse ante la cama de Sonetchka: pasó la primera parte de la noche arrodillada, besando los pies de mi hija y negándose a levantarse. Y ambas se han dormido juntas, una en brazos de otra... ambas... ambas... sí... Y yo, siempre en el mismo sitio, impedido por la embriaguez.

Marmeladof guardó silencio, como si le hubiese faltado la voz. Luego, bebió bruscamente, y agregó tras un breve momento de silencio:

—Desde entonces, caballero, a causa de una infelicísima circunstancia, y efecto de una denuncia procedente de personas malévolas, mi hija Sonia figura en la inspección, lo que la puso en la necesidad de abandonarnos. Nuestra patrona Amalia Fedorovna, mostróse inflexible, olvidando que ella misma había favorecido las intrigas de Daría Frantzovna.

El señor Lebeziatnikof está con ella... ¡Hum...! Y a propósito de Sonia tuvo lugar la historia de que os hablé no hace mucho. Al principio estaba aficionadísimo a mi hija, pero después...

¿Acaso un hombre instruído como yo—díjose luego—, puede habitar en la misma casa que semejante criatura?

En la actualidad, mi hija suele venir a vernos al anochecer, y ayuda en lo que puede a Catalina Ivanovna. Vive en casa de Kapernaunof, un sastre cojo y tartamudo.

El cual tiene mucha familia, y todos sus hijos tartamudean como él. Su mujer también tiene la lengua defectuosa... Viven todos en una misma habitación, pero Sonia tiene una alcoba aparte, separada del común aposento por medio de un tabique... ¡Hum...!, sí... Gentes pobrísimas y tartamudas... sí... Una mañana me levanté, púseme mis harapos, elevé mis manos al cielo, y me fuí

a ver a Su Excelencia Ivan Afanasievitch. ¿Le conocéis? ¿No? Pues bien, no conocéis a un hombre de Dios... Es un cirio... un cirio delante de la imagen del Señor

Mi relato, que escuchó del principio al fin, le hizo verter lágrimas.

—Bueno, Marmeladof —me dijo—, una vez defraudaste mis esperanzas... Vuelvo a tomarte bajo mi personal responsabilidad. Trata de recordarlo; puedes retirarte.

Besé el polvo de sus botas, mentalmente, se entiende, porque no hubiera permitido que lo hiciese en realidad: es hombre demasiado penetrado por las ideas modernas, para aceptar semejantes homenajes. Pero, Señor, ¡qué acogida la que me hicieron en mi casa, cuando anuncié que volvía a mi empleo y que iba a cobrar sueldo...!

La emoción le obligó otra vez a detenerse. En aquel momento, la taberna fué invadida por una bandada de individuos ya borrachos. Un organillo resonaba a la puerta del establecimiento, y la temblorosa voz de un niño de siete años cantaba un aire popular. Ensordecedor ruido se armó en el salón. El patrón y sus mozos apresurábanse a acudir en torno de los recién llegados. Marmeladof siguió su relato. Los progresos de la embriaguez tornábanle más expansivo a cada instante. Recordando su reciente vuelta al servicio, manifestaba como un rayo de alegría en el rostro.

—Hace de esto cinco semanas, caballero. Sí... En seguida tuve botas, corbata, uniforme, todo bien arreglado y todo bien adquirido por once rublos y medio.

Hace seis días, cuando llevé a casa mi primera paga, veintitrés rublos, cuarenta kopeks, mi mujer me pellizcó la cara, llamándome pececillo. Esto

a solas, naturalmente. ¡Vaya! ¿estaba bastante amable?

Marmeladof se interrumpió, trató de sonreir, cuando un súbito temblor agitó su barba. Pero se hizo dueño de su emoción. Rascolnikof no sabía qué pensar respecto a aquel borracho, errante por espacio de cinco días, que se acostaba en las lanchas del heno, y, sin embargo, alimentaba un enfermizo afecto hacia su familia. El joven escuchaba atentísimamente, pero con expresión de malestar. Se arrepentía de haber entrado en aquella taberna.

—¡Caballero, caballero! —se excusó Marmeladof—. ¡Oh, caballero! Quizá, como los demás, halléis esto risible, quizá no hago otra cosa que fastidiaros refiriéndoos todos estos necios y miserables detalles de mi existencia doméstica, pero ello no es gracioso para mí, porque yo puedo sentirlo todo... Durante aquel bendito día tuve sueños encantadores: pensaba en el medio de organizar nuestra vida, de procurar descanso a mi mujer, de retirar del lupanar a mi hija única... ¡Cuántos proyectos formé! Pues bien, caballero (Marmeladof se estremeció ligeramente, alzó la cabeza y miró a su interlocutor), al siguiente día, cinco hace de esto, después de acariciar tantos ensueños, busqué, cual un ladrón nocturno, la llave de Catalina Ivanovna, y tomé del cofre cuanto dinero quedaba. ¿Cuánto quedaba? No lo recuerdo. ¡Ea, miradme todos! Cinco días hace que abandoné mi casa, no se sabe allí lo que de mí ha sido, he perdido mi empleo, he dejado mi uniforme en una taberna situada cerca del puente Egipetsky, donde, en su lugar, se me dió esta colección de harapos... ¡Todo ha concluído!

Marmeladof se dió un puñetazo en la frente, apretó los dientes y, cerrando los ojos, púsose

de codos en la mesa... Pero, al cabo de un minuto, su rostro cambió de expresión, miró a Rascolnikof con cinismo imperioso y dijo, riendo al propio tiempo:

—¡Hoy fuí a casa de Sonia, a pedirle dinero para beber! ¡Já, ja, ja!

—¿Te lo ha dado?—gritó con gruesa risa uno de los recién llegados.

—Esta media botella ha sido pagada con su dinero —agregó Marmeladof, dirigiéndose exclusivamente a Rascolnikof—. Fué a buscar treinta *kopeks* y me los entregó con sus propias manos; era todo lo que tenía, yo mismo lo vi... No me dijo nada; se limitó a mirarme en silencio... Una mirada que no era de este mundo, una mirada como las que tienen los ángeles que lloran los pecados de los hombres, ¡pero que no los condenan! ¡Triste es no recibir reconvenciones...! Treinta *kopeks*, sí. ¡Y es indudable que ella los necesita! ¿Qué pensáis vos, querido señor? Es preciso que ella pueda andar bien. La buena ropa, indispensable en su oficio, cuesta dinero. ¿Comprendéis? Debe tener pomada, enaguas almidonadas, lindas botinas que realcen el valor del pie. ¿Comprendéis, caballero, comprendéis la importancia de la buena ropa? Pues bien, he aquí que yo, su padre según la Naturaleza, fuí a quitarle el dinero para beber! ¡Y me lo bebí! ¡Ya está bebido...! ¡Vaya! ¿Quién va a tener piedad de un hombre como yo? Ahora, caballero, ¿podéis compadecerme? Hablad, caballero, ¿tenéis lástima de mí? ¿Sí o no? ¡Ja, ja, ja, ja!

Iba a echarse de beber, cuando notó que la botella estaba ya vacía.

—Pero ¿a qué tenerte piedad?—gritó el tabernero.

Las carcajadas estallaron, y entre ellas se oye-

ron algunos insultos. Los que no habían oído las palabras del exfuncionario, secundaban a los demás sólo con ver su rostro.

Parecía que Marmeladof no había esperado otra cosa que la interpelación del tabernero para dar rienda suelta a su elocuencia; levantóse súbitamente y, con el brazo tendido hacia adelante:

—¿Por qué tener piedad de mí? —replicó exaltado—. ¿Dices que por qué tener piedad de mí? ¡Cierto que no ha lugar! ¡Es necesario crucificarme sin compasión! ¡Crucificadme, juez, mas, al sacrificarme, tened piedad de mí! ¡Y entonces iré por mí pie al suplicio, porque no tengo sed de alegría, sino de dolor y de lágrimas...! ¿Piensas, comerciante, que tu media botella me ha procurado placer? He buscado la tristeza, la tristeza y las lágrimas en el fondo de esa vasija, y las hallé y las saboreé; pero El que tuvo piedad de todos los hombres, El que todo lo comprendió, tendrá piedad de nosotros. El es el solo juez. Vendrá un día en que preguntará: «¿Dónde está la joven que se sacrificó por una madrastra odiosa y tísica y por niños que no eran sus hermanos? ¿Dónde está la joven que tuvo piedad de su padre terrenal y no se apartó con horror del borracho crapuloso?» Y dirá: «¡Ven! Te perdoné una vez... Te perdoné una vez... Ahora te descargo de todos tus pecados, porque fué mucho lo que amaste...» Y perdonará a mi Sonia, sé que la perdonará... ¡No hace mucho lo sentí en mi corazón, cuando en su casa estaba...! Todos serán juzgados por El, y El perdonará a todos: a los buenos y a los malos, a los sabios y a los ignorantes... Y cuando haya concluído con los demás nos llegará la vez. «¡Aproximáos vosotros también! —nos dirá—. ¡Aproximaos, borrachos, aproximaos, viles, aproximaos,

impúdicos!» Y nosotros nos acercaremos sin temor. Y El nos dirá: «¡Cochinos sois! ¡Leváis estampado el sello de la bestia! ¡Pero venís!» Y los sabios, los inteligentes, dirán: «Señor, ¿por qué admites a ésos?» Y El responderá: «Los recibo, sabios, los recibo, inteligentes, porque ninguno de ellos creyóse digno de este favor...» Y nos tenderá los brazos, y nosotros nos precipitaremos en ellos... y nos desharemos en lágrimas... y todo lo comprenderemos... Y todo será comprendido por todo el mundo. Y Catalina Ivanovna también comprenderá... ¡Señor, que tu reino llegue!

Aniquilado, dejóse caer sobre el banco sin mirar a nadie, como si hubiera olvidado cuanto le rodeaba, y se absorbió en profundo ensueño. Sus palabras produjeron cierta impresión: durante un momento cesó el ruido; pero en seguida volvieron a resonar las risas y los insultos.

—¡Potentemente razonado!

—¡Chocheces!

—¡Burócrata!

Etcétera, etc.

—Vámonos, caballero —dijo bruscamente Marmeladof, alzando la cabeza y dirigiéndose a Rascolnikof—. Acompañadme... casa Kozel, en el patio. Es hora de volver... casa de Catalina Ivanovna...

Mucho tiempo hacía que el joven tenía ganas de marcharse; ya se le había ocurrido la idea de ofrecer sus servicios a Marmeladof. Este último tenía las piernas mucho menos fuertes que la voz; por cuya razón se apoyaba pesadamente en su compañero. La distancia que habían de recorrer era de unos doscientos o trescientos pasos. Conforme el borracho se acercaba a su domicilio, parecía más turbado e inquieto.

—No es de Catalina Ivanovna de quien ahora tengo miedo —balbuceaba—, aunque empezara por tirarme de los pelos; mas ¿qué de los pelos...? ¡Eso nada significa! Y hasta preferible es que lo haga. No me espanta eso... Temo... a sus ojos... sí, a sus ojos... Temo a las manchas negras de sus mejillas... Temo igualmente, sí, a su respiración... ¿Habéis notado cómo se respira en aquella enfermedad, cuando se es presa de emoción violenta? Temo también al llanto de los niños... Porque si Sonia no los ha alimentado, no sé qué habrán comido... ¡no sé! Pero a los golpes no los temo... Sabed, en efecto, caballero, que, lejos de hacerme sufrir, los golpes son un goce para mí... Ni aun puedo pasar sin ellos. Esto es preferible. ¡Que me pegue, que desahogue su corazón...! eso es preferible. Pero he aquí la casa. Casa Kozel. El propietario es un cerrajero alemán, hombre rico... ¡Acompañadme!

Atravesaron el patio y subieron al cuarto piso. Eran cerca de las once, y, aun cuando entonces, propiamente hablando, no hubiera noche en San Petersburgo, conforme subían la escalera, íbase tornando lóbrega, sombría, para perderse más arriba en una profunda obscuridad.

La pequeña puerta ahumada que daba sobre el rellano, estaba abierta. Un cabo de vela alumbraba una habitación demasiado pobre. Esta pieza que, desde el vestíbulo, podía completamente abarcarse con la mirada, estaba en el desorden más completo: ropa blanca de niños veíase acá y allá. Un paño agujereado estaba pendiente del techo y de manera que ocultaba uno de los extremos más distantes de la puerta. Tras aquel parapeto improvisado debía haber una cama. La habitación sólo contenía dos sillas y un mal diván, forrado de hule, colocado frente a una mesa

COMISIÓN DE BIBLIOTECAS PÚBLICAS

vieja de cocina de madera de abeto. Sobre la mesa había un candelero de hierro, con un cabo de vela. Marmeladof tenía en su instalación particular, no en un rincón, sino en un pasillo. La puerta que daba acceso a las habitaciones de los otros inquilinos de Amalia Lippervechzel, estaba entreabierta. Había allí personas acaloradas. Sin duda se disponían a jugar a las cartas y a tomar el té. Se oían sus gritos, sus carcajadas y sus palabras, a veces desvergonzadas.

Rascolnikof reconoció inmediatamente a Catalina Ivanovna.

Era la tal una mujer delgada, bastante corpulenta y bastante bien formada, pero de aspecto extremadamente enfermizo. Aun tenía hermosos cabellos castaños, y, como había dicho Marmeladof, sus mejillas estaban encendidas. Los labios secos, las manos apretadas contra el pecho, se paseaba de un lado a otro de la habitación. Su respiración era corta y desigual. Sus ojos brillaban con febril resplandor, pero su mirada era dura e inmóvil. Alumbrada por la agonizante luz del cabo de vela, aquel rostro tísico y agitado producía una penosa impresión.

Rascolnikof juzgó que Catalina Ivanovna no debía tener más de treinta años; era, desde luego, mucho más joven que su esposo.

No se dió cuenta de la llegada de los dos hombres: parecía que había perdido la facultad de ver y oir.

Calor asfixiante reinaba en el aposento, y de la escalera subían emanaciones infectas; sin embargo, no pensaba ni en abrir la ventana, ni en cerrar la puerta de la habitación; la puerta interior, ligeramente entreabierta, daba paso a un espeso humo de tabaco que la hacía toser, pero del que no procuraba librarse.

La más joven de las niñas, de seis años, dormía sentada en el suelo, la cabeza apoyada contra el diván; el niño, de un año más que ella, temblaba y lloriqueaba en un rincón; al parecer acababan de pegarle. El mayor de la familia, una niña de nueve años, delgada y alta, llevaba una camisa toda agujereada; sobre sus desnudos hombros habíase echado una capa de paño, que debió ser hecha para ella dos años antes, pues entonces no le llegaba sino hasta las rodillas.

En pie en el rincón, al lado de su hermanito, con su largo brazo, delgado como una cerilla, rodeaba el cuello del niño, y hablábale en voz baja, para hacerle callar sin duda. A la vez miraba a su madre con temor. Sus grandes ojos sombríos, dilatados por el espanto, parecían mayores aún, en aquella carita descarnada.

Marmeladof, en lugar de entrar en el aposento, se arrodilló a la puerta, pero invitó a Rascolnikof a franquearla.

La mujer, al ver a un desconocido, se detuvo distraídamente ante él, y, durante unos segundos, trató de explicarse su presencia.

—¿Qué viene a hacer aquí este hombre?—se preguntaba.

Pero de pronto pensó, que fuese a casa de otro inquilino, y que la habitación aquélla era para él un lugar de paso. Así, sin conceder más atención al extraño, se preparaba a abrir la puerta de comunicación, cuando se le escapó un súbito grito: acababa de ver a su esposo.

—¡Ah! ¡estás de regreso! —dijo con voz vibrante de cólera—. ¡Granuja! ¡monstruo! ¿Dónde está el dinero? ¿Qué tienes en el bolsillo? ¡A ver! ¡Y ése no es tu traje! ¿Qué hiciste de tu ropa? ¿Qué, del dinero? ¡Habla!

Se apresuró a registrarle.

Lejos de oponer ninguna resistencia, Marmeladof abrió los brazos para facilitar la exploración de sus bolsillos.

Ni un solo *kopek* tenía encima.

—¿Dónde está, pues, el dinero? —gritó ella—. ¡Oh, Señor! ¿Es posible que se lo haya bebido todo! ¡Aun había doce rublos en el cofre...!

Presa de un repentino acceso de rabia asió a su marido por los cabellos y le tiró violentamente contra el suelo. La paciencia de Marmeladof no se desmintió: dócilmente siguió a su tierna esposa, arrastrándose de rodillas tras de ella.

—¡Esto me gusta! ¡No es un dolor, caballero, para mí esto es un placer!—gritaba, mientras Catalina Ivanovna seguía golpeándole en la cabeza.

La niña, que dormía en el suelo, se levantó y rompió a llorar. El pequeñuelo, de pie en el rincón, no pudo soportar el espectáculo. Empezó a temblar, prorrumpió en gritos, y lanzóse hacia su hermana. Tan espantado se hallaba que parecía presa de convulsiones. La hija mayor temblaba también como la hoja en el árbol.

—¡Se lo ha bebido todo! —vociferaba desesperadamente Catalina—. ¡Y éste no es su traje! Tienen hambre, tienen hambre (y retorciéndose las manos mostraba a los niños). ¡Oh, vida tres veces maldita! Y, oíd: ¿cómo no os da vergüenza venir aquí desde la taberna? —agregó súbitamente, emprendiéndola con Rascolnikof—. Bebiste con él ¿verdad? ¿Bebiste con él? ¡Vete!

Nuestro héroe no se hizo repetir la orden, y se retiró sin decir palabra.

Se abrió de par en par la puerta interior, y en el dintel aparecieron muchos curiosos con mirada descarada y burlona. Fumaban, unos en pipa y otros cigarrillos. Unos en paños menores,

otros con trajes demasiado ligeros, hasta indecentes; algunos tenían cartas en la mano. Lo que les agradaba especialmente, era el oir cómo Marmeladof, al ser arrastrado por los cabellos, gritaba que su placer consistía en esto.

Ya los inquilinos empezaban a invadir el aposento. De repente se oyó una voz irritada: era la propia Amalia Lippervchzel, que, abriéndose paso a través de la gente, iba a restablecer el orden a su modo. Por centésima vez, la patrona significó a la pobre mujer que al siguiente día debía desalojar el cuarto. Como puede adivinarse, el plazo fué dado en insultantes términos.

Rascolnikof tenía encima las monedas que le volvieran del rublo cambiado en la taberna. Antes de salir sacó de su bolsillo un puñado de cobre y, sin ser visto, lo depositó sobre el poyo de la ventana. Luego, cuando se halló en la escalera se arrepintió de su generosidad. Poco faltó para que volviera a subir a casa de los Marmeladof.

—¡Vaya una necedad! —pensó—. Ellos tienen a Sonia, yo estoy solo.

Pero se dijo que no podía volver a tomar su dinero, y que aun cuando hubiera podido no lo hubiera hecho.

Tras de esta reflexión, se decidió a continuar su camino.

—Es menester que Sonia tenga pomada —prosiguió con sonrisa amarga, ya en la calle—. La buena ropa cuesta dinero... ¡Hum...! Parece que Sonia no pescó hoy. En verdad, la caza del hombre es como la caza de la fiera: con frecuencia se corre el riesgo de volver de vacío... ¡Mal se verían mañana si no tuviesen mi dinero! ¡Ah, sí! ¡Sonia! ¡Buena vaca de leche hallaron! ¡Y bien la ordeñan! No les importa nada lo demás; están acostumbrados a ello. Lloraron un poco al prin-

cipio; después vino la costumbre. ¡El hombre es vil y a todo se acostumbra!

Rascolnikof se tornó pensativo.

—¡Bueno! ¡Si mentí —exclamó en seguida—, si el hombre no es *vil* necesariamente, debe pisotear todos los respetos, todos los prejuicios que le detienen!

III

Se despertó muy tarde al día siguiente, después de un sueño agitado que no restauró sus fuerzas. Al despertar, se sintió de muy mal humor y miró su aposento con aire enfadado. Aquella reducida habitación, de seis pasos de anchura, ofrecía el aspecto más lastimoso con su empapelado amarillento, lleno de polvo y estropeado; era, además, tan baja, que una persona de elevada estatura se encontraba incómoda y temía dar con la cabeza en el techo. El mobiliario respondía al local: tres viejas sillas más o menos cojas, en un rincón una mesa de madera pintada, sobre la que se veían libros y cuadernos cubiertos de polvo, prueba evidente de que hacía mucho tiempo estaban intactos; por un último, un grande y feo sofá, cuyo forro estaba hecho trizas.

Aquel sofá, que ocupaba casi la mitad del aposento, servía de cama a Rascolnikof. El joven solía acostarse en él vestido, sin cubrirse con ropa alguna; en ocasiones extendía sobre sí, a guisa de cobertor, su viejo *paletot* de estudiante, y hacíase una almohada con un cojín, bajo el que ponía, para levantarlo un poco, toda la ropa

blanca que poseía. Ante el sofá había una mesita.

La misantropía de Rascolnikof se acomodaba divinamente a la suciedad que reinaba en aquel tabuco. Había tomado aversión a todo rostro verdaderamente humano, hasta el punto de que la presencia de la criada encargada de arreglar los aposentos le causaba una especie de exasperación. Esto es lo que ocurre a ciertos monomaníacos preocupados por una idea fija.

Quince días hacía que la patrona había retirado los víveres a su huésped, y éste aun no había pensado en ir a explicarse con ella.

En cuanto a Nastasia, la cocinera y única sirvienta de la casa, no le desagradaba ver al inquilino en aquel estado de espíritu, porque para ella resultaba una disminución de trabajo: por completo había dejado de arreglar y quitar el polvo en el aposento de Rascolnikof; todo lo más que hacía era barrerlo una vez cada semana.

En uno de aquellos días le despertó.

—¡Arriba! ¿Por qué has de dormir así? —le gritó—. Son las nueve. ¿Te traigo té? ¿Quieres una taza? ¡Qué cara de desenterrado!

El huésped abrió los ojos, se agitó y reconoció a la cocinera.

—¿Es la patrona quien me envía el té?—preguntó, mientras hacía un penoso esfuerzo para incorporarse.

—¡No pienses que sea ella!

La sirvienta colocó ante él su limpia tetera donde aun quedaba té, y depositó sobre la mesa dos terroncillos de azúcar amarillo.

—Nastasia, toma esto, te lo ruego —dijo Rascolnikof, sacando de su bolsillo un puñado de moneda menuda—, y ve a buscarme un panecillo

JUNTA DE INTERCAMBIO DE LIBROS Y REVISTAS PUBLICAS - DIRECCION DE

blanco. Pasarás también por casa del carnicero, y me comprarás un poco de salchichón.

—Dentro de un minuto estaré aquí. El salchichón no lo compraré, porque te guardé anoche otra cosa que te gustará más. ¡Viniste tan tarde!

Salió del aposento; luego, cuando Rascolnikof empezó a comer, tomó asiento en el sofá, junto al joven, y empezó a charlar, como verdadera hija del campo que era.

—Prascovia Pavlovna quiere quejarse de ti a la autoridad.

El rostro del joven se obscureció.

—¿A la autoridad? ¿Por qué?

—No le pagas, no quieres marcharte. He ahí por qué.

—¡Ah, diablo! ¡no faltaba más que eso...! —murmuró entre dientes—. Y he aquí que viene bastante mal para mí... Es necia —agregó en alta voz—. Pasaré por su aposento hoy, le pagaré.

—En cuanto a necia, tanto lo es como yo. Mas tú, que eres inteligente, ¿por qué te estás en la cama como un inútil? ¿Por qué jamás se ve tu dinero? Parece que en otro tiempo dabas lecciones. ¿Por qué ahora no haces nada?

—Algo hago...—respondió secamente y como a pesar suyo Rascolnikof.

—¿Qué haces?

—Un trabajo...

—¿Qué trabajo?

—Pensar — respondió él seriamente, después de una pausa.

Nastasia se echó a reir. Era un carácter alegre; pero cuando reía, su risa era silenciosa y conmovía toda su persona hasta el punto de hacerle daño.

—¿Te produce mucho dinero eso de pensar?—preguntó cuando pudo decir algo.

—¡No es posible ir a dar lecciones sin botas! Por otra parte..., ¡escupo más alto!

—Cuida de que la saliva no te caiga en el rostro.

—¡Para lo que se gana dando lecciones! ¿Qué se puede hacer con algunos *kopeks*?—agregó en tono agrio, dirigiéndose más bien a sí mismo que a su interlocutora.

—¿Quisieras adquirir una fortuna en sólo un golpe?

—Sí, una fortuna—dijo él con fuerza.

—Despacio, me asustas. ¡Eres terrible! ¿Necesito buscar un panecillo blanco? Di...

—Como quieras.

—¡Ah, me olvidaba! En tu ausencia ha llegado una carta para ti.

—¿Una carta? ¿para mí? ¿De quién?

—No sé de quién. De mi bolsillo di tres *kopeks* al cartero. Hice bien, ¿verdad?

—¡Tráela, pues, por amor de Dios! ¡Tráela! —exclamó Rascolnikof, muy agitado—. ¡Señor...!

Un minuto después, la carta estaba en sus manos. No se había engañado: llevaba el timbre del distrito de R...; era de su madre. Tiempo hacía que no recibía noticias de su familia; y algo le oprimió el corazón.

—¡Nastasia, vete... por favor! Aquí tienes tres *kopeks*: pero, ¡por Dios, vete pronto!

La carta temblaba en sus dedos; no quería abrirla ante Nastasia, esperaba empezar la lectura cuando ésta se hubiese marchado.

Una vez solo, llevándola vivamente a sus labios, la besó. Luego examinó prolongadamente la letra del sobre; reconoció los caracteres trazados por una mano querida: era la letra fina y

algo inclinada de su madre, que en pasados tiempos le había enseñado a leer y escribiir.

Vacilaba, hasta parecía experimentar cierto temor. Por fin rompió el sobre: la carta era muy larga.

«Mi querido Rodia —le decía la madre—, más de dos meses hace que no te escribo, a ti por quien sufrí hasta el punto de perder el sueño. Pero sin duda me perdonarás mi involuntario silencio. Sabes cómo te amo; Dunia y yo sólo a ti te tenemos, tú lo eres todo para nosotras, toda nuestra esperanza, toda nuestra dicha venidera. ¡Cuánto sufrí cuando supe que hacía algún tiempo habías abandonado la Universidad por falta de recursos, y que ni tenías lecciones, ni medio ninguno de existencia!

»¿Cómo podía ayudarte, con mis ciento veinte rublos de pensión anual? Los quince que te mandé, hace cuatro meses, hube de pedirlos prestados, como sabes, a un comerciante de nuestra ciudad, a Afanasio Ivanovitch Vakhruchin. Es un buen hombre que fué amigo de tu padre. Mas, habiéndole dado derecho a cobrar mi pensión en lugar mío, nada podía enviarte hasta después de haberle reembolsado, cosa que ya hoy queda hecha.

»Ahora, gracias a Dios, creo hallarme en disposición de mandarte dinero. Por otra parte, me apresuro a decirte que hoy tenemos ciertos motivos para no quejarnos de la fortuna. En primer lugar, una cosa que tú indudablemente no sospecharás: tu hermana Dunia habita conmigo hace seis semanas, ¡y ya no me abandonará! ¡Dios sea loado! Sus tormentos concluyeron. Pero procedamos con orden, porque quiero contarte cómo

ha ocurrido todo y lo que te habíamos tenido oculto hasta hoy.

»Hace dos meses, tú mismo me escribiste que habías oído hablar de la triste situación en que la familia Svidrigaylof había colocado a Dunia, y me pedías esclarecimientos sobre el asunto. ¿Qué podía entonces responderte? Si te hubiese puesto al corriente de los hechos habrías venido aquí, aun cuando preciso te hubiera sido hacerlo a pie; porque, con el carácter y los sentimientos que reconozco en ti, no hubieras consentido que tu hermana fuese insultada. Yo estaba sumida en la desesperación, mas ¿qué hacer? Además, tampoco me era entonces conocida toda la verdad. Lo peor era que Dunetchka, habiendo entrado el año último como institutriz, de antemano había recibido cien rublos, que debía reembolsar por medio de una retención mensual de sus honorarios; forzoso érale, pues, permanecer en aquella casa hasta la extinción de su deuda.

»La citada suma (hoy puedo explicártelo todo, muy querido Rodia), había sido pedida y recibida para enviarte los sesenta rublos que necesitabas y que recibiste el año pasado. En aquella época, te engañamos, al escribirte que aquel dinero provenía de antiguas economías de Dunetchka. Te digo hoy la verdad, porque el Señor ha permitido que las cosas tomen súbitamente mejor aspecto, y a la vez para que sepas cómo Dunia te ama y qué corazón de oro es el suyo.

»El hecho es que el señor Svidrigaylof comenzó por mostrarse muy grosero con ella; en la mesa no cesaba de prodigarle descortesías y sarcasmos... En cambio era apreciadísima por la señora Marfa Petrovna, la mujer de Svidrigaylof, y por las demás personas de la casa. ¡Y lo de él era un ardid! Figúrate que, bajo las exteriorida-

des de la grosería y del desprecio, aquel insensato ocultaba una pasión por Dunia.

»Por fin se levantó la careta, es decir, hizo a Dunetchka proposiciones deshonestas; trató de seducirla con promesas, declarándose dispuesto a abandonar a su mujer, a su familia, y a vivir con ella en otra ciudad, en el extranjero. Puedes imaginarte los sufrimientos de Dunia. No sólo la cuestión pecuniaria de que te hablé, no le permitía marchar de aquella casa, sino que, además, haciéndolo temía despertar las sospechas de Marfa Petrovna y de introducir la discordia en la familia.

»El desenlace llegó de improviso. Marfa Petrovna sorprendió inopinadamente a su esposo en el momento en que repetía a Dunia sus promesas, y, comprendiendo mal la situación, atribuyó todas las culpas a la pobre joven. Una terrible escena se desarrolló entre ellos. La señora Svidrigaylof no quiso oir nada; por espacio de una hora gritó contra su pretendida rival, llegando a pegarle, y al fin me la mandó en una carreta de aldeano, sin concederle ni aun el tiempo preciso para preparar la maleta.

»Todos los objetos de Dunia fueron desordenadamente arrojados sobre la talega. La lluvia caía a torrentes, y, después de haber sufrido tales afrentas, Dunia se vió obligada a andar diecisiete verstas en compañía de un mujik y en carreta descubierta. Considera qué podía decirte en consideración a tu carta de hace dos meses. Estaba desesperada; no me atrevía a decirte la verdad, porque te hubiera causado demasiada pena e indignación; por otra parte, Dunia me lo había prohibido. En cuanto a escribirte para llenar la carta de palabras hueras, me sentía incapaz de hacerlo, teniendo el corazón tan dolorido.

A consecuencia de esta historia, durante un mes, fuimos objeto de las hablillas de toda clase de personas.

»Y ello por culpa de Marfa Petrovna, la cual pareció no tener que hacer otra cosa que difamar a Dunetchka. Propagó el suceso no sólo en la ciudad, sino en el distrito entero. Mi salud no lo pudo soportar; Dunia se mostró más fuerte que yo. Lejos de mostrarse débil ante la calumnia, ella era quien me consolaba y se esforzaba para reanimarme. ¡Si entonces la hubieses visto! ¡Es un ángel más!

»Pero la Divina Misericordia hizo que cesaran nuestros infortunios. El señor Svidrigaylof, sin duda teniendo piedad de la joven a quien había comprometido, mostró a Marfa Petrovna las pruebas más convincentes de la inocencia de Dunetchka.

»Por casualidad conservaba una carta que, después de lo ocurrido, se había ella visto obligada a escribirle para negarse a concederle una cita. En dicha carta le reprochaba la indignidad de su conducta respecto a su mujer, le recordaba sus deberes de padre y de esposo; y le representaba por último, lo que había de vil en perseguir a una joven desgraciada e indefensa.

»Marfa Petrovna no dudó de la inocencia de Dunetchka. Al siguiente día, domingo, se presentó en nuestra casa, y, después de contárnoslo todo, se arrojó en brazos de Dunia, a quien llorando pidió perdón. Luego fué a todas las casas de la ciudad y del distrito, y rehabilitó del más completo modo a nuestra Dunia. Su marido, el señor Svidrigaylof, queda cubierto de un imborrable deshonor; no puedo eximirme de compadecer al pobre loco tan severamente castigado.

»Dunetchka recibió órdenes de lecciones en va-

rias casas, pero las rehusó. Todo el mundo en general, le mostraba una particular consideración, y el volver a la pública estimación fué la primera causa del inesperado acontecimiento que, puedo decirlo, cambiará nuestro destino.

»Sabe, querido Rodia, que a tu hermana se le ha presentado un partido, y que ella dió ya su consentimiento, cosa que me apresuro a ponerte al corriente. Nos perdonarás, a Dunia y a mí, que hayamos tomado esta decisión sin consultarte, cuando sepas que el asunto no sufría prórroga, que nos era imposible esperar, para responder, a que tú nos contestaras. Por otra parte, no estando sobre el terreno, no hubieras podido juzgar con conocimiento de causa.

»He aquí cómo pasaron las cosas. El futuro, Pedro Petrovitch Lugin, es un individuo de la alta curia, pariente lejano de Marfa Petrovna, quien poderosamente ha obrado en esta circunstancia. Ella le trajo a casa. Le recibimos convenientemente, tomó té y café, y, al siguiente día, nos dirigió una carta muy cortés, en la que hacía su petición, solicitando una respuesta pronta y categórica. Este caballero es hombre ocupadísimo; se halla en vísperas de marchar a San Petersburgo, de manera que no tiene un instante que perder.

»Pedro Petrovitch está en buena posición y posee ya una fortunita. Cierto que tiene cuarenta y cinco años, pero su exterior es bastante agradable y aun puede gustar a las mujeres. Es hombre muy formal, aun cuando, para mí, algo frío y altanero; mas las apariencias suelen ser engañosas.

»Está prevenido, querido Rodia. Cuando le veas en San Petersburgo, lo que ocurrirá dentro de poco, no le juzgues demasiado pronto, ni le con-

denes sin apelación, como acostumbras hacerlo, si, a primera vista, te inspirase poca simpatía. Te digo todo esto por lo que ocurrir pueda: en el fondo, persuadida estoy de que producirá impresión favorable en ti. Por otra parte, para conocer a uno es preciso haberle tratado y observado atentamente; de lo contrario se cometen errores de apreciación que luego es muy difícil rectificar.

»Pero en lo concerniente a Pedro Petrovitch, todo induce a creer que es un hombre muy respetable. En su primera visita nos declaró que era positivista. «Prefiero —nos dijo—, en ciertos puntos, las ideas de nuestras modernas generaciones, y soy enemigo de todos los prejuicios.» Dijo más, porque es, a lo que me figuro, algo vanidoso y fraseador, lo que, en suma, no constituye cualidad censurable.

»Yo, naturalmente, no comprendí mucho sus palabras; me limitaré, de consiguiente a citar la opinión de Dunia: «Aunque medianamente instruído —me dijo—, es inteligente y parece bueno.» Conoces el carácter de tu hermana, Rodia. Es una joven valerosa, sensata, paciente y magnánima, aun cuando posea un ardiente corazón, cosa de que he podido convencerme. Seguramente que no se trata aquí, ni para uno, ni para otra, de un matrimonio de amor; pero Dunia no sólo es una joven inteligente, es también una criatura de nobleza angelical, y, si su marido procura hacerla dichosa, será deber para ella corresponderle.

»Como hombre listo que es, Pedro Petrovitch debe comprender que la dicha de su mujer será la garantía de su propia dicha. Me ha parecido algo rígido; pero esto quizá obedezca a que es esposo sutil. Así, en su segunda visita, cuando su

petición estaba aceptada, hablando, nos dijo que antes de conocer a Dunia estaba decidido a no casarse sino con una joven honrada, sin dote y que supiera lo que es pobreza; según él, el hombre no ha de deber nada a la mujer, y preferible es que ésta vea un bienhechor en su marido.

»No son éstos los términos de que se sirvió; debo reconocer que se expresó de modo más delicado, pero sólo recuerdo la idea. Por otra parte, lo dijo sin intención; evidentemente, se le escapó la frase en el calor de la conversación; hasta intentó atenuar su importancia a renglón seguido. Sin embargo, encontré la cosa dura, y así lo dije a Dunetchka. Pero ella me respondió, malhumorada, que las palabras no son otra cosa que palabras, lo que, después de todo, es exacto. Durante la noche que precediera a su determinación, Dunia no durmió ni un solo instante. Creyéndome dormida bajóse de la cama para pasear a lo largo del aposento. Finalmente se puso de rodillas, y, tras larga y ferviente súplica ante una imagen, me declaró al siguiente día por la mañana, que su resolución estaba tomada.

»Ya te he dicho que Pedro Petrovitch va con frecuencia a San Petersburgo. Graves intereses le llaman ahí, y piensa establecerse de abogado en esa ciudad. Hace mucho tiempo que se ocupa en las defensas judiciales; acababa de ganar una causa importante, y este su viaje a San Petersburgo se halla motivado por un importante asunto que debe ultimar en el Senado. Me parece, querido Rodia, que se halla en condiciones de prestarte los mayores servicios, y Dunia y yo hemos pensado que puedes comenzar tu carrera bajo buenos auspicios. ¡Ah, si esto se realizara! La

ventaja sería tal para tí, que menester fuera atribuirlo a un favor de la Providencia.

»Dunia no tiene otra cosa en la cabeza. Ya hemos hablado algo del asunto con Pedro Petrovitch. «—Desde luego —nos dijo— como necesito un secretario, antes preferiría a un pariente que a un extraño.» (¡No faltaría más sino que tú no fueras competente!) El parece temer que con tus trabajos universitarios no tengas tiempo para ocuparte de su bufete. La conversación cesó aquí el primer día. Pero Dunetchka sólo tiene esta idea en la cabeza. Su acalorada imaginación te ve ya trabajando bajo la dirección de Pedro Petrovitch, y hasta asociado en sus asuntos, tanto más cuanto que tu carrera es la de Derecho. Respecto a mí, Rodia, pienso lo mismo que ella, y los proyectos con que ella adorna tu porvenir parécenme realizables.

»No obstante la respuesta evasiva de Pedro Petrovitch, que se comprende, pues aun no te conoce, Dunia cuenta con su legítima influencia de esposa para arreglar lo que piensa conforme a nuestros comunes deseos. Entiende que nos hemos librado como del fuego de decir a Pedro Petrovitch que quizá llegaras a asociarte con él. Es hombre positivo, y hubiera acogido mal este propósito, que le hubiese parecido un simple sueño.

»¿Sabes una cosa, mi muy querido Rodia? Por ciertas razones que, de otra parte, en nada atañen a Pedro Petrovitch, y que quizá no sean sino ilusiones de vieja, veo que después del matrimonio obraré bien continuando en mi casa, en lugar de ir a vivir a la de ellos. Persuadida estoy de que él será lo suficientemente agradecido y delicado para evitarme a seguir a mi hija; si hasta la fecha no dijo nada, esto obedece, indu-

ADQUISICIÓN DE OBRAS PÚBLICAS - JUNTA DE HISTORIA

dablemente, a que la cosa se sobrentiende. Pero tengo intención de no aceptar.

»Si es posible habitaré cerca de vosotros, porque, Rodia, he aguardado lo más agradable para el fin. Sabe, querido hijo, que dentro de poco nos volveremos a ver los tres, y otra vez podremos abrazarnos, después de una separación de cerca de tres años. Está decidido que Dunia y yo iremos a San Petersburgo. ¿Cuándo? No lo sé de fijo; pero, en todo caso, será pronto, dentro de ocho días. Todo está subordinado a los arreglos de Pedro Petrovitch, que nos enviará sus instrucciones en cuanto ahí se haya organizado. Trata, por ciertas razones, de apresurar la ceremonia nupcial; si hay medio para ello, desea que el matrimonio se celebre, lo más tardar, después de la Cuaresma de la Asunción. ¡Oh, con qué alegría voy a estrecharte entre mis brazos! Dunia está conmovida al pensar que volverá a verte, y, bromeando, me dijo una vez que, aun cuando sólo fuera por esto, se casaría con Pedro Petrovitch. ¡Es un ángel! No agrega nada a mi carta, porque tendría, dice, muchas cosas que comunicarte, pues en casos por el estilo no merece la pena escribir unas líneas: me encarga te mande en su nombre un millar de abrazos. Aun cuando nos hallemos en vísperas de reunirnos, pienso enviarte en breve cuanto dinero me sea posible. Al saber que Dunetchka se casa con Pedro Petrovitch, el crédito se ha rehecho de improviso, y sé a ciencia cierta que Atanasio Ivanovitch está dispuesto a adelantarme setenta rublos, con la garantía de mi pensión.

»De aquí a algunos días, pues, te mandaré veinticinco o treinta rublos. Te enviaría más si no temiera verme apurada para el viaje. Verdad que Pedro Petrovitch ha tomado a su cargo algunos

de los gastos de traslado; pero siempre quedan cosas que pagar, y en San Petersburgo no podemos presentarnos sin dinero.

»Dunia y yo hemos calculado: el viaje no será caro. De nuestro pueblo al ferrocarril hay noventa verstas, y ya hemos tratado con un aldeano conocido, quien nos llevará a la estación en su vehículo; en seguida subiremos a un coche de tercera clase. Resumiendo, todas las cuentas hechas, treinta y no veinticinco, serán los rublos que tendré el placer de enviarte.

»Ahora, mi querido Rodia, te abrazo mientras tanto llega nuestra próxima reunión, y con mi abrazo te mando mi bendición maternal. Ama a tu hermana Dunia, querido Rodia; sabe que ella te ama infinitamente más que a sí misma y págale con el mismo amor. Ella es un ángel, y tú, Rodia, lo eres todo para nosotras: toda nuestra esperanza, toda nuestra futura felicidad. Dichosas seremos si te vemos feliz. ¡Adiós! mejor dicho, *¡hasta la vista!* Te abrazo mil veces.

»Tuya hasta morir,

PULQUERIA RASCOLNIKOF.»

Las lágrimas humedecieron con frecuencia los ojos del estudiante mientras leía aquellas líneas; pero, cuando terminó, una sonrisa extraña apareció en su rostro pálido y convulso. Apoyando la cabeza en su cojín nauseabundo y sucio, permaneció largo rato pensativo. Su corazón latía con fuerza, y la turbación reinaba en su cerebro. Por último se halló angustiado, como ahogado en aquella pequeña habitación amarilla y estrecha como un armario. Su sér físico y moral necesitaba espacio.

Tomó su sombrero y salió, sin temer ya un encuentro en la escalera. No pensaba en la patrona. Por la perspectiva V... se dirigió al barrio Vassili Ostrof. Su andar era rápido como el de aquel que lleva prisa; pero, según su costumbre, nada veía en el camino, murmuraba para sí y hasta monologaba en voz alta, llamando la atención de los transeuntes. Muchos le tomaban por borracho.

IV

La carta de su madre le había impresionado sobremanera. Pero, en cuanto al punto principal, no había tenido la menor vacilación. Desde el primer instante, antes de concluir la lectura de la carta, su resolución estaba tomada.

—Mientras yo exista, no se celebrará ese matrimonio. ¡Que el señor Lugin se vaya al diablo!

—Es que el asunto está claro —murmuraba para sí, sonriendo con aire de victoria, y como si ésta fuera un hecho—. ¡No, mamá, no, Dunetchka, no lograréis engañarme...! ¡Y ellos se excusan por no haberme consultado y por decidir la cosa sin mí! ¡Lo creo! Piensan que en la actualidad no hay medios para romper la unión proyectada. ¡Veremos si los hay! ¡Vaya una razón que alegan! «¡Pedro Petrovitch es un hombre tan ocupado que no puede casarse sino al vapor!»

—¡No, Dunia! Lo comprendo todo, sé lo que deseabas comunicarme, sé lo que pensaste toda la noche, paseándote por la alcoba, y sé lo que pediste a la devota imagen. La subida al monte Gólgota es penosa ¡hum...! Así, todo lo han arre-

glado de modo definitivo. Vos, Advotia Romanovna, os casáis con un hombre de negocios que ya tiene alguna fortuna, que sirve en dos lugares y que profesa, según dice mamá, las ideas propias de nuestras modernas generaciones. La misma Dunetchka observa que *parece* bueno. ¡Este *parece* es grande como el mundo! ¡Por la fe en esta *apariencia* se casa Dunia con él...! ¡Admirable...! ¡Admirable...!

...Pero sería curioso saber por qué mamá habla en su carta de las «modernas generaciones». ¿Es sencillamente para caracterizar al personaje o lleva otro pensamiento: el de hacerme simpático al señor Lugin? ¡Linda farsa! Otra circunstancia que me agradaría mucho aclarar: ¿Hasta qué punto fueron francas una con otra aquel día, la noche aquella que precediera a la resolución de Dunia? ¿Hubo una explicación formal y verbal entre ellos, o se comprendieron mutuamente sin necesidad de cambiar ideas? A juzgar por la carta, más bien me inclinaría a la última suposición: mamá le encuentra algo rígido, y en su sencillez, comunica a Dunetchka la observación. Pero ésta, naturalmente, se enfada y responde con mal humor.

...¡Lo creo! Desde el momento en que la cosa estaba decidida, en que no se había de retroceder, la observación de mamá era inútil, cuando menos. ¿Y por qué me escribe: «Ama a Dunetchka, Rodia; ella te ama a ti más que a sí misma»? ¿Su conciencia no le argüiría sordamente por haber sacrificado a la hija por el hijo? «¡Eres nuestra dicha venidera; lo eres todo para nosotras!» ¡Oh, madre mía...!

La irritación de Rascolnikof aumentaba a cada instante y probable es que hubiese matado al señor Lugin si entonces se lo encontrara.

—¡Hum...! Verdad es —continuó siguiendo los pensamientos que en su cabeza se agolpaban—, verdad es que «para conocer a una persona, se necesita haberla tratado y observado atentamente»; pero el señor Lugin no es difícil de descifrar. Ante todo «es hombre de negocios y *parece* bueno»; lo que sigue diría que es una broma: «quiere proporcionarnos a su costa una buena renta». ¿Cómo poner en duda su bondad? Su futura y su suegra van a viajar en una carreta de aldeano, abrigadas de la lluvia por un mal toldo. ¡Ya tengo ganas de conocer la tal carreta!

¡Y qué importa! El trayecto hasta la estación es solamente de cuarenta verstas; «en seguida subiremos a un coche de tercera» para andar mil verstas. Tienen razón: se debe cortar el paño con arreglo a la capa; pero vos, señor Lugin, ¿en qué pensáis? Se trata de vuestra futura... ¿Y cómo podéis ignorar que, para llevar a cabo el viaje, vuestra suegra debe empeñar su pensión? Sin duda que, con vuestro espíritu mercantil, considerasteis el caso como negocio emprendido a medias, donde, por consiguiente, cada socio ha de contribuir con su parte; pero tirasteis de la manta hacia vuestro lado: no hay paridad ninguna entre el gasto que ocasiona una maleta y el que produce el viaje.

¿Acaso ellas no ven esto, o fingen no verlo? ¡El hecho es que están contentas! Sin embargo ¿qué frutos pueden esperarse de flores semejantes? Lo que me indigna en tal procedimiento es, más que la pequeñez, lo que tiene de mal tono. El pretendiente indica lo que será el marido... Y mamá, que arroja el dinero por las ventanas, ¿con qué llegará aquí? Con tres rublos, en metálico o dos «billetitos», como dice esta... vieja...

¡Hum! ¿Con qué recursos cuenta, de consiguiente, para vivir aquí? Ciertos indicios le han dado a comprender que después del matrimonio no podría continuar con Dunia; cualquier palabra *escapada* a aquel hombre amable habrá sido un rayo de luz para mamá, no obstante ella esforzarse en cerrar los ojos a la evidencia.

«Tengo intención de no aceptar», dice. Bueno, entonces ¿con qué medios de existencia cuenta? ¿Con sus ciento veinte rublos de pensión, de los que será preciso descontar la suma prestada por Afanasia Ivanovitch? Allá abajo, en nuestra pequeña ciudad, fatiga sus ojos cosiendo o bordando, pero sé que tal trabajo no produce más de veinte rublos anuales. Luego, a pesar de todo, de los generosos sentimientos del señor Lugin dependen sus esperanzas. «El mismo me comprometerá a no separarme de mi hija». ¡Fíate de la Virgen y no corras!

Pase aún cuanto a mamá; ella es así, todo está en su naturaleza; pero ¿y Dunia?

Es imposible que no comprenda a ese hombre. ¡Y sin embargo consiente en unirse a él! Su libertad moral, su alma, le son aún más queridas que el bienestar material; antes que renunciar a ellas comería pan negro; no las daría por todo el Slewig Holstein, mucho menos por el señor Lugin. No, la Dunia que yo conocí no era ésta, y es indudable que sigue siendo igual. ¿Qué decir? ¡Penoso es habitar en casa de los Svidrigaylof! Rodar de provincia en provincia, pasar toda la vida dando lecciones mediante doscientos rublos anuales es cosa dura; sin embargo, sé que mi hermana iría a casa de un plantador de América o a la de un alemán de Lituania antes que envilecerse encadenando, por puro interés personal, su existencia a la de un hombre a quien

no aprecia y con el que nada de común tiene. Aun cuando el señor Lugin fuese de oro puro o de diamante, ella no consentiría en ser su concubina legítima. ¿Por qué, pues, se resuelve a ello actualmente?

¿Dónde está la solución de este enigma? Clara se ve: por egoísmo, para procurarse el bienestar o para librarse de la muerte, no se vendería; pero sí por otro, por un sér amado, adorado. He aquí la explicación de todo el misterio. ¡Se vende por su madre, por su hermano! ¡Y lo vende todo! ¡Oh, en semejantes casos, hasta violentamos nuestro sentimiento moral; hacemos que entren en el mercado nuestra libertad, nuestro reposo, nuestra conciencia, todo, todo! ¡Perezca nuestra vida, con tal de que las queridas criaturas sean felices! Además, tomamos de los jesuítas la casuística sutil, transigimos con nuestros escrúpulos, llegamos a persuadirnos de que es preciso obrar como obramos, de que la excelencia del fin justifica nuestra conducta. ¡He ahí cómo somos! ¡Y todo esto es evidente! Claro se ve que aquí, en primer lugar, se encuentra Rodion Romanovitch Rascolnikof. ¿No es necesario asegurar su dicha, procurarle el medio de concluir sus estudios universitarios, de hacerse socio del señor Lugin, de llegar a la fortuna, al renombre, a la gloria, si es posible? Ella no ve sino a su querido Rodia, a su primer hijo. ¿Cómo no ha de sacrificar su hija a aquel hijo, objeto de sus predilecciones? ¡Corazones tiernos e injustos!

¡Pero, cómo! ¡Lo que aceptáis es la suerte de Sonia! ¡Sonetchka, Marmeladof, la eterna Sonetchka, que durará lo que el mundo dure! ¿Habéis medido bien toda la extensión de vuestro sacrificio? ¿Sabéis, Dunetchka, que vivir con el señor Lugin es igualaros a Sonia? «No puede ha-

ber amor», dice mamá. Bueno, si no puede haber amor, ni aprecio, si, por el contrario, hay aversión, repulsión, desagrado, ¿en qué, pues, se diferencia semejante matrimonio de la prostitución? Sonetchka es todavía más excusable: se vendió, no para procurarse un suplemento de bienestar, sino porque veía el hambre, la verdadera hambre, en su casa...

Y si, más adelante, sentís que el fardo es superior a vuestras fuerzas, si tenéis que lamentar lo que habéis hecho, ¡cuánto dolor, cuántas maldiciones, cuántas lágrimas secretas, porque no sois una Marfa Petrovna! Y de mi madre ¿qué será entonces de ella? Ahora ya está inquieta, atormentada. ¿Qué será cuando vea las cosas como son? ¿Y yo...? ¿Por qué no pensasteis en mí? ¡No quiero vuestro sacrificio, Dunetchka, no le quiero, madre mía! Mientras yo viva no se efectuará ese matrimonio.

Entró de pronto en sí mismo, y se detuvo.

—¿No se efectuará? Pero ¿qué harás tú para impedirlo? ¿Opondrás tu *veto?* ¿Con qué derecho? ¿Te comprometerás a consagrarles tu vida, tu porvenir, *cuando hayas concluído tus estudios y encontrado una colocación?* Eso pertenece a lo futuro. ¿Y el presente? Se trata de hacer algo desde ahora. ¿Comprendes? Y, por el momento, ¿qué es lo que haces? Las apuras. Obligar a la una a empeñar su pensión, y a la otra, a pedir un adelanto de honorarios al señor Svidrigaylof. Bajo pretexto de que más adelante serás millonario, pretendes disponer hoy de su suerte; pero ¿puedes subvenir a sus actuales necesidades? ¡Hasta dentro de diez años no podrás! Mientras tanto, tu madre habrá perdido la vista trabajando, llorando quizá; las privaciones minarán su salud. ¿Y tu hermana? ¡Vaya, piensa un poco en los

riesgos que amenazan a tu hermana en ese espacio de siete años! ¿Comprendes?

Experimentaba un agrio placer haciéndose aquellas punzantes preguntas que, de otra parte, no eran nuevas para él. Hacía mucho tiempo que le atormentaban, que le aguijoneaban sin cesar, exigiendo imperiosamente respuestas que se notaba incapaz de dar. Entonces, la carta de su madre acababa de caer sobre él como un rayo. Comprendía que había pasado la época de las estériles lamentaciones, que en aquel instante ya no se trataba, para él, de razonar respecto a su impotencia, sino de hacer algo en plazo breve, el más breve. Costara lo que costase le era necesario tomar una resolución cualquiera, o...

—¡O renunciar a la vida! —exclamó bruscamente—. ¡Aceptar el destino tal como es, pisotear todas mis aspiraciones, abdicar definitivamente el derecho de trabajar, de vivir y de amar...!

Rascolnikof recordó de pronto las palabras dichas la víspera por Marmeladof:

«¿Comprendéis, caballero, lo que significan estas palabras: no tener a dónde ir...?

De repente se estremeció: un pensamiento tenido la víspera, concluía de presentarse en su imaginación. No era la vuelta del pensamiento lo que le hacía estremecerse. Sabía de antemano, había presentido que volvería infaliblemente, y le esperaba. Mas aquella idea no era exactamente la de la víspera, y he aquí en qué consistía la diferencia: lo que, hacía un mes, y aun ayer, no era sino un sueño, surgía entonces bajo una nueva forma, espantoso, desconocido. El joven tenía conciencia de aquel cambio... En su cerebro produjéronse zumbidos, y una nube cubrió sus ojos.

Se apresuró a mirar a su alrededor, buscando

algo. Tenía ganas de sentarse, y lo que buscaba era un banco. Se hallaba entonces en el bulevar de K... Cien pasos más allá distinguió un banco. Echó a andar tan rápidamente como pudo, pero en el camino le ocurrió una aventurilla que durante algunos minutos le ocupó exclusivamente.

Cuando se dirigía hacia el banco, vió que una mujer marchaba a veinte pasos delante de él. Al pronto no se fijó en ella, sino en los diversos objetos que hasta entonces encontrara a su paso. Infinidad de veces, de regreso a su casa, le ocurrió no recordar el camino que había andado: caminaba generalmente sin ver nada. Pero la mujer ofrecía algo tan chocante a primera vista que Rascolnikof no pudo dejar de notarlo. Poco a poco, a la sorpresa sucedió una curiosidad, contra la que en vano quiso luchar, pues pronto se hizo más fuerte que su voluntad. Repentinamente sintió inmenso deseo de saber lo que de tan particularmente extraño había en la mujer. Según todas las apariencias era una joven; no obstante el ardiente calor que hacía, iba sin sombrilla y sin guantes. Movía los brazos de una manera ridícula. Lucía al cuello una pañoleta anudada en forma de lazo, y un ligero traje de seda, mal puesto, apenas sujeto a la cintura y desgarrado por detrás en el nacimiento de la falda; un jirón de tela oscilaba a derecha e izquierda. Para colmo, la joven, no muy fuerte de piernas, se tambaleaba al andar.

El encuentro concluyó por atraer toda la atención de Rascolnikof. Alcanzó a la mujer en el momento en que ésta llegaba al banco; ella se acostó, no se sentó, en el asiento, y cerró los ojos, como si estuviese fatigada, aniquilada. Examinándola adivinó que estaba ebria. La cosa parecía tan extraña que hasta se preguntó si no

se engañaba. Tenía la joven rostro casi infantil, y aquel rostro, rodeado de rubios cabellos era lindo, pero estaba encendido y como inflamado. La joven no parecía que estuviese en su juicio; había cruzado las piernas, una sobre otra, en actitud no muy honesta, y todos los indicios obligaban a pensar que no se daba cuenta del lugar en que se hallaba.

Rascolnikof no se sentaba, ni quería marcharse, y permanecía en pie frente a ella, sin saber a qué resolverse. Era más de la una y hacía mucho calor; así es que no se veía a casi nadie en aquel bulevar donde, a cualquier hora, pasea poca gente. Sin embargo, a quince pasos de distancia, en un borde de la carretera estaba parado un caballero, que, evidentemente, hubiera querido acercarse a la jovencilla con ciertas intenciones. El también, sin duda, la había visto de lejos y la había seguido; pero la presencia de Rascolnikof era un estorbo para él. Dirigía, con disimulo, es cierto, las más terribles miradas sobre este último, esperando con impaciencia el feliz instante en que aquel vagabundo le cediera el puesto.

Nada más claro. Aquel caballero, muy elegantemente vestido, era un hombre de treinta años, grueso, recio, hermoso.

Rascolnikof se encolerizó vivamente; de pronto se le ocurrió insultar al señorón. Abandonó por un instante a la joven y acercóse al caballero.

—¡Eh, Svidrigaylof! ¿qué hacéis ahí? — gritó, apretando los puños, mientras que una sardónica sonrisa entreabría sus labios, que comenzaban a cubrirse de espuma.

El elegante frunció las cejas, y su fisonomía tomó cierto aire de altanera extrañeza.

—¿Qué significa esto?—preguntó en tono importante.

—¡Significa que es preciso marcharse! ¡Nada más!

—¡Cómo te atreves, canalla...!

Y levantó su bastón. Con los puños cerrados, Rascolnikof se lanzó sobre el corpulento caballero, sin pensar que su adversario necesitaba dos como él para empezar.

Pero, en aquel instante, un hombre asió por detrás a nuestro joven. Era un gendarme, que tomaba cartas en el asunto.

—¡Basta, caballeros! ¡No os peguéis en la vía pública! ¿Qué deseáis? ¿Quién sois?—preguntó severamente a Rascolnikof, fijándose en su traje.

Rascolnikof miró atentamente a quien le hablaba. El gendarme, con su mostacho y sus patillas blancas, tenía rostro de soldado bravo, y parecía inteligente.

—¡Justamente necesitaba vuestra ayuda! —gritó el joven, cogiéndole del brazo—. Soy un antiguo estudiante, me llamo Rascolnikof. También vos podéis saber esto —agregó, dirigiéndose al caballero—. Vos, venid conmigo; voy a enseñaros una cosa...

Y, sin soltar el brazo del gendarme, le arrastró hacia el banco.

—Mirad. Está completamente ebria, no hace mucho se paseaba por el bulevar. Difícil es adivinar su posición social; pero no tiene aspecto de buscona de profesión. Lo más probable es que se la haya hecho beber en alguna parte y que se haya abusado de ella... Así se empieza... ¿Comprendéis? Luego, ebria como está, se la ha arrojado a la calle. Ved cómo su traje está desgarrado, ved cómo está vestida: no se ha vestido ella misma; se la ha vesti-

do, y por manos inexpertas, por manos de hombre. Mirad ahora por aquí: aquel lindo caballero con quien iba a trabar pelea, y a quien no conozco, pues hoy le veo por vez primera, viéndola ebria y sin conciencia de nada, hubiera querido aprovecharse de su estado para llevarla a cualquier casa de cierta especie... Esto es certísimo, seguro podéis estar de que no me engaño. Yo mismo vi cómo la miraba, cómo la seguía; sólo que le he contrariado en sus proyectos; y ahora espera a que me vaya. Vedle, está un poco lejos, y mirad cómo hace un cigarrillo para aparecer tranquilo... ¿Cómo arrancarle esa joven? ¿Cómo volverla a su casa? ¡Pensad en eso un momento!

El gendarme comprendió inmediatamente la situación y se puso a reflexionar. No podía existir duda ninguna respecto a los designios del caballero acerca de la joven. El soldado se acercó a ella y se inclinó, para examinarla más de cerca, y una profunda compasión se leyó en su rostro.

—¡Ah, qué lástima! —dijo, meneando la cabeza—. Todavía es una niña. Con seguridad que ha caído en un lazo... Oíd, señorita, ¿dónde vivís?

La joven alzó sus párpados entorpecidos, miró a los hombres con extravío e hizo un gesto como para rechazarlos.

Rascolnikof sacó veinte *kopeks* del bolsillo.

—¡Tomad! —dijo al gendarme—. Llamad a cualquier cochero y que la conduzca a su casa. Sólo que será necesario saber dónde vive.

—¡Señorita, eh, señorita! —pronunció de nuevo el soldado, después de tomar el dinero—. Voy en busca de un coche y en seguida os llevaré a vuestra casa. ¿Dónde se ha de ir? ¿Eh? ¿Dónde habitáis?

—¡Ah, Dios mío...! ¡me prenden...!—murmuró la joven, con igual movimiento que antes.

—¡Qué innoble es esto! ¡Qué infamia!—dijo el soldado, lleno de piedad e indignación—. He ahí la dificultad—añadió, dirigiéndose a Rascolnikof, a quien por vez segunda miró de pies a cabeza.

Aquel haraposo tan dispuesto a dar dinero, le parecía muy enigmático.

—¿La encontrasteis lejos de aquí?—preguntó.

—Os repito que caminaba delante de mí, tambaleándose, por el bulevar. En cuanto llegó aquí se dejó caer, rendida, sobre el banco.

—¡Ah, qué malas acciones se llevan a cabo en el mundo, Señor! ¡Borracha una muchacha semejante! ¡Con seguridad que se la engañó! Su vestido está desgarrado... ¡Ah, cuánto vicio hay en estos tiempos...! Sus padres quizá sean nobles arruinados... Hay muchos ahora... Se la tomaría por una señorita de buena familia.

Otra vez se inclinó sobre ella. Quizá él también fuera padre de jóvenes bien educadas a quienes se hubiera tomado por señoritas de buena familia.

—Lo esencial —agregó Rascolnikof—, es no dejarla caer en manos de aquel libidinoso. ¡Evidente es que tiene bien formado el proyecto! ¡El pillo aun está allí!

Al pronunciar tales palabras, el joven había elevado la voz, mostrando con el gesto al caballero. Oyendo lo que de él se decía, éste aparentó al pronto enfadarse, pero se tranquilizó y se limitó a dirigir a su enemigo una mirada despreciativa. Luego, sin apresurarse, retrocedió diez pasos más, y otra vez se detuvo.

—¡No dejaré que la arrebate! —habló con pensativo aire de gendarme—. Si ella nos dijera dónde vive... Pero no es preciso... ¡Señorita, eh, señorita!

—añadió, encorvándose una vez más hacia la joven.

De repente abrió ella los ojos, miró atentamente, y una especie de luz pareció penetrar en su cerebro; se levantó y tomó el mismo camino que trajera.

—¡Qué asquerosos, desvergonzados! ¡Detenerme a mí! — dijo agitando de nuevo el brazo como para rechazar a alguien.

Caminaba rápidamente, pero con inseguro paso. El elegante echó a andar tras de ella; aun cuando tomó por otra avenida no la perdía de vista.

—No la conseguirá, estad tranquilo—dijo resueltamente el gendarme.

Y siguió a la joven.

—¡Ah, cómo abunda el vicio! — repitió, suspirando.

En aquel momento, un cambio tan completo como súbito se operó en los propósitos de Rascolnikof.

—¡Oíd! ¡Eh!—gritó el gendarme.

Este se volvió.

—¡Dejadla! ¿A qué os mezcláis en eso? ¡Que se divierta! (mostraba al elegante). ¿Qué os importa?

El soldado, no explicándose aquel lenguaje, miró embobado a Rascolnikof, quien se echó a reir.

—¡Eh!—dijo el gendarme agitando el brazo.

Y continuó siguiendo a la joven y al guapo caballero. Probable es que tomara a Rascolnikof por loco, quizá por algo aun peor.

—¡Se lleva mis veinte *kopeks!* —pensó encolerizado el joven al quedarse solo—. Bueno, sacará dinero al otro, le dejará llevarse a la joven, y todo concluirá... ¿Qué idea me dió de querer hacer de bienhechor? ¿Acaso es obligación mía el ayudar a nadie? ¿Tengo derecho a hacerlo?

Devórense unas a otras las personas. ¿Qué me importa a mí? ¿Y cómo me permití dar los veinte *kopeks*? ¿Acaso eran míos?

No obstante tan extrañas palabras, su corazón estaba oprimido. El cansancio le hizo sentarse. Sus ideas eran incoherentes. Hasta le era penoso entonces pensar. Hubiera querido dormirse profundamente, olvidarlo todo, luego despertar y emprender nuevos derroteros.

—¡Pobre! —decía, contemplando el extremo del banco en que la joven estuvo sentada—. Cuando vuelva en sí llorará... Su madre sabrá luego la aventura... Primero, le pegará; después, le azotará, para añadir la humillación al dolor. Quizá la arroje a la calle... Y aun cuando no la arroje, una Daria Frantzovna cualquiera olfateará el manjar, y he ahí a la infeliz rodando de aquí para allá hasta dar en el hospital, cosa que no tarda en suceder (y siempre lo propio para las jóvenes obligadas a hacer sus correrías a escondidas porque la madre es muy honrada). Una vez curada tornará a la fiesta, luego vendrá otra vez el hospital... la bebida... las tabernas... y el hospital otra vez... Después de dos o tres años de esta vida, a los diecinueve será impotente. ¡Cuántas que empezaron como ésta empieza, concluyeron así! Pero ¡bah! eso es necesario —exclamó—. Es un tanto por ciento anual, una prima de seguridad que ha de pagarse... al diablo, sin duda, para asegurar el descanso de los demás. ¡Un tanto por ciento! La verdad es que tienen muy lindas palabras, y que éstas tienen un aspecto científico que les sienta bien. Cuando se ha dicho: «¡Un tanto por ciento!», todo ha concluído; no hay ya por qué inquietarse. Si la cosa se conociera con otro nombre, quizá pro-

dujera más preocupación... Y, ¿quién sabe? Quizá Dunetchka no se halle comprendida en el tanto por ciento del año próximo, sino en el del año presente... Pero ¿a dónde voy yo? —pensó súbitamente—. ¡Esto es extraño! Sin embargo, un objeto tenía mi salida de casa. En cuanto leí la carta salí a la calle... ¡Ah, sí, ya lo recuerdo! Iba en busca de Razumikin, al Vassili Ostrof. Mas ¿para qué? ¿Cómo pude tener idea de visitar a Razumikin? ¡Es esto curioso!

No se comprendía. Razumikin era uno de sus antiguos compañeros de universidad. ¡Cosa notable! Cuando Rascolnikof estudiaba Derecho, vivía muy aislado, no yendo a casa de ninguno de sus condiscípulos, ni agradándole ser visitado por ellos. Estos, por otra parte, no tardaron en pagarle con igual moneda. Nunca tomaba parte ni en sus reuniones ni en los placeres propios de estudiantes. Se le apreciaba a causa de su ardor en el trabajo, pero nadie le quería. Era muy pobre, muy orgulloso y muy encerrado en sí mismo; su vida parecía ocultar algún secreto. Sus compañeros creían que aparentaba mirarlos con desdén, como si hubieran sido sus hijos, o, al menos, seres muy inferiores a él desde el punto de vista del saber, de las ideas y del desarrollo intelectual.

Sin embargo, mantenía relaciones con Razumikin, o, mejor dicho, se comunicaba con él más que con otro. Verdad que el carácter de Razumikin inspiraba confianza. El joven era alegrísimo, expansivo y bueno hasta la candidez. Esto, por otra parte, no excluía en él cualidades serias. Los más inteligentes de sus compañeros reconocían su mérito, y todos le querían. Muy lejos estaba de ser necio, aun cuando en ocasio-

nes pareciera candoroso. Sus cabellos negros, su rostro siempre mal afeitado, su elevada estatura y su delgadez llamaban pronto la atención.

Mala cabeza a ratos, pasaba por un Hércules. Cierta noche en que corría por las calles de San Petersburgo en compañía de algunos amigos, derribó de un puñetazo a un gendarme de cerca de dos metros de estatura. Se podía entregar a los mayores excesos de bebida, y asimismo sabía observar la más estricta sobriedad. Si en ocasiones le ocurría llevar a cabo inexcusables locuras, en otras se mostraba de una prudencia ejemplar. Otra cosa notable en Razumikin era que jamás habíase visto desalentado, que nunca se dejaba abatir por ningún revés. Era capaz de vivir sobre un tejado, soportando los horrores del frío y del hambre sin desmentir un solo instante su buen humor acostumbrado. Muy pobre, obligado a salir de apuros por sí mismo, hallaba medios de vivir más bien o más mal, porque era mozo listo y conocía una multitud de lugares en que (trabajando, se entiende) podía ganarse dinero.

Se le había visto pasar todo un invierno sin fuego; aseguraba que aquello le fué agradable, porque se duerme mucho mejor cuando se tiene frío. Por entonces, Rascolnikof habíase visto obligado a dejar de ir a la Universidad por falta de recursos, pero pensaba reanudar sus estudios lo antes posible; de manera que nada descuidaba que pudiese mejorar su situación pecuniaria. Rascolnikof no había ido a su casa hacía cuatro meses, y Razumikin ni aun sabía las señas del domicilio de su amigo. Se habían encontrado en la calle dos meses antes, pero Rascolnikof había pasado al punto a la otra acera para que Razumikin no reparase en él. Este vió a su amigo,

mas, no queriendo molestarle, fingió no haberle visto.

VI

—En efecto, no hace mucho me proponía ir a casa de Razumikin; quería rogarle que me procurase algunas lecciones o un trabajo cualquiera... —decíase Rascolnikof—. Mas, ahora ¿en qué puede serme útil? Suponiendo que me procure lecciones; suponiendo que, de tener algunos *kopeks*, sea capaz de compartirlos conmigo, de darme lo preciso para comprar las botas y el traje propios de un profesor... ¡Hum...! Bueno, ¿y qué? ¿Qué haré yo con algunos céntimos? ¿Es eso lo que ahora necesito? En verdad, es necio ir a casa de Razumikin.

La preocupación de saber por qué en aquel momento iba a casa de su amigo, le atormentaba más aún de lo que se confesaba a sí mismo; ansiosamente buscaba algún sentido, siniestro para él, en semejante determinación, al parecer la más sencilla del mundo.

—¿Es posible que, dados mis apuros, base toda mi confianza en Razumikin? ¿Es que en realidad espero de él mi salvación?—se preguntaba como con extrañeza.

Reflexionaba, frotábase la frente, y, de pronto, después de mucho tiempo de torturarse, una idea extravagante brotó súbitamente en su cerebro.

—¡Hum...! Sí, iré a casa de Razumikin —dijo de pronto y en el tono más tranquilo, como si tomara una resolución definitiva—. Iré a casa de Razumikin, pero no ahora... Iré a verle...

al día siguiente, cuando *aquello* haya concluído y mis asuntos cambiado de aspecto...

Apenas había pronunciado tales palabras, cuando volvió sobre sí mismo.

—¡Terminado *aquello!* —exclamó con tal sobresalto que le arrancó de su asiento—. Pero ¿es que *aquello* se hará? ¿Acaso es posible?

Con rapidez se alejó del banco. Su primer intento fué regresar a casa. Mas, ¡cómo! ¡Volver de nuevo a la horrible habitación en que pasara más de un mes premeditando *aquello!*

Pensando de tal modo, presa del disgusto, echó a andar a la ventura.

Su nervioso temblor había tomado un carácter febril; sentíase estremecer; sentía frío, no obstante lo elevado de la temperatura. Casi a su pesar, cediendo a una especie de necesidad interior, esforzábase en fijar su atención en los diversos objetos que encontraba para eludir la obsesión de una idea destructora. Pero en vano trataba de distraerse; a cada instante volvía a caer en su ensueño. Cuando levantó la cabeza para pasear sus miradas en derredor, un minuto después olvidaba lo que acababa de pensar y hasta el lugar en que se hallaba. De esta manera atravesó Vassili Ostrof, desembocó en el Pequeño Neva, pasó el puente y llegó a las islas.

El verdor y la frescura regocijaron al pronto sus ojos, acostumbrados al polvo, a la cal, a los pesados montones de piedras. Allí, la asfixia, olores insalubres, tabernas. Pronto sus nuevas sensaciones perdieron por sí mismas el encanto, dando lugar a una enfermiza irritación. En ocasiones, el joven se detenía ante cualquier *villa* coquetonamente encajada en medio de risueña vegetación; mirando por las verjas, veía

en los balcones y las terrazas, mujeres elegantemente vestidas, niños que corrían por el jardín. Sobre todo, fijábase en las flores: era lo que más atraía sus miradas. De vez en cuando, junto a él, pasaban jinetes, amazonas, soberbios carruajes... Los seguía con mirada curiosa, olvidándolos antes de dejar de verlos.

Se detuvo y contó su dinero: se halló poseedor de unos treinta *kopeks*.

—Di veinte al gendarme, tres a Nastasia por la carta. De consiguiente, cuarenta y siete o cincuenta dejé ayer en casa de Marmeladof.

Había tenido un motivo para verificar aquel balance; mas, un instante después, ya no recordaba por qué había sacado su dinero del bolsillo. Se acordó más tarde al pasar por delante de un figón. Su estómago gritaba hambre.

Entró en el bodegón y allí tomó una copa de aguardiente, y masticó unos bocados de una empanada, que se llevó para acabar de comerla paseándose.

Mucho tiempo hacía que no había tomado ningún líquido espirituoso. Así es, que el poco aguardiente que tomara, pronto produjo en él sus efectos. Las piernas se le entorpecían y comenzó a experimentar deseos de dormir. Quiso volver a su casa; pero al llegar a Petrovsky Ostrof, sintióse incapaz de ir más lejos.

Abandonando el camino penetró en los sotos, se tendió sobre la hierba, y al momento quedóse dormido.

En el estado enfermizo, los sueños, suelen distinguirse por un relieve extraordinario y un parecido notable a la realidad. El cuadro es en ocasiones monstruoso, pero el decorado y *atrezzo* de representación son bien verosímiles, y los deta-

lles, muy acabados, y ofrecen, en su inesperada aparición, disposición tan ingeniosa, que el soñador, aun cuando fuera un artista como Puchkin o como Turguenef, sería, en estado normal, incapaz de inventar nada tan bueno. Tales sueños enfermos dejan siempre un recuerdo y afectan profundamente al organismo, ya desarreglado, del individuo.

Rascolnikof tuvo un sueño horrible. Volvió a verse niño en la ciudad donde habitara con su familia. Tiene siete años, y, en día de fiesta, se pasea extramuros, acompañado de su padre. El tiempo es nebuloso, el aire obscuro, los lugares exactamente tales como su memoria se los recordaba, hasta ver, en sueños, más de un detalle ya borrado en su espíritu. La pequeña ciudad aparece absolutamente al descubierto; en derredor no hay ni un solo sauce blanco; en un punto muy lejano, en los límites del horizonte, un bosquecillo forma una mancha negra. A algunos pasos del último jardín de la ciudad, hay una taberna, una gran taberna, cerca de la cual no podía pasar nunca el niño, al pasear con su padre, sin experimentar una impresión desagradable y a la vez un sentimiento de terror. Siempre había allí gran gentío, personas que aüllaban, reían, se insultaban, se pegaban, o cantaban con voz ronca cantares soeces... En derredor siempre vagaban hombres ébrios, y ¡eran tan horribles sus caras...! Cuando los veía de cerca, Rodion se aferraba a su padre, temblando todo su cuerpo. La trocha, en uno de cuyos lados hállase la taberna, está siempre cubierta de polvo negro. A trescientos pasos de allí, da vuelta hacia la derecha y costea el cementerio de la ciudad. En medio de éste, se eleva una iglesia de piedra coronada por una cúpula verde, iglesia a la que el

niño iba dos veces cada año en compañía de su padre y de su madre, cuando se celebraban misas por el descanso del alma de su abuela, muerta hacía mucho tiempo, y a la que no había conocido. Tenía cariño a esta iglesia, a sus viejas imágenes, en su mayoría sin adornos, y a un viejo sacerdote de cabeza temblona. Junto a la lápida que marca el lugar en que reposan los restos de su abuela, había una pequeña tumba, la del hermano mayor de Rodion, niño muerto a los seis meses. También le había conocido, pero se le decía que había tenido un hermanito; el día que visitaba el cementerio hacía piadosamente la señal de la cruz, inclinábase con respeto ante la pequeña tumba y la besaba.

He aquí ahora su sueño:

Sigue con su padre el camino que conduce al cementerio; pasan por delante de la taberna; se agarra a la mano de su padre, y dirige miradas de miedo hacia la odiosa casa, donde parece reinar una animación mayor que de costumbre. Hay allí muchos burgueses y aldeanos, vestidos de fiesta, sus consortes y toda clase de personas de la masa del pueblo. Todos están ebrios, todos entonan canciones. Ante el vestíbulo de la taberna se halla estacionado uno de aquellos enormes vehículos que ordinariamente se emplean en el transporte de mercancías, de toneles de vino; suelen engancharse a tales carretas vigorosísimos caballos, de gruesas patas y larga crin, y Rascolnikof siempre experimentaba placer al contemplar cómo aquellas bestias arrastraban tras sí los más pesados cargamentos, sin experimentar la menor fatiga. Al enorme vehículo está ahora enganchado un caballejo de lastimosa escualidez, uno de aquellos rocines a los que los *mujiks* suelen hacer tirar de grandes carretas, y a los que

rinden a fuerza de golpes descargados en ojos y hocicos, cuando los pobres animales se aniquilan en vanos esfuerzos para sacar el vehículo del bache en que se atascara. Tal espectáculo, de que Rascolnikof había sido testigo muchas veces, siempre le hacía llorar, y, en semejantes casos, su mamá le alejaba de la ventana. De pronto se produce un gran escándalo; de la taberna salen gritando, cantando, tocando la guitarra, *mujiks* completamente beodos; llevan camisas rojas y azules, y las chaquetas, colgadas al hombro.

—¡Subid, subid todos! —grita un hombre joven aún, de grueso cuello, de rostro carnoso y de color de zanahoria—. ¡Os llevo a todos, subid!

Estas palabras provocan risas y exclamaciones.

—¡Semejante rocín andar el camino!

—¡Hace falta haber perdido el juicio, Mikolka, para enganchar tan pequeño cuartago a un carromato tan grande!

—¡Con seguridad, amigos míos, que la bestia va para los veinte!

—¡Subid, llevo a todo el mundo! —grita de nuevo Mikolka, que salta el primero a la carreta, coge las riendas y se coloca tan grande como es, en la delantera del vehículo—. El caballo bayo marchó hace poco con Matrei, y esta yegua, amigos míos, es para mí una verdadera pesadilla; creo que debía matarla, pues ni lo que come gana. ¡Os digo que montéis! ¡La haré galopar! ¡oh! ¡galopará!

Diciendo esto coge su látigo, ya feliz a la sola idea de flagelar al animal:

—¡Pero subid! ¡Zas! ¡Lo dicho, dicho; galopará...!—dijo bromeando a la multitud.

—De seguro que hace seis años que no galopa.

—A buen paso irá.

—¡No tengáis lástima, amigos! ¡Coged cada uno un látigo! ¡preparaos todos!

—¡Eso es! ¡Se la zurrará!

Todos trepan al vehículo de Mikolka, riendo y chanceando al propio tiempo. Seis hombres han subido y la carreta sigue todavía en el mismo sitio. Entre ellos va una gruesa aldeana de rubicundo rostro. Esta comadre parte nueces y ríe. También se ríe entre la multitud que los rodea; y, en verdad, ¿cómo no reir a la idea de que un animal semejante llevará al galope tanta gente? Dos de los mozos que están en la carreta, se arman de látigos para ayudar a Mikolka.

—¡Arre!—grita éste.

La yegua tira con todas sus fuerzas, pero, lejos de galopar, apenas avanza un paso; agita los pies, gime y dobla el lomo bajo el azote de los tres látigos. Redoblan las risas en la multitud y en los de carreta, pero Mikolka se enfada, y, en su cólera, apalea a la yegua como si efectivamente se propusiera hacerla galopar.

—¡Dejadme subir también, amigos!—gritó entre los espectadores una joven que ardía en deseos de formar parte de la alegre partida.

—¡Sube! —responde Mikolka—. ¡Subid todos! ¡Llevará a todo el mundo! ¡Voy a obligarla a andar!

Dicho esto, golpea y golpea, y, en su furia, no sabe con qué darle al paciente animal para que el golpe sea más doloroso.

—¡Papá! —grita el niño a su padre—. ¿Qué hacen? ¡Papá, pegan al pobre caballo!

—¡Vámonos, vámonos! —dice el padre—. ¡Son borrachos que se divierten, imbéciles! ¡Ven, no hagas caso de ellos!

Y quiere llevárselo; pero Rodia escapa del lado

de su padre, y, sin saber lo que hace, corre junto a la yegua.

El infeliz animal ya no puede más.

—¡Dale hasta que muera! —aúlla Mikolka—. ¡Eso es lo que hay que hacer! ¡Voy a comenzar!

—¡Con seguridad que no eres cristiano, salvaje, alma del demonio!—grita un anciano entre la multitud.

—¿Se vió nunca que una yegua tan pequeña arrastrara una carga tan pesada?—agrega otro.

—¡Canalla!—vocifera un tercero.

—¡No es tuya! ¡Es mía, y le hago lo que quiero! ¡Subid más, subid todos! ¡Es preciso que galope...!

De repente, la voz de Mikolka es cubierta por grandes carcajadas: el animal, rendido por los golpes. ha concluído por perder toda la paciencia, y no obstante su debilidad, empieza a cocear.

La hilaridad general se apodera hasta de los ancianos. Hay, en efecto, motivo para reir. ¡Una yegua que apenas puede tenerse y que cocea!

Destácanse dos mozos de la multitud, se arman de látigos y se apresuran a golpear al animal, el uno en la parte izquerida, el otro en la derecha.

—¡Dadle en el hocico, en los ojos...! — vocifera Mikolka.

—¡Una canción, amigos míos!—grita una voz en la carreta.

Y en el mismo instante, la cuadrilla entona una canción grosera, que acompaña un tambor de primitiva hechura.

La aldeana casca nueces y ríe.

...Rodion se ha acercado a la yegua, y ve cómo la golpean en los ojos ¡sí, en los ojos! Llora. Su corazón se angustia, corren sus lágrimas. Uno de sus verdugos roza su rostro con

el látigo y no lo siente. Retuércese las manos, profiere gritos. Se lanza hacia el anciano de la barba y de los cabellos blancos, que mueve la cabeza y condena aquella escena. Una mujer coge al niño de la mano y trata de apartarle de aquel espectáculo; él se resiste y se apresura a volver junto a la yegua. Las fuerzas de ésta se agotan: sin embargo, todavía quiere cocear.

—¡Ah, mal bicho! — vocifera Mikolka exasperado.

Abandona el látigo, se inclina y saca del interior de la carreta una larga y pesada vara: la empuña con ambas manos por un extremo, la blande y la descarga con furia encima del rocín.

—¡Va a destrozarla!—se grita en derredor.

—¡La matará!

—¡Es mía!—ruge Mikolka.

Y la vara, manejada por brazos vigorosos, cae con estrépito sobre el lomo del animal.

—¡Zurradla, zurradla! ¿Por qué os detenéis?—se grita en la multitud.

De nuevo se ve en el aire la estaca, y otra vez cae sobre la bestia. Bajo la violencia del golpe ésta se encoge, y reuniendo, no obstante, todas sus fuerzas, tira en diversos sentidos para escapar de aquel suplicio; pero siempre encuentra los látigos de sus acosadores. Por tercera, por cuarta vez, Mikolka golpea con la vara al desdichado animalejo. Le enfurece no haberle matado de un solo golpe.

—¡Dura tiene la vida!—gritan en derredor.

—Con seguridad que no durará mucho tiempo, amigos míos; su última hora ha llegado—observa en la multitud un aficionado.

—¡Que tome un hacha! Es el medio de concluir al momento—sugirió un tercero.

—¡Sitio!—grita Mikolka.

Sus manos sueltan la vara, busca de nuevo en el vehículo y toma otra de hierro.

—¡Cuidado!—grita.

Y con aquella arma asesta un golpe a la yegua. Esta se tambalea, quiere aún tirar; pero un nuevo golpe la tira en tierra, como si instantáneamente le hubieran cortado los cuatro miembros.

—¡Concluyamos con ella! — vocifera Mikolka, que, fuera de sí, salta al suelo.

Algunos mozos, enrojecidos, hartos de vino, cogen lo que a mano encuentran, y van hacia la yegua moribunda. Mikolka, en pie ante la bestia, golpéala sin cesar con el barrote de hierro. El animal estira el cuello y exhala el último aliento.

—¡Está muerta!—grita la multitud.

—¿Por qué no quiso galopar?

—¡Es mía!—grita Mikolka, siempre con la barra en la mano y los ojos inyectados en sangre. Parece lamentar que la muerte le haya arrancado su víctima.

—Bueno, pero la verdad es que no eres cristiano—replican indignados muchos de los asistentes.

El pobre muchachuelo no sabe lo que se hace. Gritando se abre camino a través de la multitud que rodea al rocín; coge la ensangrentada cabeza del animal y la besa, la besa en los ojos, en los labios... Luego, en un repentino transporte de cólera, aprieta los puños y se arroja sobre Mikolka. En aquel momento, su padre, que desde hacía mucho tiempo le buscaba, le ve y le saca de entre la gente.

—¡Vámonos, vámonos! —le dice—. ¡Volvamos a casa!

—Papá, ¿por qué han... matado... a la pobre yegua?—solloza el niño.

Pero le falta la respiración, y de su garganta sólo salen roncos gemidos.

—¡Son diversiones de borrachos! ¡No nos importa eso!—dice el padre.

Rodia le estrecha en sus brazos; pero siente tal peso en el pecho... Quiere respirar, gritar, y se despierta.

Rascolnikof vuelve agitado de su ensueño, con el cuerpo húmedo, los cabellos anegados en sudor. Se apoya en un árbol y respira prolongadamente.

—¡Gracias a Dios que no es más que un sueño! —se dice—. Pero, ¿qué? ¿Acaso me empieza la fiebre? Semejante sueño me lo haría pensar.

Tenía los miembros como quebrantados; su alma estaba llena de obscuridad y de confusión. Apoyando los codos en la rodilla dejó caer la cabeza entre las manos.

—¡Dios mío! —exclama—. ¿Sería posible, en efecto, que tomase un hacha y fuese a partir el cráneo de aquella mujer...? ¿Sería posible que anduviese sobre la sangre tibia y coagulada, que fuese a forzar la cerradura, a robar, después a ocultarme tembloroso... ensangrentado... con el hacha...? ¡Señor! ¿acaso es esto posible?

Al pronunciar tales palabras, temblaba como un azogado.

—Mas ¿en qué pienso? —continuó en tono de sorpresa profunda—. Sé que no sería capaz. ¿Por qué, pues, me he atormentado hasta este instante? Ya ayer, cuando llevé a cabo aquel... *ensayo*, comprendí perfectamente que era superior a mis fuerzas. ¿En qué consiste, pues, que ahora aparento probarme? Ayer, conforme bajaba la escalera, me decía a mí mismo que era innoble, odioso, re-

pugnante... La sola idea de un hecho semejante, me aterraba...

—¡No, no tendré valor! ¡Es superior a mis fuerzas! Aun cuando mis razonamientos disiparan todas las dudas, aun cuando las conclusiones a que en este mes he llegado fuesen claras como el día, exactas como la aritmética, no podría decirme: ¡Soy incapaz...! ¿Por qué, pues, por qué ahora...?

Se levantó, miró con aire admirado en derredor suyo, cual si le hubiera sorprendido hallarse en aquel sitio y tomó el puente de T... Estaba pálido, brillaban sus ojos, la debilidad se manifestaba en todo su sér, pero empezaba a respirar más cómodamente. Ya se sentía libre del horroroso peso que por espacio de tanto tiempo le había oprimido, y en su alma volvía a reinar la paz.

—¡Señor —rogó—, muéstrame mi camino, y renunciaré a esta idea maldita!

Al atravesar el puente contemplaba tranquilo el río y la flamígera puesta de sol. No obstante su debilidad, no sentía fatiga. Hubiérase dicho que el tumor que se había ido apoderando de su corazón en el espacio de un mes, moría súbitamente. ¡Era ya libre! ¡Roto estaba el encanto! ¡Había cesado de obrar ese espantoso maleficio!

Más adelante, Rascolnikof recordó, minuto por minuto, el empleo de su tiempo en aquellos días de crisis: entre otras, una circunstancia presentábase a menudo en su pensamiento, y, aun cuando por sí misma no tuviese nada particularmente extraordinario, nunca pensaba en ella, sino con una especie de terror supersticioso, vista la decisiva acción que ejerciera en su destino.

He aquí el hecho que para él era siempre un enigma. ¿Cómo si a causa de la fatiga debiera

regresar a su casa por el camino más recto, se le ocurría tomar por el Mercado del Heno, donde nada, absolutamente nada le llamaba? Sin duda aquella vuelta no alargaba mucho su camino, pero era completamente inútil. Hablando con verdad, numerosas veces le había ocurrido dirigirse hacia su casa sin advertir el itinerario que seguía.

—Pero ¿por qué —se preguntaba luego—, por qué el encuentro tan importante, tan decisivo para mí, y al propio tiempo tan fortuito que tuve en el Mercado del Heno (a donde ningún motivo me llevaba), ocurrió a la misma hora, en el preciso momento en que, dadas mis disposiciones, debía tener las consecuencias más graves e irreparables?

Casi, casi, veía en tal fatal coincidencia el efecto de una predestinación.

El joven llegó al mercado cerca de las nueve. Todo el mundo se disponía a regresar a su casa: los comerciantes cerraban sus tiendas.

En el extremo del *perenlok* de K... un matrimonio vendía artículos de mercería colocados sobre dos mesas. Aun cuando también se dispusieran a recoger sus mercancías, habíanse detenido para hablar con una conocida que acababa de acercárseles. Aquella conocida era Isabel Ivanovna, la hermana menor de Alena Ivanovna, la usurera a cuya casa había ido Rascolnikof, el día antes, tanto para empeñar su reloj como para llevar a cabo su *ensayo*...

Tiempo hacía que habíase informado de las circunstancias de aquella Isabel, que por su parte le conocía algo. Era una mujer corpulenta y torpe, de treinta y cinco años, tímida, dulce, y casi idiota. Temblaba ante su hermana, que la trataba literalmente como una esclava, haciéndola trabajar día y noche y hasta pegándole. En aquel

momento su fisonomía expresaba indecisión, mientras que, de pie, con un paquete en la mano, escuchaba atentamente al matrimonio.

Cuando Rascolnikof vió de pronto a Isabel experimentó una sensación muy semejante a la sorpresa, aun cuando el encuentro nada tuviera de sorprendente.

—Es necesario que estéis allí para tratar del asunto, Isabel Ivanovna —dijo con fuerza el vendedor—. Id, pues, mañana, de seis a siete. Ellos irán también.

—¿Mañana?—dijo con voz perezosa Isabel, que parecía decidirse con pena.

—¿Teméis a Alena Ivanovna? —dijo vivamente la vendedora—. Yo cuidaré de vos. ¿Es posible que os dejéis dominar de tal modo por una persona que no es, después de todo, otra cosa que una hermanastra?

—Por esta vez no digáis nada a Alena Ivanovna —interrumpió el marido—. Oíd mi consejo: pasaos por casa a pedir permiso: se trata de un negocio ventajoso. Vuestra misma hermana puede convencerse de ello al momento.

—Tal vez iré.

—Mañana de seis a siete; irán ellos también; es menester que os halléis presente para que la cosa se decida.

—Y os ofreceremos una taza de té—agregó la vendedora.

—Está bien; iré—respondió Isabel, siempre pensativa.

Y, lentamente, comenzó a despedirse de sus interlocutores.

Rascolnikof había pasado ya ante el grupo formado por aquellas tres personas, y no oyó más. Con disimulo había acortado el paso, esforzándose para no perder palabra de la conversación. A la

sorpresa del primer instante, sucedió en él un espanto que le hizo estremecerse. La casualidad más imprevista concluía de revelarle que al día siguiente, a las siete de la noche, Isabel, la hermana y única compañera de la vieja, estaría ausente, y que, por tanto, a las siete en punto, la anciana *estaría sola en su casa.*

El joven estaba cerca de la suya. Penetró en su aposento como un condenado a muerte. No pensó en nada ni, por otra parte, podía pensar; súbitamente sintió una ausencia completa de su voluntad, de su libre albedrío, y que todo se hallaba definitivamente resuelto.

En verdad, podía haber esperado años enteros una ocasión favorable, hasta intentar suscitarla, pero nunca una tan propicia como la que por sí misma acababa de ofrecérsele. En todo caso, difícil hubiera sido poder saber la víspera, y de un modo seguro, y sin correr el menor riesgo, sin comprometerse con peligrosas preguntas, que mañana a tal hora, tal vieja, a quien se quisiera matar, estaba sola en su casa.

VI

Rascolnikof supo más tarde la causa por qué el vendedor y su mujer habían invitado a Isabel a que pasara por su casa.

Pero, desde hacía algún tiempo, nuestro héroe habíase tornado supersticioso, y, en consecuencia, en cuanto se refería a aquel asunto, creía ver la acción de causas extrañas y misteriosas. El anterior invierno, un estudiante conocido le había dado las señas de la vieja Alena Ivanovna, para

el caso en que tuviera necesidad de empeñar algo. Mucho tiempo tardó en ir a su casa, porque el producto de sus lecciones permitíale ir viviendo. Seis semanas antes de los acontecimientos que referimos, recordó de pronto las señas; poseía dos objetos por los cuales podían darle algo: un antiguo reloj de plata que heredara de su padre, y un anillo de oro, adornado con tres piedras rojas, que su hermana le había dado, como recuerdo, en el momento de separarse.

Rascolnikof se decidió a llevar la sortija a casa de la usurera. A primera vista, y antes de que supiera nada de particular respecto a ella, la vieja le inspiró violenta aversión. Después de recibir de su mano dos «billetitos» entró en un mal *traktir* (1) que encontrara al paso. Allí pidió café; se sentó, y se puso a reflexionar. Una idea extraña, todavía en embrión, ocupaba exclusivamente su cerebro.

Ante una mesa próxima a la en que se hallaba, un estudiante para él desconocido hablaba con un oficial. Rascolnikof oyó que hablaban de la usurera.

Los dos jóvenes acaban de jugar una partida de billar y se disponían a tomar té. De pronto, oyó Rascolnikof que el estudiante daba al oficial las señas de Alena Ivanovna, viuda y prestamista. No dejó de extrañar a nuestro héroe que se hablase de una mujer de cuya casa precisamente hacía poco venía. Sin duda era pura casualidad, pero tuvo que luchar con una impresión que se hizo más intensa cuando el estudiante empezó a contar a su amigo varios detalles acerca de Alena Ivanovna.

---

(1) Café modesto.

—Es famoso recurso —decía el estudiante—. En su casa siempre hay medio de procurarse cuartos. Rica como un judío, de una vez prestaría cinco mil rublos, y no por eso deja de aceptar objetos que valgan uno solo. Es una providencia para muchos de los nuestros. ¡Pero qué horrible mujer!

Comenzó a contar que era mala, caprichosa, que no concedía ni veinticuatro horas de prórroga, y que objeto no retirado en el marcado día, era perdido por su dueño; que prestaba por las cosas la cuarta parte de su valor y que exigía el cinco por ciento y hasta el seis de interés mensual, etc., etc. El estudiante, en vena de charla, agregó que la horrible vieja era enana, lo que no le impedía pegar y mantener en completa esclavitud a su hermana Isabel, aun cuando ésta fuese, en cambio, una mujerona.

—¡Qué fenómeno!—exclamó, echándose a reir.

La conversación recayó luego sobre Isabel, de la que habló el estudiante con marcado gusto y sin dejar de reir. El oficial le escuchó con gran interés y le rogó que se la enviase para darle a cuidar su ropa. Rascolnikof no perdió una sola palabra de esta conversación, por la que supo una porción de cosas. Isabel, más joven que Alena Ivanovna, pues sólo tenía treinta y cinco años, era hermana consanguínea de la usurera. Además de hacer en la casa oficios de cocinera y lavandera, cosía prendas y las vendía, fregaba suelos y cuanto ganaba lo entregaba a su hermana. No aceptaba encargo ni trabajo alguno sin obtener antes licencia de Alena.

La infeliz Isabel trabajaba todo el día, en ocasiones por la noche también, y, sin embargo, sabía que su hermana había hecho testamento, y que sólo le dejaba los muebles. Deseosa de que

perpetuamente se rogara por el descanso de su alma, toda su fortuna estaba legada a un monasterio del distrito de N...

Era mujer corpulenta y desgarbada, de pies grandes, calzados con anchos zapatos, muy propios de su persona, y, lo que más gracia le hacía al estudiante, siempre estaba preñada.

—¿Luego es un fenómeno?—observó el oficial.

—Es muy morena, eso sí; parece un soldado vestido de mujer, pero, es claro, esto no significa que sea un monstruo. Su fisonomía expresa bondad y sus ojos tienen una expresión muy simpática. La prueba de esto es que agrada a muchos. Es pacífica, sufrida, dulce y de un carácter muy franco: hasta su sonrisa es graciosa.

—¿Te gusta a ti, quizá?—preguntó el oficial.

—Me gusta por su rareza; pero, cuanto a esa maldita vieja, la mataría y la robaría sin el menor escrúpulo de conciencia—agregó con viveza el estudiante.

El oficial se echó a reir; pero Rascolnikof se estremeció. ¡Las palabras que oía eran un extraño eco de sus propios pensamientos!

—Permíteme que te haga una pregunta seria —agregó el estudiante cada vez más acalorado—. Claro está que hace poco bromeaba; pero mira: de una parte, una vieja enfermiza, necia, estúpida, mala, un sér que a nadie es útil y que, por el contrario, perjudica a todo el mundo; que no sabe por qué vive, y que mañana morirá de muerte natural. ¿Comprendes? ¿comprendes?

—Comprendo—respondió el oficial que, viendo la manera como su amigo se aturrullaba, contemplábale atentamente.

—Continúo. Del otro lado, fuerzas juveniles, frescas, que se debilitan, se pierden por falta de sostén; ¡y esto a millares, y esto en todas par-

tes! Cien, mil trabajadores útiles que podían, los unos, mejorar, y el resto, crearse, con el dinero que esa vieja lega al convento. Centenares, quizá miles, de existencias que podían entrar en el buen camino; docenas de familias salvadas de la miseria, de la corrupción, de la ruina, del vicio, del hospital... ¡Todo con el dinero de la vieja! ¡Que la maten y que su fortuna sea empleada en favor de la humanidad! ¿Crees tú que el crimen, si crimen hay, no será compensado por miles de buenas acciones? ¡A cambio de una sola vida, millares de existencias arrancadas al infortunio; a cambio de la supresión de una persona, cien personas vueltas a la vida...! ¡Se trata de una cuestión puramente aritmética! ¿Y qué pesa, en la balanza social, la vida de una vieja caduca, estúpida y mala? No más que la existencia de un piojo o una cucaracha; menos aún, diría: porque esta vieja es una criatura maligna, azote de sus semejantes. Ultimamente, en un acceso de cólera, mordió el dedo a Isabel, ¡y poco faltó para que con los dientes se lo cortase!

—Sin duda que es indigna de vivir; mas ¿qué quieres? la Naturaleza...

—¡Eh! amigo mío, la Naturaleza puede ser corregida, enmendada, sin lo cual quedaríamos sepultados bajo los prejuicios. Sin esto no habría ni un solo gran hombre. Se habla del deber, de la conciencia; no quiero decir nada en contra, pero ¿cómo comprendemos estas palabras? Espera, voy a hacerte una nueva pregunta. ¡Oye!

—No, ahora me toca a mí interrogarte. Déjame preguntarte algo.

—Habla.

—Es esto. Peroras, te muestras elocuente; pero dime: ¿Matarías *tú mismo* a esa vieja? ¿Sí o no?

—¡Naturalmente que no! Me coloco aquí desde el punto de vista de la justicia... No se trata de mí...

—Bueno; pues, a mi entender, puesto que tú mismo no te decides a matarla, señal de que la idea no es buena.

Rascolnikof experimentó una extraordinaria agitación. Cierto que la conversación en sí, no tenía nada de admirable. Más de una vez había oído cambiar análogas ideas: sólo difería el tema. Pero ¿en qué consistía que el estudiante expresaba precisamente los pensamientos que, en el mismo instante concluían de despertarse en el cerebro de Rascolnikof? Tal coincidencia parecióle siempre extraña. Escrito estaba que aquella insignificante conversación de café ejercería una influencia preponderante en su destino...

De regreso del Mercado del Heno se dejó caer sobre el diván, donde por espacio de una hora estuvo sentado sin moverse. La obscuridad reinaba en el aposento: no tenía bujía; por otra parte, tampoco se le hubiera ocurrido encender luz. Jamás pudo recordar si en aquel tiempo pensó en algo. Por último, el estremecimiento febril de poco antes tornó a apoderarse de él, y pensó con satisfacción que podía tumbarse en el diván... Un sueño pesado como el plomo le invadió al momento.

Durmió muchísimo más que acostumbraba y sin soñar. A Nastasia, que entró en su aposento al siguiente día a las diez, le costó gran trabajo despertarle. La criada le llevaba pan, como la víspera, y el resto de su propio té.

—¡Aun no se ha levantado! —exclamó con indignación—. ¿Es posible que haya quien duerma de este modo?

Rascolnikof se incorporó con esfuerzo. Le dolía la cabeza. Púsose en pie, dió una vuelta al aposento y luego tornó a dejarse caer sobre el sofá.

—¡Otra vez! —gritó Nastasia—. Pero ¿estás enfermo?

No respondió.

—¿Quieres té?

—Más tarde—articuló él, penosamente, cerrando luego los ojos y volviéndose hacia la pared.

Nastasia, en pie ante él, le contempló durante algún tiempo.

—Quizá esté enfermo — pensó antes de retirarse.

A las dos regresó con la copa. Encontró a Rascolnikof acostado todavía en el diván. No había probado el té. La sirvienta se enfadó y empezó a sacudirle.

—¿Qué tienes que así duermes?—gruñó, mirándole con desprecio.

El se incorporó, pero no dijo palabra y quedó con la mirada fija en el suelo.

—¿Estás malo o no?—preguntó Nastasia.

Tampoco la contestó.

—Debías salir —dijo ella, después de un momento de silencio—. El aire libre te sentaría bien. Quieres comer, ¿verdad?

—Más tarde —respondió él, con voz débil—. ¡Vete!

Y la despidió con un gesto.

Ella permaneció en la estancia un instante más, mirando al joven con expresión de lástima, y por último salió.

Al cabo de unos momentos él levantó la vista, examinó durante largo tiempo el té y la sopa, y empezó a comer.

Tragó unas cucharadas sin apetito, casi maquinalmente. Cuando terminó su ligera comida,

de nuevo se tendió sobre el diván, mas no pudo volver a dormir: quedó inmóvil, echado de bruces, con la cara sumida en la almohada. En su ensueño evocaba sin cesar extrañas escenas; figurábase estar en Africa; formaba parte de una caravana detenida en un oasis; las palmeras se erguían en torno del campamento; los camellos descansaban de sus fatigas; los viajeros se preparaban para comer; él apagaba su sed en el manantial de una clara fuente; el agua azulada y deliciosamente fresca, dejaba percibir, en el fondo del arroyo, guijarros de distintos colores y arenas de dorados reflejos.

De repente, el sonido de la campana de un reloj llegó a su oído. Aquel ruido le hizo estremecerse, vuelto a la realidad, alzó la cabeza, miró hacia la ventana, y, después de calcular qué hora sería, se levantó precipitadamente. En seguida, caminando de puntillas, se acercó a la puerta, abrióla poco a poco, y escuchó. Su corazón latía con violencia. Pero la escalera estaba completamente silenciosa. Hubiérase dicho que en la casa dormía todo el mundo...

—¿Cómo he podido abandonarme de esta manera hasta el último instante...? ¿Cómo desde ayer no hice nada, ni nada preparé?—se preguntaba, no comprendiendo semejante negligencia.

Y, sin embargo, acababan de dar las seis...

A la inercia y a la pesadez, sucedió bruscamente en él una actividad febril extraordinaria. Los preparativos, por otra parte, no exigían mucho tiempo. Se esforzaba en pensar en todo, para no olvidar nada; pero su corazón continuaba latiendo con tal fuerza que su respiración se hacía difícil. En primer lugar debía preparar un nudo corredizo y adaptarlo a su *paletot;* lo cual era asunto de un minuto. Con tiras arrancadas de

una camisa sucia y excesivamente vieja confeccionó una trenza lo suficientemente ancha y larga.

Después de doblarla se quitó el *paletot* de verano, de espesa y sólida tela de algodón (era la única prenda por el estilo que poseía), y cosió interiormente, bajo el sobaco izquierdo, los dos extremos de la trenza. Sus manos temblaban mientras ejecutaba aquel trabajo; mas lo llevó a cabo con tal destreza que, cuando volvió a ponerse el *paletot*, ninguna señal de costura se veía en la parte exterior. La aguja y el hilo habían estado ocultos, durante mucho tiempo, en el cajón de su mesilla.

En cuanto al nudo corredizo destinado a sujetar el hacha, era un juego ingenioso que se le había ocurrido, días antes. Aparecer en la calle con un hacha en la mano era imposible. Por otra parte, ocultar el arma bajo su *paletot*, era condenarse a llevar la mano encima, y tal actitud hubiera llamado la atención, mientras que, con el nudo corredizo, le bastaba introducir en él la cabeza del hacha, para que ésta permaneciera colgada, todo el camino, sin peligro de caer.

Concluída aquella operación, Rascolnikof tendió el brazo hacia el diván «turco», y metiendo los dedos por una hendidura del asiento sacó de aquel escondite el *objeto* que de antemano habíase procurado. Hablando con verdad, el tal objeto era un pedazo de madera del tamaño de una petaca. En uno de sus paseos, el joven había encontrado aquello en el patio de un taller de carpintería. Unió al trozo de madera una pequeña placa de hierro, delgada y pulimentada, pero más pequeña, que también encontrara en la calle. Después de sujetarlas la una a la otra por medio de un bramante, lo envolvió todo en un largo papel blanco.

Aquel paquetito, al que trató de darle el aspecto más elegante posible, fué en seguida atado de manera que el nudo fuera difícil de desatar. Era un medio para ocupar momentáneamente la atención de la anciana: mientras ella se entretuviera en deshacer el nudo, el visitante podía aprovechar el momento propicio. La placa de hierro había sido agregada para dar al paquete el peso conveniente, a fin de que, en el primer instante al menos, la vieja no sospechara que le llevaba un taco de madera.

Rascolnikof acababa de guardar el paquete en el bolsillo cuando oyó que alguien gritaba:

—¡Las seis han dado hace mucho!

—¡Es tarde! ¡Dios mío!

Lanzóse hacia la puerta, escuchó y empezó a bajar los treinta escalones sin hacer más ruido que el que hiciera un gato. Faltaba lo más importante: ir a coger el hacha de la cocina. Mucho tiempo hacía que decidiera servirse de aquella hacha. Tenía en su aposento una podadera; mas el tal instrumento no le inspiraba ninguna confianza; su elección recayó definitivamente en el hacha. Hagamos notar, con este motivo, una rara particularidad: a medida que sus resoluciones tomaban carácter determinado, sentía que lo absurdo y horrible de sus propósitos iba en aumento. No obstante la terrible lucha que se efectuaba en su interior, ni por un solo instante le era posible admitir que llegaría a ejecutar sus proyectos.

Más aún. Si todas las cuestiones hubieran sido decididas, todas las dudas resueltas, todas las dificultades salvadas, probable es que en el preciso momento hubiera renunciado a su designio como cosa desatinada, monstruosa e imposible. Pero aún quedaban una multitud de apuros que

vencer, de problemas que aclarar. En lo referente a procurarse el hacha, de ningún modo le inquietaba tal nimiedad, porque la cosa era facilísima. Nastasia casi nunca estaba en casa, sobre todo de noche. Sin cesar salía para ir a casa de los vecinos o a las tiendas; las reprimiendas de su ama nunca obedecían a otro motivo.

Llegado el momento, bastaríale entrar despacio en la cocina y tomar el hacha, que volvería al mismo sitio una hora después (cuando todo hubiese acabado). Pero aquello no se haría todo por sí solo.

—Supongamos —se decía el joven— que, dentro de una hora, cuando vuelva para dejar el hacha, Nastasia haya vuelto. Es natural que, en tal caso, habré de esperar para penetrar en la cocina a que la criada vuelva a salir. Pero si, mientras tanto, nota la falta del hacha se pondrá a buscarla, no dejará títere con cabeza, ¿quién sabe? quizá ponga en conmoción toda la casa. ¡Y he aquí una circunstancia que me sería perjudicial, o por lo menos, que podría sérmelo!

Sin embargo, éstos no eran sino detalles en los que no quería pensar; por otra parte, no tenía tiempo. Pensaba en lo principal, decidido a no ocuparse de lo accesorio sino cuando hubiera tomado su partido respecto a lo imprescindible. Aquella última condición, la más esencial de todas, le parecía decididamente irrealizable. Así, no podía imaginarse que en un momento dado cesaría de pensar, se levantaría e iría allá decidido... Hasta en su reciente *ensayo*, es decir, en la visita hecha a la vieja para tantear definitivamente el terreno, mucho había faltado para que *ensayara* seriamente: actor sin convicción, no había podido con su papel, y había huído indignado consigo mismo.

Sin embargo, desde el punto de vista moral, Rascolnikof había podido considerar resuelta la cuestión. Su casuística, aguda como el filo de una navaja de afeitar, había cortado todas las objeciones, y no encontrando ya obstáculos en su espíritu, se esforzaba para hallarlos fuera de él. Hubiérase dicho que, arrastrado por un poder ciego, irresistible, sobrehumano, buscaba con impaciencia un punto seguro en que apoyarse. Los incidentes tan imprevistos de la víspera obraban en él de una manera casi absolutamente automática. Se asemejaba al hombre que se ha dejado coger del faldón de la levita en una rueda de engranaje, y que teme ser muy pronto cogido por la máquina.

La primera cuestión que le preocupaba, y en la que, por otra parte, había pensado muchas veces, era ésta: ¿Por qué casi todos los crímenes son tan fácilmente descubiertos, y por qué con tanta facilidad se encuentran las huellas de casi todos los culpables?

Poco a poco, llegó a varias serias conclusiones. Según él, la principal razón del hecho estaba menos en la imposibilidad material de ocultar el crimen, que en la personalidad del criminal: casi siempre ocurre que éste último experimentaba, en el momento del crimen, una disminución de voluntad y de entendimiento; por esto él procedía con un aturdimiento infantil, con una precipitación extraordinaria, precisamente cuando la circunspección y la prudencia le eran más necesarias.

Rascolnikof atribuía aquel eclipse de juicio y aquella flaqueza de voluntad, a una afección morbosa que se desarrollaba por grados, llegando a su máximo de intensidad poco antes de la perpetración del crimen, subsistiendo bajo la misma

forma en el momento del hecho criminal y hasta algún tiempo después (más o menos, según los individuos), para cesar en seguida, como cesan todas las enfermedades. Un punto que aclarar le quedaba: era el de saber si la enfermedad determina el crimen, o si éste, en virtud de su propia naturaleza, va siempre acompañado de un fenómeno morboso. Pero el joven no se sentía capaz aún de resolver semejante cuestión.

Razonando de este modo, se persuadió de que él, personalmente, estaba al abrigo de semejantes agitaciones morales, que conservaba la plenitud de su inteligencia y de su voluntad, en todo el transcurso de su empresa, por la sola razón de que su empresa «no era un crimen...»

No enumeraremos la serie de argumentos que le condujeron a aquella última conclusión. Limitémonos a decir que, en sus preocupaciones, el lado práctico, las dificultades puramente materiales de ejecución, quedaban relegadas al último término.

—¡Que conserve mi presencia de espíritu, mi fuerza de voluntad, y, cuando el momento de obrar sea llegado, triunfaré de todos los obstáculos...!

Mas no ponía manos a la obra. Menos que nunca creía en la persistencia final de sus resoluciones, y, cuando la hora sonó, se despertó como de un sueño.

Aun no llegaba al fin de la escalera cuando una circunstancia insignificantísima le obligó a retroceder.

Llegado al piso en que habitaba su patrona, halló de par en par, como de costumbre, la puerta de la cocina. Dirigió una resuelta ojeada hacia el interior de la pieza. En ausencia de Nastasia, ni aun la patrona estaba allí. Pero, ¿habría cerra-

do bien la puerta de su aposento? ¿No podía verle desde su alcoba cuando él entrase a tomar el hacha?

He aquí de lo que deseaba asegurarse. Pero ¡cuál no fué su estupor al notar entonces que Nastasia estaba en la cocina! Y estaba ocupada: sacaba ropa blanca de una canasta y la ponía a secar en tendederos.

Al aparecer el joven, la sirvienta, interrumpiendo su trabajo, se volvió hacia él, y le estuvo contemplando hasta que se alejó.

El apartó la vista de aquel lado y pasó como aparentando no haber visto nada. Pero este asunto estaba concluído: ¡no tenía hacha! Aquella contrariedad fué para él un golpe terrible.

—¿Y de dónde había yo sacado —pensaba al bajar la escalera—, de dónde había yo sacado que en este preciso momento Nastasia estaría fuera de casa? ¿Cómo se me había metido eso en la cabeza?

Estaba abatido y como aniquilado. En su despecho sentía necesidad de burlarse de sí mismo. Una cólera salvaje agitaba todo su sér.

Se detuvo, indeciso, en la puerta principal de la casa. Ir a la calle, salir sin objeto, cosa era de la que no sentía el menor deseo; pero hallaba más desagradable volver a subir a su cuarto.

—¡Decir que perdí para siempre tan hermosa ocasión!—gruñía, en pie ante la obscura garita del *dvornik* (1), cuya puerta estaba abierta.

De pronto se estremeció. En la garita, a dos pasos del joven, algo relumbraba bajo un banco.

Rascolnikof miró en derredor. No había nadie.

---

(1) «Siervo de una casa señorial», literalmente, «Portero», en este caso.

Se acercó después a la garita, bajó los dos escalones y llamó al *dvornik*.

—Vaya, no está. Por otra parte, no debe haber ido lejos, cuando dejó la puerta abierta.

Veloz como el relámpago se lanzó hacia el hacha, que era lo que brillaba, y la sacó de debajo del banco, donde estaba entre dos trozos de madera. Pasó el arma por el nudo, metió ambas manos en los bolsillos, y salió de la garita.

¡Nadie le vió!

—No me ayudó aquí la inteligencia, sino el diablo—pensó, con extraña sonrisa.

La feliz casualidad que acababa de favorecerle contribuyó poderosamente a animarle.

Una vez en la calle caminó tranquilamente, *gravemente*, sin apresurarse, por miedo a despertar sospechas. No miraba mucho a los transeuntes, esforzándose para no fijar en nadie la mirada y para llamar lo menos posible la atención. De pronto volvió a pensar en su sombrero.

—¡Dios mío! Anteayer tenía dinero; pude comprarme un casquete.

Del interior de su alma brotó una imprecación.

Mirando vagamente hacia una tienda en que había un reloj adosado a la pared, vió que eran las siete y diez minutos. El tiempo apremiaba, y sin embargo, era preciso dar una vuelta, porque no quería ser visto cuando llegara a aquella casa.

En otro tiempo, cuando de antemano intentaba representarse la situación por que pasaba, solía figurarse que se hallaría muy asustado. Entonces, al revés de lo que esperaba, en realidad no sentía miedo. Pensamientos extraños a su empresa ocupaban su cerebro, pero no por mucho tiempo. Mientras pasaba por delante del jardín

Inssupof, discurría que sería bueno establecer en todas las plazas públicas fuentes monumentales, destinadas a refrescar la atmósfera. Luego, por una serie de transiciones insensibles, llegó a pensar que si el Jardín de Verano alcanzara la extensión del Campo de Marte, San Petersburgo hallaría en ello provecho y ornato...

Del mismo modo las gentes conducidas al suplicio fijan su pensamiento en cuanto encuentran a su paso.

Se le ocurrió esta idea, pero al punto la desechó.

Mientras tanto se iba acercando a la casa; he ahí la puerta principal.

De pronto oyó una sola campanada de reloj.

—¡Cómo! ¿Es posible que sean las siete y media? ¡De ningún modo! ¡Con seguridad que adelanta!

La casualidad ayudó de nuevo a Rascolnikof. Como preparado expresamente, en el momento en que llegaba a la casa, una enorme carreta atestada de heno entraba en ella, ocupando casi toda la anchura de la puerta. De consiguiente, nuestro héroe pudo franquear el umbral, sin ser visto, deslizándose por el estrecho espacio que mediaba entre la carreta y la pared.

Cuando se halló en el patio, tiró vivamente hacia la derecha. Disputaban algunas personas al otro lado de la carreta: las oyó gritar. Pero nadie reparó en él ni él topó con nadie.

Muchas de las ventanas que daban sobre aquel patio inmenso y cuadrado, estaban abiertas; él no alzó la cabeza, porque no tuvo valor para ello. Su primer movimiento fué llegar a la escalera que conducía al aposento de la anciana, escalera que se hallaba situada a la derecha.

Recobrando aliento, y con la mano apoyada

sobre el corazón para acallar sus latidos, empezó a subir los escalones, no sin antes asegurarse de que su hacha estaba bien sujeta por el nudo corredizo.

Escuchaba atentamente a cada minuto. Pero la escalera estaba desierta y todas las puertas cerradas. Verdad que en el piso segundo había un cuarto desalquilado y que los pintores trabajaban en él; pero éstos no repararon en Rascolnikof, quien se detuvo un instante, reflexionó y continuó su ascensión.

—Sin duda hubiera sido mejor que no estuviesen, pero... por encima de ellos hay dos pisos más.

He ahí el cuarto piso, he ahí la puerta de los aposentos de Alena Ivanovna: el de enfrente está desocupado; en el tercero, el situado debajo del de la anciana está igualmente vacío, al parecer: la tarjeta que había en la puerta ya no está; los inquilinos se han marchado...

Rascolnikof se ahogaba. Tuvo una segunda vacilación.

—¿No sería mejor que me fuese?

Pero, sin responder a esta pregunta, púsose a escuchar. Ningún rumor salía de las habitaciones de la vieja. En la escalera reinaba el mismo silencio.

Después de escuchar durante algún tiempo, el joven miró en derredor y palpó su hacha.

—¿No estoy demasiado pálido? —pensó—. ¿No me hallo excesivamente agitado? Ella es desconfiada... ¿Si esperase un poco más... para dejar a mi emoción el tiempo de calmarse...?

Pero, lejos de tranquilizarse, las pulsaciones de su corazón eran cada vez más violentas... No pudo contenerse por más tiempo, y, alargando la mano hacia el cordón de la campanilla, tiró... Al cabo

de medio minuto volvió a llamar, algo más fuerte.

No le contestaron. Escandalizar como un sordo hubiera sido inútil, hasta torpe. Con seguridad que la vieja estaba en casa; pero, naturalmente receosa, debía serlo más en aquel momento, pues se hallaba sola. Rascolnikof conocía en parte las costumbres de Alena Ivanovna. Y, en consecuencia, aplicó su oído a la puerta. ¿Las circunstancias habían desarrollado en él una agudeza particular de sensación (cosa que, en general, es difícil admitir), o efectivamente, sentía un rumor claramente perceptible?

Fuese lo que fuera, su oído distinguió súbitamente que una mano se posaba con precaución sobre el botón de la cerradura, y que un vestido rozaba con la puerta. Alguien en el interior, entregábase al manejo a que él se entregaba exteriormente. Alguien en pie tras la cerradura, escuchaba, tratando de disimular su presencia, y probable es que también tuviera el oído contra la puerta.

No queriendo dar a entender que se ocultaba, el joven se movió con cierta viveza y refunfuñó bastante alto; luego, volvió a llamar, pero despacio, con tranquilidad, sin denotar la menor impaciencia.

Aquel minuto dejó a Rascolnikof un recuerdo imborrable. Cuando, más adelante, pensaba en él, nunca lograba comprender cómo había podido mantener aquella farsa, precisamente cuando la emoción le turbaba hasta el punto de quitarle, por momentos, la posesión de sus facultades intelectuales y físicas...

Transcurrido un momento, oyó que alguien descorría el cerrojo de la puerta.

VII

Como en su precedente visita, Rascolnikof vió que la puerta se entreabría poco a poco, y que por la estrechísima rendija, dos ojos brillantes se fijaban en él con expresión de desconfianza. Su sangre fría le abandonó en aquel instante, y cometió una torpeza que hubiera podido dar al traste con todo.

Temiendo que Alena Ivanovna experimentara miedo de estar sola con un visitante cuyo aspecto debía ser poco tranquilizador, asió la puerta y empujó, para que la vieja no tornara a cerrarla.

La usurera no lo intentó, pero no soltó el botón de la cerradura, aun cuando poco faltó para que cayera cuando empujó Rascolnikof.

Como continuase en pie en el umbral y se obstinara en no dejarle paso, avanzó rectamente hacia ella. Espantada, la vieja dió un salto atrás y quiso decir algo, pero, sin hablar, miró al joven con ojos excesivamente abiertos.

—Buenos días, Alena Ivanovna —dijo con tono forzadamente tranquilo, pues en vano trataba de parecer despreocupado, y su voz era entrecortada y temblorosa—. Os traigo... una cosa... pero entremos... para que la examinéis... Es preciso verla a la luz.

Y, sin esperar a que se le invitase, penetró en el aposento.

La vieja le alcanzó al punto; se había desatado su lengua.

—¡Señor...! Pero ¿qué deseáis...? ¿Quién sois? ¿Qué necesitáis?

—¡Vaya, Alena Ivanovna...! Bien me conocéis...

Rascolnikof... Tomad, os traigo el objeto de que os hablé el otro día...

Y le alargó el paquete.

Alena Ivanovna iba a examinarle cuando de pronto se tranquilizó y, levantando la vista, clavó una nueva mirada penetrante, irritada y sospechosa sobre la persona que se introducía en su casa con tan poca ceremonia.

Le contempló de aquel modo por espacio de un minuto. Rascolnikof creyó ver una especie de burla en los ojos de la anciana, como si ésta hubiese adivinado lo que pensaba hacer. Y sintió que perdía la calma, que casi tenía miedo, y que si aquella muda inquisición se prolongaba durante medio minuto más se pondría en fuga.

—¿Qué tenéis que así me miráis, como si no me conocierais? —dijo de repente y enfadándose—. Si os conviene la prenda, tomadla; si no, iré a otra parte; es inútil hacerme perder el tiempo.

Tales palabras se le escaparon sin que las precediera ninguna premeditación.

El lenguaje resuelto del visitante hizo excelente impresión en la anciana.

—Pero ¿por qué tenéis tanta prisa, *batuchka?* ¿Qué es esto? — preguntó mirando el paquete.

—Una pitillera de plata; ya os lo dije la vez pasada.

Ella alargó la mano.

—¡Qué pálido estáis! ¡Vuestras manos tiemblan! ¿Os sentís enfermo, *batuchka?*

—Tengo fiebre —respondió él con voz entrecortada—. ¿Y cómo no estar pálido... cuando no se tiene que comer?—concluyó, no sin trabajo.

Sus fuerzas le abandonaban nuevamente. Pero

la respuesta parecía verosímil, y la vieja tomó el paquete.

—¿Qué es esto?—interrogó por segunda vez.

Y, calculando el peso del objeto por medio de un movimiento especial, volvió a mirar fijamente a su interlocutor.

—Un buen objeto... una pitillera... de plata... Vedla.

—¡Hola, se diría que esto no es plata...! ¡Oh, qué bien atado!

Mientras la vieja se esforzaba para deshacer el paquete, habíase acercado a la luz (todas las ventanas estaban cerradas, no obstante el calor), y en esta postura daba la espalda a nuestro joven; durante algunos segundos no se cuidó de él. Rascolnikof desabrochó su *paletot* y descolgó el hacha del nudo corredizo; pero no la sacó, se limitó a sujetarla con la mano derecha y bajo la ropa.

Una flojedad terrible invadió sus miembros; él mismo sintió que a cada instante que pasaba, se iban entorpeciendo más y más. Hasta temía que sus dedos soltaran el hacha... La cabeza empezó a darle vueltas.

—Pero ¿qué ha metido aquí dentro?—exclamó encolerizada la usurera.

El hizo un movimiento hacia Rascolnikof.

No había un instante que perder. Sacó el hacha por completo; la levantó, manteniéndola con ambas manos, y, con un movimiento ligero, casi maquinalmente, porque ya no tenía fuerzas, la dejó caer sobre la cabeza de la anciana. Renació su energía en cuanto dió aquel primer golpe.

Como de costumbre, la usurera llevaba la cabeza descubierta. El tajo le llegó hasta la coronilla, cosa a que contribuyó la corta estatura de

la víctima. Esta dejó escapar un débil grito, y de repente se dobló hacia el suelo; sin embargo, aun tuvo fuerzas para llevar ambos brazos hacia la cabeza. En una de sus manos seguía sujetando la «prenda». Entonces Rascolnikof, cuyo brazo había recobrado todo su vigor, le asestó dos nuevos hachazos en el occipucio. La sangre brotó a chorros, y el cuerpo cayó pesadamente sobre el pavimento. El joven retrocedió; en cuanto vió a la vieja sobre el suelo, se inclinó para contemplarla: estaba muerta. Los ojos extremadamente abiertos, parecían querer salir de las órbitas, las convulsiones de la agonía habían dado a su rostro una expresión hipócrita.

El asesino puso el hacha en el suelo y empezó a registrar el cadáver, tomando las precauciones más meticulosas para evitar las manchas de sangre; recordaba que Alena Ivanovna había una vez sacado las llaves de la cómoda del bolsillo de la derecha. Poseía toda su inteligencia; no experimentaba ni aturdimientos, ni vértigos, pero sus manos seguían temblando. Más adelante recordó que había sido prudentísimo, hábil en sumo grado, que había sabido aplicar todos los cuidados para no mancharse...

No tardó en encontrar las llaves; como el último día que las viera, todas estaban juntas en un llavero.

Después de apoderarse de ellas, Rascolnikof pasó en seguida a la alcoba.

¡Cosa extraña! En cuanto el joven empezó a abrir la cómoda, en cuanto comenzó a servirse de las llaves, una especie de estremecimiento recorrió todo su cuerpo. Se le ocurrió súbitamente la idea de renunciar a todo y huir; pero aquello no duró más que un momento: era demasiado tarde para marcharse.

Hasta sonreía al pensar así, cuando, de repente, se apoderó de él una inquietud terrible. ¿Si, por casualidad, la vieja no estuviese muerta? ¿Si recobrara sus sentidos?

Dejando allí las llaves y la cómoda corrió rápidamente a donde estaba el cuerpo, asió el hacha y se dispuso a dar un nuevo golpe a la víctima; pero el arma no cayó: era indudable que la anciana estaba muerta. Inclinándose de nuevo sobre ella, Rascolnikof vió que el cráneo estaba abierto. Un mar de sangre se había formado en el suelo. Notando, de repente, que la vieja llevaba un cordón al cuello, el joven tiró de él violentamente; pero el cordón era sólido y no se rompió.

El asesino trató entonces de quitárselo haciéndole deslizar a lo largo del cuerpo. No fué más feliz en aquella nueva tentativa; el cordón encontró un obstáculo y se resistió a correr. Impaciente, Rascolnikof blandió el hacha, pronto a descargarla sobre el cadáver para cortar con el golpe la maldita cuerda; pero no se atrevió a proceder tan brutalmente. Por último, después de dos minutos de esfuerzos, y de enrojecerse las manos, logró cortar el cordón con el filo del hacha, sin rozar el cuerpo de la muerta. Como había supuesto, del cordón pendía una bolsa que la vieja llevaba al cuello. Con ella había una medallita esmaltada y dos cruces, una de madera de ciprés y de cobre la otra. La bolsa, una pequeña bolsa de piel, estaba repleta. Rascolnikof la guardó sin examinar su contenido. Dejó las cruces sobre el pecho de la vieja, y, tomando consigo el hacha, entró precipitadamente en la alcoba.

Su impaciencia era extremada; asió las llaves y puso manos a la obra. Pero sus tentativas

para abrir el mueble aquél fueron infructuosas, lo que era necesario atribuir más que al temblor de sus manos a su torpeza; veía, por ejemplo, que la llave no entraba en la cerradura, y, sin embargo, se obstinaba en hacerla entrar.

De pronto recordó una conjetura que hiciera en su visita precedente: aquella gruesa llave de las guardas dentadas, que con las demás estaba en el llavero, no debía ser de la cómoda, sino de una caja cualquiera en que la anciana debía tener ocultos sus valores.

Sin ocuparse de la cómoda, buscó al punto bajo la cama, sabiendo que las viejas acostumbran ocultar sus tesoros en tales sitios.

En efecto, allí había un cofre en cuya cerradura entraba perfectamente la llave dentada.

Cuando Rascolnikof abrió aquella caja vió, sobre un trapo blanco, una pelliza de piel de liebre con adornos encarnados; bajo la piel había un traje de seda, después un chal; el resto parecía ser todo harapos.

El joven comenzó por limpiarse las manos en los adornos encarnados de la piel.

—Sobre el rojo se verá menos la sangre —pensó—. ¡Señor! ¿Acaso estoy loco?—díjose luego espantado.

Pero apenas había tocado aquellos trapajos cuando de entre la piel cayó un reloj de oro. Revolvió cuanto el cofre contenía. Entre los harapos había objetos de oro, todos, probablemente, depositados como prendas en casa de la usurera; brazaletes, cadenas, pendientes, alfileres de corbata, etc., etc. Unas cosas en estuches, envueltas en papeles las demás.

Rascolnikof no vaciló: llenó de aquellos objetos sus bolsillos, sin abrir los estuches ni deshacer

los paquetes; mas pronto fué interrumpido en su tarea...

En la habitación donde la vieja yacía, resonó ruido de pasos. Rascolnikof se detuvo, helado de terror. Sin embargo, como el ruido cesara, creyó haber sido víctima de una ilusión, cuando de repente oyó un ligero grito, mejor dicho, un gemido débil y entrecortado. Después de uno o dos minutos, todo volvió a quedar en un sepulcral silencio. El joven se había sentado en el suelo, junto al cofre, y esperaba, respirando apenas. De repente saltó, asió el hacha y lanzóse hacia la sala.

En mitad de ella, Isabel, con un gran paquete en la mano, contemplaba de modo extraño el cadáver de su hermana; blanca como la nieve, parecía no tener fuerza para gritar. A la brusca aparición del asesino, empezaron a temblar todos sus miembros, y continuados estremecimientos agitaron su rostro: trató de alzar el brazo, de abrir la boca, pero no profirió ningún grito, y, retrocediendo lentamente, con la mirada siempre fija en Rascolnikof, fué a recostarse en un rincón. La pobre mujer hizo su retirada siempre sin gritar, como si su pecho careciera de alientos. El joven se lanzó sobre ella con el hacha levantada: los labios de la infeliz tomaron la expresión lastimosa que se nota en los niños cuando empiezan a sentir miedo y mirando fijamente al objeto que se lo causa, prontos a gritar.

El terror había de tal modo atontado a la pobre Isabel que, amenazada por el hacha, no pensó ni aun en resguardar su rostro llevando las manos a la frente en el ademán maquinal que en semejantes casos sugiere el instinto de conservación. Alzó un poco el brazo izquierdo y lo alargó hacia el asesino, como para rechazarle. El hacha

ayó sobre su cráneo, hundió toda la parte superior de la frente, y llegó casi al occipucio.

Isabel cayó, muerta, rígida.

Sin saber lo que hacía, Rascolnikof tomó el aquete que su víctima tenía en la mano; luego o abandonó, y corrió a la antesala.

Cada vez estaba más aterrorizado, sobre todo espués de aquel segundo asesinato impremeditado.

Tenía prisa por huir; si entonces se hubiera allado en situación de darse más clara cuenta le las cosas; si hubiese podido calcular, todas las lificultades de su posición, vería tan desesperada, tan horrible, tan absurda como era, y comprender cuántos obstáculos debía salvar aún, o quizá, crímenes, cometer, antes de salir de aquella casa y regresar a la suya, muy probable es que hubiera renunciado a la lucha y que hubiese ido a denunciarse al momento; no impelido por la pusilanimidad, sino por el horror de su hazaña.

Tal impresión se hacía más intensa, de minuto en minuto. Por nada en el mundo hubiera querido aproximarse entonces a la caja, ni siquiera entrar en la alcoba.

Sin embargo, poco a poco se fué tranquilizando su espíritu, y al fin cayó en una especie de letargo. Parecía olvidarse de lo principal para preocuparse de pequeñeces. Por otra parte, una mirada dirigida hacia la cocina hízole ver un cubo con agua, y en seguida tuvo idea de lavarse las manos y de limpiar el hacha.

Terminada la operación se acercó a la ventana, y ante ella se entregó a un minucioso examen del arma. Las huellas acusadoras habían desaparecido, pero la madera del mango aun estaba húmeda.

Rascolnikof ocultó el hacha bajo el *paletot*, col-

gándola del nudo corredizo; hecho lo cual inspeccionó minuciosamente sus ropas, lo mejor posible, dada la no muy grande claridad que reinaba en la cocina.

A primera vista, ni el pantalón ni el *paletot* ofrecían nada sospechoso; pero tenía manchas en las botas, que lavó con un trapo mojado en agua.

Sin embargo, tales precauciones tranquilizáronle sólo a medias, porque sabía que veía mal y que podía haber olvidado alguna mancha.

Irresoluto quedó en medio del aposento, invadido por una idea sombría, angustiosa: la idea de que se volvía loco, de que en aquel instante no se hallaba en estado de tomar una determinación y de velar por su seguridad, de que su modo de obrar quizá no fuese el natural en las presentes circunstancias...

—¡Dios mío! ¡Debo marcharme, marcharme lo antes posible!—murmuró, lanzándose hacia la antesala, donde le esperaba el mayor terror que hubiera podido experimentar.

Quedó inmóvil, no atreviéndose a dar crédito a sus ojos: la puerta exterior, la que conducía a la escalera, la puerta por que él entrara, estaba de par en par: hasta entonces había estado entreabierta; por precaución, quizá, la anciana no la había cerrado con llave ni cerrojo.

Pensando con terror en la facilidad con que había entrado Isabel, que no podía haberlo hecho filtrándose por la pared, sino por la puerta, nuestro héroe cerró ésta con llave y cerrojo.

—¡Pero no, no bastaba esto! ¡Era preciso marcharse!

Descorrió el cerrojo, y, después de abrir la puerta, puso oído hacia la escalera.

Largo rato escuchó. Abajo, probablemente en

la puerta de entrada al patio, dos voces se insultaban.

—¿Qué personas serán?

Espero pacientemente. Por fin, cesaron las voces: los rivales se fueron.

Ya iba a salir el joven, cuando, en el piso inferior, se abrió con estrépito una puerta de las que daban a la escalera, y alguien bajó tarareando.

—¿Por qué hacen ruido todos?—pensó.

Y, cerrando otra vez la puerta, esperó más.

Por fin se restableció el silencio; pero, en el instante en que Rascolnikof se disponía a abrir de nuevo, su oído distinguió un nuevo rumor...

Este rumor era de pasos aun muy lejanos, que resonaban en los primeros peldaños de la escalera.

Sin embargo, en cuanto los oyó adivinó la verdad: sin duda iban *allí*, al cuarto piso, a casa de la vieja. ¿De dónde provenía tal presentimiento? ¿Qué había de particularmente significativo en aquel ruido de pasos? Eran pesados, regulares, y más bien lentos que presurosos.

—Ya ha llegado al primer piso... Ya sube... Se *le* oye mejor cada vez... Resopla como un asmático... ¡Sí! se dispone a subir al tercer piso... ¡Aquí!

Rascolnikof experimentó súbitamente la sensación de una parálisis general, como sucede durante esas pesadillas en que os creéis perseguidos por enemigos: están a punto de alcanzaros, se disponen a daros muerte, y continuáis clavados en el mismo sitio, sin poderos mover.

El desconocido empezaba a subir la escalera del cuarto piso. Rascolnikof, a quien el espanto hasta entonces tuviera inmóvil en el umbral de la puerta, sacudió por fin su estupor, y se entró.

cerrando la puerta y corriendo el cerrojo, no sin procurar hacer el menor ruido posible. El instinto, no la razón, le inspiró en aquellas circunstancias. Cuando todo estuvo hecho se recostó en la puerta, donde permaneció en actitud de expectación, conteniendo el aliento.

El visitante estaba ya en el rellano. No había entre ambos más distancia que el espesor de la puerta. El desconocido se encontró respecto a Rascolnikof en la situación en que éste se hallara antes respecto a la vieja.

El visitante respiró muchas veces con esfuerzo.

—Debe ser grueso y alto—pensó el joven, apretando el mango del hacha.

Parecíale un sueño aquello. El visitante dió un fuerte campanillazo.

En seguida creyó notar que cierto movimiento se producía en el interior. Durante algunos segundos escuchó atentamente, luego volvió a llamar, esperó otro momento, y, súbitamente, lleno de impaciencia, comenzó a forcejear, cogido al tirador de la puerta.

Rascolnikof miraba espantado al cerrojo, que temblaba, esperando verlo correrse de un instante a otro: tan violentas eran las sacudidas. Tuvo idea de sostener el cerrojo con la mano; pero el *hombre* lo hubiera podido conocer. La cabeza empezaba a darle vueltas.

—¡Voy a perderme!—se dijo.

Recobró su presencia de ánimo cuando el desconocido rompió el silencio.

—¿Es que duermen, o que alguien las ha estrangulado? ¡Malditas sean tres veces! —gruñó con voz de bajo el visitante—. ¡Eh! ¡Alena Ivanovna, vieja bruja! ¡Isabel Ivanovna, belleza indescriptible! ¡abrid! ¡Ah, malditas! ¿Estarán durmiendo?

Exasperado, llamó diez veces seguidas y lo más fuerte que pudo. Indudable era que aquel hombre tenía sus costumbres respecto de la casa y que de sus costumbres hacía leyes.

En el instante mismo, pasos ligeros y rápidos resonaron en la escalera. Alguno subía también al cuarto piso. Rascolnikof no se dió cuenta al pronto de la llegada del nuevo desconocido.

—¿Es posible que no haya nadie?—dijo éste en voz sonora y alegre, dirigiéndose al primer visitante, que continuaba llamando—. ¡Buenos días, Koch!

—A juzgar por la voz debe ser un joven—pensó súbitamente Rascolnikof.

—El diablo lo sabe. Poco ha faltado para que rompa el cordón de la campanilla —respondió Koch—. Mas ¿cómo me conocéis?

—¡Qué pregunta! Anteayer, en Gambrinus, os gané tres partidas seguidas al billar.

—¡A-a-ah...!

—Conque, ¿no están ésas? ¡Extraño! Diré que hasta es absurdo. ¿Dónde habrá ido la vieja? Quería hablarle.

—Y yo también, *batuchka*.

—Bueno, ¿qué hacer? No queda otro remedio que marcharse. ¡Je, je! ¡Y yo que venía en busca de dinero!

—Sin duda que no queda otro remedio; mas, en tal caso, ¿a qué dar una cita? Ella misma, la muy bruja, me indicó esta hora. Y hay una distancia de mi casa aquí. ¿Dónde diablos puede haber ido? No comprendo esto. Ella no sale en todo el año, se enmohece, la hechicera, en un rincón, sus piernas no están fuertes, ¡y he aquí que de repente toma el dos!

—¿Si preguntásemos al portero?

—¿Para qué?

—Para saber a dónde ha ido y cuándo volverá
—¡Hum...! ¡Diablo.., preguntar...! Pero ¡si ella no va a ninguna parte!

Asiendo nuevamente el tirador, agregó forcejeando:

—¡No queda otro remedio que marcharse!

—¡Esperad! —gritó de pronto el joven—. Mirad. ¿Veis cómo la puerta resiste cuando se tira?

—¿Y qué?

—Eso prueba que está cerrada con cerrojo, no con llave. ¿Oís cómo resuena?

—¿Y qué?

—¿No comprendéis? Prueba de que cualquiera de las dos está dentro. Si ambas hubieran salido habrían cerrado por fuera, con llave, y no hubiesen corrido el cerrojo por dentro. Mirad. ¿Oís el ruido que hace? Pues, para encerrarse con cerrojo, necesario es estar en casa. ¿Comprendéis? Luego están dentro, pero no abren.

—¿Cómo? ¡Pero sí, es verdad!—exclamó Koch admirado—. ¡Conque están dentro!

Y empujó furiosamente la puerta.

—¡Esperad! —agregó el joven—. No trabajéis tanto. Hay aquí algo notable.... Habéis llamado, habiés tirado de la puerta, y no abren. Por consiguiente, o ambas están desmayadas, o...

—¿Qué?

—Oíd lo que debemos hacer: obliguemos a subir al portero, y que él mismo las despierte.

—¡Es una idea!

Ambos se dispusieron a bajar la escalera.

—¡Esperad! Quedaos aquí; yo bajaré a llamarle.

—¿Para qué me he de quedar?

—¿Quién sabe lo que puede suceder?

—¡Sea...!

—Ya veis que, por mi parte, me dispongo a

ser juez de instrucción. Aquí hay algo que no está claro, eso es evidente, ¡e-vi-dente!—dijo con calor el joven.

Y bajó de cuatro en cuatro los escalones.

Una vez solo, Koch volvió a llamar, pero despacio.

De pie al lado contrario de la puerta, Rascolnikof tenía el hacha en la mano.

Se hallaba como delirante y se disponía a trabar batalla contra ambos hombres cuando penetraran. Más de una vez oyéndolos concertarse entre sí, tuvo la loca idea de concluir de una vez preguntándoles a través de la puerta. Por momentos sentía deseos de insultarlos, esperando a que invadieran el local.

—Cuanto antes se acabe esto, mejor—pensaba de vez en cuando.

Pasaba el tiempo y nadie aparecía. Koch empezó a perder la paciencia.

—¡Qué diablo...!—tornó a vociferar.

Y, fastidiado por tanta espera, se dispuso a ir en busca del joven. Poco a poco, el ruido de sus pasos, que resonaban pesadamente en la escalera, cesó de oírse.

—¿Qué hacer? ¡Señor!

Rascolnikof descorrió el cerrojo y entreabrió la puerta. Tranquilizado por el silencio que reinaba en la casa, y, de otra parte, no hallándose en estado de reflexionar, salió, cerró la puerta del mejor modo posible y se deslizó por la escalera.

Había ya bajado muchos peldaños cuando de pronto produjose gran ruido debajo de él. ¿Cómo ocultarse? No había dónde hacerlo, y volvió a subir con precipitación.

—¡Eh! ¡Diablo! ¡Espera!

El que profería aquellos gritos acababa de salir de uno de los cuartos situados en los pisos

inferiores, y bajaba la escalera con toda la velocidad de sus piernas, vociferando, tan fuerte como podía:

—¡Mitka! ¡Mitka! ¡Mitka! ¡Mitka! ¡El diablo se lleve al loco!

La distancia no permitió oir más; el hombre que profería aquellas exclamaciones ya estaba lejos de la casa. Se restableció el silencio; pero apenas concluída aquella alarma vino otra: varios individuos que hablaban todos a una y en voz alta, tumultuosamente subían la escalera. Eran tres o cuatro. Rascolnikof distinguió la sonora voz del joven.

—¡Son ellos!

Comprendiendo que iba a ser imposible evitarlos, trató de ir a su encuentro.

—¡Ocurra lo que quiera! —se dijo—. Si me detienen, esto ha concluído, y si me dejan pasar se acordarán de haberme encontrado en la escalera.

¡Iban a encontrarse, sólo mediaba un tramo entre él y ellos, cuando de pronto vió la salvación! A algunos pasos de él, a la derecha, había un cuarto vacío, cuya puerta estaba de par en par: era aquel mismo cuarto del segundo piso en que trabajaban los pintores; y, como ex profeso, los obreros acababan de salir.

Ellos sin duda fueron los que hacía un instante gritaron con tanto escándalo. La pintura estaba aún fresca, y en medio de la sala habían dejado sus utensilios: un cubo, un bote con colores y una gruesa brocha.

En un abrir y cerrar de ojos, Rascolnikof penetró en el cuarto desocupado, escondiéndose como pudo tras un tabique.

Fué a tiempo; sus perseguidores llegaban ya al rellano, pero sin detenerse en él siguieron su-

biendo, sin dejar de hablar con calor. En cuanto se alejaron un poco, salió de puntillas y bajó rápidamente.

¡Nadie en la escalera! ¡Nadie en la puerta principal! Franqueó vivamente el dintel, y, una vez en la calle, tomó hacia la izquierda.

Sabía muy bien, sabía perfectamente que los que le buscaban se hallaban en aquel momento en el cuarto de la vieja, llenos de asombro al encontrar abierta la puerta, no hacía mucho cerrada.

—Estarán contemplando los cadáveres —pensaba—. Sin duda que un minuto les bastará para adivinar que el asesino logró escapar de sus miradas cuando subían la escalera; quizá lleguen a sospechar que estaba oculto en la habitación vacía del segundo piso, cuando ellos subían al cuarto.

Pero, reflexionando de tal modo, no se atrevía a apresurar su marcha, aun cuando todavía le faltaban cien pasos para llegar a la primera esquina.

—¿Si me deslizara tras de una puerta, en cualquier calle, escondido, y esperarse allí un momento? ¡No: es mala idea! ¿Si fuese a tirar el hacha a cualquier sitio? ¿Si tomara un coche? ¡Malo, malo!

Por fin llegó a un *perenlok*, en el que se internó más muerto que vivo. Estaba casi salvado, lo comprendía; en aquel lugar, las sospechas no podían recaer en su persona; por otra parte, era más fácil evitar la mirada atenta en medio de los transeuntes. Pero todas aquellas angustias le habían debilitado de tal modo, que con trabajo podía tenerse en pie. Gruesas gotas de sudor corrían por su frente; tenía el cuello empapado.

—¡La has cogido buena!—le gritó, conforme

desembocaba en el canal, un desconocido creyéndole borracho.

No era dueño de su cabeza; cada vez se obscurecían más sus ideas. Cuando llegó a la calle admiróse al ver tan poca gente, y temiendo ser notado en aquel lugar solitario, volvió al *perenlok*.

Aun cuando apenas tuviese fuerzas para andar, no dejó de dar un gran rodeo para volver a su casa.

Cuando franqueó el dintel de la puerta principal aún no había recobrado su presencia de espíritu; no se acordó del hacha, hasta hallarse en la escalera. Sin embargo, la cuestión que se trataba de resolver era de las más serias: había que volver el arma al lugar de donde la tomara, y esto sin llamar la atención de nadie. Más capaz de razonar, sin duda se hubiera dicho que en lugar de volver el hacha a su sitio quizá hubiera sido mejor desembarazarse de ella arrojándola a cualquier casa extraña.

Todo le salió conforme a su deseo. La puerta de la portería estaba cerrada, mas no con llave; según toda apariencia, el portero estaba dentro. Pero Rascolnikof había perdido hasta tal punto la facultad de combinar un plan cualquiera, que fué derecho a la garita y abrió su puerta. Si el portero le hubiese preguntado: «¿Qué deseáis?», es probable que le hubiese alargado el hacha. Mas, como la vez primera, el portero estaba ausente, lo que procuró al joven la facilidad de dejar el hacha bajo el banco, en el lugar de donde la tomara.

En seguida subió la escalera llegando a su aposento sin encontrar a nadie en toda ella. La puerta del cuarto de la patrona estaba cerrada.

Ya en su cuarto y completamente vestido se echó sobre el diván. No durmió, pero quedó su-

nido en una especie de inconsciencia. Si alguien hubiera entonces entrado en su aposento, habríase incorporado gritando. En su cabeza hormigueaban ideas confusas, imposible seguir ninguna aunque lo procurara...





SEGUNDA PARTE

I

Mucho tiempo pasó Rascolnikof echado en el diván. En ocasiones parecía salir de aquel ensueño y entonces notaba que la noche había avanzado; pero la idea de levantarse no se le ocurría. Vió al fin, que el día apuntaba. Tendido sobre el sofá, todavía no había sacudido la especie de letargo que pesaba sobre él. Gritos terribles, desesperados, que subían de la calle, llegaron a sus oídos; eran, por otra parte los que todas las noches, hacia las dos, oía resonar bajo su ventana. El ruido le despertó.

—¡Ah, son los borrachos que salen de las tabernas! —pensó—. ¡Son las dos!

Y experimentó un brusco sobresalto, cual si alguien le arrancara del diván.

—¡Cómo! ¡Las dos ya!

Se sentó en el sofá, y entonces lo recordó todo.

Al principio creyó que iba a volverse loco. Experimentaba terrible sensación de frío, efecto de la fiebre que le invadiera durante el sueño. Tiritaba de tal manera que sus dientes castañeteaban.

Abrió la puerta y escuchó: todo dormía en
a casa. Paseó una mirada de sorpresa por su
ersona y en torno del aposento. ¿Cómo la vís-
era, al entrar, se había olvidado de cerrar la
uerta? ¿Cómo pudo echarse sobre el diván, no
ólo sin desnudarse, sino hasta con el sombrero?
Este había rodado y estaba en el suelo, junto a
a almohada.

—Si alguien entrara aquí, ¿qué pensaría? Que
stoy ebrio, mas...

Corrió a la ventana. La madrugada era clara;
l joven se examinó de pies a cabeza para ver
si tenía alguna mancha. Pero no era posible con-
estarse con una inspección hecha de aquel modo:
siempre tembloroso, se desnudó y examinó sus
ropas con la más minuciosa atención. Precavido
hasta el exceso, verificó el examen tres veces
seguidas. Nada encontró, excepción hecha de al-
gunas gotas de sangre coagulada en el bajo del
pantalón, cuyos bordes tenían unas roturas. Tomó
un cuchillo y las cortó. De pronto recordó que
la bolsa y los objetos substraídos del cofre de
la anciana estaban todavía en sus bolsillos. ¡No
había pensado en sacarlos y ocultarlos en cual-
quier sitio! ¡Ni aun lo había pensado momentos
antes, cuando examinaba sus ropas! ¿Era po-
sible?

En un abrir y cerrar de ojos vació los bolsi-
llos y depositó lo que contenían sobre la mesa.
Luego, después de registrar nuevamente toda su
ropa, a fin de cerciorarse de que nada quedaba,
lo llevó todo a un extremo del aposento. En aquel
lugar, bajo el papel, desgarrado y despegado de
la pared, ocultó las alhajas y la bolsa.

De repente, el espanto agitó sus miembros.

—¡Dios mío! —murmuró con desesperación—.

¿Qué hice? ¿Acaso está eso bien oculto? ¿Es así como se esconde una cosa?

Hablando con verdad, él no pensaba apoderarse sino del dinero de la vieja; por consiguiente la necesidad de ocultar aquellas alhajas le cogió desprevenido.

—Pero ahora... ¿puedo regocijarme de lo hecho? —pensaba—. ¡Verdaderamente estoy loco!

Rendido, tornó a sentarse en el diván, sintiendo, al punto, que un violentísimo estremecimiento agitaba todos sus miembros. Maquinalmente tomó un viejo *paletot* de invierno, que era un puro harapo y estaba sobre una silla, y se tapó con él. Un sueño, mezcla de delirio, le invadió al punto. Perdió toda conciencia de sí mismo.

Cinco minutos después volvió a despertar sobresaltado, y su primer movimiento fué mirar con angustia las prendas de su traje.

—¡Cómo pude dormirme sin hacer nada! ¡Porque nada hice aún, el nudo corredizo está igual que cuando llevaba el hacha colgada! ¡Y no pensar en esto! ¡Una pieza de convicción como ésta!

Arrancó la trenza de la tela y la hizo pequeños pedazos, que metió al momento bajo su almohada, entre la ropa blanca.

—Estos harapos no pueden dar origen a sospechas; al menos, según yo creo—pensaba de pie en medio del cuarto.

Y, con una atención que el esfuerzo hacía dolorosa, miraba a su alrededor, tratando de asegurarse de que nada había olvidado.

Sufría cruelmente con la convicción de que todo, hasta la memoria, hasta la prudencia más elemental, le abandonaba.

—¡Cómo! ¿Empezará ya el castigo? ¡Ha llegado, ha llegado, efectivamente!

Las franjas que arrancara del bajo de su pan-

alón, todavía estaban en el suelo, en medio del cuarto, a la vista del primero que llegase.

—Pero ¿dónde está mi cabeza?—exclamó como aturdido.

Entonces le ocurrió una idea extraña: pensó que toda su ropa estaba ensangrentada, y que la debilidad de sus facultades le impedía ver las manchas.

De pronto recordó que también había sangre en la bolsa.

—Y, en tal caso, también la debe haber en mi bolsillo, porque la bolsa estaba húmeda cuando me la guardé.

Volvió a examinar su bolsillo que, en efecto, estaba manchado de sangre.

—Veo que la razón no me ha abandonado por completo; no perdí la memoria ni el juicio, puesto que sin forzarme adiviné esto —pensó satisfecho, mientras que un suspiro de triunfo salía de su pecho—. Sufrí un minuto de fiebre que abolió en aquel instante el uso de mi inteligencia.

Diciendo esto, rápidamente arrancaba los forros del bolsillo. Un rayo de sol cayó en aquel momento sobre su bota izquierda: en la puntera le pareció ver indicios acusadores. Se quitó la bota.

—En efecto, son manchas. Toda la punta está llena de sangre... Pero ¿qué hacer de esto? ¿Cómo desembarazarme de esta bota, de estas franjas, de estos trapos?

Se hallaba de pie en medio del aposento, y en la mano tenía aquellas pruebas de convicción que tanto le comprometían.

—¿Si las arrojase a la estufa? Pero en la estufa será donde primero se busque. ¿Y si las quemara? ¿Y con qué? Ni cerillas tengo. No, es preferible ir a arrojarlas a cualquier parte. ¡Sí, lo mejor

es ir a tirar todo esto! —repetía, volviendo a sentarse en el diván—. ¡Y en seguida, sin un minuto de espera...!

Mas, en vez de ejecutar aquella decisión, dejó caer la cabeza sobre la almohada; el temblor volvió a apoderarse de él, y, transido de frío, se envolvió de nuevo en lo que le servía de manta. Por espacio de mucho tiempo, durante muchas horas se agitó aquella idea en su cerebro. «¡Es preciso llevar esto a cualquier parte lo antes posible!» Varias veces trató de levantarse, mas no pudo conseguirlo. Violentos golpes dados en la puerta le sacaron de su estupor.

La que llamaba era Nastasia.

—¡Abre, si no estás muerto! —gritaba—. ¡Siempre con los ojos cerrados! ¡Duerme como un perro, durante días y días...! ¡Como que es un verdadero perro! ¡Que abras, te digo! ¡Son las diez dadas!

—¡Quizá no esté dentro!—dijo una voz de hombre.

—¡El portero...! ¿Qué querrá?

Se estremeció y quedó sentado en el sofá... Su corazón latía hasta hacerle daño.

—¿Quién habrá cerrado la puerta con aldabilla? —replicó Nastasia—. ¡El señor se ha encerrado! ¡Se estima, sin duda, por un objeto raro, y teme que alguien le robe! ¡Vamos, abre, despierta!

—¿Qué querrán? ¿A qué sube el portero? ¡Todo está descubierto! ¿Debo negarme a abrir? ¡Mala peste los coja...!

Se levantó a medias, se inclinó hacia adelante y quitó la aldabilla. El aposento era tan pequeño que podía abrir la puerta sin alzarse del sofá. Frente a frente, vió a Nastasia y al portero. La sirvienta miró a Rascolnikof de un modo

raño. El joven clavó los ojos con audacia sesperada en el otro individuo, que, silencionente, le alargó un papel gris doblado en dos cerrado con lacre ordinario.

—Es una citación de la comisaría—dijo en seida.

—¿De qué comisaría?

—De la de policía, naturalmente. ¿De cuál ha de ser?

—¡Se me cita ante la policía...! ¿Para qué?

—¿Qué sé yo? Id y lo sabréis.

Examinó el portero atentamente a Rascolnikof, ego miró acá y allá y se dispuso a salir.

—Parece que estás peor—observó Nastasia, que apartaba del joven la vista.

El portero volvió la cabeza al oír aquellas labras.

—Desde ayer tiene fiebre—agregó la muchacha.

Rascolnikof no respondía ni abría tampoco el ego.

—No te levantes —dijo la sirvienta, apiadada ver que se disponía a levantarse—. Estás enrmo; no vayas. La cosa no corre prisa. ¿Qué nes en la mano?

El joven miró: en la mano derecha tenía las njas del pantalón, la bota y el forro del bollo. Había dormido con todo. Más tarde, trando de explicarse aquel hecho, recordó que se bía despertado en un transporte febril, y que spués de estrechar fuertemente aquellos objes, se había vuelto a dormir sin abrir la mano que los tenía.

—Ha recogido un puñado de trapos y duerme retándolos como si fuesen un tesoro.

Al concluir estas palabras Nastasia se retoró, presa de la risa nerviosa y enfermiza que era habitual.

Rascolnikof ocultó vivamente bajo su capa cuanto tenía en las manos, y clavó una mirada penetrante en la muchacha. Aun cuando se hallara fuera de su cabal juicio, comprendía que aquél no era el modo de hablar a un hombre a quien van a prender.

—Pero... ¿y eso de la policía...?

—¿Tomarás té? ¿Quieres que te lo traiga? Queda un poco.

—No... Voy a ir allá; voy en seguida—balbuceó.

—¡No podrás llegar hasta allí, a lo sumo bajar la escalera!

—Voy.

—Como quieras.

La joven salió tras el portero.

Rascolnikof lo examinó todo a la luz del día.

—Hay manchas, pero no son muy visibles—decía, contemplando las franjas y la bota—. El lodo y el roce se han comido el color. Quien nada supiera no vería nada. ¡De consiguiente, Nastasia nada pudo notar, gracias a Dios!

Con mano temblorosa abrió el pliego y empezó a leerlo. Comprendió lo que decía después de largo rato. Era una citación redactada en la forma ordinaria; el comisario de policía del distrito invitaba a Rascolnikof a que se presentara en su despacho a las nueve y media de aquel día.

—Pero si cuando ha llegado esta citación personalmente, nada tengo que ventilar con la policía. ¿Y por qué hoy precisamente? —se preguntaba presa de ansiedad dolorosa—. ¡Señor, que acabe esto lo antes posible!

En el momento de irse a arrodillar para orar, se echó a reir, no de la oración, sino de sí mismo.

Comenzó a vestirse con gran prisa.

—Estoy perdido... Bueno, tanto peor. ¡Igual me

¡Voy a ponerme esta bota...! Después de todo, acias al polvo del camino las manchas se verán enos, cada vez.

Pero apenas la tuvo en el pie, cuando, lleno temor y de disgusto, se la quitó vivamente. En seguida, reflexionando que no tenía otro lzado, volvió a ponérsela, riendo nuevamente.

—Todo esto es condicional, todo es relativo; y, cuando más, presunciones, no otra cosa.

Tal idea, a la que se aferraba sin convicción, impedía que temblara todo su cuerpo.

—¡Vaya, me he ahorcado! ¡Concluí por llegar ello!

A la hilaridad siguió el abatimiento.

—No, esto es superior a mis fuerzas...—pensó.

Sus piernas se doblaban.

—Es de miedo—se decía interiormente.

El calor le producía dolor de cabeza.

—¿Es un lazo? ¿Han recurrido a la farsa para raerme, y, cuando esté allí, se quitarán de pron- las caretas? —continuaba diciéndose mientras acercaba a la escalera—. Lo peor es que me ento como loco... y puedo soltar cualquier ton- ría...

Ya en la escalera, pensó que los objetos roba- os a la vieja estaban mal debajo del papel.

—Quizá me llamen para ordenar un registro en i ausencia—pensó.

Pero se hallaba tan desesperado, aceptaba su erdición con tal cinismo, digámoslo así, que aque- a aprensión sólo duró un minuto.

—¡Con tal que esto acabe pronto...!

Al llegar a la esquina de la calle por que pa- ara la víspera, dirigió una furtiva e inquieta jeada hacia la *casa*... Pero al instante apartó la ista.

—Si me interrogan probable es que confiese— pensaba al acercarse a la oficina.

La comisaría se hallaba establecida en el cuarto piso de una casa situada a un cuarto de *versta* de la que el joven habitaba. Antes de que la policía se instalara en aquel local, Rascolnikof había tenido que ventilar algo con ella; pero cosa sin importancia, y hacía mucho tiempo ocurrida.

Al penetrar por la puerta principal, a la derecha de la escalera que subía, vió a un empleado con un libro en la mano.

—Ese debe ser un *dvornik;* por consiguiente, allí está la oficina.

Y subió. No quería preguntar a nadie.

—Entraré, me pondré de rodillas y todo lo confesaré, todo...—pensaba mientras subía al cuarto piso.

La escalera era estrecha, empinada y sucia. En los cuatro pisos las cocinas de todos los cuartos daban a la escalera y estaban abiertas casi todo el día. De manera que el calor era allí asfixiante. La puerta de la oficina estaba igualmente abierta.

Rascolnikof entró y se detuvo en la antesala, donde esperaban algunos *mujiks.* Allí, como en la escalera, hacía inmenso calor; además, el local, recientemente pintado, despedía un olor a aceite que daba náuseas.

Después de esperar un momento, el joven se decidió a pasar a la inmediata habitación, donde había una hilera de cuartitos pequeños y bajos. Cada vez se hallaba más impaciente por saber a qué atenerse. Nadie se fijaba en él. En el segundo departamento trabajaban escribientes algo mejor vestidos que él lo estaba. Todos tenían aspecto bastante extraño. Se dirigió a uno de ellos.

—¿Qué queréis?
Mostró la citación.
—¿Sois estudiante?—le preguntó un individuo, spués de examinar el papel.
—Sí, antiguo estudiante.
El empleado examinó a su interlocutor sin cu-osidad alguna; por otra parte, era el tal un hom-re de cabellos desgreñados que parecía domi-ado por una idea fija.
—Por éste no sabré nada. Todo le es igual— dijo Rascolnikof.
—Dirigíos allá, al jefe de cancillería—agregó escribiente, indicando con el dedo el último de-artamento.
Rascolnikof entró en él. Estaba lleno de gente el jefe de cancillería se hallaba ocupado.
Los que allí se hallaban, vestían algo mejor ue los que acababa de ver. Entre los visitantes abía dos mujeres, una de ellas vestida de luto. u aspecto denotaba pobreza. Sentada junto al efe de la cancillería escribía lo que éste le dic-aba.
La otra mujer era de formas opulentas, de ostro encendido. Vestía con mucho lujo y lle-aba en el pecho un broche de grandes dimen-iones: esta mujer se mantenía detrás, un poco etirada, y como en actitud expectante.
Rascolnikof entregó papel al jefe, después de irigirle una ojeada.
—Podéis esperar un poco—dijo al estudiante.
Y continuó dictando a la enlutada.
El joven respiró más libremente.
—Con seguridad que no se me ha llamado ara *aquello*—se dijo.
Poco a poco fué recobrando su valor, o tra-aba de hacerlo, al menos.
—¡La menor torpeza, la más pequeña imprudeu-

cia bastaría para hacerme traición! ¡Hum...! ¡Lástima que aquí no haya aire! ¡Se ahoga uno! La cabeza me da más vueltas que nunca... y el espíritu hace lo propio...

Se notaba un terrible malestar en todo su sér, y temía no poder ser dueño de sí mismo. Trataba de fijar su pensamiento sobre cualquier objeto completamente indiferente, pero no lo conseguía. Su atención estaba cautivada por el jefe de cancillería y se esforzaba para descifrar el rostro de aquel funcionario.

Era el tal, un joven como de veintidós años, cuya cara atezada y cuerpo temblón acusaba más edad. Vestido con la elegancia de un jefe de menor cuantía, tenía los cabellos partidos en el occipucio por una raya artísticamente hecha; muchas sortijas brillaban en sus bien cuidados dedos, y cadenas de oro serpeaban en su chaleco. Hablaba francés, puesto que en tal idioma dirigió un par de palabras a un extranjero allí presente.

—Sentaos, Luisa Ivanovna —dijo a la dama elegante, que permaneció en pie un instante como si no se atreviera a sentarse, a pesar de tener al lado una silla.

Pero al fin tomó asiento, ahuecando con un leve *frufrú* sus faldas impregnadas de perfume. Extendido en torno de la silla su traje de seda azul pálido, adornado con encajes blancos, ocupa la mitad de la estancia. Parece avergonzada de tanto favor y de ocupar tan grande espacio. Sonríe con sonrisa a la vez tímida y descarada, pero su inquietud es visible.

La mujer enlutada se levantó, terminado el asunto que la ocupaba.

De pronto, haciendo gran ruido, entró un oficial de modales muy desenvueltos, que caminaba

oviendo los brazos a cada paso. Poniendo su
asquete sobre la mesa, se dejó caer en un sillón.
Al verle la dama lujosamente vestida, se puso
n pie con viveza y le saludó con el mayor res-
eto, pero el empleado no hizo el menor caso
la señora no se atrevió a volverse a sentar en
u presencia.

Era aquel personaje el ayudante del comisa-
o de policía; tenía largos bigotes bermejos y
asgos extremadamente finos, pero poco expre-
vos, que no denotaban sino cierto descaro.

Miró a Rascolnikof de reojo y con indignación:
or modesto que fuera el aspecto de nuestro hé-
oe y su actitud, contrastaban con la pobreza
e su ropa.

Olvidando la prudencia, el joven sostuvo de
nanera tan atrevida la mirada del oficial, que
ste se sintió herido en su orgullo.

—¿Quién eres tú?—gritó, admirado, sin duda,
le que tal vagabundo no bajara la vista ante
u mirada llena de resplandores.

—Se me ha hecho venir... he sido citado...—bal-
uceó Rascolnikof.

—Es el estudiante a quien se reclama dinero
—se apresuró a decir el jefe de cancillería—.
Tomad!

Y tendió a Rascolnikof un legajo, agregando,
a la vez que con el dedo le mostraba cierto pa-
saje:

—¡Leed!

—¿Dinero? ¿Qué dinero? —pensaba el joven—.
¿De manera... que no es para *aquello?*

Y se estremeció de alegría.

Experimentaba una tranquilidad inmensa, inex-
plicable.

—Pero ¿a qué hora se os dice aquí que viniе-
rais, caballero? —gritó el oficial, cuyo mal humor

aumentaba—. ¡Se os cita para las nueve, y son ya las once!

—Se me ha dado ese papel hace un cuarto de hora —replicó vivamente Rascolnikof, presa, también, de una súbita cólera, a la que se abandonaba con cierto placer—. ¡Enfermo, con fiebre, me creo que es atención de mi parte el haber venido!

—¡No gritéis!

—No grito, hablo tranquilamente; vos sois quien gritáis; soy estudiante, y no permito que se use ese tono conmigo.

Aquella respuesta irritó de tal modo al oficial, que, en el primer momento, no pudo pronunciar una palabra; sonidos inarticulados brotaron de sus labios y saltó del sillón.

—¡Silencio! ¡Estáis en la audiencia! ¡No seáis insolente, caballero!

—Vos también estáis en la audiencia —replicó Rascolnikof—, y, no contento con gritar, fumáis: faltáis al respeto a todos, por consiguiente.

Pronunció estas palabras con indecible satisfacción.

El jefe de cancillería miraba sonriendo a los rivales. El fogoso oficial quedó con la boca abierta por espacio de un instante.

—¡Nada os importa eso! —respondió al fin, esforzándose en hablar muy alto para ocultar su embarazo—. ¡Prestad la declaración que se os pide! Mostrádsela, Alejandro Grigorievitch. ¡Hay quejas contra vos! ¡No pagáis vuestras deudas! ¡Sois pájaro de cuenta!

Rascolnikof no le oía; ansiosamente había tomado el papel, impaciente por ver la solución del enigma. Leyó una vez, dos, y nada comprendió.

—¿Qué es esto?—preguntó al jefe de cancillería.

—Es una obligación consignada en documen-

cuyo pago se os reclama. Debéis, o liquidarla
on todos los gastos, o declarar por escrito en
ué fecha podréis hacerlo. A la vez tenéis que
omprometeros a no salir de la capital, a no
ender ni disminuir vuestro haber, hasta que
ayáis satisfecho la obligación; en cuanto al acree-
or, es libre de vender vuestros bienes y de tra-
ros con todo el rigor de la ley.

—Pero... ¡si yo... no debo nada a nadie!

—¡No nos importa eso! Nos ha sido enviada
na letra de cambio protestada; es un giro de
iento quince rublos que aceptasteis hace nueve
eses a la señora Zarnitzin, la cual lo ha trans-
rido en pago al consejero Tchebarof: de con-
guiente, os hemos llamado para recibir vues-
a declaración.

—Pero ¡si esa mujer es mi patrona...!

—¿Y qué importa que sea vuestra patrona?

El secretario contemplaba con una sonrisa de
stima e indulgencia, y a la vez con expresión
e triunfo a aquel novicio que iba a aprender
su costa el procedimiento usado contra los
eudores.

Mas ¿qué importaba a Rascolnikof la letra de
ambio? ¿Qué le importaba la reclamación de
u patrona? ¿Merecía aquello la pena de inquie-
arse, de preocuparse? Leía, escuchaba, respon-
ía, preguntaba a veces; pero hacía todo esto
e un modo maquinal. La dicha de verse salva-
o, la satisfacción de hallarse libre de un peli-
ro inminente, he ahí lo que entonces llenaba
odo su sér.

En aquel instante, toda preocupación del por-
enir, todo cuidado estaba lejos de él. Fué un
ninuto de alegría plena, íntima, puramente ins-
intiva.

Pero en aquel momento se produjo una tempestad en la oficina.

El oficial que no había digerido aún la afrenta hecha a su prestigio y su amor propio herido, buscó un medio de vengarse en alguno. De pronto, dirigiéndose a la dama elegante comenzó a tratarla duramente.

—Y tú, desvergonzada —vociferó (la señora enlutada se había ya marchado)— ¿qué es lo que ha pasado anoche en tu casa? ¡Toda la calle escandalizada! ¡Siempre risas y escenas de borrachos! ¡Te empeñas en ir a la cárcel! ¡Ya te he advertido diez veces que a la primera perdería la paciencia! ¡Pero eres incorregible!

A Rascolnikof se le cayó el papel de las manos y miró con aire de extrañeza a la elegante señora tratada con tan poca consideración. Pero no tardó en comprender de lo que se trataba y el lance empezó a divertirle. Escuchaba con placer y experimentaba deseos de reir... Todos sus nervios estaban agitadísimos.

—¡Ilia Petrovitch!—dijo el jefe de cancillería.

Pero reconoció que su intervención en aquel momento sería estéril: por experiencia sabía que, cuando el fogoso oficial se lanzaba, no había medio de detenerle.

En cuanto a la hermosa señora, la tormenta desencadenada sobre ella hízola temblar desde el primer momento; mas, cosa extraña, conforme se la insultaba su rostro iba tomando una expresión la más amable, y procuraba cada vez dar más seducción a las sonrisas que dirigía al terrible empleado. A cada momento hacía reverencias, y esperaba con impaciencia la ocasión de decir una palabra.

—En mi casa no hay alborotos ni riñas, señor capitán —se apresuró a decir cuando tuvo

ocasión de hablar (se expresaba en ruso sin dificultad, si bien con marcado acento alemán)— ni en ella se produce ningún escándalo. Este hombre llegó borracho y pidió tres botellas: después se puso a tocar el piano con los pies, lo que no es correcto en una casa decente, y le rompió las cuerdas. Yo le dije que no era ese modo de conducirse, y entonces él cogió una botella y empezó a dar botellazos a todo el mundo. Llamé en seguida a Karl, el portero, y éste recibió un golpe en la cara, hizo lo mismo con Enriqueta, y a mí me dió cinco en la mejilla. Es una villanía proceder de este modo en una casa decente, señor capitán.

Pedí socorro y él abrió la ventana que da al canal y se puso a gruñir imitando al cerdo. ¿No es esto vergonzoso? Karl le tiró por detrás para quitarle de la ventana y le arrancó, es verdad, uno de los faldones de la levita. Entonces él me reclamó quince rublos de indemnización por el desperfecto de su traje, y yo he tenido que darle cinco por el faldón. ¡El ha sido, señor capitán, el mal educado que ha promovido escándalo!

—¡Vamos, vamos, basta! ¡Ya te lo he dicho y te lo he repetido, Ilia Petrovitch!—dijo nuevamente y con tono significativo el jefe de cancillería.

El teniente le dirigió una rápida mirada y vió que sacudía ligeramente la cabeza.

—Pues bien —concluyó el teniente, después de haber paseado la vista en derredor—, oye mi última palabra, respetable Luisa Ivanovna: Si en lo sucesivo se produce el menor escándalo en tu respetable casa, te prometo *enchiquerarte*, como se dice en el gran lenguaje. ¿Comprendes? Pue-

des marcharte ya. ¡Pero sabe que no te perderé de vista!

Con excesiva amabilidad, Luisa Ivanovna saludó a uno y a otro lado; mas, cuando se dirigía, sin dejar de hacer reverencias, hacia la puerta, dió con su hombro a un guapo oficial, de rostro fresco y franco, que usaba soberbias patillas rubias y bien pobladas. Era el comisario de policía Nikodim Fomitch en persona. Luisa Ivanovna se apresuró a inclinarse hasta el suelo, y salió de la oficina andando a saltitos.

—¡Vuelta con el rayo, el trueno, los relámpagos, la tromba, el huracán! —dijo amistosamente el comisario—. ¡Se te ha caldeado la bilis y te has enfurecido! Te he oído desde la escalera.

—¡Y cómo no! —dijo con abandono Ilia Petrovitch trasladándose con sus papeles a otra mesa—. Este caballero, que es un estudiante, un antiguo estudiante, mejor dicho, no paga sus deudas, acepta letras de cambio, se niega a salir de su alojamiento; continuamente se reciben quejas contra él ¡y el caballero se me pone serio porque enciendo un cigarro en su presencia! Antes de notar que se le falta al respeto ¿no debía él respetarse a sí propio? Miradle. ¡Vaya un aspecto para inspirar consideración!

—Pobreza no es vileza, amigo mío. Ya se sabe que os amoscáis pronto. Algo, sin duda, en su modo de ser os ha ofendido, y a vuestra vez no pudisteis conteneros —prosiguió Nikodim Fomitch con tono amistoso y dirigiéndose a Rascolnikof—. Pero vuestra es la culpa, porque Ilia Petrovitch es un excelente hombre, os lo aseguro, aunque algo vivo quizá. Se acalora, se inflama, y cuando ha lanzado el fuego sólo queda una cosa: ¡un

razón de oro! En el regimiento se le llamaba: l teniente Pólvora...»

—¡Y qué regimiento aquél!—exclamó Ilia Povitch, sensible a los delicados halagos de su perior, pero sin cesar de gruñir no obstante. Rascolnikof quiso decir a todos algo extraordinariamente agradable.

—Perdonadme, capitán —comenzó, en el tono ás humilde, dirigiéndose a Nikodim Fomitch—, ero poneos en mi lugar... Dispuesto me hallo excusarme, si en algo le ofendí. Soy un estuante enfermo, pobre, castigado por la misea. Abandoné la Universidad porque carezco de cursos; pero he de recibir dinero... Mi madre mi hermana habitan en el distrito de... Me enarán fondos, y... pagaré. Mi patrona es una uena mujer; mas, como no doy lecciones y ace cuatro meses que no le pago, se enfada y asta deja de darme de comer... No comprendo, ues, a qué viene esto. Exige que salde ahora a letra de cambio. ¿Acaso puedo? Juzgad vos ismo...

—Eso no nos incumbe...—observó nuevamente jefe de cancillería.

—Permitid, permitid... Soy completamente de uestra opinión; pero dejad, consentid que os xplique... —agregó Rascolnikof, dirigiéndose siemre a Nikodim Fomitch y no al jefe de cancilería; trataba también de llamar la atención de lia Petrovitch, aun cuando éste afectara desdeñosamente no escucharle y pareciera ocupadísimo en el examen de unos papelotes—. Permitid que os diga que vivo en su casa hace tres ños, desde que llegué de provincias, y ¿por ué no confesarlo? esperaba casarme con su hi... una joven que me agradaba, aunque no esaba de ella enamorado... Mi patrona me abrió

un amplio crédito, y yo llevé una vida... demasiado ligera...

—Se os suplica que no entréis en detalles íntimos, caballero; no tenemos tiempo para otros— interrumpió groseramente Ilia Petrovitch.

Pero Rascolnikof siguió con calor, aun cuando al pronto se le hiciera penoso hablar.

—Permitid, sin embargo, ¡que os refiera cómo ocurrió todo, aunque, lo reconozco como vos, todo esto sea inútil. Hace un año murió mi prometida, yo continué siendo el huésped de la señora Zarnitzin, y cuando mi patrona se mudó a la casa en que hoy habita, me dijo... amistosamente... que tenía en mí absoluta confianza... pero que no por esto le desagradaría que le hiciera un pagaré de ciento quince rublos, cifra en que fijó el importe de mi deuda. Me aseguró positivamente que, una vez dueña de aquel papel, me fiaría cuanto quisiera, y que jamás, jamás, fueron sus palabras, daría curso al pagaré... Y ahora que he perdido mis lecciones, ahora que no tengo qué comer, me exige el pago de esa letra. ¿Qué decir a esto?

—Esos detalles patéticos no nos importan, caballero —replicó insolentemente Ilia Petrovitch—. Debéis prestar la declaración y formular el compromiso que se os piden; en cuanto a la historia de vuestros amores y de todos esos trágicos lugares comunes, nada nos interesa.

—¡Oh, eres duro...! — murmuró Nikodim Fomitch, que había tomado asiento ante su mesa y se había puesto también a rubricar papeles.

Parecía experimentar cierta vergüenza.

—Escribid, pues—dijo el jefe de cancillería a Rascolnikof.

—¿Qué he de escribir?—preguntó éste con rudo tono.

—Os dictaré.

Rascolnikof creyó notar que, después de su nfesión, el jefe de cancillería le trataba con erto desdén; mas, cosa extraña, de pronto se bía tornado indiferente a la opinión que pu- era formarse de él, cambio que se operó en un rir y cerrar de ojos. Si hubiera reflexionado quiera ligeramente, sin duda que le hubiese ad- irado el considerar cómo había podido con- rsar con los funcionarios de la policía, y hasta bligarlos a escuchar sus confidencias. Entonces, or el contrario, si en lugar de estar llena de olicía, la estancia se hubiera visto súbitamente vadida por sus amigos más queridos, probable que no hubiese hallado una sola palabra que ecirles. De tal modo había variado su corazón. Sólo experimentaba la dolorosa impresión de n inmenso aislamiento. No era aquello la con- sión de haber hecho testigo de sus desaho- os al oficial, no era la insolencia del funciona- o lo que produjera tal revolución en su alma. Oh! ¿qué le importaba entonces su propia baje- a? ¿Qué le importaban los aires altaneros, los nientes, las letras de cambio, las oficinas de olicía, etc., etc.? Si en aquel momento se le hu- era condenado a ser quemado vivo, la sentencia o le hubiera conmovido; con trabajo hubiese cuchado hasta el fin la sentencia de sus jueces. Un fenómeno completamente nuevo, sin pre- edente hasta entonces, llevábase a cabo en él. omprendía, mejor dicho y lo que era cien veces eor, sentía en todo su sér que para lo futuro staba apartado de la comunión humana, que oda expansión sentimental como la de poco an- s, más aún, que toda conversación no sólo con os individuos de la comisaria, sino hasta con us más próximos parientes, le estaba prohibida.

Nunca había experimentado una sensación tan cruel.

El jefe de cancillería comenzó a dictarle la fórmula de la declaración usada en tales casos:

«No puedo pagar; me comprometo a hacerlo tal día; no saldré de la ciudad; no haré ninguna venta ni cesación de mi haber, etc.»

—Pero ¡no podéis escribir! La pluma os tiembla en la mano —observó el jefe de cancillería, que con curiosidad miraba a Rascolnikof—. ¿Estáis enfermo?

—Sí... la cabeza me da vueltas... ¡Continuad!

—Ya está; firmad.

El jefe de cancillería tomó el papel y comenzó a despachar a los otros visitantes.

Rascolnikof devolvió la pluma; pero, en lugar de marcharse, se puso de codos sobre la mesa y se oprimió la cabeza con las manos. Sufría como si se le introdujera un clavo en el occipucio. Una extraña idea se le ocurrió súbitamente: alzarse de pronto, acercarse a Nikodim Fomitch y referirle lo ocurrido la víspera, ir con él a su cuarto y enseñar los objetos escondidos. De tal modo apoderóse aquel intento de su espíritu, que se puso en pie para ponerlo en ejecución.

—¿No sería bueno reflexionarlo un minuto? —pensó un instante—. ¡No, preferible es obrar por inspiración, arrojar lo antes posible este fardo!

Pero de pronto quedó clavado en el pavimento. Nikodim Fomitch y su ayudante Ilia Petrovitch sostenían una animada conversación que Rascolnikof podía oir:

—No es posible; ambos serán puestos en libertad. En primer lugar, eso está lleno de inverosimilitudes. Si fueran los autores, ¿para qué hubieran llamado al portero? ¿Para denunciarse a sí mismos? ¿O bien por astucia? ¡No, hubiera

o demasiada! Por último el estudiante Pestria-
f fué visto por los porteros y por una vecina
el momento de entrar en el patio: llegó con
s amigos, que se despidieron de él a la puerta,
antes de alejarse, sus compañeros le oyeron
eguntar al portero dónde vivía la vieja. ¿Hu-
ra hecho tal pregunta si hubiese llevado se-
jante decisión? En lo que a Koch respecta, se
e dónde pasó como una media hora, antes
ir a casa de la vieja. Ahora... reflexionad.
—Permitid, sin embargo... Hay en sus expre-
nes algo que no se explica: ellos mismos afir-
n que forcejearon y que la puerta estaba ce-
da; ¡y, tres minutos después, cuando volvie-
n con el portero, estaba abierta!
—Ahí está lo importante: es indudable que el
sino se hallaba en el cuarto de la usurera
que se había encerrado con cerrojo: le hubie-
n cogido si Koch no hubiera cometido la tor-
za de ir también en busca del portero; pero
aquel intervalo logró escapar el asesino. Koch
santigua con las dos manos: «¡Ah! —dice—.
hubiera permanecido allí habría salido de re-
nte y me hubiera matado con el hacha.» Quie-
mandar cantar un solemne *Te Deum*... ¡Ja, ja!
—¿Y nadie vió al asesino?
—¿Cómo verle? La tal casa es el arca de Noé—
servó el jefe de cancillería que, desde su puesto,
nbién escuchaba la conversación.
—¡El asunto está claro! ¡Muy claro está! —re-
ió con vivacidad Nikodim Fomitch.
—No, el asunto está muy turbio—sostuvo Ilia
trovitch.
Rascolnikof tomó su sombrero y se dirigió ha-
la puerta de salida, mas no llegó a ella...
Cuando volvió en sí, se vió sentado en una
la; a la derecha sosteníale alguien; a la iz-

quierda, otra persona tenía en la mano un vaso lleno de agua amarilla; Nikodim Fomitch, en pie frente a él, mirábale fijamente; el joven se levantó.

—¡Qué! ¿estáis enfermo?—preguntó en bastante severo tono el comisario de policía.

—No hace mucho, cuando escribía su declaración, apenas podía sostener la pluma entre los dedos—dijo el jefe de cancillería, tornando a sentarse a su mesa y reanudando el examen de sus legajos.

—¿Hace mucho tiempo que estáis enfermo?—gritó desde su sitio Ilia Petrovitch, que también examinaba papeles.

—Desde ayer—balbuceó el joven.

—Pero ¿salisteis ayer de casa?

—Sí.

—¿Enfermo?

—Sí.

—¿A qué hora?

—Entre siete y ocho de la noche.

—¿Y a dónde fuisteis? Permitid que os lo pregunte.

—A la calle.

—Claro y breve.

Palidísimo, Rascolnikof había contestado en tono breve y conmovido; sus ojos negros e inyectados no se habían rendido ante la mirada del teniente.

—Apenas pueden tenerle las piernas, y tú... —quiso hacerle observar Nikodim Fomitch.

—¡No importa!—respondió enigmáticamente Ilia Petrovitch.

El comisario de policía trataba de agregar algo; pero, dirigiendo su mirada hacia el jefe de cancillería encontró la de éste fija en él, y guardó silencio. Todos callaron bruscamente, lo que no dejó de ser extraño.

—Bueno, está bien —concluyó por decir Ilia etrovitch—. No os detenemos.

Rascolnikof se retiró: no había salido de la stancia cuando la conversación, viva y animada, olvió a ocupar a los policías. Por encima de toas las otras se elevaba la voz del comisario, ue comenzaba los interrogatorios... En la calle, joven recobró todas sus facultades.

—¡Van a llevar a cabo un registro, un registro mediato! —repetía, dirigiéndose a grandes paos hacia su casa—. ¡Los muy bandidos tienen spechas!

El mismo espanto de poco antes volvió a apoerarse de él de pies a cabeza.

II

—¿Y si la diligencia hubiese ya empezado, y, llegar, los encontrara en mi aposento?

Llegó a su cuarto. Nadie había entrado en él; do estaba en orden. Ni la misma Nastasia tocó ada. ¡Pero Señor! ¿Cómo pudo dejar todo eso semejante escondrijo?

Corrió al rincón, y, metiendo las manos en el ueco, sacó de él las alhajas, que resultaron ser cho piezas. Había dos cajitas, que contenían endientes o algo por el estilo —él no sabía qué—, demás cuatro estuches. Una cadena de reloj esba simplemente envuelta en un pedazo de peódico, e igualmente otro objeto, que al parecer a una condecoración.

Rascolnikof lo guardó todo en los bolsillos, iciendo lo posible para que no parecieran deasiado abultados. Tomó también la bolsa y sa-

lió de su aposento, cuya puerta dejó entonces abierta.

Caminaba con paso rápido y firme; aun cuando se sintiera quebrantado no le faltaba su presencia de espíritu. Temía una persecución, temía que dentro de media hora, quizá de un cuarto de hora, se incoara proceso contra él; de consiguiente, necesitaba que las piezas de convicción desaparecieran cuanto antes. Debía evitar semejante mancha mientras le quedasen fuerzas y sangre fría... Pero ¿a dónde ir?

Mucho tiempo hacía que la pregunta aquella estaba contestada.

—Lo tiraré todo al canal, y al agua irá todo.

He aquí lo que había decidido la noche precedente, en aquellos momentos de delirio en que muchas veces tuviera deseos de levantarse y de ir y «tirarlo todo inmediatamente.»

Pero la ejecución de tal proyecto no era cosa tan fácil. Durante media hora o acaso más, vagó por el muelle del canal de Catalina; examinaba, conforme las encontraba, las diversas escaleras que conducían al borde del agua. Por desgracia, siempre algún obstáculo se oponía a la realización de su designio. Ya era una lancha de lavanderas, ya otras embarcaciones amarradas a la orilla. Por otra parte, el muelle estaba lleno de transeuntes, quienes no hubieran dejado de fijarse en acto tan insólito. Un hombre no podía, sin infundir sospechas, llegar hasta el borde del agua y arrojar un objeto al canal. ¿Y si, como era de prever, los estuches flotaban? Todo el mundo lo notaría. Rascolnikof veíase ya objeto de la atención general; se figuraba que todo el mundo se fijaba en él.

Finalmente, nuestro joven se dijo que quizá obrara mejor yendo a arrojar al Neva todos los

bjetos; allí habría menos gente, se expondría
nenos a ser visto, y, consideración importante,
e hallaría más lejos de su barrio.

—¿Cómo es posible —se preguntó súbitamente
con admiración—, que desde hace media hora
ague por estos sitios tan peligrosos para mí?
No hubiera podido hacerme antes las objecio-
es que ahora se ofrecen a mi pensamiento? Si
acabo de perder media hora buscando la reali-
ación de un proyecto insensato, ello únicamente
bedece a que tomé la resolución en un momen-
o de delirio.

¡Se volvía extraordinariamente distraído y ol-
idadizo, y lo sabía! Decididamente era menes-
er apresurarse.

Se dirigió hacia el Neva por la perspectiva
V...; pero, en el camino, se le ocurrió otra idea.

—¿Por qué ir al Neva? ¿Por qué arrojar al
gua aquellos objetos? ¿No sería mejor ir a cuál-
quier parte, a una isla? Allí buscaría un lugar
olitario, un bosque, y todo lo enterraría junto
a un árbol que tendría cuidado de señalar.

Aun cuando se sintiera poco capaz de tomar
una juiciosa resolución, la idea le pareció prác-
ica y resolvió ponerla en ejecución.

Pero la casualidad decidió otra cosa. Confor-
me Rascolnikof salía de la perspectiva V..., a la
derecha vió la entrada de un patio rodeado de
grandes paredes, y cuyo suelo estaba cubierto
de un polvo negro. En el centro había un cober-
izo, dependencia indudablemente de un taller cual-
quiera: allí debía haber un establecimiento de
carpintería, talabartería o cosa semejante.

No viendo a nadie en el patio, Rascolnikof fran-
queó el umbral de la puerta, y después de pasear
sus miradas en derredor, se dijo que ningún

sitio le ofrecería más facilidades para la ejecución de su proyecto.

Precisamente junto al muro, o mejor dicho, a la valla de madera que bordeaba la calle, a la derecha de la puerta, había adosada una enorme y tosca piedra de sesenta libras aproximadamente de peso.

Al otro lado de la valla estaba la calle, y el joven sentía el tránsito de gente muy numerosa en aquel lugar; pero nadie desde fuera podía verle: para esto era preciso que alguien entrase en el patio, cosa que, después de todo, nada hubiese tenido de extraño: era, pues, preciso darse prisa.

Encorvóse sobre la piedra, la cogió con ambas manos y agotando todas sus fuerzas consiguió volcarla. El suelo, en el sitio que la piedra ocupaba, formaba una ligera depresión y en este hueco depositó el joven cuanto llevaba en los bolsillos. Puso la bolsa encima de las joyas, y así y todo el hueco no se llenó. Después cogió la piedra y consiguió colocarla justamente en el lugar que antes ocupaba. Parecía algo movida a lo sumo, pero apretó con el pie la tierra en los bordes. Nada se podía notar.

Salió y se dirigió a la plaza. Como en la oficina de policía, una alegría intensa, casi imposible de soportar, se apoderó de él por un momento.

—¡Enterradas las piezas de convicción! ¿A quién puede ocurrírsele cavar bajo aquella piedra? Probable es que esté allí desde que se construyó la casa vecina, ¡y Dios sabe cuánto tiempo permanecerá todavía! Y aun cuando se descubriera lo que allí debajo hay, ¿quién puede sospechar que yo lo oculté? ¡Todo ha concluído! ¡No hay pruebas!

Y se echó a reir. Sí, recordó más tarde que había atravesado la plaza riendo, con una risa nerviosa, muda, prolongada. Pero cuando llegó al bulevar de K... su hilaridad cesó súbitamente.

Todos sus pensamientos agitábanse entonces en torno de un punto principal, cuya importancia confesábase a sí mismo; sentía que entonces, por primera vez desde hacía dos meses, se hallaba frente a frente de esta cuestión.

—Pero ¡qué diablos me importa todo eso!—se dijo, en un brusco acceso de cólera. «Echado está el vino y es menester beberlo.» ¡Al diantre la vida nueva! ¡Qué necio es esto, Señor...! ¡Y cuántas falsedades, cuántas bajezas llevé a cabo hasta hoy! ¡Qué vergonzosas humillaciones no hace mucho, para conquistar la benevolencia de Ilia Petrovitch! ¡Mas, por otra parte, poco me importa! ¡Me burlo de todos ellos y de las vilezas que haya podido cometer! ¡No se trata de esto!

Se detuvo de pronto, extraviado, aniquilado por una cuestión nueva, por completo inesperada y excesivamente sencilla.

—Si realmente obraste en todo este asunto como hombre inteligente y no como imbécil, si tenías un fin claramente trazado y firmemente perseguido, ¿cómo es que hasta la fecha no miraste lo que la bolsa contenía? ¿Cómo ignoras lo que te importa un acto del cual no temes asumir el peligro ni la infamia? ¿No querías hace poco arrojar al agua la bolsa y las alhajas sin apenas haberlas mirado...? ¿A qué se asemeja esto?

Llegado al petril del Pequeño Neva, en Vassili Ostrof, detúvose de pronto junto al puente.

—Aquí, en esta casa vive —pensó—. ¿Qué significa esto? ¡Parece que mis piernas me han conducido por sí mismas frente a la casa de

Razumikin! ¡Vuelta a la misma historia del otro día...! Esto es muy curioso. ¡Andaba sin objeto, y la casualidad me trae aquí! No importa; dije... anteayer... que le vería después de *aquello*, al siguiente día... ¡Pues voy a verle! ¿Acaso no puedo hacerle una visita?

Subió hasta el quinto piso, donde su amigo vivía.

Este último estaba en su aposento, preparábase para escribir, y él mismo salió a abrir la puerta.

Vestido en traje de casa todo desgarrado, los desnudos pies en pantuflas, los cabellos alborotados, sin afeitar, sin haberse lavado, Razumikin llenóse de admiración al ver a nuestro héroe.

—¡Cómo! ¡Eres tú! — exclamó, examinando de pies a cabeza al recién llegado.

Luego guardó silencio y empezó a silbar.

—¿Posible es que los asuntos vayan tan mal? El hecho es que en elegancia excedes a tu servidor—continuó, después de dirigir una ojeada a los harapos del compañero.

—Pero, siéntate; veo que estás cansado.

Y cuando Rascolnikof húbose dejado caer en un diván turco en peor estado aún que el suyo, Razumikin notó de pronto que su amigo no estaba bueno.

—Estás verdaderamente enfermo, ¿sabes?

Quiso pulsarle; Rascolnikof apartó vivamente la mano.

—Es inútil —dijo—. He venido... te diré a qué: no tengo lecciones, y quisiera... por otra parte, no es de lecciones de lo que tengo absoluta necesidad...

—¿Sabes lo que te digo? ¡Que chocheas!—ob-

servó Razumikin, mirando atentamente a su amigo.

—No, no chocheo—replicó alzándose el otro.

Cuando llegó a casa de Razumikin no había pensado en que se hallaría frente a su amigo. Y, una entrevista a solas con no importa qué persona, era en aquel momento lo que más le repugnaba. Lleno de amargura, poco faltó para que le ahogase la cólera que sentía contra sí mismo al franquear el umbral de la puerta.

—¡Adiós!—dijo bruscamente.

Y se dispuso a salir.

—¡Pero espera un poco! ¡Qué raro eres!

—¡Es inútil!—replicó Rascolnikof, apartando la mano que su amigo le tenía asida.

—Entonces ¿a qué diablo viniste? ¿Acaso has perdido el juicio? Casi, casi me ofendes. No te dejaré marchar de ese modo.

—Pues bien, oye. He venido a verte porque sólo tú puedes ayudarme... a comenzar... porque tú eres mejor que todos ellos, es decir, más inteligente, y puedes apreciar... Pero ahora veo que nada necesito, ¿oyes? nada absolutamente... ¡No necesito ni servicios ni simpatías de nadie...! ¡Me basto a mí mismo! ¡Que se me deje en paz!

—¡Pero aguarda un minuto, mamarracho! ¡Estás loco rematado! Puedes decir cuanto quieras. Ya ves, yo tampoco tengo lecciones, pero me burlo de todo: tengo un librero, Kheruvimof, que, en su género, es una lección. No lo cambiaría por cinco lecciones en casas de comerciantes. Publica libritos sobre ciencias naturales, y esto es coser y cantar. ¡El todo es hallar títulos! Tú siempre decías que yo soy tonto; pues bien, amigo mío, los hay mayores que yo. Mi editor, que, personalmente, no sabe la *a*, se ha puesto a la

orden del día; entiéndase que yo le impulso a ello.

He aquí, por ejemplo, estos dos pliegos y medio de texto alemán: a mi entender es el más necio charlatanismo. El autor examina la cuestión de saber si la mujer es, intelectualmente, un sér igual al hombre; tiende naturalmente a la afirmación; y la demuestra de un modo victorioso. Yo traduzco este folleto para Kheruvimof, quien lo juzga de actualidad, porque la gente se ocupa ahora mucho de las mujeres. Con los dos pliegos y medio del alemán, nosotros haremos seis; les daremos un ampuloso título, y venderemos esto a cincuenta *kopeks*. ¡Será un éxito! Cobro mi traducción a seis rublos por pliego, lo cual hace un total de quince, y por adelantado cobro seis.

¡Qué! ¿quieres traducir el segundo pliego? Si quieres, toma el texto, plumas, papel —todo lo paga el Estado— y permíteme ofrecerte tres rublos: cobrarás los otros tres cuando la traducción esté concluída. Sobre todo, no vayas a creerte que algo me debes por esto. Al contrario, pues en cuanto entraste formé el propósito de utilizarte. En primer lugar, yo no estoy muy fuerte en ortografía, y, en segundo, tengo un lastimoso conocimiento del alemán, de suerte que con frecuencia invento en vez de traducir. Me consuelo pensando que agrego bellezas al texto, ¿quién sabe? Quizá me forje una ilusión. Vaya, todo está dicho. ¿Aceptas?

Rascolnikof tomó en silencio los dos pliegos del folleto alemán y los tres rublos, y salió sin decir palabra.

Razumikin le siguió con una mirada de admiración. Pero, llegado a la primera esquina de la calle, Rascolnikof retrocedió súbitamente, y

volvió a subir al cuarto de su amigo. Dejó sobre la mesa dinero y original, y otra vez salió silenciosamente.

—¡Pero estás fuera de tu juicio!—vociferó Razumikin, ya encolerizado—. ¿Qué farsa representas? Hasta a mí me quitas la paciencia. ¿A qué viniste, entonces?

—No necesito... traducciones...—murmuró Rascolnikof, ya dispuesto a bajar la escalera.

—¿Qué deseas entonces, majadero? ¿Qué necesitas?—gritóle Razumikin desde el rellano.

El visitante continuó bajando en silencio.

—¡Eh! ¡Di! ¿Dónde vives?

La pregunta no obtuvo respuesta.

—¡Bien! ¡vete al diablo!

Rascolnikof estaba ya en la calle.

El joven llegó a su casa al anochecer, sin que pudiera decir por dónde había ido. Temblando todo su cuerpo como un caballo fatigado, se desnudó, tendióse sobre el diván y, después de arroparse como pudo, durmióse inmediatamente...

La obscuridad era ya completa, cuando le despertó de pronto un ruido terrible.

¡Qué espantosa escena, Dios mío! Gritos, gemidos, rechinar de dientes, lágrimas, golpes, insultos, un estrépito como jamás lo había oído. Horrorizado, sentóse en el diván; su espanto crecía a cada instante, porque cada vez llegaba más claro a sus oídos el repercutir de los golpes, las invectivas... De pronto, con extremada sorpresa por su parte, reconoce la voz de su patrona.

La pobre mujer gemía, suplicaba en doliente tono. Imposible comprender lo que decía, pero sin duda rogaba que dejaran de pegarle, porque le pegaban desapiadadamente en la escalera. El bruto que la maltrataba vociferaba con voz jadeante, sofocada por la cólera, de suerte que sus

palabras, como las de la otra, eran también ininteligibles. Rascolnikof temblaba como hoja en árbol: acababa de reconocer aquella voz: era la de Ilia Petrovitch.

¡Ilia Petrovitch allí, pegando a su patrona! Le da puntapies y golpea con su cabeza la escalera.

—Claro es que no me engaño. ¡El ruido de los golpes, los gritos de la víctima indican de qué se trata! ¿Qué significa esto? ¿No quedó títere con cabeza en este mundo?

La gente de todos los pisos se echaba a la escalera; se oían voces, exclamaciones; unos subían, bajaban otros; las puertas se cerraban con estrépito.

—Pero ¿por qué? ¿Cómo era posible esto?—se repetía, creyendo firmemente que la locura se apoderaba de su cerebro.

Pero no. ¡Percibía distintamente aquellos ruidos...!

—Bueno, entonces, si es así, van a subir aquí... porque con seguridad que todo es por lo de ayer... ¡Señor!

Quiso echar la aldaba, pero no tuvo fuerzas para alzar el brazo... Por otra parte, comprendía que esta precaución no serviría para nada. El espanto helaba su sangre.

Al cabo de dos minutos, todo aquel ruido fué cesando poco a poco. La patrona gemía. Ilia Petrovitch continuaba vomitando insultos y amenazas... Por fin calló también, al menos cesó de oírsele.

—¿Acaso se habrá marchado? ¡Señor!

Sí, oigo que la patrona también se va, llorando y gimiendo todavía... La puerta de su aposento se cierra vivamente... Los inquilinos aban-

donan la escalera para subir a sus respectivos aposentos; prorrumpen en exclamaciones, discuten, llámanse los unos a los otros, tan pronto a gritos como en voz baja. Debían ser numerosísimos; la casa entera, con raras excepciones, había acudido al lugar.

Pero, Dios mío, ¿es todo esto posible? ¿Y por qué, por qué ha venido ese hombre aquí?

Rascolnikof cayó sin fuerza sobre el diván, pero no pudo dormir: durante media hora fué presa de un espanto jamás sentido.

Viva luz alumbró de pronto su aposento: era Nastasia, que entraba con una bujía en una mano y un plato de sopa en la otra.

La sirvienta le miró con atención, y, habiéndose convencido de que no dormía, dejó la bujía sobre la mesa y empezó a desembarazarse de lo que llevaba: pan, sal, un plato y una cuchara.

—Creo que no comes desde ayer. Andas arrastrado toda la mañana y con la fiebre en el cuerpo.

—Nastasia... ¿por qué han pegado a la patrona?

La mujer le miró fijamente.

—¿Quién ha pegado a la patrona?

—No hace mucho... hace media hora, Ilia Petrovitch, el ayudante del comisario de policía; le pegó en la escalera... ¿Por qué la maltrataba de aquel modo? ¿Y por qué ha venido...?

Nastasia frunció la cejas sin decir nada y examinó prolongadamente al huésped. Aquella mirada inquisitorial causóle turbación.

—Nastasia, ¿por qué no contestas?—preguntó al fin con voz tímida y débil.

—¡Es la sangre!—murmuró ella, como hablando consigo misma.

—¡La sangre...! ¿Qué sangre...?—balbuceó él, tornándose pálido y retrocediendo hacia la pared.

Nastasia seguía observándole en silencio.

—Nadie ha pegado a la patrona—agregó en seguida en tono perentorio.

El la miró, respirando apenas.

—Yo mismo lo oí... no dormía... estaba sentado en el diván —dijo en voz más miedosa que nunca—. Escuché mucho tiempo... Vino el ayudante del comisario de policía... Saliendo de sus cuartos, todo el mundo acudió a ver la escena.

—Nadie ha venido. La sangre está en ti gritando. Cuando no puede salir y empieza a formar cuajarones, se comienza a ver mal... ¿Quieres comer?

No respondía; Nastasia no abandonaba el aposento, y siempre le miraba curiosamente.

—Dame de beber... Nastasiuchka.

Esta salió y volvió al cabo de dos minutos, trayendo una taza llena de agua.

Los recuerdos de Rascolnikof cesaron desde aquel momento. Sólo recordaba que bebió un trago de agua. Después se desmayó.

III

En el transcurso de su enfermedad, nunca se vió por completo privado de sentimiento: era el suyo un estado febril con delirio y semiinconsciencia. Recordó, andando el tiempo, muchas cosas. Tan pronto le parecía que multitud de personas le rodeaban, queriendo cogerle y llevarle a alguna parte, que discutían vivamente y disputaban por su causa, como de repente se veía solo en

el aposento; se habían marchado todos, le temían; de vez en cuando abrían la puerta para examinarle a hurtadillas; las gentes le amenazaban, se consultaban, reían, le encolerizaban. A menudo se daba cuenta de la presencia de Nastasia, cuando la aldaba denotaba, con su ruido, que alguien franqueaba la puerta. Veía también a un hombre que debía serle muy conocido, pero ¿quién era? Quizá logró colocar un nombre sobre aquel rostro, cosa que le desolaba hasta el punto de arrancarle lágrimas.

En ocasiones se figuraba estar en cama hacía un mes; en otros momentos, todos los incidentes de su enfermedad le parecían ocurridos en un solo y mismo día. Pero *aquello—aquello*—estaba completamente olvidado; a cada instante, es cierto, se decía que no recordaba algo de que hubiera debido acordarse, y se atormentaba, hacía penosos esfuerzos de memoria, gemía, tornábase furioso, o le acometía un indecible terror. Entonces incorporábase en la cama e intentaba huir, pero siempre le retenía alguien con fuerza. Estas crisis le debilitaban, concluyendo siempre en un desvanecimiento. Al fin recobró por completo el uso de sus sentidos.

Eran entonces las diez de la mañana. El sol entraba en el aposento. Nastasia hallábase en pie ante el lecho del enfermo, y a su lado había un individuo a quien Rascolnikof no conocía y que le miraba curiosamente. Era un joven de naciente barba vestido con *caftan*, y al que hubiera podido tomarse por un *artelchtchik* (1). La patrona miraba por la puerta entreabierta. Rascolnikof se incorporó.

---

(1) Miembro de una asociación de obreros o de empleados.

—¿Quién es, Nastasia?—preguntó mostrando al joven.

—¡Cómo! ¡Ha vuelto en sí!—dijo la sirvienta.

—¡Ha vuelto en sí!—repitió el desconocido.

Al oir aquellas palabras, la patrona cerró la puerta y desapareció.

Su timidez le hacía siempre penosa toda conferencia o explicación. Tenía esta mujer cuarenta años, ojos y cejas negros, robustez pronunciada, y en suma, un exterior muy agradable. Buena, como lo son todas las personas gruesas y perezosas, era además excesivamente pudibunda.

—¿Quién... sois?—siguió preguntando el enfermo, dirigiéndose ya al joven.

Pero en aquel momento volvió a abrirse la puerta, dando paso a Razumikin, que penetró en el aposento encorvándose un poco, a causa de su elevada estatura.

—¡Qué camarote! —exclamó al entrar—. Mi cabeza da siempre con el techo. ¡Y esto se llama un cuarto de alquiler! ¡Eh, amigo mío! Según lo que Pachenka me dijo no hace mucho, por fin has recobrado tus facultades.

—Acaba de recobrarlas—pronunció Nastasia.

—Acaba de recobrarlas—repitió como un eco y con leve sonrisa el desconocido.

—Pero ¿quién sois? —le preguntó bruscamente Razumikin—. Yo me llamo Razumikin, soy estudiante, hijo de gentilhombre, y el señor es mi amigo. ¡Ea, decidme quién sois!

—Estoy empleado en casa del comerciante Cholopaief, y vengo aquí para cierto asunto.

—Sentaos en esa silla.

Diciendo esto, Razumikin se sentó a su lado.

—Amigo mío, bien hiciste volviendo en ti—prosiguió, dirigiéndose a Rascolnikof—. Tres días hace que, por decirlo así, nada has comido ni bebido,

Apenas tomabas algún té, que se te había de dar a cucharadas. Dos veces vino conmigo Zosimof. ¿Te acuerdas de Zosimof? Te examinó atentamente, y dijo que nada tenías. Tu enfermedad, a su entender, es un sencillo debilitamiento nervioso, debido a la mala alimentación, pero sin ninguna gravedad. ¡Valiente mozo el tal Zosimof! Se porta ya superiormente. Mas no quiero abusar de vuestro tiempo —dijo de pronto, hablando al otro joven—. Tened la bondad de declararme el objeto de vuestra visita. Sabe, Rodia, que es la segunda vez que se viene de aquella casa. Sólo que la primera no fué este señor. ¿Quién era el que vino antes que vos?

—¿Sin duda querréis hablar del que vino anteayer? Es Alejo Semenovitch, también empleado en casa.

—Tiene la lengua mejor dispuesta que vos. ¿No os parece lo mismo?

—Sí, es hombre más capaz.

—¡Modestia digna de elogios! Vaya, seguid.

—Escuchad. A petición de vuestra madre, Afanasio Ivanovitch Vakhruchin, del que sin duda habréis oído hablar más de una vez, os ha enviado dinero, que nuestra casa debe daros —empezó el joven, dirigiéndose a Rascolnikof—. Si disponéis de vuestro juicio, tened la amabilidad de posesionaros de los treinta y cinco rublos que para vos se han recibido. Se os ha debido avisar...

—Sí..., recuerdo.., Vakhruchin...—dijo Rascolnikof con aire pensativo.

—¿Queréis darme un recibo?

—Firmará. ¿Tenéis ahí vuestro libro?—dijo Razumikin.

—Sí. Helo aquí.

—Dádmelo. A ver, Rodia, un pequeño esfuerzo; trata de sentarte; toma la pluma y escribe pronto

tu nombre, porque en nuestra época, amigo mío, el dinero es la miel de la humanidad.

—¡Yo no lo necesito!—dijo Rascolnikof, rehusando la pluma.

—¡Cómo que no lo necesitas!

—No firmaré.

—Pero es necesario que des un recibo.

—No necesito... dinero...

—¡No necesitas dinero! Por ahora, querido amigo, mientes, soy de ello testigo. No os inquietéis, os lo ruego, no sabe lo que se dice... de nuevo ha partido para el país de los sueños... Por otra parte, cosa es que le sucede hasta en estado de vigilia... Sois hombre de sentido; vamos a guiar su mano y firmará.

—Puedo pasar de nuevo...

—No, no. ¿A qué molestaros? Sois persona razonable... ¡Ea, Rodia, no entretengas más a este señor... ya ves que espera!

Y, seriamente, Razumikin se dispuso a guiar la mano de Rascolnikof.

—Deja; lo haré yo mismo...—dijo éste último.

Tomó la pluma e hizo el recibo. El joven le dió el dinero y se retiró.

—¡Bravo! Y ahora, amigo mío, ¿quieres comer?

—Sí—respondió Rascolnikof.

—¿Hay sopa?

—Queda de ayer—respondió Nastasia, que no había salido del aposento.

—¿Sopa de arroz y de patatas?

—Sí.

—Estaba seguro de ello. Ve en busca de la sopa, y danos té.

—Bien.

Rascolnikof mirábalo todo con profunda sorpresa y como atontado. Resolvió callar y esperar lo que ocurriera.

—Me parece que ya no deliro —pensaba—. Todo esto me parece realísimo...

A los dos minutos volvió Nastasia con la sopa, y anunció que pronto estaría el té. Con el potaje trajo dos cucharas, dos platos y todo el servicio de mesa; sal, pimienta, mostaza, etcétera. Tiempo hacía que su cubierto no era tan bien servido! ¡Hasta el mantel era limpio!

—Nastasiuchka —dijo Razumikin—. Prascovia Pavlovna no obraría mal, enviándonos un par de botellitas de cerveza. Las apuraremos divinamente.

—¡No te prives de nada!—murmuró la sirvienta.

Y se fué con el encargo.

El enfermo seguía observándolo todo con inquieta atención. Razumikin se había sentado junto a él, en el diván. Con la gracia de un oso tenía apoyada en su brazo la cabeza de Rascolnikof, que para nada necesitaba aquella ayuda, y con la otra le daba cucharadas de sopa, y muchas veces soplaba tenuemente, no obstante estar el potaje casi frío.

Rascolnikof tragó ávidamente tres cucharadas; pero Razumikin suspendió su tarea, declarando que no podía dar más sin consultar a Zosimof.

Nastasia entró con la cerveza.

—¿Tienes té?

—Sí.

—Ve pronto a buscarle, porque, en cuanto a este brebaje, sé que el permiso de la Facultad no es necesario. ¡Pero he aquí la cerveza!

Fué a sentarse en su silla, acercóse la sopera y la carne, y púsose a devorar con tanto apetito como si no hubiese comido en tres días.

—Ahora, amigo Rodia, como siempre en esta casa —murmuró con la boca llena—. Pachenka, tu amable patrona, me regala de esta suerte: me

considera mucho, y, naturalmente, yo dejo hacer. ¿Para qué protestar? Pero Nastasia llega con el té. Es bien mandada. Nastenka, ¿quieres cerveza?

—¿Acaso te burlas de mí?

—Té sí que tomarás.

—Té, sí.

—Sírvetelo. Mejor dicho, no, espera: voy yo mismo a servirte. Ponte a la mesa.

Entrando al momento en su papel de anfitrión, llenó sucesivamente dos tazas; luego dejó su desayuno y fué a sentarse en el diván, y comenzó a dar el té a Rascolnikof.

Este le dejó hacer sin decir nada, aun cuando se sintiera perfectamente capaz de sentarse sin auxilio de nadie, de tener en la mano taza y cuchara y hasta de andar. Pero, con un maquiavelismo extraño y casi instintivo, fingía debilidad momentánea, simulando hasta cierta inconsciencia.

Por otra parte, la falta de gusto pudo más que su resolución; después de tragar diez cucharadas de té, con brusco movimiento dejó libre su cabeza, rechazó caprichosamente la cuchara y se dejó caer sobre la almohada.

Esta palabra no es una metáfora. Rascolnikof tenía una buena y limpia almohada; este detalle, que también había notado, no dejaba de intrigarle.

—Es menester que Pachenka nos envíe hoy mismo el helado de frambuesa para hacer la bebida de Rodia—dijo Razumikin, volviendo junto a la mesa y reanudando su comida.

—¿Y dónde buscará ella la frambuesa?—preguntó Nastasia tomando el té.

—Querida, ella comprará la frambuesa en una tienda. Sabe, Rodia, que ha ocurrido algo que no conoces. Cuando te escapaste de mi casa como un ladrón, sin decirme en dónde vivías, me en-

fadé tanto, que resolví encontrarte para vengarme de un modo ejemplar. El mismo día aquel me puse a buscarte. ¡Lo que he corrido, lo que he preguntado! No podía acordarme de tus señas; y esto por una gran razón: jamás las había sabido. Me dirigí a tu antiguo domicilio de las Cinco Esquinas, casa Karlamof. Me lancé sobre esta pista, y encontré la casa Karlamof, que no era, después de todo, la casa Karlamof, sino la casa Boukh. ¡Ya ves cómo se confunden a veces los nombres propios! Estaba furioso. Al día siguiente fuí a la oficina de direcciones, aunque sin contar con un resultado satisfactorio. ¡Y pásmate! En dos minutos me dieron las señas de tu domicilio. ¡Estás inscrito!

—¿Qué estoy inscrito?

—¡Lo estás! Y, en cambio, no pudieron dar las señas del general Kobelet a uno que las pedía. Apenas llegué aquí me enteré de todos tus asuntos: sí, amigo mío, de todos. No ignoro nada. Nastasia es testigo. He trabado conocimiento con Nicodim Fomitch, se me ha mostrado a Ilia Petrovitch, he entrado en relaciones con el portero, con Alejandro Grigorievitch Zametof, el jefe de cancillería, y hasta con Pachenka: esto ha sido el colmo. Puedes preguntar a Nastasia.

—La has engatusado—dijo la sirvienta con una franca sonrisa.

—La desgracia, querido, está en que no supiste comenzar. No había que obrar con ella como tú lo hiciste. ¡Su carácter es de los más chocantes! Pero más adelante hablaremos de caracteres... ¿Y cómo has podido obligarla a acortarte los víveres? ¡Y esa letra de cambio! ¡Loco habías de estar para firmarla! ¡Y el proyecto de matrimonio con su hija...! Veo que toco una cuerda delicada, que soy un burro. Pero perdóname.

Mas, a propósito de burradas, ¿no ves que Prascovia Pavlovna no es tan tonta como a primera vista pudiera suponerse?

—Sí...—balbuceó mirando de soslayo Rascolnikof.

No comprendía que hubiera valido más sostener la conversación.

—¿Verdad? Pero tampoco es mujer inteligente. ¡Es un tipo completamente especial! Te aseguro, amigo mío, que me confunde... Va a tener cuarenta años, ella dice que treinta y seis, cosa para la que se halla por completo autorizada. Por otra parte, te juro que yo sólo puedo juzgarla desde el punto de vista intelectual, ¡porque nuestras relaciones son lo más singular del mundo! ¡No las comprendo! En lo que atañe a tus asuntos, vió que abandonaste la Universidad, que estabas sin lecciones y sin ropa; y como por otra parte, desde que su hija murió, no había lugar a considerarte como de la casa, en tales circunstancias, la inquietud se apoderó de ella; tú, por tu lado, en lugar de conservar las relaciones de otros tiempos, vivías retirado en tu rincón, y he ahí por qué quiso que te marcharas. Pensaba en ello hacía mucho tiempo, pero le habías dado una letra de cambio, y, además, le asegurabas que tu madre pagaría...

—Cometí una bajeza al decirle... Mi madre está casi reducida a la mendicidad... Mentía para que se me continuara dando albergue y... alimento—declaró Rascolnikof en voz clara y vibrante.

—Sí, tenías razón al expresarte de tal modo. Lo que destrozó tus cálculos fué la intervención del señor Tchebarof, curial y hombre de negocios. Sin él, Pachenka nada hubiera hecho contra ti: es demasiado tímida. Pero el hombre de negocios no lo es, que en primer lugar, natu-

almente, hizo la siguiente pregunta: «¿Puede pagar el firmante de la letra?» Contestación: «Sí, porque su madre, aun cuando posee una pensión de ciento veinticinco rublos, no comería para sacar de aprietos a Rodion, y éste tiene una hermana que por él se vendería como esclava...» ¿Por qué te alteras así? Ahora, amigo mío, he comprendido tu oculto pensamiento. No eras culpable comunicándote con Pachenka, en el tiempo en que en ti veía un futuro yerno; pero he aquí que mientras el hombre honrado y sensible se deja arrastrar a las confidencias, el hombre de negocios las recoge y saca de ellas su provecho. Resumiendo: Tu patrona endosó la letra al tal Tchebarof, y éste al momento se dispuso a molestarte. Cuando yo supe esto, para satisfacción de mi conciencia, quise tratar con el hombre de negocios por medio sumarísimo; pero entre tanto se estableció la armonía entre Pachenka y yo, e hizo detener el procedimiento, respondiendo de tu deuda. ¿Oyes, amigo mío? Soy tu fiador. Se llamó a Tchebarof, le metí diez rublos en la boca, y me devolvió su papel, que ahora tengo el honor de presentarle. En la actualidad sólo eres deudor de palabra. Toma.

—¿Eres tú la persona a quien no reconocía en mi delirio?—preguntó Rascolnikof después de unos momentos de silencio.

—Sí, y hasta te produjo crisis mi presencia. Sobre todo el día que traje conmigo a Zametof.

—¿A Zametof...? ¿El jefe de cancillería...? ¿Para qué le trajiste...?

Al pronunciar estas palabras, Rascolnikof había vivamente cambiado de postura, y mantenía la mirada fija en Razumikin.

—Pero ¿qué tienes...? ¿Por qué te turbas? Deseaba conocerte; quiso venir, porque ambos ha-

bíamos hablado mucho de ti... Es un excelente muchacho, amigo mío: es maravilloso... en su género, naturalmente. Ahora somos amigos; casi todos los días nos vemos. Me he mudado a este barrio. ¿No lo sabías? Hace poco. Dos veces fuí con él a casa de Luisa... ¿Te acuerdas de Luisa... Luisa Ivanovna?

—¿He desvariado mucho cuando tenía fiebre?

—¡Ya lo creo! No tenías conciencia de ti mismo.

—¿Qué dije?

—¿Qué decías? Lo que puede decir un hombre que no es dueño de su cabeza... Pero no se trata ya de perder tiempo; ocupémonos de nuestros asuntos.

Se levantó y tomó su casquete.

—¿Qué decía?

—¿Te empeñas en que te lo repita? ¿Temes haber dejado escapar algún secreto? Tranquilízate: nada se te escapó respecto a la condesa. Pero hablaste mucho de un perro dogo, de pendientes, de cadenas de reloj, de la isla Krestoosky, de un portero. Nikodim Fomitch e Ilia Petrovitch entraban a menudo en tus discursos. También te preocupaba mucho una de tus botas, que te tuvimos que dar y que conservas aún entre las ropas de ese diván.

Pedías igualmente las tiras de un pantalón. ¡Y con qué lágrimas! Bien nos hubiera gustado saber qué interés tenían para ti las tales tiras, pero era imposible comprender tus palabras... Y, vamos ya a nuestro asunto. De los treinta y cinco rublos tomo diez, y dentro de dos horas vendré a darte cuenta de su empleo. Pasaré por casa de Zosimof. En mi ausencia, procurad, Nastasiuchka, que vuestro huésped no carezca de nada, y ocupaos especialmente en prepararle la bebida... Por

otra parte, voy a dar mis órdenes a Pachenka. ¡Hasta la vista!

—¡La llama Pachenka! ¡Ah, el horrible tunante!—dijo la sirvienta, en el momento en que él volvía la espalda.

En seguida salió y se puso a escuchar tras de la puerta; mas, al cabo de un instante, no pudo contenerse y bajó apresuradamente, llena de curiosidad por saber lo que Razumikin hablaba con su ama. Fuera de duda estaba que Nastasia experimentaba verdadera admiración hacia el estudiante.

Apenas hubo salido, Rascolnikof echó a un lado la ropa y saltó al suelo. Con impaciencia febril había esperado el momento de estar solo para poner manos a la obra. Mas ¿a qué obra? He aquí de lo que entonces no se acordaba.

—Señor, reveladme sólo una cosa: ¿lo saben todo o todo lo ignoran? Quizá lo sepan ya, pero lo disimulan porque estoy enfermo: esperan a que me reanime para quitarme la careta. Y entonces me dirán que lo sabían todo hacía tiempo... ¿Qué hacer ahora? ¡Ni como hecho ex profeso! ¡Lo he olvidado, y pensaba en ello ha un instante!

Estaba de pie en medio del aposento, mirando a su alrededor, presa de penosa perplejidad.

Se aproximó a la puerta, la abrió y escuchó; pero no era esto.

De pronto recordó: corrió a un extremo en que el papel que cubría la pared estaba desgarrado, introdujo su mano en el agujero y palpó; pero tampoco era aquello.

Fué a abrir la estufa, y se puso a escarbar entre las cenizas: las tiras del pantalón y el forro del bolsillo estaban como cuando los echó. ¡Luego nadie había mirado en la estufa!

Entonces se acordó de la bota. Efectivamente,

estaba en el diván; pero con tanto lodo y tan cubierta de polvo, que Zametof no había podido notar nada.

—¡Bah! ¡Zametof! ¡La oficina de policía! Pero ¿por qué me llaman a esa oficina? ¿Dónde está la citación? ¡Bah! ¡Me confundía! ¡Yo fuí! También examiné entonces la bota, pero ahora... ahora estoy enfermo. Mas ¿por qué Zametof ha venido aquí? ¿Por qué le trajo Razumikin?

Rascolnikof tornó a sentarse, extenuado, en el diván.

—¿Qué es, pues, lo que ocurre? ¿He delirado siempre, o pasaron las cosas como las ví? Me parece que no sueño... ¡Ah, sí! ¡Me acuerdo! ¡Es preciso partir, partir lo antes posible! ¡Es absolutamente preciso! Sí, mas... ¿a dónde ir? ¿Y dónde está mi ropa? ¡No tengo botas! ¡Se las han llevado! ¡Las tienen ocultas! ¡Comprendo! ¡Ah, he ahí mi *papelot!* Sin duda, no lo vieron. He ahí el dinero sobre la mesa, ¡gracias a Dios! También la letra de cambio... Tomaré el dinero y me iré, alquilaré otro cuarto y no me encontrarán... Sí, pero ¿y la oficina de direcciones? ¡Me descubrirán! Preferible es salir del país, ir lejos... a América: ¡allí me burlaré de ellos! También es preciso llevar la letra de cambio. Me servirá allí. ¿Qué más llevaré? ¡Me creen enfermo! Piensan que ni siquiera puedo andar. ¡Já, ja, ja...! ¡He leído en sus ojos que todo lo saben! ¡Sólo tengo que bajar la escalera! Pero ¿y si la casa está guardada, y si, abajo, me encuentro con los agentes de policía? ¿Qué es esto? ¿Té? ¡Hola, también ha quedado cerveza! Me refrescará.

Tomó la botella, que todavía contenía un vaso grande, y la apuró de un trago, con verdadero placer, porque su pecho ardía. Pero, menos de un minuto después, la cerveza le ocasionó zumbi-

dos en la cabeza, y un escalofrío ligero y hasta agradable, recorrió su espalda.

Se echó y se cubrió con la ropa. Sus ideas, ya antes enfermizas e incoherentes, comenzaron a embrollarse más cada vez. Pronto le pesaron los párpados. Voluptuosamente posó su cabeza sobre la almohada, se envolvió más estrechamente en el cobertor que reemplazara a su mala manta, y se durmió con sueño profundo.

Oyendo ruido de pasos se despertó y vió a Razumikin que acababa de abrir la puerta y vacilaba entre franquear el umbral o marcharse.

Rascolnikof se incorporó con viveza y miró a su amigo con el gesto del hombre que quiere recordar algo.

—Puesto que no duermes, me quedo. ¡Nastasia, sube el paquete! —gritó Razumikin—. Voy a rendirte cuentas...—añadió, dirigiéndose al enfermo.

—¿Qué hora es? — preguntó éste, paseando en derredor una mirada de extravío.

—Las seis van a dar. Has dormido cerca de siete horas.

—¡Señor! ¿Cómo he podido yo dormir tanto?

—¿De qué te quejas? ¿No te sientes bien? ¿Qué negocios te corren prisa? En la actualidad, todo nuestro tiempo es para nosotros. Esperaba a que despertases hace tres horas. Dormías las dos veces que pasé por aquí. Otras tantas he ido a casa de Zosimof; estaba ausente, pero no importa, vendrá. También he tenido que ocuparme en cosas mías. Me he mudado hoy, cosa que me ha procurado trabajo, y, además, sabe que tengo aquí a mi tío... Y basta. ¡A nuestro asunto ahora! Dame el paquete, Nastasia. Vamos a ver... Pero ¿cómo te sientes, amigo mío?

—Bien, no estoy enfermo... Razumikin, ¿hace mucho tiempo que estás aquí?

—Acabo de decirte que hace tres horas que esperaba que despertases.

—No, antes.

—¿Cómo *antes?*

—¿Cuántos días hace que vienes por aquí?

—Ya te lo dije. ¿Acaso no te acuerdas?

Rascolnikof hizo memoria. Los incidentes del día se le ofrecían como un sueño. Sus esfuerzos de memoria fueron infructuosos. Interrogó con la mirada a Razumikin.

—¡Hum! —dijo éste— lo has olvidado. Ya noté en seguida que no te encontrabas del todo bien... El sueño te probará... La verdad es que tienes mejor cara... ¡Vaya! ¿qué importa...? ¡Esto te pondrá al pelo! Mira por aquí, querido.

Comenzó a deshacer el paquete que, evidentemente, era el objeto de todas sus preocupaciones.

—Esto, amigo mío, me roía el corazón. Hay que hacer de ti un hombre. Vamos a poner manos a la obra. Comencemos por arriba. ¿Ves esta gorra? —dijo, tomando del paquete una bonita, si bien de poco valor—. ¿Quieres permitirme que te la pruebe.

—No, ahora no, más tarde—dijo Rascolnikof, rechazando a su amigo con gesto de impaciencia.

—No, en seguida, amigo Rodia; déjame hacer; luego sería demasiado tarde. Por otra parte, la inquietud me tendría despierto toda la noche, porque la he comprado a ojo, sin la medida de la cabeza. ¡Está perfectamente! —exclamó en tono triunfal, después de conseguir lo que deseaba—. ¡Ni hecha de encargo! Calcula cuánto ha costado, Nastasiuchka—dijo a la sirvienta, viendo que su amigo guardaba silencio.

—Unas dos *grivnas*—respondió Nastasia.

—¡Dos *grivnas!* ¡Estás loca! —gritó Razumikin ofendido—. ¡Hoy, no podrías comprarla por dos *grivnas!* ¡Ocho! Y esto porque es usada. Vamos ahora al pantalón. ¡Te prevengo que estoy orgulloso de él!

Dicho esto, enseñó a Rascolnikof un pantalón gris, de fina tela de verano.

—Ni un agujero, ni una mancha, y muy pasadero, aunque también está usado; el chaleco es del mismo color que el pantalón, conforme lo exige la moda. Por otra parte, si estos efectos no son nuevos hablando francamente, resultan mejores: con el uso han adquirido suavidad, flexibilidad... A mi entender, Rodia, para adelantar en el mundo es preciso ir con la estación. Las personas razonables no carecen de espárragos en verano: yo siempre seguí este principio. Estamos en verano, y por esta razón te he comprado prendas de verano. Cuando llegue el otoño, cambiarás esta ropa por otra más caliente... Tanto más, cuanto que, de aquí a entonces, tendrá tiempo de deteriorarse. Bueno, adivina lo que ha costado. ¿Cuánto calculas? ¡Dos *rublos*, veinticinco *kopeks!* Vayamos a las botas. ¿Cómo las encuentras? Se ve que están usadas, pero aun te sacarán de apuros por espacio de dos meses, porque están confeccionadas en el extranjero: un secretario de la embajada británica se deshizo de ellas la pasada semana; las llevaba hacía seis días, pero andaba algo escaso de dinero... Precio: un *rublo* y cincuenta *kopeks*. Regaladas.

—¡Pero, quizá no le estén bien!—observó Nastasia.

—¿No le han de estar? ¿Y esto? —replicó Razumikin, sacando de su bolsillo una bota vieja de Rascolnikof, toda agujereada y sucia—. Ya ha-

bía tomado yo mis precauciones: calcularon la medida por este horror. Todo ha sido hecho concienzudamente. Pero, por la ropa blanca, me he peleado con la vendedora. Aquí tienes tres camisas con vistas a la moda... Y recapitulemos: Gorra, ocho *grivnas;* pantalón y chaleco, dos *rublos*, veinticinco *kopeks;* ropa blanca, cinco *rublos*; total: nueve *rublos*, cincuenta y cinco *kopeks*. Luego tengo que devolverte cuarenta cinco *kopeks;* ahí los tienes. Te he equipado, porque, a mi entender, tu *paletot* no sólo puede servirte, sino que hasta es de mucha distinción: se ve que fué hecho en casa de Charmer. En lo que atañe a los calcetines y demás, te he dejado el cuidado de comprarlos por ti mismo: nos quedan aún veinticinco *rublos*, y no tienes que inquietarte por Pachenka: se te abre un crédito ilimitado. Ahora, amigo mío, permite que te mude la ropa interior; es necesario, porque la enfermedad está en tu camisa...

—¡Déjame! ¡No quiero!—respondió, rechazándole, Rascolnikof, cuyo rostro había permanecido sombrío mientras hablara Razumikin.

—Es necesario, amigo mío. Nastasiuchka, no te hagas la púdica, ven a ayudarme.

Y no obstante la resistencia de Rascolnikof, consiguió mudarle.

El enfermo volvió a caer sobre la almohada, y no dijo una palabra durante algunos minutos.

—¿Es que no me dejarán nunca tranquilo? —pensaba—. ¿Con qué dinero compraste eso?— preguntó en seguida mirando a la pared.

—¡Vaya una pregunta! Con tu propio dinero. Tu madre te ha envaido algunos rublos por mediación de Vakhruchin; hace poco te los trajeron. ¿Ya lo habías olvidado?

—Ahora me acuerdo...—dijo Rascolnikof, des-

pués de aparecer triste y pensativo algunos instantes.

Con las cejas fruncidas, Razumikin le contemplaba inquietamente.

Se abrió la puerta, y un hombre de elevada estatura entró en el aposento. Su modo de presentarse indicaba que era asiduo visitante de Raskolnikof.

—¡Zosimof! ¡Al fin!—exclamó alegremente el otro estudiante.

IV

El recién llegado era un hombre corpulento y grueso, de veintisiete años, de rostro abultado, descolorido y cuidadosamente afeitado. Sus cabellos, de un rubio casi blanco, se mantenían tiesos sobre su cabeza. Usaba lentes, y en uno de los dedos de su carnosa mano brillaba grueso anillo de oro. Veíase que gustaba de usar cómodos trajes de elegancia bastante dudosa. Llevaba amplio gabán de paño delgado y anchos pantalones de color claro. Su camisa era irreprochable, y maciza cadena de oro lucía en su chaleco. Había en sus modales algo de perezoso y flemático, y hacía esfuerzos por aparentar un aire desenvuelto. Pero a despecho de su cuidado, sobre sí mismo, semejante pretensión se transparentaba en sus maneras. Todos sus amigos le hallaban insoportable, pero le tenían por buen médico.

—Dos veces pasé por tu casa, amigo mío... Como ves ha recobrado sus sentidos—gritó Razumikin.

—Lo veo, lo veo. ¿Cómo nos sentimos hoy?—

preguntó el médico a Rascolnikof mirándole atentamente.

Diciendo esto, se acomodaba en un extremo del diván, a los pies del enfermo, esforzándose por encontrar espacio suficiente para su enorme persona.

—Siempre hipocondríaco —prosiguió Razumikin—. Poco hace, cuando le mudamos de ropa interior, casi se puso a llorar.

—Se comprende: se le pudo mudar más adelante; no era necesario contrariarle... El pulso es excelente. Siempre algún dolor de cabeza, ¿eh?

—Estoy bien, estoy perfectamente—dijo Rascolnikof con mal humor.

Al pronunciar aquellas palabras, se había súbitamente incorporado en el diván, y sus ojos resplandecían; pero, menos de un segundo después, volvió a caer sobre la almohada y se colocó hacia la pared.

—Muy bien... nada digno de notarse... —declaró Zosimof—. ¿Ha comido algo?

Se le dijo lo que había tomado el enfermo, y se le preguntó qué podría dársele.

—Puede tomar lo que quiera... sopa, té... Pero ni carne de vaca, ni setas, ni pepinos, ni... Pero esto es charlar en balde.

Cambió una mirada con Razumikin.

—Basta de pociones y medicamentos, y mañana vendré a ver... Hoy se hubiera podido... Bueno, está bien.

—Mañana por la noche le sacaré a dar un paseo —decidió Razumikin—. Iremos al jardín Jussupof y al Palacio de Cristal.

—Mañana... quizá sea muy pronto; pero una pequeña salida... En fin, de aquí a entonces veremos.

—Lo que me contraría es que hoy celebramos

una merienda a dos pasos de aquí; me hubiera gustado verle a nuestro lado, y ha de estar tendido en un sofá. ¿Irás tú? —preguntó bruscamente a Zosimof—. Lo prometiste; no vayas a faltar a tu palabra.

—Sea, pero no podré ir hasta bastante tarde. ¿Das una fiesta?

—¡Oh, nada de eso! Habrá sencillamente té, aguardiente, arenques y un pastel. Se trata de una pequeña reunión de amigos.

—¿Quiénes serán tus comensales?

—Compañeros, jóvenes, y además un tío mío viejo que vino para asuntos a San Petersburgo. Llegó ayer; nos vemos una vez cada cinco años.

—¿Qué hace él?

—Vegeta toda su vida en un distrito donde fué administrador de Correos... Tiene una pequeña pensión, cuenta sesenta y cinco años... Le aprecio. También estará en mi casa Porfirio Petrovitch, el juez de instrucción del distrito... un jurista... Pero tú le conoces.

—¿También es pariente tuyo?

—Muy lejano. Pero, ¿por qué frunces el entrecejo? ¿Porque un día disputasteis te consideras en el caso de no ir?

—¡Oh, poco me importa el tal!

—Es lo mejor que puedes hacer. Resumiendo: tendré estudiantes, un profesor, un funcionario, un músico, un oficial, Zametof...

—Dime, te lo suplico, lo que tú o él —Zosimof mostró con una seña a Rascolnikof— podéis tener de común con un Zametof.

—¡Ah! Si quieres saberlo, te diré que, en efecto, algo hay de común entre Zametof y yo: hemos emprendido una campaña.

—Me inspira curiosidad saber cuál.

—Siempre a propósito del pintor de fachadas...

Trabaja más para que sea puesto en libertad. Ahora todo irá como una seda. ¡El asunto está perfectamente claro! Nuestra intervención tiene el solo objeto de apresurar el desenlace.

—Pero ¿de qué pintor se trata?

—¡Cómo! ¿No te he hablado aún de él? Verdad que no te he referido sino el principio... Pues... la cosa proviene del asesinato de la vieja prestamista... El pintor está detenido como presunto autor del crimen...

—Sí, antes de tu relato había oído hablar de eso, y me inspira curiosidad... me interesa... hasta cierto punto... He leído algo en los periódicos.

—¡También mataron a Isabel!—dijo de pronto Nastasia dirigiéndose a Rascolnikof.

No había salido del aposento, y en pie junto a la puerta, prestaba oído atento a la conversación.

—¿Isabel?—murmuró el enfermo con voz casi ininteligible.

—Sí, Isabel. ¿Acaso no la conoces? Venía aquí abajo. Hasta te hizo una camisa.

Rascolnikof volvióse hacia la pared y se puso a mirar con atención una de las florecillas blancas sembradas en el papel que tapizaba el aposento. Sentía que sus miembros se entorpecían, pero no intentaba moverse, y su mirada continuaba obstinadamente fija en la florecilla.

—Bueno. ¿Y se han formulado cargos contra ese pintor? — dijo Zosimof, interrumpiendo con impaciencia notable la charla de Nastasia, que suspiró y guardó silencio.

—Sí, pero cargos que no lo son, ¡y he aquí justamente lo que se quiere demostrar! La policía va por mal camino, de igual modo que al principio, cuando sospechara de Koch y de Pestria

kof. ¡Por desinteresado que sea, siéntese uno indignado al ver unas diligencias tan torpemente dirigidas! Probable es que Pestriakof vaya esta noche a mi casa... A propósito, Rodia, ¿conoces el suceso? Ha tenido lugar en el transcurso de tu enfermedad, justamente el día antes de aquel en que tuviste un desvanecimiento en la oficina de policía cuando se hablaba de ello...

Zosimof miró curiosamente a Rascolnikof, que ni siquiera se movió.

—Será preciso también no perderte de vista, Razumikin: te preocupas demasiado por una cosa que no te atañe—observó el doctor.

—Probable es, mas ¡qué importa! ¡Arrancaremos al infeliz de entre las garras de la justicia! —dijo Razumikin, dando un puñetazo en la mesa—. No es la torpeza de esas gentes lo que me irrita más; puede un hombre engañarse, el error es cosa excusable, por él se llega a la verdad. Lo que me indigna es que, engañándose, continúen creyéndose infalibles. Aprecio a Porfirio, pero... ¿Sabes, por ejemplo, lo que al pronto les extravió? La puerta estaba cerrada; y, cuando Koch y Pestriakof llegaron con el *dvornik*, la puerta estaba abierta: ¡luego Koch y Pestriakof son los asesinos! ¡He aquí su lógica!

—No te acalores. Se los detuvo, porque no se podía hacer otra cosa... A propósito he tenido ocasión de saber algo respecto a Koch. Parece que se hallaba en relaciones mercantiles con la vieja, a quien compraba los objetos vencidos.

—Sí, es un bribón, una persona sospechosa. También compra letras de cambio. Su desventura no me llama la atención en modo alguno. Me indignan el modo estúpido de obrar, el procedimiento anticuado... El caso es abrir nuevas sendas y renunciar a una rutina cuya época pasó.

Unicamente los psicólogos pueden hallar la pista verdadera. «¡Tenemos hechos!», dicen, pero los hechos no lo son; el modo de interpretarlos entra en una mitad, cuando menos, en el resultado de una instrucción.

—Y tú, ¿sabes interpretar los hechos?

—Imposible callar cuando se siente, cuando se tiene la íntima convicción de que se podría contribuir al descubrimiento de la verdad, sí... ¿Conoces los detalles del asunto?

—Me hablaste de un pintor de fachadas, y sigo esperando su historia.

—Pues bien, escucha. En la madrugada del día siguiente al del asesinato, mientras la policía seguía contra Koch y Pestriakof, surgió subitamente algo inesperado. Cierto Duchkin, aldeano, que tiene una taberna frente a la casa del crimen, llevó al comisario un estuche que encerraba unos pendientes de oro, y refirió una historia:

«Anteayer noche, algo después de las ocho» —¡nota esta coincidencia!—«Mikolay, un pintor que frecuenta mi establecimiento, fué a rogarme que le prestara dos rublos por los pendientes aquí contenidos. A mi pregunta: ¿De dónde has sacado eso?, respondió que se lo había encontrado en la acera. No le pregunté más y le di un billetito (es decir, un rublo), porque —me dije—, si no tomo esta alhaja la tomará otro, y preferible es que se halle en mis manos: si alguien viene a pedirla, la entregaré; si sé que es robada, la llevaré a la policía».

Se comprende que hablando de tal modo, mentía con el descaro mayor del mundo. Conozco al tal Duchkin, es un comprador de objetos robados, y cuando sacó a Mikolay un objeto de treinta rublos, de ningún modo tenía intención de lle-

várselo a la policía; se decidió a dar paso semejante bajo la influencia del miedo.

Pero dejemos que Duchkin prosiga su relato.

—Conozco desde su infancia al pintor Mikolay Dementief; es, como yo, del gobierno de Riazán, distrito de Zaraisk. Sin que pueda llamársele borracho, en ocasiones bebe demasiado.

»Sabíamos que pintaba en aquella casa con Mitrey, otro paisano. Después de recibir el billetito, Mikolay bebió dos vasos seguidos, cambió el rublo para pagar, y se marchó. Mitrey no iba con él. Al siguiente día oímos decir que la prestamista Alena Ivanovna y su hermana Isabel Ivanovna habían sido asesinadas. Las conocíamos, y al instante se nos ocurrió una duda respecto a los pendientes, porque sabíamos que la vieja prestaba sobre prendas por el estilo. Para poner en claro mis sospechas me dirigí a la casa aquélla, como quien no hacía nada, y pregunté por Mikolay. Mitrey me respondió que su compañero hacía fiesta: Mikolay había regresado a su casa borracho, a primera hora, y al cabo de diez minutos aproximadamente había vuelto a salir; desde entonces, Mitrey no le había vuelto a ver, y concluía él solo el trabajo.

»La escalera que conduce a casa de las víctimas, conduce también al piso en que trabajan los pintores. Nada dije a nadie al saber esto, pero recogí cuantos datos pude acerca de las circunstancias en que el crimen fuera cometido, y siempre con igual duda llegué a mi casa. Esta mañana, a las ocho (es decir, al siguiente día al del crimen, ¿entiendes?) Mikolay entra en mi establecimiento; había bebido, pero no estaba muy ebrio y podía comprender lo que se le hablaba. Se sentó en silencio en un banco.

»En mi taberna no había más que otra perso-

na: un parroquiano que dormía en otro banco, esto sin contar mis dos muchachos.

»—¿Has visto a Mitrey?—pregunté a Mikolay.

»—No —dijo—, no le he visto.

»—¿No has ido a trabajar?

»—No voy desde anteayer.

»—¿Dónde pasaste la noche?

»—En las Arenas, en casa de los Kolomensky.

»—¿Y de dónde sacaste los pendientes que me trajiste ayer?

»—Me los encontré en la acera—dijo con tono extraño, evitando mis miradas.

»—¿Has oído decir que anoche ocurrió un crimen en la misma casa en que trabajabas?

»—No —respondióme—, no sabía nada.

»Le referí los hechos, que escuchó arqueando las cejas. De repente le veo volverse blanco como la cal; toma su gorra y se levanta. Quiero detenerle.

»—Espera, Mikolay —le dije. ¿Acaso no quieres una copita?

»A la vez hago seña a uno de mis mozos para que vaya a colocarse en el umbral de la puerta, y yo salgo del mostrador. Pero sin duda, adivinando mis intenciones, él se lanza fuera de la tienda, echa a correr, y en un instante desaparece. Desde entonces no me cupo ya duda de que él era el culpable.»

—¡Ya lo creo...!—dijo Zosimof.

—¡Espera! ¡Escucha el fin! «Naturalmente, la policía se echó en busca de Mikolay; se registró en casa de Duchkin, en la de Mitrey, y en la de los Kolomensky; pero hasta anteayer no fué detenido Mikolay, que ha sido preso en una posada de la barrera de ***, con las más curiosas circunstancias. Al llegar a aquella posada se quitó la cruz, una cruz de plata, la dió al posadero y pidió que le sirviesen un poco de aguardiente.

Minutos después, yendo a ordeñar vacas, una aldeana, mirando por la grieta de una pared del establo, vió cómo el pobre diablo se disponía a ahorcarse con un nudo corredizo.

»Acude gente a los gritos proferidos por la mujer.

»—¡Vaya un modo de proceder!—le dicen.

»—Conducidme —replica— a cualquier oficina de policía; todo lo confesaré.

»Se accede a su petición y, con los honores debidos a su rango, es conducido a la oficina indicada, es decir, a la del barrio. Comienza allí el interrogatorio de ritual:

»—¿Quién eres? ¿Qué edad tienes?

»—Veintidós años, etc.

»—Mientras trabajabais tú y Mitrey, ¿no visteis que alguien subiese la escalera entre tal y cual hora?

»—Quizá pasara alguien; nosotros a nadie vimos.

»—¿Y no oísteis ruido ninguno?

»—Nada de particular oímos.

»—¿Y tú no sabías que en aquel día y a la citada hora habían asesinado a la viuda y a su hermana?

»—No sabía nada absolutamente; se me dió la primera noticia anteayer, en la taberna, por su dueño, Afanasio Pavlitch.

»—¿Y de dónde sacaste los pendientes?

»—Los encontré en la acera.

»—¿Por qué al día siguiente no fuiste a trabajar con Mitrey?

»—Porque hice fiesta.

»—¿Dónde estuviste?

»—En varios sitios.

»—¿Por qué te escapaste de casa de Duchkin?

»—Porque tenía miedo.

»—¿De qué tenías miedo?

»—Temía que se me procesara.

»—¿Y a santo de qué temías, si de nada eras culpable...?»

—Pues bien; lo creas o no, Zosimof, esta pregunta fué literalmente hecha en los indicados términos, lo sé positivamente: se me ha dado cuenta detallada y textual del interrogatorio. Y di: ¿qué te parece?

—Yo creo, en fin, que las pruebas le condenan.

—No se trata de pruebas, en este momento; se trata de la pregunta hecha a Mikolay, de la manera como los individuos de la policía comprenden la condición humana. Pero dejemos esto. En conclusión, atormentaron de tal modo al desgraciado que concluyó por confesar:

«—No encontré los pendientes en la acera, sino en la habitación donde trabajaba con Mitrey.

»—¿Cómo los encontraste?

»—Mi compañero y yo habíamos trabajado todo el día; eran las ocho e íbamos a marcharnos, cuando Mitrey tomó un pincel, me lo pasó por el rostro, y echó a correr después de embadurnarme.

»Me lanzo tras de él, bajo las escaleras de cuatro en cuatro, gritando como un desesperado, pero en el momento en que llegaba abajo, encontré al portero y a unos señores, no puedo decir cuántos, que allí había. El portero me insulta, un caballero que entonces entraba en la casa con una señora, nos insultó también a Mitka y a mí, porque, tendidos en el umbral de la puerta, estorbábamos el paso. Yo tenía a Mitrey cogido de los cabellos, le había derribado y le daba de puñetazos. El también me tenía cogido por los cabellos y me golpeaba. Hacíamos aquello sin malicia, y por reir. Mitka me soltó de pronto y

echó a correr por la calle; corrí tras él, pero no pude alcanzarle, y volví solo al piso donde trabajábamos, porque tenía que poner en orden mis herramientas. Mientras las arreglaba esperaba a Mitrey, creía que volvería. Y he aquí que en un rincón, cerca de la puerta, noto que piso algo; miro: era una cosa envuelta en un papel. La cojo, deshago el paquete, y me encuentro con un estuche que contenía unos pendientes...»

—¿Detrás de la puerta? ¿Estaba detrás de la puerta?—exclama súbitamente Rascolnikof, mirando con espanto a Razumikin y haciendo grandes esfuerzos para incorporarse en el diván.

—Sí... Bueno ¿y qué? ¿Qué tienes? ¿Por qué te pones así?—dijo Razumikin, levantándose a su vez del asiento.

—¡Nada...!—pudo apenas decir Rascolnikof, que se dejó caer sobre la almohada y otra vez se volvió hacia la pared.

Todos guardaron breves instantes de silencio.

—Sin duda estaba medio dormido—dijo por último Razumikin, interrogando con la vista a Zosimof.

Este hizo un leve signo negativo con la cabeza.

—Bueno, continúa —dijo el doctor—. ¿Qué más?

—Ya sabes el resto. En cuanto se vió poseedor de los pendientes, ni pensó en Mitka ni en el trabajo: cogió su gorra y fué inmediatamente a casa de Duchkin. Una vez dueño de un rublo, declaróse en huelga. He ahí toda la historia. Ahora ¿qué conclusión piensas que sacaron de ella?

—¿Qué quieres que piense? Hay una presunción, discutible quizá, pero que no por esto deja de existir. Hay un hecho. ¿Era necesario que pusieran en libertad a tu pintor?

—Pero ¡es que le han declarado autor del asesinato! Ya no les queda la menor duda...

—Vamos, no te acalores. Olvidas los pendientes. El mismo día, pocos instantes después del asesinato, los pendientes que estaban en el cofre de la víctima, se vieron en manos de Mikolay: reconoce que necesariamente se le ha de preguntar dónde los halló. Es una circunstancia que el juez instructor no puede poner en claro.

—¡Cómo se los ha procurado! —exclamó Razumikin—. ¡Cómo se los ha procurado! Veamos... Doctor, tu cometido es, ante todo, estudiar al hombre; tienes, más que otro cualquiera, medios de conocer la naturaleza humana. ¿Y es posible que no comprendas, después de todo esto, cuál es el carácter de Mikolay? ¿Cómo no comprendes, *a priori*, que todas las declaraciones hechas por él en el curso de sus interrogatorios son la más pura verdad?

—¡La verdad...! Sin embargo, él mismo reconoció que había mentido en su primera declaración.

—Escúchame atentamente: el portero, Koch, Pestriakof, y varios testigos, dicen que Mikolay salió de la casa jugueteando con su compañero. Nota ahora que arriba, en el cuarto piso, yacían dos cadáveres que todavía estaban calientes cuando fueron descubiertos.

Si el crimen fué cometido por los pintores, o sólo por Mikolay, permíteme que te haga una pregunta: ¿Puede admitirse tal tranquilidad, semejante serenidad de espíritu en personas que acaban de cometer un asesinato seguido de robo?

—Sin duda que eso es extraño y parece imposible, pero...

—No caben «peros», amigo mío. Reconozco que los pendientes hallados en manos de Mikolay pocos instantes después del crimen constituyen un cargo material serio (hecho, por otra parte, explicado de un modo satisfactorio en las declara-

ciones del acusado y, como tal, «sujeto a discusión»). Mas, ¿deben tomarse en consideración los hechos justificativos; tanto más, cuanto éstos se hallan «fuera de duda»? Por desgracia, dado el espíritu de nuestra jurisprudencia, nuestros magistrados son incapaces de admitir que un hecho justificativo, fundado en una pura imposibilidad psicológica, pueda destruir los cargos materiales, sean éstos cuales fueren. No, no admiten esto, por la razón de que encontraron el estuche y de que el acusado quería ahorcarse, «cosa en que no habría podido pensar, a no ser culpable». ¡He ahí la cuestión capital, he ahí por qué me acaloro! ¿Comprendes?

—Sí, veo que te acaloras. Espera, hay algo que habría deseado preguntarte. ¿Está probado que el estuche con los pendientes fuera un objeto de casa de la vieja?

—Probado está. Koch reconoció el objeto e indicó quién lo había empeñado. Por su parte, este último probó en seguida que la alhaja le pertenecía.

—Tanto peor. Una pregunta más: ¿Nadie vió a Mikolay mientras que Koch y Pestriakof subían al cuarto piso?

—Nadie le vió—dijo en tono de enfadado Razumikin.

—¡Y eso es lo desolador! Koch y Pestriakof no vieron ni aun a los pintores cuando juntos bajaban la escalera; por otra parte, en la actualidad poco valdría su testimonio.

—¡Hum...! De consiguiente, toda la justificación de Mikolay reposa en las carcajadas y en los puñetazos que cambiaba con su compañero. Sea: es una gran prueba en apoyo de su inocencia, mas... Permíteme ahora que te pregunte cómo te das cuenta del hecho. Teniendo por verídica la

versión del acusado, ¿de qué manera te explicas el encuentro de los pendientes?

—¿Cómo lo explico? Pero ¿qué hay aquí que explicar? Claro está el hecho. Por lo menos, el camino está claramente indicado en la instrucción, e indicado precisamente por el estuche. El verdadero culpable dejó caer los pendientes. Estaba arriba, dentro, cuando Koch y Pestriakof se hallaban a la puerta; se había encerrado con cerrojo. Koch fué un necio al retirarse, pues mientras él bajaba, el asesino salía del cuarto de la vieja y se escondía en el deshabitado del segundo piso.

Se ocultó detrás de la puerta mientras el portero y los demás subían, esperó a que el ruido de sus pasos se extinguiese, y tranquilamente bajó la escalera, y salió a la calle, en el momento en que Mikolay corría por ella tras de su amigo. Como todo el mundo se había dispersado no encontró a nadie en la puerta. Probable es que se le viera, mas nadie se fijó en él. ¿Se puede reparar en todas las personas que entran y salen por la puerta principal de una casa? En cuanto al estuche, se le cayó del bolsillo mientras se hallaba detrás de la puerta, y no se dió cuenta de ello en aquel instante porque aun le quedaba el rabo por desollar. He ahí explicado todo el misterio.

—¡Ingenioso, amigo mío, ingenioso! Eso hace honor a tu imaginación. Pero es puramente fantástico.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué?

—Porque todos los detalles están perfectamente apropiados, todas las circunstancias se presentan con oportunidad... exactamente como en el teatro.

Razumikin iba de nuevo a protestar; pero de repente se abrió la puerta y nuestros jóvenes vie-

ciones del acusado y, como tal, «sujeto a discusión»). Mas, ¿deben tomarse en consideración los hechos justificativos; tanto más, cuanto éstos se hallan «fuera de duda»? Por desgracia, dado el espíritu de nuestra jurisprudencia, nuestros magistrados son incapaces de admitir que un hecho justificativo, fundado en una pura imposibilidad psicológica, pueda destruir los cargos materiales, sean éstos cuales fueren. No, no admiten esto, por la razón de que encontraron el estuche y de que el acusado quería ahorcarse, «cosa en que no habría podido pensar, a no ser culpable». ¡He ahí la cuestión capital, he ahí por qué me acaloro! ¿Comprendes?

—Sí, veo que te acaloras. Espera, hay algo que habría deseado preguntarte. ¿Está probado que el estuche con los pendientes fuera un objeto de casa de la vieja?

—Probado está. Koch reconoció el objeto e indicó quién lo había empeñado. Por su parte, este último probó en seguida que la alhaja le pertenecía.

—Tanto peor. Una pregunta más: ¿Nadie vió a Mikolay mientras que Koch y Pestriakof subían al cuarto piso?

—Nadie le vió—dijo en tono de enfadado Razumikin.

—¡Y eso es lo desolador! Koch y Pestriakof no vieron ni aun a los pintores cuando juntos bajaban la escalera; por otra parte, en la actualidad poco valdría su testimonio.

—¡Hum...! De consiguiente, toda la justificación de Mikolay reposa en las carcajadas y en los puñetazos que cambiaba con su compañero. Sea: es una gran prueba en apoyo de su inocencia, mas... Permíteme ahora que te pregunte cómo te das cuenta del hecho. Teniendo por verídica la

versión del acusado, ¿de qué manera te explicas el encuentro de los pendientes?

—¿Cómo lo explico? Pero ¿qué hay aquí que explicar? Claro está el hecho. Por lo menos, el camino está claramente indicado en la instrucción, e indicado precisamente por el estuche. El verdadero culpable dejó caer los pendientes. Estaba arriba, dentro, cuando Koch y Pestriakof se hallaban a la puerta; se había encerrado con cerrojo. Koch fué un necio al retirarse, pues mientras él bajaba, el asesino salía del cuarto de la vieja y se escondía en el deshabitado del segundo piso.

Se ocultó detrás de la puerta mientras el portero y los demás subían, esperó a que el ruido de sus pasos se extinguiese, y tranquilamente bajó la escalera, y salió a la calle, en el momento en que Mikolay corría por ella tras de su amigo. Como todo el mundo se había dispersado no encontró a nadie en la puerta. Probable es que se le viera, mas nadie se fijó en él. ¿Se puede reparar en todas las personas que entran y salen por la puerta principal de una casa? En cuanto al estuche, se le cayó del bolsillo mientras se hallaba detrás de la puerta, y no se dió cuenta de ello en aquel instante porque aun le quedaba el rabo por desollar. He ahí explicado todo el misterio.

—¡Ingenioso, amigo mío, ingenioso! Eso hace honor a tu imaginación. Pero es puramente fantástico.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué?

—Porque todos los detalles están perfectamente apropiados, todas las circunstancias se presentan con oportunidad... exactamente como en el teatro.

Razumikin iba de nuevo a protestar; pero de repente se abrió la puerta y nuestros jóvenes vie-

ron aparecer a un hombre a quien ninguno de ellos conocía.

V.

Era un caballero de cierta edad, de aspecto grave, de fisonomía reservada y severa.

Detúvose en el umbral, paseando la mirada en derredor, con sorpresa que no trataba de disimular, y que le hacía más descortés.

—¿Dónde mil diablos me he metido yo?—parecía preguntarse.

Con desconfianza, hasta con afectación de terror contemplaba el aposento estrecho y bajo en que se hallaba. Su mirada conservó igual expresión de sorpresa cuando se fijó en Rascolnikof. El joven, en traje descuidadísimo, estaba echado sobre el diván. Sin hacer un movimiento, a su vez se puso a contemplar al visitante. Luego éste, siempre con el mismo gesto altanero, mira la barba inculta y los alborotados cabellos de Razumikin, que, por su parte, sin moverse, le observaba con impertinente curiosidad.

Durante breves instantes reinó un silencio para todos embarazoso. Al fin, comprendiendo sin duda que su aire de importancia no imponía a nadie, el caballero se humanizó algo y, cortésmente, aunque con cierta rigidez, se dirigió a Zosimof.

—¿Rodion Romanovitch Rascolnikof, un caballero estudiante o antiguo estudiante? — preguntó, pesando las sílbaas.

Zosimof se incorporó lentamente, y quizá hubiera respondido si Razumikin, a quien la pre-

gunta no iba hecha, no se hubiera apresurado a responderle:

—Hele aquí. Pero ¿qué es lo que deseáis?

La poca cortesía con que tales palabras fueron dichas, ofendió al caballero arrogante; esbozó un movimiento en dirección a Razumikin, pero conteniéndose en seguida, se volvió vivamente hacia Zosimof.

—Ahí tenéis a Rascolnikof—dijo descuidadamente el médico, mostrando al aludido, con un movimiento de cabeza.

Luego bostezó, hasta desquijararse; sacó un reloj de oro, lo miró y lo guardó en el bolsillo.

En cuanto a Rascolnikof, siempre tumbado boca arriba, no decía ni palabra, ni dejaba de mirar al recién llegado, pero con mirada exenta de atención. Desde que se entregara al examen de lo florecido blanco del papel, su rostro, excesivamente pálido, acusaba un sufrimiento extraordinario. Hubiérase dicho que el joven concluía de sufrir una operación dolorosísima. Poco a poco, no obstante, la presencia del desconocido despertó en él un interés siempre creciente: fué primero sorpresa, luego curiosidad, y, últimamente, una especie de temor. Cuando Zosimof le mostró diciendo: «Ahí tenéis a Rascolnikof», nuestro héroe se incorporó súbitamente, quedó sentado en el diván, y, en voz débil y entrecortada, pero en la que se traslucía cierto acento de desafío:

—Sí —declaró— ¡soy Rascolnikof! ¿Qué deseáis?

El caballero le contempló con atención y respondió, en tono digno:

—Pedro Petrovitch Lugin. Espero que mi nombre no os será del todo desconocido.

Pero Rascolnikof, que sin duda esperaba otra cosa se contentó con mirar silenciosamente y con

cara de extrañeza a su interlocutor, como si por primera vez oyera el nombre que el visitante pronunciara.

—¡Cómo! ¿Es posible que no hayáis oído hablar de mí?—preguntó Lugin algo desconcertado.

Por toda respuesta, Rascolnikof clavó la mirada en el techo.

El embarazo era visible en el rostro de Pedro Petrovitch. Zosimof y Razumikin le observaban con una curiosidad cada vez mayor, lo que concluyó de desconcertarle.

—Presumía, creía... —balbuceó— que una carta llevada al correo hace diez días, quince quizá...

—¿Por qué continuáis junto a la puerta? —interrumpió bruscamente Razumikin—. Si algo tenéis que explicar, pasad y tomad asiento. Pero Nastasia y vos no cabéis juntos en este asiento, es demasiado estrecho. Nastasiuchka, córrete, deja sitio. Pasad, aquí tenéis una silla, acomodaos.

Y separó la suya de la mesa, dejando un espacio angosto entre ésta y sus rodillas, y aguardó en una posición bastante molesta a que el visitante pasara.

No había medio de rehusar. Pedro Petrovitch sentóse junto al estudiante, mirándole, después de sentarse con aire desconfiado.

—Por lo demás, no os inquietéis —dijo éste en voz fuerte—. Rodia está enfermo hace cinco días, ha delirado por espacio de tres, pero ya ha recobrado el conocimiento y come con algún apetito... El señor es su médico. Yo soy compañero de Rodia, antiguo estudiante como él, y en el momento actual le sirvo de enfermero: de consiguiente, no hagáis caso de nosotros y continuad vuestra conversación como si no estuviéramos.

—Os doy las gracias. Mas, ¿no fatigarán al

enfermo tanto mi presencia como mi conversación?—preguntó Pedro Petrovitch.

—Al contrario, ello le distraerá—respondió en tono indiferente, y bostezando, el doctor.

—¡Oh, recobró el uso de sus facultades hace mucho tiempo, esta mañana!—añadió Razumikin, en cuya familiaridad se traslucía una bondad tan franca, que Pedro Petrovitch sintióse más a gusto.

Y luego, después de todo, aquel hombre incivil y mal vestido, se recomendaba por su calidad de estudiante.

—Vuestra mamá...

—¡Hum!—dijo con calor Razumikin.

El forastero le miró con sorpresa.

—Nada, es una costumbre: seguid...

Lugin se encogió de hombros.

—...Vuestra mamá comenzó una carta, que os dirigía, antes de mi partida. Llegado aquí, expresamente he diferido mi visita para asegurarme bien de que estabais enterado. Mas, ahora, veo con admiración...

—¡Lo sé, lo sé! —replicó bruscamente Rascolnikof, cuyo rostro expresaba indignación violenta—. Sois el futuro. Lo sé. ¡Y basta!

Tal lenguaje hirió a Pedro Petrovitch, pero guardó silencio preguntándose qué significaba todo aquello.

La conversación fué momentáneamente interrumpida.

Sin embargo, Rascolnikof, que, para responderle, se había vuelto del otro lado, púsose de pronto a examinarle con marcada atención, como si antes no hubiera tenido tiempo de verle bien, como si algo le hubiera chocado en el forastero.

Incorporóse en el diván para mirarle más cómodamente. El caso era que todo el exterior de Pedro Petrovitch ofrecía un no sé qué de singular

que justificaba el apelativo de «futuro» tan caballerosamente aplicado al personaje.

Veíase, al primer golpe de vista, acaso demasiado, que Pedro Petrovitch se había apresurado a aprovechar su estancia en la capital para engalanarse, en expectación de la próxima llegada de su prometida.

Claro es que esto nada tenía de particular. Se adivinaba en él la satisfacción que sentía de haber realizado su deseo de embellecerse, pero semejante debilidad debe ser dispensada a un pretendiente.

Lugin iba todo vestido de nuevo, y su elegancia sólo ofrecía a la crítica un punto vulnerable: era demasiado flamante y acusaba a las claras su fin. ¡Qué respetuosos miramientos tenía con el sombrero hongo que acababa de comprar! ¡Qué cuidados con sus ricos guantes Jouvin que no había osado ponerse y se contentaba con mirar! En su indumentaria dominaban los tonos claros: llevaba una coquetona americana, un pantalón de verano, de mezclilla, y un chaleco del mismo color que el pantalón. Su camisa flamante, era de exquisita finura, y una corbata de batista con rayas rosa adornaba su cuello: Pedro Petrovitch, finalmente, ofrecía bajo su traje una buena figura y aparentaba menos años de los que tenía. Su rostro era fresquísimo y no exento de distinción. Sin embargo... si en aquella fisonomía varia y bastante hermosa había algo desagradable y antipático, ello obedecía a otras causas que no meramente físicas.

Después de contemplar descortésmente al señor Lugin, Rascolnikof sonrió con aire burlón, volvió a dejarse caer sobre la almohada y tornó a mirar al techo.

Pero el señor Lugin, que parecía dispuesto a

no formalizarse por nada, fingió no haber reparado en sus extraños modales. Hasta hizo un esfuerzo para reanudar la conversación.

—Infinito lamento haberos hallado como os encuentro. Si hubiera sabido que estabais enfermo, antes hubiera venido ¡Pero, cómo sabéis, estoy tan atareado...! Espero a vuestra familia, es decir, a vuestra mamá y a vuestra hermana, de un momento a otro...

Rascolnikof pareció querer decir algo: su rostro expresó cierta agitación. Pedro Petrovitch detúvose un instante y esperó; mas, viendo que el joven continuaba silencioso, continuó:

—...De un momento a otro. Previendo su próxima llegada les he buscado habitación...

—¿Dónde?—preguntó con voz débil Rascolnikof.

—A muy poca distancia de aquí, en casa Bakaleief...

—En el *parenlok* Voznesensky —interrumpió Razumikin—. Hay dos pisos alquilados para huéspedes por el comerciante Juchin...

—Sí, allí se alquilan habitaciones amuebladas.

—Es un tabuco innoblemente sucio y que tiene, además, muy mala fama. Han ocurrido en él escenas muy feas; el diablo sabe qué gente habita allí... Yo mismo fuí allá llevado por una aventurilla escandalosa. Por lo demás, los alquileres no son caros.

—Naturalmente, yo no podía saber todo eso, toda vez que llego de fuera —replicó en tono picado Pedro Petrovitch—. Pero, sea lo que quiera, las dos habitaciones que he alquilado me parecen muy limpias, y, como en ellas se ha de pasar poco tiempo... Ya tengo elegido nuestro futuro alojamiento —prosiguió, dirigiéndose a Rascolnikof—. Se hacen los preparativos para arreglarlo. Mientras tanto, yo también soy huésped. Habito

a dos pasos de aquí en casa de la señora Lippervechzel, en compañía de un joven amigo mío. Andrés Semenitch Lebeziatnikof. El fué quien me ndicó la casa Bakaleief.

—¿Lebeziatnikof? — dijo lentamente Rascolnikof, como si el nombre aquél le hubiera recordado algo.

—Sí, Andrés Semenitch Lebeziatnikof, empleado de un ministerio. ¿Le conocéis?

—Sí... no...—respondió Rascolnikof.

—Dispensad, vuestra pregunta me había hecho suponer que no os era desconocido. Antiguamente fuí su tutor... Es un joven muy simpático... que profesa ideas avanzadísimas. Me agrada el trato con jóvenes: de ellos se aprende lo nuevo.

Al concluir estas palabras, Pedro Petrovitch miró a su auditorio con la esperanza de sorprender en su fisonomía cualquier señal de aprobación.

—¿Desde qué punto de vista?—preguntó Raumikin.

—Desde el punto de vista más serio, quiero decir, desde el punto de vista de la actividad social —respondió Lugin, alegrísimo porque se le hacía aquella pregunta—. Diez años hacía que faltaba de San Petersburgo. Todas estas novedades, todas estas reformas, todas estas ideas, han llegado hasta nosotros, los provincianos; mas, para ver más claramente, para verlo todo, es necesario hallarse en San Petersburgo. Y a mi entender, observando a nuestras jóvenes generaciones es como uno se informa mejor. Y, lo confieso, he quedado encantado...

—¿De qué?

—Vuestra pregunta es muy amplia. Puedo enseñarme, pero creo haber notado perspectivas más

claras, un espíritu crítico más profundo, una actividad más racional...

—Es verdad—dijo con indiferencia Zosimof.

—¿No es eso? —prosiguió Lugin, después de recompensarle con una amable mirada—. Vos también convendréis —siguió, hablando a Razumikin—, en que al menos hay progreso en el orden científico y económico...

—¡Es un lugar común!

—No, no es un lugar común. Si se me dice, por ejemplo: «Ama a tu prójimo», y yo practico el consejo, ¿qué resultará de ello? —se apresuró a responder Lugin, con precipitación quizá exagerada—. Partiría mi capa en dos, daría la mitad a mi prójimo, y ambos quedaríamos a medio vestir. Como dice el proverbio: «Quien mucho abarca, poco aprieta.» La ciencia me ordena que no ame a nadie sino a mí mismo, teniendo en cuenta que todo en el mundo se halla fundado en el interés personal. Si no amáis a nadie sino a vos mismo, vuestros negocios marcharán de un modo conveniente, y no tendréis necesidad de partir vuestra capa. La economía política agrega que cuantas más fortunas privadas hay en una sociedad, de otra manera, cuantas más capas enteras, más sólidamente establecida y bien organizada está esta sociedad. Luego, trabajando únicamente para mí, trabajo también para todo el mundo, y resulta que mi prójimo recibe algo más de la mitad de mi capa; y esto no por gracias ni liberalidades privadas e individuales, sino a consecuencia del progreso general. La idea es sencilla; por desgracia tardó mucho en abrirse paso franco, en triunfar de la quimera y del sueño; sin embargo, parece que no hace falta mucho talento para comprender...

—Perdón, pertenezco a la categoría de los im-

béciles —interrumpió Razumikin—. De consiguiente, dejemos esto. Tenía un fin al empezar esta conversación; desde hace tres años, están mis oídos tan barrenados con esa charla, con todas esas trivialidades, que me avergüenza hablar y hasta oir hablar de ellas. Naturalmente, vos os habéis apresurado a manifestar ante nosotros vuestras teorías; eso es muy excusable y no os censuro. Lo único que quisiera, es saber quién sois, porque, en los últimos tiempos, una multitud de intrigantes se han ido metiendo en los asuntos públicos, y, no buscando otra cosa que su propio interés, han estropeado cuanto pasara por sus manos. ¡Y basta!

—¡Caballero! —replicó Lugin, herido en lo más vivo—. ¡Es ésa una manera de hablarme, que yo...!

—¡Oh, de ningún modo! ¡Cómo...! ¡Basta!—respondió Razumikin.

Y sin hacer más caso de él, reanudó con Zosimof la conversación que interrumpiera la llegada de Pedro Petrovitch.

Este último tuvo el buen juicio de aceptar todo como fué, la explicación del estudiante. Por otra parte, decidido estaba a marcharse en cuanto pasaran un par de minutos.

—Ahora que nos hemos visto —dijo a Raskolnikof—, espero que nuestras relaciones continuarán cuando estéis ya bueno y hasta que se tornarán más íntimas, gracias a las circunstancias que conocéis... Os deseo un pronto restablecimiento.

Rascolnikof no dió señales de haberle oído. Pedro Petrovitch se levantó.

—Con seguridad que el autor del crimen es uno de sus deudores—afirmó Zosimof.

—Con seguridad —repitió Razumikin—. Porfi-

rio no dice lo que piensa, pero interroga a los que tenían objetos en casa de la vieja.

—¿Les interroga?—preguntó en voz fuerte Rascolnikof.

—Sí. ¿Qué?

—Nada.

—¿Cómo puedes conocerlos?—quiso saber Zosimof.

—Koch ha designado a algunos; se han encontrado los nombres de muchos en el papel que envolvía los objetos; y algunos se han presentado por sí mismos al tener noticias del crimen.

—¡El pícaro que dió el golpe debe ser mozo diestro y experimentado! ¡Qué decisión! ¡Qué audacia!

—Nada de eso, que es lo que te engaña, lo que os engaña a todos —replicó Razumikin—. Sostengo que no es ni diestro ni experimentado, y que probable es que éste sea el primer crimen que comete. En la hipótesis de que el asesino fuera un pillo consumado, nada se explica, todo está lleno de inverosimilitudes. Si, por el contrario, se le supone novicio, menester es admitir que la casualidad le permitió escapar. ¿Qué no hace la casualidad? ¡Probable es que el asesino ni aun pusiera los obstáculos! ¿Y cómo se conduce en el asiento? Se llena los bolsillos de cajitas de diez o veinte *rublos*, registra el cofre donde la vieja guardaba sus harapos, y el cajón superior de la cómoda, y se han encontrado mil quinientos *rublos* en metálico, sin hablar de los billetes. ¡Ni aun supo robar, sólo supo matar! Lo repito, se trata de un estreno: ¡se conoce que dió el juicio! Y si no le cogieron, que dé gracias al azar, no a su destreza.

Pedro Petrovitch se disponía a despedirse; pero antes de salir, quiso pronunciar algunas pala-

oras profundas; intentaba dejar de sí una impresión ventajosa, y la vanidad se impuso al juicio.

—¿Se trata, sin duda, del asesinato cometido en la persona de una vieja, viuda de un secretario de colegio?

—Sí. ¿Habéis oído hablar de ello?

—¡Cómo no...! En la sociedad...

—¿Conocéis los detalles?

—No precisamente; pero este asunto me interesa sobremanera por el problema general que suscita. No hablo del creciente aumento de crímenes; dejo a un lado la serie no interrumpida de robos y de incendios. Me sorprende especialmente que la criminalidad siga una progresión paralela en las clases elevadas.

—Pero ¿de qué os admiráis? —observó bruscamente Rascolnikof—. Todo ello proviene de la práctica de vuestra teoría.

—¿Cómo de mi teoría?

—La conclusión lógica del principio que establecíais no hace mucho, es que se pueda degollar a las gentes...

—¡De ningún modo!—gritó Lugin.

—No es eso—hizo notar Zosimof.

Rascolnikof estaba pálido y respiraba con dificultad; un estremecimiento agitaba su labio superior.

—En todo hay un límite —prosiguió con tono altanero Pedro Petrovitch—. La idea económica no es aún, que yo sepa, una provocación al asesinato, y de lo que se establece como principio a lo...

—¿Es cierto —interrumpió súbitamente Rascolnikof, con voz temblorosa de cólera—, es cierto que dijisteis a vuestra futura... en el instante en que aceptaba vuestra petición, que lo que más en ella os agradaba era su pobreza... porque es

preferible casarse con una mujer pobre, para dominarla en seguida y echarle en cara los beneficios de que se la hizo objeto?

—¡Caballero! —exclamó Lugin, tartamudeando de furor—. ¡Desnaturalizáis mi pensamiento! Perdonadme, pero debo declararos que los rumores llegados hasta vos, o mejor dicho, dados a conocer a vos, no tienen sombra de fundamento, y... sospecho que... este dardo... En una palabra..., vuestra mamá... Ya me había parecido, no obstante sus excelentes cualidades, de un juicio exaltado y romántico; sin embargo, a mil leguas me hallaba de suponer que fuese capaz de equivocarse de tal modo respecto al sentido de mis palabras y citarlas con semejante alteración... Y en fin...

—¿Sabéis una cosa? —vociferó el joven incorporándose y despidiendo llamas por los ojos—. ¿Sabéis una cosa?

—¿Qué?

Dicha esta palabra, Lugin se detuvo y esperó con aire receloso.

Hubo algunos instantes de silencio.

—Pues bien, si os permitís decir una sola palabra más... respecto a mi madre... ¡os arrojo por la escalera!

—¿Qué es eso?—gritó Razumikin.

—¡Como lo digo!

Lugin palideció y se mordió los labios. La rabia le ahogaba, no obstante hacer grandes esfuerzos para contenerse.

—Escuchad, caballero —empezó después de una pausa—. La acogida que me hicisteis cuando no ha mucho entré aquí, ninguna duda dejaba respecto a vuestra enemistad; prolongué mi visita para asegurarme más de ello. Hubiera podido perdonar a un enfermo o a un pariente, mas, ahora... ¡nunca...! no...

—¡Yo no estoy enfermo!—gritó Rascolnikof.
—Tanto peor...
—¡Idos al diablo!
Pero Lugin no había esperado aquella invitación para marcharse. Habíase apresurado a desaparecer sin saludar a nadie, hasta sin despedirse de Zosimof, quien tiempo hacía que, por señas, le indicaba que dejara descansar al enfermo.
—¿Es posible que te conduzcas de este modo?—dijo, intrigado y meneando la cabeza Razumikin.
—¡Dejadme, dejadme todos! —exclamó Rascolnikof en un acceso de cólera—. ¡Idos! ¡Dejadme a, verdugos! ¡No os temo! ¡No temo a nadie! ¡A adie temo! ¡Retiraos! ¡Quiero estar solo, solo, olo!
—¡Vámonos!—dijo Zosimof, haciendo un movimiento de cabeza.
—Pero, ¿es posible dejarle en tal estado?
—¡Vámonos!—repitió con insistencia el doctor. Y salió.
Razumikin reflexionó un instante; luego le guió.
—Nuestra resistencia a sus deseos no podría sino erjudicarle —dijo Zosimof, ya en la escalera—. o se le debe irritar.
—¿Qué tiene?
—Una emoción que le arrancara de sus preocuaciones le convendría. Hay algún cuidado, algua idea fija que le obsesiona... Y esto me inquiemucho.
—Ese señor Lugin es probable que sea parte ello. Por la conversación que acaba de tener, arece que el tal personaje va a contraer matrimoo con la hermana de Rodia, y que nuestro amigo cibió una carta referente a dicho asunto, antes enfermar.
—Sí, el diablo trajo a ese hombre, cuya visita

lo ha estropeado todo. Pero ¿notaste que un simple motivo de conversación hace salir al enfermo de su apatía y de su mutismo? En cuanto se habla del asesinato se sobreexcita...

—Sí, lo he notado —respondió Razumikin—. Entonces tórnase escrudiñador, inquieto. Es que el día mismo en que comenzara su enfermedad se le asustó en la oficina de policía, donde sufrió un desvanecimiento.

—Me referirás esto esta noche, y, a mi vez, te diré algo. ¡Me interesa mucho! Dentro de una hora volveré a ver cómo se halla... Por otra parte, la congestión no debe temerse...

—¡Gracias a ti! Ahora voy un instante con Pachenka; haré que le cuide Nastasia...

Cuando se quedó solo, Rascolnikof miró a la sirvienta con impaciencia y fastidio; pero ella vacilaba entre marcharse o permanecer.

—¿Tomarás té ahora?—le preguntó.

—¡Más tarde! ¡Quiero dormir! ¡Déjame...!

Y se volvió en un movimiento convulsivo hacia la pared. Nastasia se retiró.

VI

Y en cuanto ella salió, Rascolnikof se levantó, cerró la puerta con llave y empezó a ponerse la ropa comprada por Razumikin.

¡Cosa extraña! Una tranquilidad completa parecía haber sucedido súbitamente al frenesí y al terror pánico que los últimos días le conmovieran. Era aquél el primer minuto de una tranquilidad extraña, repentina. Claros y precisos, los movi-

mientos del joven denotaban una resolución enérgica.

—¡Hoy mismo, hoy mismo...!—murmuró.

Comprendía, sin embargo, que aun estaba débil; pero la extremada tensión moral a que debía su calma le daba fuerzas y seguridad; por otra parte, esperaba no caer en la calle. Después de vestirse completamente miró el dinero colocado sobre la mesa, reflexionó un instante y se lo guardó.

Eran veinticinco rublos. Tomó también toda la moneda de cobre que le volviera Razumikin, luego abrió pausadamente la puerta, salió de su aposento y bajó la escalera. Un instante después se hallaba en la calle.

Habían dado las ocho, el sol se había ocultado. Aun cuando la atmósfera fuese asfixiante como la víspera, Rascolnikof respiraba ávidamente el aire polvoriento y envenenado por los malos olores de la ciudad. La cabeza empezaba a darle vueltas; sus ojos encendidos y su rostro flaco y lívido, expresaban una energía salvaje. No sabía dónde ir, tampoco se lo preguntaba; sólo sabía que era preciso concluir con todo aquello el mismo día, de una vez; que, de otra manera, no volvería a casa, «porque no querría vivir de aquel modo». ¿Cómo acabar? No tenía idea respecto a esto, y se esforzaba por rechazar semejante pregunta, que le atormentaba. Sabía que era menester que todo cambiase de un modo o de otro; «cueste lo que cueste»—repetía con desesperada resolución.

Por una inveterada costumbre se dirigió hacia el Mercado del Heno. Antes de llegar a él se encontró con un infeliz que tocaba un organillo, a cuyos acordes cantaba una jovenzuela, su compañera de infortunio, esperando a que de la tien-

da ante que se habían estacionado les dieran una limosna.

Dos o tres personas se habían detenido para escucharles. Rascolnikof hizo lo propio y, después de escuchar un momento, sacó de su bolsillo una moneda y la depositó en manos de la joven, que al punto interrumpió su canción sentimental y se retiró con su compañero.

—¿Os gustan las canciones callejeras?—preguntó bruscamente Rascolnikof a un individuo, ya de cierta edad, que junto a él había escuchado a los músicos ambulantes.

El interpelado miró con sorpresa a Rascolnikof.

—A mí —prosiguió éste, pero de modo que se hubiera creído hablaba de otra cosa que de música—, a mí me gusta oir cantar a los acordes del organillo en una fría, lóbrega y lluviosa velada de otoño, sobre todo cuando está la tierra húmeda, cuando todos los transeuntes tienen rostros verduzcos y enfermizos; o, mejor aún, cuando la nieve cae rectamente, sin que el aire la mueva, ¿sabéis? y cuando los reverberos brillan a través de la nieve...

—No sé... dispensadme...—murmuró el transeunte, horrorizado por la pregunta y por el extraño aspecto del que la hacía.

Y con rapidez pasó a la acera contraria.

Rascolnikof siguió andando y llegó a un extremo del mercado, al lugar en que los comerciantes hablaron días pasados con Isabel.

Reconociendo el lugar se detuvo, miró en derredor y se dirigió hacia un jovenzuelo que bostezaba a la puerta de un almacén de harinas.

—Vende ahí un burgués con su esposa, ¿verdad?

—Todo el mundo vende—respondió el mozo osiendo con desdén.

—¿Cómo se llama?

—Se le llama por su nombre.

—Pero tú... ¿no eres tú de Zaraisk? ¿De qué provincia eres?

—Alteza, no somos de provincia, sino de un distrito; mi hermano ha partido y yo me he quedado en casa; de suerte que nada sé... Que Vuestra Alteza me perdone generosamente.

—¿Es aquélla una casa de comidas?

—Es un *traktir* con billar; a él concurren hasta princesas.... ¡Es muy frecuentado!

Rascolnikof se dirigió a otro extremo de la plaza, donde se había estacionado una compacta multitud, exclusivamente compuesta de *mujiks*. Se internó en lo más espeso de los grupos, dirigiendo miradas a todo el mundo, deseoso de hablar a cuantas personas veía. Pero los aldeanos no se fijaban en él, y repartidos en pequeños grupos, hablaban calurosamente de sus asuntos.

Después de unos instantes de reflexión abandonó el Mercado del Heno y se internó en el *Serenlok*.

Con frecuencia había pasado por aquella calle, que forma recodo y conduce de la plaza a la Sadovaía. Tiempo hacía que le agradaba pasear por aquellos lugares cuando empezaba a fastidiarse, «a fin de fastidiarse más».

Entonces paseaba sin ningún objeto. Hay allí un gran edificio cuyos entresuelos son todos tabernas y casas de comidas; de aquellos establecimientos salen mujeres ligeramente vestidas. Se agrupan en dos o tres sitios de la acera, sobre todo cerca de las puertas que dan acceso a las casas de mala fama. En una de éstas resonaba en aquel instante alegre ruido, se cantaba, se to-

caba la guitarra, el alboroto se extendía de un extremo a otro de la calle. Gran número de mujeres se habían juntado en la puerta del lupanar; unas estaban sentadas en las escaleras, en la acera otras, algunas hablaban en pie. Un soldado beodo, con el cigarro en la boca, pateaba el suelo, lanzando imprecaciones; hubiérase dicho que quería entrar en alguna parte, pero que no recordaba en cuál.

Rascolnikof se detuvo cerca del mayor grupo de mujeres. Hablaban con voces fuertes; todas llevaban trajes de indiana, calzado de piel de macho cabrío y la cabeza descubierta. Muchas habían pasado de los cuarenta, otras no llegaban a los diecisiete años; casi todas tenían los ojos amoratados.

El canto y el ruido que subía del sotabanco cautivaron la atención de Rascolnikof.

En medio de las carcajadas y de los clamores alegres, una agria voz de falsete se unía a los acordes de una guitarra, mientras que alguien bailaba desenfrenadamente, golpeando el suelo con los talones.

El joven, inclinado a la entrada de la escalera, escuchaba, sombrío y pensativo.

Guapo y querido hombre mío,
no me pegues sin razón

—decía con agrio falsete el cantor.

Rascolnikof hubiera querido no perder una sílaba de la canción, como si la cosa hubiera tenido la mayor importancia para él.

—¿Entro? —pensaba—. Bien, están borrachos. Bueno... ¿Si me embriagara...?

—¿No entráis, querido?—preguntó una de aquellas mujeres en voz bastante bien timbrada y aun algo fresca.

La mujer era joven y, quizá la única del grupo que no repugnaba.

—¡Oh, qué linda muchacha!—respondió él, alzando la cabeza y mirándola.

Ella le sonrió; le había gustado aquel piropo.

—¡Vos también sois hermoso!—dijo.

—¡Hermoso! —murmuró con voz de bajo otra mujer—. ¡Apostaría que sale del hospital!

—Parece que son hijas de generales —refunfuñó un *mujik* acercándose bruscamente— y ello no les impide tener la nariz roma... ¡Oh, qué encanto!

—¡Entra, ya que has venido!

—Sí que entraré, hermosa mía.

Y bajó al lupanar.

Rascolnikof hizo ademán de retirarse.

—Escuchad—gritóle la joven cuando él volvía la espalda.

—¿Qué?

—Querido, ¡qué dichosa me consideraría pasando una hora con vos, pero ahora me siento como cortada en vuestra presencia! ¡Dadme seis *kopeks* para un trago, amable caballero!

Rascolnikof sacó algún dinero y se lo dió.

—¡Ah, qué bueno!

—¿Cómo te llamas?

—Preguntaréis por Duklida.

—¡Miren qué decente! —hizo notar bruscamente una de las mujeres del grupo, mostrando a Duklida con un movimiento de cabeza—. ¡No sé cómo pueden pedir así! Yo nunca me atrevería. Muerta de vergüenza antes que hacerlo!

Rascolnikof tuvo la curiosidad de mirar a la persona que de aquella manera hablaba.

Era la tal una mujer de treinta años, fea, llena de cardenales y con el labio superior un poco hinchado. Formuló su censura en tono tranquilo y serio.

—¿Dónde leí —pensaba Rascolnikof cuando se alejaba—, dónde leí algo respecto a este propósito, relativo a un condenado a muerte, una hora antes de la ejecución? ¡La vida más horrible preferiría a la muerte más dulce! ¡Vivir, no importa cómo, pero vivir...! ¡Cuán cierto es esto, Dios mío, cuán cierto es! ¡El hombre resulta vil...! ¡Y vil también el que se lo llama!—agregó al cabo de un instante.

Mucho tiempo hacía que vagaba a la ventura, cuando su atención fué de repente atraída por el rótulo de un café.

—¡Hola, el Palacio de Cristal! No ha mucho que Razumikin habló de él. Mas ¿qué pensaba hacer? ¡Ah, sí, leer...! Zosimof decía haber leído en los periódicos...

—¿Tenéis periódicos?—preguntó, entrando en un establecimiento muy espacioso y hasta puesto con limpieza, donde, por otra parte, había poca gente, dos o tres personas tomando té.

En un saloncito aparte, cuatro individuos sentados ante una mesa bebían *champagne*. Rascolnikof creyó reconocer en uno de ellos a Zametof; pero la distancia no le permitía ver bien.

—Después de todo ¿qué importa?—se dijo.

—¿Queréis aguardiente?—preguntó el mozo.

—Dame té. Y tráeme los periódicos, los antiguos, los de estos últimos cinco días; tendrás buena propina.

—Bien. Aquí tenéis los de hoy. ¿Queréis también aguardiente?

Cuando sobre la mesa estuvo el té y los periódicos viejos, Rascolnikof empezó a buscar.

«—Yzler - Yzler - los Atzeques-los Atzeques-Yzler-Bartola-Massimo los Atzeques - Yzler... ¡Qué fastidio...! ¡Ah, he aquí los sucesos varios! Una mujer se ha caído por la escalera Un mercader ahogado en vino.—El incendio de las Arenas. 'El incendio de la Peterburgskaa. ¡Vuelta con el incendio de la Peterburgskaa! Yzler-Yzler-Yzler-Yzler—. Massimo... ¡Ah, helo aquí...!»

Habiendo por fin hallado lo que buscaba, dió principio a la lectura; las líneas bailaban ante sus ojos; sin embargo pudo leer los «sucesos varios» hasta el fin, y ávidamente se puso a buscar los «nuevos detalles» en los números siguientes.

Una impaciencia febril hacía que sus manos temblaran mientras hojeaba los periódicos.

De repente, alguien tomó asiento a su lado y a su misma mesa.

Miró. Era Zametof, Zametof en persona, igualmente peinado y vestido que cuando le viera en la oficina de policía.

El jefe de cancillería era alegre, al menos sonreía con mucha alegría y bondad. Cierto color encendido, efecto del *champagne* que concluía de beber, mostrábase en su rostro lleno de arrugas.

—¡Cómo! ¿Aquí vos? —prorrumpió con aire de admiración y en el tono que hubiera elegido para abordar a un viejo compañero—. Pero... ayer mismo me dijo Razumikin que estabais sin conocimiento. ¡Es una cosa extraña! ¿Sabéis que estuve a veros...?

Rascolnikof sospechaba que el jefe de cancillería quería hablar con él. Apartó a un lado los periódicos y se volvió hacia Zametof, con una sonrisa en la que se leía su contrariedad.

—Me han dado cuenta de vuestra visita... Vos me buscasteis la bota... —dijo—. Sabed que Razumikin está agradecidísimo a vos. A lo que

parece fuisteis con él a casa de Luisa Ivanovna, aquella a quien tratabais de defender el otro día. ¿Os acordáis? Hacíais señas al teniente Pólvora, quien no comprendía vuestros guiños. Sin embargo, no era preciso ser muy malicioso para comprenderlos; el asunto estaba claro... ¿eh?

—¡Sí que es escandaloso!

—¿Pólvora?

—No, vuestro amigo, Razumikin...

—Pero vos lo pasáis bien, señor Zametof. ¡Tenéis entrada gratis en los lugares encantadores! ¿Quién es el que hace poco os obsequió con *champagne?*

—¿Qué os hace suponer que me han obsequiado?

—¡A guisa de honorarios! ¡Vosotros sacáis provecho de todo! —bromeó Rascolnikof—. ¡No os enfadéis, excelente muchacho! —añadió, dando golpecitos en la espalda de Zametof—. Os digo esto sin malicia, para reir, como se decía a propósito de los puñetazos dados por Mitka al pintor detenido por el asunto de la vieja.

—Pero ¿cómo sabéis eso?

—Quizá sepa más que vos.

—¡Qué extraño sois...! En verdad, todavía estáis muy enfermo. Mal hicisteis en salir.

—¿Me encontráis extraño?

—Sí. ¿Qué leíais?

—Periódicos.

—Hay muchos incendios.

—Cosa que a mí no me preocupa.

Miró a Zametof con aire singular, y una sonrisa burlona dibujó una mueca en sus labios.

—No son los incendios lo que me interesa —continuó con un guiño de ojos—. Pero confesad, querido joven, que tenéis un terrible deseo de saber lo que leía.

—¿Yo? Si os lo pregunté fué por decir algo. ¿Acaso no podía preguntaros?

—Escuchad, sois un joven instruído, letrado, ¿verdad?

—¡Estudié hasta la séptima clase!—respondió con cierto orgullo Zametof.

—¡Hasta la séptima clase! ¡Ah, el mozo...! Y lleva linda raya y sortijas... ¡es hombre rico! Oh, y bastante guapo!

Dicho esto, Rascolnikof rompió a reir en las mismas narices de su interlocutor. Este retrocedió, no precisamente enojado, pero sí sorprendidísimo.

—¡Qué raro sois! —repitió en tono muy serio Zametof—. Mi opinión es que seguís delirando.

—¡Yo delirando! ¡Bromeáis, mozo mío...! ¡Conque soy raro! Es decir que os parezco curioso, ¿eh?, curioso...

—Sí.

—Vaya, ¿deseáis saber qué leía, qué buscaba en los periódicos? ¡Visteis cuántos números me hice traer! Eso da mucho que pensar, ¿verdad?

—¡Ea!, decid.

—¿Creéis haber encontrado al pájaro en el nido?

—¿Qué pájaro y qué nido?

—Más adelante os lo diré; ahora, querido, os declaro... Mejor dicho: «os confieso»... ¡No, tampoco es esto! «Hago una deposición y vos tomáis nota de ella». Pues bién; manifiesto que he leído, que tenía curiosidad por leer, que busqué y que hallé... —guiñó el ojo y escuchó— lo que aquí vine a buscar: los detalles relativos al asesinato de la anciana prestamista.

Al pronunciar tales palabras había bajado la voz y acercado su cara a la del otro. Este último miróle sin moverse y sin apartar el rostro. Lo que en seguida pareció doblemente extraño,

al jefe de cancillería, fué que durante un minuto se miraron uno a otro sin decir palabra.

—Bueno. ¿Y qué me importa a mí lo que hayáis leído? —exclamó súbitamente el policía, ya impaciente por aquellos modales enigmáticos—. ¿Qué puede importarme eso?

—Sabed —continuó en voz baja Rascolnikof, al parecer sin haber oído la exclamación del otro—, sabed que se trata de la misma anciana de quien se hablaba el otro día, cuando yo me desmayé en vuestro despacho. ¿Comprendéis ahora?

—¿El qué? ¿Qué queréis decir con ese «Comprendéis»?—murmuró Zametof, casi espantado.

El rostro inmóvil y serio de Rascolnikof cambió súbitamente de expresión, y, de repente, nuestro héroe rompió en una nueva carcajada nerviosa, como si se hubiera hallado incapaz de contenerse. Era aquélla una sensación idéntica a la que experimentara el día del asesinato cuando, sitiado en el cuarto de la vieja por Koch y Pestriakof, pronto había sentido deseos de interpelarlos, injuriarlos, de reírse en sus barbas.

—O estáis loco, o...—comenzó Zametof.

Y se detuvo, como asaltado por una idea.

—¿O qué? ¿Qué vais a decir? ¡Acabad!

—No —replicó Zametof—. ¡Todo esto es absurdo!

Callaron. Después de su repentino acceso de hilaridad, Rascolnikof se había tornado sombrío y silencioso. De codos sobre la mesa, con la cara entre las manos, parecía haber olvidado completamente la presencia de Zametof.

—¿Por qué no tomáis el té? Se os enfriará—observó el policía.

—¿Eh? ¿Cómo? ¿El té...? ¡Ah, sí!

Rascolnikof llevóse el vaso a los labios, comió un bocado de pan, y, mirando a Zametof, recha-

zó sus preocupaciones; su fisonomía tornó a la expresión burlona de antes. Continuó tomando el té.

—Estas granujadas son hoy numerosísimas —dijo Zametof—. No hace mucho leí que en Moscou había sido copada toda una cuadrilla de monederos falsos: se entregaban a la falsificación de billetes de banco.

—¡Oh, eso es viejo! Hace un mes que lo leí —manifestó flemáticamente Rascolnikof—. Y, a vuestro entender, aquéllos ¿son bribones?—añadió sonriendo.

—¿Cómo no lo han de ser?

—¿Esos? Son criaturas, pájaros sin pluma, no bribones. ¡Se unen cincuenta para tal objeto! ¿Tiene esto sentido común? En parecidos casos, tres son muchos, y aun es menester que cada miembro de la asociación esté más seguro de sus compañeros que de sí mismo. ¡Ni aun supieron dar curso a su papel! Uno de los agentes de esos muchachos se presenta en un despacho, se le da moneda por valor de cinco mil rublos, ¡y su mano tiembla! Cuenta los cuatro primeros miles; en cuanto al quinto, lo toma sin contarlo, con toda confianza, y lo mete en su bolsillo... ¡Tal prisa tiene para huir! De este modo despertaron sospechas, y el negocio se fué al diablo por culpa de un solo imbécil. En verdad, ¿se concibe esto?

—¿Que sus manos temblaran? —agregó Zametof—. Ciertamente que se concibe, y hasta encuentro la cosa naturalísima. Casos hay en que no se es dueño de sí mismo. Sin ir más lejos, oíd una prueba reciente. El asesino de la usurera debe de ser un pícaro muy resuelto cuando se decidió a cometer el crimen en las espantosas condiciones en que lo perpetró; por milagro no fué cogido. Pues bien, esto no obstante, sus manos

temblaron: no supo robar, la presencia de espíritu le abandonó; los hechos lo demuestran claramente...

Aquel lenguaje hirió a Rascolnikof.

—¿Lo creéis así? Pues bien, ¡echadle el guante! ¡Descubridle ahora! — vociferó, experimentando placer en burlarse del jefe de cancillería.

—Se le descubrirá.

—¿Quién? ¿Vos? ¡Vamos...! ¡Inútiles serán vuestras molestias! Para vosotros, toda la cuestión está en saber si un hombre hace o no gasto: Fulano nada tenía, y de repente empieza a tirar el dinero por el balcón; luego es culpable. Calculando eso, un niño, si quisiera, se burlaría de vuestras pesquisas.

—El hecho es que todos ellos se conducen de tal suerte —replicó Zametof—. Después de desplegar la mayor astucia y destreza en la perpetración del asesinato, se dejan coger en la taberna. Sus gastos les hacen traición. No todos son tan maliciosos como vos. ¿Vos, naturalmente, no iríais a la taberna?

Rascolnikof frunció el entrecejo y miró fijamente a Zametof.

—Por lo que veo, ¿deseáis saber cómo obraría yo en tal caso?—preguntó en tono de mal humor.

—Precisamente—respondió con fuerza el jefe de cancillería.

—¿Mucho lo deseáis?

—Sí.

—Bien. Pues he aquí lo que haría—comenzó Rascolnikof, bajando más la voz y acercando otra vez su rostro al de su interlocutor, a quien miró a los ojos.

Zametof no pudo refrenar un estremecimiento.

—He aquí lo que haría: cogería el dinero y las alhajas, me iría a un lugar cerrado y soli-

tario, a un patio, un jardín, una huerta, por ejemplo. En un rincón de tal patio, junto a la tapia hallaría alguna piedra de gran peso. La levantaría, haría un hoyo, metería en él alhajas y dinero, colocaría la piedra en su sitio y me marcharía. Durante un año, durante dos, durante tres, dejaría allí los objetos arrebatados. ¡Y que buscasen!

—¡Estáis loco!—dijo Zametof.

Sin que podamos decir por qué, pronunció aquellas palabras en voz baja, retirándose bruscamente de Zametof.

Resplandecían sus ojos, su rostro estaba horriblemente pálido, y un temblor convulsivo agitaba su labio superior.

Se inclinó cuanto pudo hacia el policía y movió los labios sin pronunciar una palabra.

Pasó de tal modo un minuto.

Nuestro héroe sabía lo que hacía; más érale imposible contenerse. ¡La horrible confesión estaba a punto de escapársele!

—¿Y si yo fuera el asesino de la vieja y de Isabel?—dijo de repente.

Luego, el sentimiento del peligro volvió a imperar en él.

Zametof le miró extrañamente, tornándose pálido como la cera. Sus labios gesticularon una sonrisa.

—Pero, ¿acaso es posible eso?—dijo con voz que apenas pudo ser oída.

Rascolnikof fijó en él una mirada maliciosa.

—Confesad que lo habéis creído. ¿Sí? ¿No es verdad que lo creísteis?

—¡Nunca! ¡Ahora menos que nunca!—se apresuró a protestar Zametof.

—Caísteis, amigo mío. Lo creísteis antes, puesto que ahora lo creéis «menos que nunca».

—¡Os aseguro que no!—exclamó el jefe de cancillería visiblemente confuso.

—Según eso ¿no lo creéis? ¿Y de qué os pusisteis a hablar el otro día cuando yo salí de la oficina? ¿Y por qué el teniente Pólvora me interrogó después de mi desvanecimiento? ¡Eh! ¿cuánto debo?—gritó al mozo, levantándose y tomando su gorra.

—Treinta *kopeks*—respondió éste, corriendo al llamamiento del consumidor.

—Toma; ahí tienes, además, veinte *kopeks* de propina —prosiguió, mostrando a Zametof un puñado de billetes rojos, azules y veinticinco rublos—. ¿De dónde me viene esto? ¿Y cómo estoy vestido todo de nuevo? ¡Sabéis que no tenía un *kopek!* ¡Apuesto a que preguntasteis ya a mi patrona...! ¡Y vamos, ya hemos hablado bastante...! Hasta que tenga el placer de volver a veros.

Salió todo conmovido por una sensación extraña a la que se mezclaba agrio placer; por otra parte estaba terriblemente cansado. Su convulso rostro parecía el de un hombre que acaba de sufrir un ataque de apoplejía. Duplicóse la fatiga. Entonces, bajo el imperio de una excitación viva, recobró súbitamente sus fuerzas; mas, cuando aquel ficticio estimulante hubo cesado de obrar, la debilidad se apoderó de él.

Solo, Zametof permaneció bastante tiempo sentado en el sitio donde la anterior conversación había tenido lugar. El jefe de cancillería estaba pensativo. Rascolnikof había agitado su pensamiento hasta tal punto, que nuestro hombre se sentía extraviado.

—¡Ilia Petrovitch es un necio!—concluyó por fin.

Al salir del café, Rascolnikof se encontró con

Razumikin, que entraba en busca de él y le reprendió por haber salido de casa.

Nuestro héroe, bajo pretexto de que todos le fastidiaban, no quiso obedecerle, se negó a volver a su domicilio, y se dispuso a continuar su camino.

—¡Párate! ¡Escúchame! —gritóle su amigo—. Sabes que hoy tengo fiesta en casa; quizá hayan llegado ya mis invitados, pero allí está el tío para recibirlos. De consiguiente, si no fueras un imbécil, un doble imbécil, un triple imbécil... (porque, aun cuando de inteligencia no careces, eres un imbécil); si no fueras... lo dicho, en lugar de gastar tus botas vagando por la calle, pasarías la velada con nosotros. ¡Puesto que saliste, acude a mi invitación! Te haré subir una blanda butaca... mis patronos la tienen... Tomarás una taza de té, estarás acompañado... Si no quieres una butaca, podrás echarte en la cama... Por lo menos estarás con nosotros... Irá Zosimof. ¿Vienes?

—No.

—¡No digas eso! —replicó vivamente Razumikin—. ¿Qué sabes tú? No puedes responder de ti... Mil veces he abominado yo del trato social, y, después de abandonarlo, me he apresurado a volver a él... Se avergüenza uno de su misantropía y busca otra vez a los hombres. No lo olvides, pues: casa Potchinkof, tercer piso...

—¡No iré, Razumikin!

Dichas estas palabras, Rascolnikof se alejó en seguida.

—¡Apuesto a que irás! —le gritó su amigo—. Si no..., ¡has concluído para mí! ¡Espera un poco...! ¡Eh! ¿Queda ahí dentro Zametof?

—Sí.

—¿Te ha visto?

—Sí.

—¿Te ha hablado?

—Sí.

—¿De qué? Bueno; bien; no lo digas, si no quieres decirlo. Potchinkof, 47, habitaciones de Babuckin. ¡Acuérdate!

Rascolnikof llegó a la Sadovaía y volvió la esquina.

Después de seguirle con la mirada atentamente, Razumikin se decidió a entrar en la casa, pero, en mitad de la escalera se detuvo, pensó en que le podía suceder algo a su amigo, y rápidamente bajó y echó a correr en busca del joven. Mas no pudo encontrarle, y se vió obligado a regresar al Palacio de Cristal, para interrogar lo antes posible a Zametof.

Rascolnikof se dirigió hacia el puente de... detúvose en medio de él, y, poniéndose de codos en el pretil, miró sin saber hacia dónde. Su debilidad había crecido de tal modo que con trabajo había podido arrastrarse hasta el lugar en que se hallaba.

Hubiera querido sentarse, o bien tumbarse en un sitio cualquiera de la calle. Inclinado sobre el río, contemplaba, distraído, el último reflejo del sol poniente, y la fila de altas casas, que obscurecía la proximidad de la noche.

—¡Sea!—decidió.

Y, alejándose del puente, se dirigió hacia la oficina de policía.

Su corazón estaba como vacío. No quería pensar, ni aun experimentaba angustia; una apatía completa había sucedido a la energía que en él se manifestara cuando saliera de su casa con la resuelta intención de «acabar con todo aquello».

—Al fin y al cabo, ¡ello es una salida! —pensaba caminando lentamente por la orilla del canal—. El desenlace es, al menos, producto de mi

voluntad... ¡Qué fin, no obstante! ¿Es posible que esto sea el fin? ¿Confesaré o no confesaré? ¡Diablo de...! Pero no puedo más: quisiera echarme o sentarme en algún sitio... Lo que sobre todo me avergüenza es lo estúpido de la cosa. ¡Vaya, es preciso escupir encima de todo! ¡Qué ideas más necias se tienen algunas veces!

Para ir a la comisaría debía tomar la segunda calle de la izquierda; una vez allí, estaba a dos pasos de la oficina. Pero, llegado al primer recodo, se detuvo, se consultó un instante y entró en el *perenlok*. Luego vagó sucesivamente por otras dos calles, quizá sin objeto, acaso para pasar un minuto reflexionando.

Caminaba con la mirada fija en el suelo. De repente le pareció que alguien murmuraba algo a su oído. Alzando la cabeza, vió que se encontraba frente a la puerta de *aquella casa*. Desde que perpetrara el crimen no había vuelto a pasar por aquel sitio.

Cediendo a un deseo tan irresistible como inexplicable, Rascolnikof entró en el edificio, tomó la escalera de la derecha y se dirigió hacia el cuarto piso.

La escalera, pendiente y estrecha, estaba obscurísima. El joven se detenía en cada meseta para mirar curiosamente en derredor...

—He ahí el segundo piso, aquél en que trabajaban Mikolay y Mitka.

Está cerrado; la puerta, recién pintada. Se habrá alquilado ya.

Este es el tercero... Este es el cuarto piso...

¡Aquí es!

Vaciló un instante; la puerta estaba abierta de par en par; había gente dentro y hablaban.

Rascolnikof no había previsto aquello. Sin em-

bargo, su resolución pronto estuvo tomada: subió los últimos escalones y entró en la habitación.

Estaban arreglando los aposentos; había trabajadores, cosa que pareció causarle extremada admiración. Esperaba encontrar aquello tal como lo dejara; quizá llegara a creerse que encontraría los cadáveres en el suelo.

Se acercó a la ventana y tomó asiento en el poyo.

Había dos operarios, dos jóvenes cuya edad diferenciábase en muy poco. Reemplazaban el antiguo papel amarillo, ya demasiado viejo.

Tal circunstancia, ignoramos por qué, desagradó mucho a Rascolnikof. Miró encolerizado el papel nuevo, como si todos aquellos cambios le contrariasen.

Los empapeladores se disponían a salir. Apenas se dieron cuenta de la llegada del joven, y continuaron su conversación.

Rascolnikof se levantó y pasó al otro aposento, en que estaban antes el cofre, la cama y la cómoda. Aquella habitación vacía de muebles, le pareció extremadamente pequeña.

Después de satisfacer su curiosidad, Rascolnikof tornó a sentarse en el alféizar de la ventana. El mayor de los obreros le miró de soslayo, y de repente, dirigiéndose a él:

—¿Qué hacéis ahí?—le preguntó.

En lugar de responder, Rascolnikof se levantó, pasó al vestíbulo y empezó a tirar del cordón de la campanilla.

¡Era la misma, el mismo sonido de hojalata!

Llamó por segunda, por tercera vez, prestando atento oído y recordando...

La terrible impresión que sintiera días antes, volvió a ocuparle, con una claridad y una viva-

cidad crecientes: se estremecía a cada campanillazo; no obstante lo cual, cada vez era más grande su placer.

—Pero, ¿qué es lo que deseáis? ¿Quién sois?—gritóle el obrero.

Rascolnikof entró en el aposento.

—Quiero alquilar una habitación, y para ello vine a ver ésta.

—La hora no es a propósito, y, por otra parte, debíais venir con el portero.

—¿Se ha lavado el suelo? ¿Van a pintarlo?—prosiguió Rascolnikof—. ¿No hay sangre?

—¿Cómo sangre?

—La vieja y su hermana fueron asesinadas. Ahí había un gran charco de sangre.

—¿Qué clase de hombre es éste?—exclamó el obrero con inquietud.

—¿Quieres saberlo? Vamos a la comisaría; allí lo diré.

Ambos empapeladores se miraron con sorpresa.

—Ya es hora de marchar. Vámonos, Alechka. Tenemos que cerrar—dijo el de más edad al otro.

—¡Vamos!—dijo con un tono indiferente Rascolnikof.

Salió el primero y, precediendo a los dos trabajadores, lentamente bajó la escalera.

—¡Hola! ¡portero!—gritó cuando llegaron a la puerta principal.

Muchas personas estaban a la entrada de la casa mirando a los transeuntes. Eran los porteros, una aldeana, un burgués en traje de casa y otros varios individuos.

Rascolnikof se fué rectamente hacia ellos.

—¿Qué deseáis?—preguntó uno de los porteros.

—¿Has ido a la oficina de policía?

—Acabo de venir de ella. ¿Qué deseáis?

—¿Están allí todavía?

—Sí.

—¿También el ayudante del comisario?

—Estaba no hace mucho. ¿Qué deseáis?

Rascolnikof no respondió y se quedó pensativo.

—Ha venido a ver la habitación—dijo, aproximándose, el mayor de los operarios.

—¿Qué habitación?

—La que estamos arreglando. «¿Por qué se ha lavado la sangre?», nos ha dicho éste. «Aquí se cometió un asesinato, y yo vengo a alquilar esta habitación.» Se ha puesto a tirar del cordón de la campanilla. «Vamos a la comisaría», ha añadido. «Todo lo diré.»

Intrigado, el portero examinó a Rascolnikof.

—¿Quién sois?—le preguntó alzando la voz en son de amenaza.

—Soy Rodion Romanovitch Rascolnikof, antiguo estudiante, y habito cerca de aquí, en el vecino *parenlok*, casa Chill, número 14. Pregunta al portero... me conoce.

Dió aquellos detalles con el aire más tranquilo e indiferente; miraba con obstinación hacia la calle, y ni una sola vez volvió la cara hacia su interlocutor.

—¿Qué habéis ido a hacer a la habitación?

—He venido a verla.

—¿No sería conveniente llevarle a la comisaría? —propuso el burgués.

Rascolnikof miró atentamente y por encima del hombro.

—¡Vayamos!—dijo con indiferencia.

—¡Sí, es preciso llevarle a presencia del comisario!—agregó con más seguridad el burgués.

—Para que haya subido allí, es necesario que tenga algo en la conciencia...

—¡Dios sabe si estará borracho!—murmuró el operario.

—Pero, ¿qué es lo que quieres? —gritó nuevamente el portero, que comenzaba a enfadarse de veras—. ¿A qué has venido a molestarnos?

—¿Temes ir ante el comisario?—bromeó Rascolnikof.

—¿Por qué he de temer? Pero nos estás molestando...

—¡Es un ratero!—gritó la aldeana.

—¿A qué discutir con él? —exclamó el otro portero—. ¡Con seguridad que es un pillete! ¡Ea, largo de aquí, pronto!

Y, asiéndole por el hombro, puso en la calle a Rascolnikof.

Poco faltó para que cayera. Cuando recobró el equilibrio, miró silenciosamente a todos los espectadores; luego se alejó.

—¡Es un tuno!—observó el operario.

—Todo el mundo se vuelve hoy tunante—dijo la aldeana.

—No importa. Se le ha debido llevar ante el comisario—agregó el burgués.

—¿Iré, o no iré?—pensaba Rascolnikof, paseando su mirada en derredor como si esperase consejo de alguien.

Pero su pregunta no recibió contestación; todos estaban sordos como las piedras que pisaban...

De repente, a doscientos pasos de él, al final de la calle, distinguió a través de la obscuridad un gran grupo de personas, del que partían gritos, palabras acaloradas.

La gente rodeaba un coche... Débil luz brillaba en medio de la calle.

—¿Qué hay allí?

Rascolnikof dió vuelta a la derecha y fué a unirse a la multitud.

Parecía querer agarrarse al menor incidente, y tan pueril disposición le hacía sonreir, porque su resolución estaba tomada, y se decía que, en un instante cualquiera, «concluiría con todo».

VII

En mitad de la calle estaba parado un elegante coche particular, al que se hallaban enganchados soberbios caballos grises; no había nadie en el carruaje, y el cochero había bajado del pescante.

En torno del vehículo se agolpaba una multitud de personas, contenida por varios policías. Uno de éstos tenía una pequeña linterna en la mano, y, bajándola hacia el suelo, alumbraba algo que se hallaba allí, muy cerca de las ruedas.

Todo el mundo hablaba, o gritaba, todos parecían consternados; el cochero, aturdido, no hacía otra cosa que repetir de vez en cuando:

—¡Qué desgracia! ¡Señor, qué desgracia!

Rascolnikof se abrió paso por entre los curiosos, y al fin vió lo que atraía a aquel gentío. En medio de la calle yacía, ensangrentado y sin sentido, un hombre que habían pisoteado los caballos. Aun cuando estaba mal vestido, su traje no era el de un hombre del pueblo. La cabeza y el rostro hallábanse cubiertos de horribles heridas, por las que se escapaban borbotones de sangre. Se veía que no se trataba de un caso de risa.

—¡Dios mío! —seguía diciendo el cochero—. ¿Cómo hubiera podido impedir esto? Si hubiese puesto los caballos a galope, o no le hubiera

advertido, mía sería la culpa... Pero, no: el coche iba despacio, todo el mundo lo ha visto. Por desgracia, un hombre borracho en nada se fija; es cosa sabida... Le veo atravesar la calle dando traspiés, y, una vez, dos veces, le grito: «¡Cuidado!» Sujeto los caballos; pero viene rectamente a su encuentro. Parecía que lo hacía expresamente. Los animales son jóvenes, fogosos; se espantan, él grita, asustándolos más... ¡Y aquí tienen cómo sucedió la desgracia!

—¡Sí, así ha ocurrido!—confirmó alguien, testigo de la escena.

Otros le secundaron.

Por otra parte, el cochero no parecía demasiado inquieto por las consecuencias que para él pudiera tener el suceso. Evidentemente, el propietario del carruaje era un hombre rico e importante que esperaba en alguna parte la llegada de su coche: esta última circunstancia avivaba la diligencia de los policías. Sin embargo, era necesario trasladar al herido al hospital. Nadie sabía su nombre.

Rascolnikof logró avanzar más. Súbitamente, un rayo de luz le hizo conocer al desgraciado.

—¡Sé quién es! ¡sé quién es! —gritó, mientras que, empujando a los que le rodeaban, se ponía en primera fila—. Es un antiguo funcionario, el consejero titular Marmeladof. Vive cerca de aquí, casa Kozel... ¡Pronto un médico! ¡Yo pagaré! ¡Ved!

Sacó el dinero y lo mostró a un agente de policía. Era presa de una agitación extraordinaria.

Mucho agradó a los de la autoridad saber quién era el atropellado.

Rascolnikof dió su nombre y sus señas, e insistió para que el herido fuese trasladado a su

domicilio. No hubiese mostrado mayor celo si se hubiese tratado de su padre.

Hasta deslizó con disimulo algunas monedas en la mano de un policía.

Levantaron a Marmeladof, y hombres de buena voluntad prestáronse a trasladarle hasta su casa, situada a treinta pasos del lugar del accidente.

Rascolnikof marchó detrás, sosteniendo con cuidado la cabeza del herido y oficiando de guía.

—¡Por aquí, por aquí! En la escalera, procurad que la cabeza no quede baja... Dad una vuelta... ¡Bien! Yo pagaré... ¡Gracias!—murmuraba.

Catalina Ivanovna se paseaba, como siempre que disponía de un instante de libertad, de un lado a otro del aposento. Su hija mayor, Polenka desnudaba al niño. La otra criatura, la pequeña Lidotchka, vestida de harapos, esperaba su vez.

—¿Qué es eso? —dijo en voz alta Catalina Ivanovna, suspendiendo su paseo, al ver que el vestíbulo se llenaba de gente y que otras personas penetraban en el cuarto con una especie de fardo—. ¿Qué hay? ¿Qué traen? ¡Santo Dios!

—¿Dónde se le pone?—preguntó un agente de policía mirando en derredor.

—¡Sobre el diván! Tendedle en el diván... la cabeza aquí...—indicó Rascolnikof.

—Es un borracho que ha sido aplastado en la calle—gritó alguien en el vestíbulo.

Catalina Ivanovna, toda pálida, respiraba penosamente. Las criaturas estaban aterradas. La pequeña Lidotchka corrió gritando hacia su hermana mayor y, temblorosa, la estrechó entre sus brazos.

Después de ayudar a colocar a Marmeladof sobre el diván, Rascolnikof aproximóse a Catalina Ivanovna.

—¡Por amor de Dios, calmaos! ¡no os asus-

téis! —le dijo vivamente—. No os inquietéis. Volverá en sí. Será asistido... Yo pagaré.

—¡No volverá en sí!—dijo con desesperación Catalina Ivanovna.

Y se lanzó hacia su marido.

Rascolnikof no tardó en notar que aquella mujer no era de las que en seguida se desmayan. Se puso la cabeza del infeliz sobre una almohada, cosa en que nadie había pensado. Catalina Ivanovna empezó a desnudar a Marmeladof, a examinar sus heridas, a prodigarle los más diligentes cuidados. La emoción no le quitaba su presencia de espíritu: olvidándose de sí misma, mordía sus labios temblorosos, y ahogaba dentro de su pecho los lamentos que intentaban escapársele.

Mientras tanto, Rascolnikof mandó a alguien que fuese en busca de un médico. Uno habitaba en la vecina casa.

Nuestro joven tranquilizó luego a la esposa del herido, que continuaba deshaciéndose en atenciones y cuidados, no obstante hallarse muy enferma en avanzado período de tisis.

—¡Polia! —gritó súbitamente—. ¡Corre, ve pronto en busca de Sonia! ¡Que venga al punto! Si no la encuentras en casa, di a los Kapernaunof que le den el recado en cuanto llegue.

La habitación habíase llenado de gente. Catalina Ivanovna se enfadó.

—¡Por lo menos, dejadle morir descansado! —gritó a aquella multitud—. ¡Fumáis y os permitís entrar con el sombrero puesto...! ¡Marchaos...! ¡Respetad la muerte, ya que no otra cosa!

Las tos la sofocaba e impidióle decir más; pero la severa amonestación produjo su efecto. Evidente era que se respetaba hasta cierto punto a Catalina Ivanovna: los inquilinos de la casa

desfilaron uno tras otro, llevando en el corazón el extraño sentimiento de satisfacción que el hombre más compasivo no puede eximirse de experimentar ante la desgracia ajena.

Por otra parte, sus voces dejáronse oir en cuanto salieron: decían en voz alta que era preciso que el herido fuese enviado al hospital, pues no era conveniente turbar la tranquilidad de la casa.

—¡Qué! ¿Morir es molestar?—vociferó Catalina Ivanovna.

Y ya se preparaba a contestarles, cuando en el aposento presentóse la señora Lippervechzel, en persona. Concluía de saber la desgracia, y acudía con objeto de poner orden en la casa. La tal era una alemana excesivamente grosera y mal educada.

—¡Dios mío! —dijo dando una palmada—. Vuestro marido, por ir borracho, se ha dejado aplastar por un coche. ¡Pues que vaya al hospital! ¡Soy aquí la dueña!

—¡Amalia Ludrigovna! ¡Os ruego que penséis lo que decís! — comenzó en tono áspero la infeliz. (Siempre hablaba en tal tono, para traer a la razón a la patrona, y ni aun en semejante momento pudo excusarse de esta costumbre.)

—Una vez, para todas, os advertí que no me llamaseis Amalia Ludrigovna; ¡soy Amalia Ivanovna!

—No sois Amalia Ivanovna, sino Amalia Ludrigovna, y, como yo no pertenezco al número de vuestros viles aduladores, tales como el señor Lebeziatnikof, que en este momento sonríe detrás de la puerta, os llamaré siempre de este modo, aun cuando, en verdad, no acierto a comprender por qué este nombre os desagrada. Ya veis lo que le ha sucedido a Simón Zakharitch: se morirá.

Os ruego que cerréis al punto la puerta y no dejéis que entre nadie.

¡Permitid que muera en paz! De lo contrario, os aseguro que mañana mismo sabrá el gobernador vuestra conducta. El príncipe me conoce desde que era joven, y perfectamente se acuerda de Simón Zakharitch, a quien ha servido en más de una ocasión. Todo el mundo sabe que mi marido tenía muchos amigos y protectores; él mismo, viendo lo arraigado de su desdichada falta, ha dejado de tratarlos por un sentimiento de noble delicadeza. Y ahora —agregó mostrando a Rascolnikof— hemos encontrado un apoyo en este magnánimo joven que posee fortuna, relaciones, y desde su infancia apreció a Simón Zakharitch. Estad persuadida, Amalia Ludrigovna...

Todo este discurso fué pronunciado con creciente rapidez; pero la tos cortó bruscamente la elocuencia de Catalina Ivanovna.

Marmeladof, volviendo entonces en sí, dejaba escapar un gemido angustioso.

La mujer corrió hacia su esposo. Este había abierto los ojos, y, sin darse cuenta de nada, miraba a Rascolnikof, que estaba en pie a su cabecera.

La respiración del herido era penosa; tenía sangre en el borde de los labios y el sudor corría por su frente. No reconociendo a nuestro héroe le miraba con aire inquieto.

Catalina Ivanovna fijó en él una mirada afligida, pero serena, y rompió a llorar.

—¡Dios mío, tiene todo el pecho magullado! ¡Cuánta sangre! —decía, toda desolada—. Es preciso quitarle la ropa interior. Vuélvete un poco, Simón Zakharitch, si puedes—le dijo.

Marmeladof la reconoció.

—¡Un sacerdote!—profirió con voz ronca.

Ella se acercó a la ventana, apoyó la frente sobre el alféizar y exclamó con desesperación:

—¡Oh, vida tres veces maldita!

—¡Un sacerdote!—repitió, tras breve silencio, el moribundo.

—¡Calla!—le dijo Catalina Ivanovna.

El obedeció. Sus miradas buscaban a su mujer con expresión tímida y ansiosa. La esposa volvió a colocarse a su cabecera. El herido se calmó un poco, pero no por mucho tiempo. Vió en un rincón a la pequeña Lidotchka, su favorita, que temblaba como presa de una convulsión y le miraba con sus grandes ojos fijos.

—¡Ah...! ¡ah...! — exclamó con agitación, indicando a la niña.

Se veía que quería decir algo.

—¿Qué?—gritó Catalina Ivanovna.

—¡No tiene zapatos, está descalza!—murmuró.

Y su mirada no se apartaba de los desnudos pies de la niña.

—¡Calla! —replicó en tono irritado Catalina Ivanovna—. ¿Sabes por qué está descalza?

—¡Gracias a Dios! ¡Aquí está el doctor!—exclamó con alegría Rascolnikof.

—Es sorprendente que aun viva—fueron las primeras palabras que el médico dijo, hablando a nuestro héroe, después de examinar al herido.

—¿Qué os parece?—preguntó Rascolnikof.

—Está muy mal.

—¿No hay la menor esperanza?

—¡No! Pronto exhalará el último suspiro... ¡Tiene en la cabeza una herida mortal...! ¡Hum...! Se le puede sangrar, pero... será inútil. Morirá dentro de algunos minutos.

—Probad con la sangría.

—Sea... Pero, ya lo he advertido: de nada servirá.

En aquel instante, se oyó nuevo ruido de gente; la multitud que llenaba el vestíbulo dejó paso, y un sacerdote de blancos cabellos presentóse en el umbral. Llevaba la extremaunción al moribundo.

El doctor cedió el sitio al sacerdote, con quien cambió una mirada significativa. Rascolnikof rogó al médico que permaneciera un rato más. El doctor consintió encogiéndose de hombros.

La confesión duró poco tiempo. Marmeladof no se hallaba en estado de comprender mucho; no podía proferir otra cosa que entrecortados e ininteligibles sonidos. Catalina Ivanovna se puso de rodillas junto al diván: los dos niños menores arrodilláronse junto a ella.

La puerta de comunicación fué de nuevo abierta por los curiosos. La masa de espectadores engrosaba en el vestíbulo. Todos los inquilinos de la casa estaban allí; pero no entraban en la habitación. Alumbraba la escena un cabo de bujía.

En aquel momento, Polenka, que había ido en busca de su hermana, atravesó aceleradamente por entre la gente agolpada en el corredor.

—¡Viene! ¡La he encontrado en la calle!—dijo aproximándose a su madre, quien la hizo arrodillarse a su lado.

Tímidamente y sin ruido, Sonia se abrió paso a través de la multitud.

En aquella morada, asiento de la miseria, de la desesperación y de la muerte, su aparición produjo un efecto extraño. Aunque muy pobremente vestida, su traje era el que distingue a las busconas callejeras.

Se detuvo en el umbral de la puerta, dirigiendo en derredor una mirada extraviada. Parecía no tener conciencia de nada. Bajo su enorme sombrero de paja, adornado con una pluma en-

ADQUISICIÓN DE OBRAS PÚBLICAS

carnada y reluciente, veíase un rostro pequeño, enfermizo, pálido y espantado, con la boca abierta y los ojos inmóviles de terror. Tenía dieciocho años y era rubia, de escasa estatura y algo flaca, pero bastante bonita, sus claros ojos eran notables. Algunas palabras cuchicheadas entre la multitud debieron llegar a sus oídos, porque, inclinando la cabeza, franqueó el umbral y entró en el aposento, pero permaneció cerca de la puerta.

Cuando el moribundo hubo recibido los sacramentos, su mujer volvió junto a él. Antes de retirarse, el sacerdote creyó que su deber era dirigir algunas palabras de consuelo a Catalina Ivanovna.

—¿Y qué va a ser de ellos?—interrumpió Catalina con amargura mostrando a sus hijos.

—Dios es misericordioso. Confiad en el auxilio del Omnipotente—agregó el sacerdote.

—Misericordioso, mas no para nosotros.

—Eso es un pecado, señora, un pecado—observó el *pope* moviendo la cabeza.

—¿Y eso no es un pecado?—replicó vivamente Catalina Ivanovna, señalando al moribundo.

—Los que involuntariamente os privaron de vuestro sostén, os ofrecerán una indemnización para reparar el perjuicio material...

—¡No me comprendéis! —gritó en tono irritado Catalina Ivanovna—. ¿De qué me han de indemnizar? ¡El no fué sostén! ¡Nunca fué para mí sino un motivo de pena! ¡Todo se lo bebía! ¡Dios hizo un bien desembarazándonos de él! ¡Es un verdadero alivio para nosotros!

—Debierais perdonar a un moribundo. Tales sentimientos constituyen un pecado, señora, un gran pecado!

Sin dejar de hablar con el sacerdote, Catalina Ivanovna seguía ocupándose del herido. Las últi-

mas palabras del *pope* despertaron en ella cierta furia.

—¡Eh, *batuchka!* ¡Eso no son sino palabras, palabras! ¡Perdonar! Si hoy no hubiera sido aplastado, hubiese venido borracho. Como no tiene más camisa que el sucio harapo que lleva, mientras dormía lo hubiera tenido que lavar, junto con la ropa de los niños. Luego hubiera tenido que secarlo para por la mañana. ¡He aquí el trabajo de todas las noches...! ¿Qué venís a hablarme de perdón? ¡Por otra parte, perdonado está!

Un violento acceso de tos le impidió decir más. Escupió en un pañuelo, que enseñó, desdoblado, al sacerdote, mientras que, con su mano izquierda oprimía dolorosamente el pecho. Aquel trapajo estaba todo lleno de sangre.

El *pope* inclinó la cabeza y guardó silencio.

Marmeladof agonizaba. Viendo que continuaba queriendo decir algo, comprendiendo que deseaba pedirle perdón, Catalina Ivanovna gritóle con imperio:

—¡Calla! ¡Es inútil...! Sé lo que quieres decir...

El herido calló; pero, en aquel mismo instante, sus ojos se volvieron hacia la puerta y vió a su hija mayor.

—¿Quién está allí? ¿quién está allí?—exclamó súbitamente con voz ronca y ahogada.

Y a la vez mostraba la puerta con la vista, pintado el espanto en su rostro, y hacía grandes esfuerzos para incorporarse.

—¡Sigue acostado! ¡No te muevas!—gritó Catalina Ivanovna.

Mas, gracias a un esfuerzo sobrehumano, consiguió levantar un poco la cabeza. Durante un instante contempló a su hija de un modo extra-

ordinario. Parecía no reconocerla; era la vez primera que la veía con aquel traje.

Tímida, humillada y llena de rubor bajo sus oropeles de prostituta, la infeliz esperaba humildemente que le fuera permitido despedirse por vez postrera de su padre. Al reconocerla de pronto, inmenso sufrimiento se pintó en el rostro del agonizante.

—¡Sonia, hija mía, perdóname!—gritó.

Quiso alargar la mano, y, perdiendo su apoyo cayó pesadamente al suelo. Apresuráronse a levantarle; volviéronle al diván... Pero aquello había acabado. Sonia, medio desfallecida, dejó escapar un grito, lanzóse hacia su padre y le abrazó. Marmeladof expiró en los brazos de su hija.

—¡Está muerto! —gritó Catalina Ivanovna, viendo cadáver a su esposo—. ¿Qué hacer ahora? ¿Con qué le enterraré? ¿Con qué comerán mañana mis hijos?

Rascolnikof se acercó a la viuda.

—Catalina Ivanovna —le dijo—, vuestro esposo me refirió la última semana toda su vida... Estad segura de que hablaba de vos con un aprecio entusiástico. A partir de aquella noche, viendo cuán fiel os era, cuánto os honraba y os quería, no obstante su malhadada debilidad, desde aquella noche me hice su amigo... Permitid, pues, que ahora... os ayude... a cumplir vuestros últimos deberes respecto a mi difunto amigo. Aquí tenéis... veinticinco rublos; y si mi presencia puede seros útil en cualquier forma... yo... vendría... con seguridad vendría a veros... quizá vuelva mañana... ¡Adiós!

Salió de prisa del aposento; pero, al atravesar el vestíbulo, encontró a Nikodim Fomitch, que noticioso del incidente, iba a tomar las disposiciones de ritual en tales casos. Desde la escena

ocurrida en la oficina de policía, el comisario no había vuelto a ver a Rascolnikof; sin embargo, pronto le reconoció.

—¡Ah! ¿sois vos?—le preguntó.

—Ha muerto —respondió Rascolnikof—. Ha recibido los auxilios del médico y del sacerdote; nada le ha faltado. No turbéis a la pobre mujer: está tísica: esta nueva desgracia la remata. Consoladla, si es que podéis... Sois un buen hombre, lo sé...—agregó sonriendo y mirándole a la cara.

—Vais manchado de sangre—observó Nikodim Fomitch, que concluía de notar algunas gotas frescas en el chaleco de Rascolnikof.

—Sí, me han caído encima... ¡Estoy todo lleno de sangre!—dijo el joven en un tono algo extraño.

Luego se sonrió, saludó a su interlocutor con un movimiento de cabeza y se alejó.

Bajaba la escalera lentamente, sin apresurarse. Una especie de fiebre agitaba todo su sér. Sentía que súbitamente despertaba a una vida nueva y potente. Tal sensación podía ser comparada a la del condenado a muerte, que cuando menos lo espera recibe su indulto. Cuando bajaba los últimos peldaños oyó ruido de pasos precipitados tras de sí. Alguien trataba de alcanzarle.

—¡Escuchad, escuchad!—oyó que le gritaban. Era Polenka.

Se volvió. La niña, que bajaba rápidamente los últimos escalones, se detuvo al llegar frente a él.

Rascolnikof examinó el rostro demacrado, pero lindo de Polenka, quien sonreía y le miraba con infantil alegría. Iba encargada de una comisión que, evidentemente, era muy de su agrado.

—Escuchad... ¿Cómo os llamáis...? ¿Dónde vivís?—preguntó precipitadamente.

El le puso ambas manos sobre los hombros y la contempló con una especie de éxtasis.

¿Por qué experimentaba tal placer al contemplarla? Ni él mismo lo sabía.

—¿Quién os ha enviado?

—¿Mi hermana Sonia?—respondió la pequeña, riendo de un modo encantador.

—Ya sospechaba yo que veníais de parte de Sonia.

—Vengo también de parte de mamá. Mi hermana Sonia me envió primeramente; pero en seguida me dijo mamá: «¡Pronto, Polenka, ve!»

—¿Queréis a vuestra hermana Sonia?

—Mas que... ¡qué sé yo!—dijo con energía particular la niña.

Y su sonrisa tomó súbitamente una expresión más seria.

—¿Y a mí? ¿Me querréis a mí?

En lugar de responderle, la pequeña acercó a él su rostro y levantó las manos para abrazarle. Sus brazos delgados y cortos, como cerillas, estrecharon con fuerza a Rascolnikof, mientras inclinando la cabeza sobre el hombro del joven, se puso a llorar en silencio.

—¡Pobre papá!—dijo después de un minuto, levantando los ojos llenos de lágrimas, que enjugó con la mano—. ¡Cuándo se ha visto desgracia como ésta!—agregó inopinadamente, con aquella gravedad particular que afectan los niños cuando los ataca el deseo de hablar «como las personas mayores.»

—¿Os quería vuestro papá?

—Quería sobre todo a Lidotchka —respondió en el mismo tono serio (su sonrisa había desaparecido)—. Tenía predilección por ella porque es la más pequeña y la más delicada: siempre le

traía regalos. A nosotros nos daba lecciones de lectura, y a mí me enseñaba gramática y catecismo —agregó con dignidad—. Mamá no decía nada, pero sabíamos que aquello le gustaba; papá también lo sabía. Mamá quiere enseñarme el francés, porque ya es tiempo de empezar mi educación.

—Pero, ¿vos sabéis rezar?

—¡Cómo no! ¡Hace mucho tiempo! Yo, por ser la mayor, rezo para mí, Kolia y Lidotchka dicen sus oraciones en voz alta y con mamá. Primero recitan la letanía a la Santísima Virgen, en seguida esta oración: «Dios: concede tu perdón y tu bendición a nuestra hermana Sonia», y luego: «Dios: concede tu perdón y tu bendición a nuestro otro papá.» Porque debo deciros que nuestro antiguo papá murió hace mucho tiempo; éste es otro, pero nosotros rezamos siempre al primero.

—Polenka: me llamo Rodion; acordaos de mí en vuestras oraciones: «Perdona también a tu siervo Rodion.» Nada más.

—Mientras viva rogaré por vos—dijo calurosamente la niña, que de repente tornó a reir.

Y otra vez le abrazó con gran ternura.

Rascolnikof le dijo su nombre, dió sus señas y prometió volver al siguiente día sin falta.

La niña quedó encantada del nuevo amigo. Eran las seis cuando él salía de aquella casa.

—¡Basta!—se decía al alejarse—. ¡Atrás los espectros! ¡La vida no me ha abandonado! ¿Acaso no vivía hace un momento? Mi vida no escapó con la de la vieja. ¡Dios procure paz a vuestra alma! pero ya es hora, *matuchka* (1), de que de-

(1) Vieja.

jéis descansar a la mía. ¡Ahora que recobré la inteligencia, la voluntad y las fuerzas, nos veremos!—añadió, como si se dirigiese a una potencia invisible.

Me halló muy débil en este instante; pero... creo que no estoy del todo enfermo. Cuando salí de casa no ha mucho, perfectamente sabía que pasaría mi malestar. A propósito: casa Potchinkof está a dos pasos de aquí. Voy a ver a Razumikin... ¡Que gane la apuesta...! ¡Que se divierta a mi costa...! ¡No importa...! ¡Necesaria es la fuerza, pues que sin ella no se hace nada! Pero la fuerza procura la fuerza. Y he aquí lo que no saben—concluyó con seguridad.

Su audacia, su confianza en sí mismo aumentaba a cada instante. Era una especie de cambio a ojos vistas, que en él se verificaba.

Sin trabajo halló la casa de Razumikin, a quien encontró entre sus convidados y ya algo alegre, no obstante ser cosa imposible que el festivo compañero se embriagase.

—Escucha —comenzó Rascolnikof—. Vengo con el exclusivo objeto de decirte que has ganado la apuesta y que nadie, en efecto, sabe lo que puede sucederle. En cuanto a quedarme en tu casa, no, estoy muy débil; con trabajo me sostengo sobre mis piernas. De consiguiente, buenos días, y adiós. Pero mañana pasa por mi casa...

—¿Sabes lo que voy a hacer? Voy a acompañarte. Puesto que, conforme tú mismo has confesado, te sientes débil, yo...

—¿Y tus convidados?

—Los dejaré a mi tío; es un hombre inapreciable; siento que hoy no puedas conocerle. Por otra parte, ¡que el diablo los lleve a todos! ¡Para nada me hacen falta! Lo que necesito es aire. De modo que llegaste oportunamente, amigo mío:

¡dos minutos más y la hubiera emprendido con ellos! ¡Dicen tales estupideces...! No puedes figurarte de qué disparates es un hombre capaz. Después de todo, sí, puedes figurártelo. ¿Acaso no disparatamos nosotros mismos? Espera aquí un instante. Voy en busca de Zosimof.

Con precipitación acercóse el médico a Rascolnikof. Al ver a su cliente, una particular curiosidad se pintó en su rostro, que, por otra parte, se aclaró en seguida.

—Es preciso que al instante os acostéis —dijo al enfermo—. Y debíais tomar algo para que consiguierais un sueño apacible. Tomad, aquí tenéis unos polvos que preparé no hace mucho. ¿Los tomaréis?

—Ciertamente—respondió Rascolnikof.

—Bien haces en acompañarle —observó Zosimof dirigiéndose a Razumikin—. Mañana veremos cómo se encuentra; hoy no está mal: el cambio de antes a ahora es notabilísimo. A medida que se vive, se aprende...

—¿Sabes lo que me decía en voz baja Zosimof? —comenzó a decir Razumikin, cuando con su amigo estuvo en la calle—. Me recomendaba que te hablase en el camino, que te hiciera hablar y le repitiera luego tus palabras... Porque tiene la idea de que estás... loco o... en peligro de estarlo. ¿Qué te parece? En primer lugar, tú eres tres veces más inteligente que él; en segundo, puesto que no estás loco, puedes burlarte de su necia opinión, y en tercero, aquel cacho de carne bautizada, cuya especialidad es la cirugía, tiempo hace que en la cabeza no lleva otra cosa que las enfermedades mentales; pero la conversación que hoy tuviste con Zametof ha modificado su modo de pensar respecto a ti.

—¿Zametof te lo explicó todo?

—Todo; e hizo bien. Ahora comprendo la historia, y Zametof la comprende igualmente... En una palabra, Rodia... el hecho es... Ahora estoy algo ebrio... Mas no importa esto... El hecho es que tal pensamiento... ¿comprendes? Tal pensamiento había nacido en su mente. ¿Comprendes? Es decir, que ninguno de ellos se atrevía a formularlo en voz alta, porque resulta un absurdo enorme, y, sobre todo, porque desde que detuvieron al pintor todo se ha desvanecido para siempre. La idea era especialmente de Ilia Petrovitch. Se apoyaba en tu desmayo en la comisaría; pero él mismo se avergonzó de haber hecho semejante suposición; se...

Rascolnikof escuchaba ávidamente. Bajo la influencia de la bebida, Razumikin charlaba sin darse cuenta de lo que decía.

—Me desmayé porque hacía mucho calor en la oficina, y porque aquel olor a pintura me había trastornado—dijo Rascolnikof.

—¡Busca una explicación! Mas no había tal pintura: la cosa se preparaba desde hacía ya un mes largo; Zametof está ahí para decirlo. ¡Y no puedes figurarte lo confuso que hoy está el buen hombre! «No valgo lo que el dedo meñique de Rascolnikof», dice. Y es que la lección que hoy le diste resulta el colmo de la perfección.

—Pero ¿por qué se me tenía por un loco?

—Es decir, por un loco, no. Zosimof tiene hoy esa idea... mañana tendrá otra. Hay que dejarle. No te inquiete eso.

Hubo medio minuto de silencio.

—Oye, Razumikin —dijo en seguida Rascolnikof—. Quiero hablarte francamente: vengo de casa de un muerto, de casa de uno que era funcionario... He dado allí todo mi dinero... Y, después de esto, me he sentido impresionado por una cria-

tura que, aun cuando yo hubiera hecho una muerte... en fin, he visto allí otra criatura... con una pluma encarnada... Pero divago; estoy muy débil; sosténme... Subamos la escalera...

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa?—exclamó inquietamente Razumikin.

—La cabeza me da vueltas; pero esto no es nada; la desgracia es que me hallo tan triste, ¡tan triste...! ¡Como una mujer! Mira: ¿qué es esto? ¡Mira! ¡mira!

—¿Qué?

—¿No ves? Hay luz en mi cuarto. ¿Ves? Por la rendija...

—¡Cosa muy extraña! Pero... quizá esté allí Nastasia—observó Razumikin.

—Nunca entra a estas horas en mi aposento: hace muchas horas que está acostada. Pero, ¡todo me es igual! ¡Adiós!

—¿Qué dices? Te acompaño: subiremos juntos.

—Ya sé que los dos subiremos, pero yo quiero estrecharte aquí la mano y aquí decirte adiós. Vaya, dame la mano. ¡Y adiós!

—¿Qué tienes, Rodia?

—Nada, subamos; serás testigo...

Mientras subían la escalera, Razumikin llegó a pensar que quizá tuviera razón el médico.

—También puedo haberle atontado con mi charla—díjose interiormente.

De pronto, conforme se acercaban a la puerta, oyeron que alguien hablaba en la estancia.

—Pero ¿quién está aquí?—exclamó Razumikin.

Rascolnikof abrió la puerta de par en par; luego se quedó inmóvil, como petrificado, en el dintel.

Sentadas en el diván, su madre y su hermana le esperaban hacía ya media hora.

¿Cómo su visita le cogía de improviso? ¿Cómo

no había pensado en ella, cuando, por la mañana de aquel día, se la habían anunciado?

Media hora hacía que las mujeres no cesaban de hacer preguntas a Nastasia, que estaba también en la habitación. Y cuando supieron que Rascolnikof había salido enfermo, en un acceso de fiebre según Nastasiuchka, Pulqueria Alejandrovna y Advotia Romanovna, asustadísimas, le creían perdido. ¡Cuántas lágrimas no habían ya derramado! ¡Por qué angustias no pasarían en aquellos treinta minutos de espera!

Gritos de alegría saludaron la aparición de Rascolnikof. Su madre y su hermana se arrojaron a abrazarle. Mas él continuaba inmóvil y como falto de vida; un pensamiento súbito e insoportable había helado todo su sér. Ni aun pudo alargar los brazos. Ambas mujeres le estrecharon contra su pecho, le cubrieron de besos, riendo y llorando a la vez. Dió un paso, vaciló, y cayó desvanecido al suelo.

Alarma, gritos de espanto, gemidos. Razumikin, hasta entonces en el umbral de la puerta, precipitóse dentro del aposento, cogió al enfermo en sus brazos vigorosos y, en un instante, le acostó sobre el diván.

—¡No es nada, no es nada! —dijo vivamente a la madre y a la hermana—. Un desmayo sin importancia. El médico decía no hace mucho que está bastante mejor, que se halla por completo restablecido. ¡Agua! Vamos, ya recobra el sentido. Mirad. ¿Veis cómo vuelve en sí...?

Diciendo esto, estrechó con rudeza inconsciente el brazo de Dunetchka, y la obligó a inclinarse sobre el diván para que viera que, en efecto, su hermano «volvía en sí».

Para la madre y la hermana, que le miraban con tierno agradecimiento, Razumikin aparecía

como una verdadera providencia. Nastasia les había referido la constancia, la fidelidad de que había dado pruebas, durante la enfermedad de su Rodia, «aquel joven divertido», como le había llamado aquella noche, en íntima conversación con Dunia, Pulqueria Alejandrovna.

TERCERA PARTE

I

Rascolnikof se incorporó y quedóse sentado en el diván.

Por medio de un leve signo invitó a Razumikin a que suspendiese el curso de su elocuencia consoladora; luego, tomando de las manos a su madre y a su hermana, las contempló alternativamente, por espacio de dos minutos y sin pronunciar una palabra. Su mirada, llena de dolorosa sensibilidad, tenía al propio tiempo algo de intensidad y fijeza. Pulqueria Alejandrovna se aterró y se echó a llorar.

Advotia Romanovna estaba pálida; su mano temblaba en la de su hermano.

—Volveos a casa... con él —dijo en voz entrecortada, mostrando a Razumikin—. Hasta mañana. ¿Cuándo llegasteis?

—Esta noche, Rodia —respondió Pulqueria Alejandrovna—. El tren venía muy retrasado; pero, Rodia, ¡por nada del mundo consentiré en separarme ahora de ti! Pasaré la noche aquí, a tu cabecera...

—¡No me atormentéis!—replicó él con un gesto de contrariedad.

—¡Yo le acompañaré! —dijo vivamente Razumikin—, ¡y que mis invitados se vayan al infierno! ¡Que se enfaden, si quieren! Por lo demás, allí tienen a mi tío, que bien sabe ser anfitrión.

—¡Cómo, cómo daros las gracias! —exclamó Pulqueria Alejandrovna, estrechando nuevamente las manos de Razumikin.

Pero su hijo la interrumpió.

—No puedo... no puedo... —repitió con agrio tono—. ¡No me atormentéis! ¡Basta! ¡Idos...! ¡No puedo...!

—Vámonos, mamá —dijo Dunia inquieta y en voz baja—. Salgamos aunque sólo sea por un instante; ve que nuestra presencia le mata.

—¡Y no podré pasar un instante con él, después de una separación de tres años!—gimió Pulqueria Alejandrovna.

—Esperad un poco —dijo Rascolnikof—. Siempre me interrumpís, y pierdo el hilo de mis ideas... ¿Habéis visto a Lugin?

—No, Rodia; pero sabe que hemos llegado. Hemos tenido noticia de que Pedro Petrovitch ha tenido la bondad de hacerte hoy una visita—prosiguió con cierta timidez Pulqueria Alejandrovna.

—Sí, ha tenido esa bondad... Dunia, no hace mucho dije a Lugin que iba a arrojarle por la escalera, y le envié al diablo.

—¿Qué dices, Rodia? ¡Es cierto...! ¡Eso no es posible!—prorrumpió la madre llena de espanto.

Pero una mirada que a Dunia dirigiera, le impidió decir más.

Advotia Romanovna, con la mirada fija en su hermano, esperaba a que siguiera su explicación. Ya informadas de la disputa, que Nastasia había contado a su manera y como la pudo comprender, ambas señoras se sentían presas de cruel perplejidad.

—Dunia —prosiguió haciendo un esfuerzo Rascolnikof—, no quiero que se celebre este matrimonio. De consiguiente, mañana mismo despide al señor Lugin, y que no se vuelva a hablar de él.

—¡Dios mío!—exclamó Pulqueria Alejandrovna.

—Piensa lo que dices, hermano mío—observó con vehemencia Advotia Romanovna.

Y agregó, en tono menos vivo:

—Sin duda en este momento no te encuentras en estado normal: noto que estás fatigado...—concluyó dulcemente.

—¿Deliro? ¡No...! Por mí te casas con él. Pero yo no apruebo el sacrificio. Escríbele, pues, una carta... que te deje libre de Lugin. Mañana por la mañana me la leerás, y todo habrá concluído.

—¡Yo no puedo hacer eso! —exclamó ofendida la joven—. ¿Con qué derecho...?

—¡Dunetchka! ¿Tú también te acaloras? ¡Basta...! ¿Acaso no ves...? Mañana... —balbuceó la madre con espanto, dirigiéndose hacia su hija—. ¡Vámonos, será preferible!

—¡Delira! —gritó Razumikin en voz que revelaba su embriaguez—. ¿Se hubiera permitido, si no...? Mañana será razonable.

—Hasta mañana, hermano —díjole Dunia en tono compasivo—. Vámonos, mamá... ¡Adiós, Rodia!

Este hizo un esfuerzo para decir:

—Ya lo has oído, hermana. No deliro. Tal matrimonio sería una verdadera infamia. El que yo sea infame no te obliga a serlo... Basta con uno... Mas, por miserable que sea, renegaré de ti si contraes unión semejante. ¡O yo, o Lugin! ¡Idos...!

—¡Pero has perdido el juicio! ¡Eres un déspota!—vociferó Razumikin.

Rascolnikof no respondió. Es probable que no se hallara en estado de responder. Sin fuerzas

para nada tendióse sobre el diván y se volvió hacia la pared.

Advotia Romanovna miró curiosamente a Razumikin; sus ojos negros brillaron; el estudiante se estremeció bajo el imperio de aquella mirada. Pulqueria Alejandrovna parecía consternadísima.

—¡Nunca podré decidirme a marchar! —murmuró, con una especie de desesperación—. Me quedaré aquí en cualquier parte... Acompañad a Dunia.

—¡Y todo lo estropearéis! —le respondió en voz baja Razumikin—. ¡Salgamos de aquí! Alúmbranos, Nastasia. ¡Os juro —continuó a media voz, cuando se hallaron en la escalera—, que hace poco estuvo a punto de pegarnos al doctor y a mí! ¿Comprendéis? ¡Al doctor! Por otra parte, es imposible que consintáis que Dunia se quede sola en aquella casa. ¡No podéis figuraros dónde habéis ido a parar! ¿No pudo buscaros habitación más conveniente el pícaro Lugin...? Por otra parte, sabed que he bebido un poco, y por eso mis expresiones son algo vivas: no hagáis caso.

—Bueno —prosiguió Pulqueria Alejandrovna—. Veré a la patrona de Rodia y le rogaré que nos dé un rincón para pasar aquí la noche. ¡No puedo abandonarle en tal estado; no puedo!

Esta conversación pasaba en el rellano de la puerta de las habitaciones de la patrona. Nastasia estaba en el último escalón, con la luz en la mano. Razumikin se hallaba extraordinariamente animado. Media hora antes, cuando acompañaba a Rascolnikof, había hablado con exceso, él mismo lo reconocía; pero tenía la cabeza libre, no obstante la gran cantidad de vino que bebiera. Entonces estaba sumido en una especie de éxtasis, y la influencia de la bebida obraba en él doblemente. Había tomado una mano de cada una de las se-

ñoras, y las arengaba en lenguaje desenvuelto, y, sin duda, para convencerlas, a cada palabra oprimía de modo formidable las falanges de sus interlocutoras. Al mismo tiempo, con el mayor descaro, sus ojos devoraban a Advotia Romanovna.

A cada momento, vencidas por el dolor, las pobres mujeres trataban de librar sus dedos de la opresión de aquella mano huesosa; pero él parecía no notarlo y continuaba apretando, sin pensar que les hacía daño. Si ellas le hubieran pedido, a guisa de favor, que se arrojase de cabeza por la escalera, Razumikin no hubiese tardado ni un minuto en complacerlas. Bien veía Pulqueria Alejandrovna que el joven era muy excéntrico, y sobre todo que tenía unos puños terribles; mas ocupado todo su pensamiento en su Rodia, cerraba los ojos a los extrañísimos modales de Razumikin, que para ella era entonces una providencia.

En cuanto a Advotia Romanovna, aun cuando compartiera las preocupaciones de su madre, y aun cuando naturalmente no fuera asustadiza, no podía menos de ver con sorpresa, hasta con cierta inquietud, aquellas fogosas miradas del amigo de su hermano. A no ser por la confianza sin límites que los relatos de Nastasia le inspiraron respecto a aquel hombre singular, la joven no hubiera podido resistir a la tentación de huir, arrastrando tras sí a su madre. Por otra parte, comprendía también que en aquel momento era imposible prescindir de él. Se tranquilizó, sin embargo, al cabo de diez minutos; uno de los rasgos del carácter de Razumikin era manifestarse tal como era a primera vista, de suerte que se sabía inmediatamente con quién se hablaba.

—No podéis pedir eso a la patrona, porque se-

ría el colmo de lo absurdo —replicó vivamente a Pulqueria Alejandrovna—. Oíd lo que propongo: Nastasia cuidará de él por el momento, mientras yo os acompaño a vuestra casa, porque aquí, en San Petersburgo, es imprudente que dos mujeres solas se aventuren de noche por las calles. Después de acompañaros volveré en dos saltos aquí, dándoos mi palabra de honor de que al cabo de un cuarto de hora volveré a deciros cómo va, si duerme, etc., etc. En seguida, ¡escuchad!, en seguida correré a mi casa, donde voy para celebrar una fiesta; tengo invitados. Todos están borrachos. Traeré a Zosimof —el médico que asistía a Rodia— y que también está en mi casa, pero no borracho, porque bebe poco. Y en el transcurso de una hora recibiréis dos veces noticias del enfermo; por mí en primer lugar, y en segundo por el doctor, ¡lo cual es mucho mejor! Si va mal, os juro que volveréis otra vez a verle; si va bien, os acostáis. Yo pasaré aquí la noche en el vestíbulo, sin que él lo sepa, y haré que Zosimof se acueste en casa de la patrona, a fin de tenerle cerca en caso de necesidad. Creo que la presencia del doctor es en este instante más necesaria que la vuestra. Idos, de consiguiente. En cuanto a quedaros en casa de la patrona, ¡imposible! No os daría hospedaje, porque... porque es necia. Si queréis saberlo, me ama; y tendría celos de Advotia Romanovna, de vos quizá... Pero seguramente que los tendría de Advotia Romanovna. Es un carácter completamente extraño. Por otra parte, yo también soy un imbécil... ¡Ea, venid! Tenéis confianza en mí ¿verdad? ¿Tenéis confianza en mí? ¿Sí, o no?

—Vamos, mamá —dijo Advotia Romanovna—. Hará lo que promete. A sus cuidados debe mi hermano la vida, y si el doctor consiente en pasar

aquí la noche, ¿qué otra cosa podremos desear?

—Vos..., vos me comprendéis, ¡porque vos sois un ángel! —exclamó Razumikin con exaltación—. ¡Vámonos! Nastasia, sube al momento arriba, y quédate a su lado con la luz; volveré dentro de un cuarto de hora...

Aun cuando no estuviese del todo convencida, Pulqueria Alejandrovna no hizo objeción ninguna. Razumikin tomó del brazo a las señoras, y, mitad de grado y mitad por fuerza, las obligó a bajar la escalera. La madre seguía inquieta.

—Ciertamente que está muy bien dispuesto en nuestro favor —pensaba—. Mas ¿se puede contar con sus promesas en el estado en que se halla?

Razumikin adivinó este pensamiento.

—¡Ah! ¡Comprendo! ¡Me creéis bajo la influencia de la bebida! —dijo caminando rápidamente por la acera, sin notar que las señoras apenas podían seguirle—. ¡Eso no significa nada! es decir, sí: he bebido como un bruto; pero no se trata de esto; no es el vino el que me emborracha. En cuanto os vi, recibí como un gran golpe en la cabeza... No hagáis caso: digo necedades, soy indigno de vosotras..., soy en el más alto grado indigno de vosotras. En cuanto os deje en vuestra casa iré al canal, que está a dos pasos de aquí, me echaré un par de cubos de agua por la cabeza y todo desaparecerá... ¡Si supierais cuánto os quiero a las dos...! ¡No os riáis ni os encolericéis...! ¡Enfadaos con todo el mundo, pero no conmigo! Soy un amigo de Rodia y de consiguiente, vuestro. Le quiero... Presentía esto... hace un momento... Pero no, no lo presentía por completo, pues que vosotras caísteis, por decirlo así, del cielo. Mas yo no dormiré en toda la noche... ¡Y este Zosimof temiendo que se vuel-

va loco...! ¡He aquí el motivo por el cual no se le ha de irritar!

—¿Qué decís?—exclamó la madre.

—¿Es posible que el doctor haya dicho eso?—preguntó con asombro Advotia Romanovna.

—Lo dijo, pero se engaña. Hasta había dado a Rodia un medicamento, unos polvos... Pero entonces llegasteis... ¡Así no hubierais llegado hasta mañana! Hemos obrado bien retirándonos. Dentro de una hora, el mismo Zosimof vendrá a informaros de su salud. El no está borracho, y yo he dejado de estarlo. Pero ¿por qué me acaloré tanto? ¡Porque los malditos me hicieron discutir! Había jurado no tomar parte en sus discusiones... ¡Dicen tales necedades...! ¡Por poco me pego con ellos! ¿Lo creeríais? Son partidarios de la impersonalidad completa; para ellos, el supremo progreso es parecerse lo menos posible a sí mismos. ¡Nos agradó a los rusos el vivir con arreglo a las ideas de otros y de ellas nos hallamos saturados! ¿Es cierto esto? ¿Es verdad lo que digo?—gritó Razumikin estrechando las manos de ambas señoras.

—¡Oh, Dios mío...! ¡no sé!—dijo la pobre Pulqueria Alejandrovna.

—Sí... sí... aun cuando no esté de acuerdo con vos en todos los puntos—añadió seriamente Advotia Romanovna.

Apenas pronunciadas estas palabras, dejó escapar una exclamación de dolor, producida por un enérgico apretón de Razumikin.

—¿Sí? ¿Decís «sí»? Pues bien, después de esto sois... sois... —dijo el joven lleno de alegría—, sois un manantial de bondad, de pureza, de razón... y de perfección. ¡Dadme la mano...! ¡Dádmela, y vos la vuestra! ¡Quiero besarlas aquí mismo, en seguida, de rodillas!

Y se arrodilló en mitad de la acera, que, por fortuna, en aquel momento estaba desierta.

—Basta, os lo ruego. ¿Qué hacéis?—exclamó Pulqueria Alejandrovna, alarmadísima.

—¡Levantaos, levantaos!—dijo Dunia, que reía, pero que no se hallaba exenta de cierta inquietud.

—¡No, si no me dais vuestras manos...! Bueno, ahora sí me levanto. ¡En marcha! Soy un desgraciado imbécil, indigno de vosotras, y borracho en este momento... me avergüenzo de mí mismo... Soy indigno de amaros; inclinarse, prosternarse ante vosotras es un deber en todo aquel que no sea un bruto completo. Por esto me he prosternado... He aquí vuestro domicilio. Nada más que por esto, vuestro hijo obró bien despidiendo de mal modo a Pedro Petrovitch. ¿Cómo se atrevió a buscaros albergue en semejante casa? ¡Esto es escandaloso! ¿Sabéis qué clase de gente vive aquí? ¡Y sois su prometida! ¿Sí? Pues bien, declaro, una vez visto esto, que vuestro futuro es un *mal hombre.*

—Oíd, señor Razumikin, olvidáis... — comenzó Pulqueria Alejandrovna.

—Sí, sí, tenéis razón, olvidé algo, razón por la cual me avergüenzo... —se excusó el estudiante—. Pero no podéis censurarme por mis palabras. Hablé así porque soy franco, no porque... ¡Hum! ¡Sería innoble! En una palabra, no por... ¡Hum! ¡No me atrevo a decirlo...! Pero no hace mucho, cuando fué a visitar a Rodia, todos comprendimos que aquel sujeto no pertenece a vuestro mundo. ¡Ea, basta! ¡Todo está perdonado! ¿Verdad que me perdonáis? ¡En marcha, pues! Conozco este corredor; he venido antes... Sin ir más lejos, aquí, en el número tres, hubo no hace mucho un escándalo... ¿En qué número vivís? ¿Ocho?

Bueno será que os encerréis por dentro, que no abráis a nadie. Antes de un cuarto de hora os traeré noticias, y, media hora después, me veréis volver con Zosimof. ¡Adiós!

—¿Nos pasará alguna cosa, Dunetchka?—preguntó ansiosamente Pulqueria Alejandrovna cuando se halló a solas con su hija.

—Tranquilizaos, mamá —respondió Dunia—. El mismo Dios nos ha procurado a este caballero; aun cuando acaba de salir de una orgía se puede contar con él, os lo aseguro. Y todo lo que ha hecho por mi hermano...

—¡Ah, Dunetchka! ¡Dios sabe si volverá! ¿Y cómo pude resolverme a separarme de Rodia...? ¡No esperaba encontrarle así! ¡Qué acogida nos hizo! Se diría que nuestra llegada es para él una contrariedad...

En sus ojos brillaban las lágrimas.

—No, no, mamá. No le visteis bien; llorabais continuamente. Le ha castigado mucho su gran enfermedad; he ahí todo.

—¡Ah! ¡esa enfermedad! ¿Qué resultará de todo esto? ¡Y cómo te habló, Dunia! —agregó la madre, tratando tímidamente de leer en los ojos de su hija, y ya casi consolada porque Dunia defendía a su hermano, y, de consiguiente, porque le había perdonado—. Sé muy bien que mañana tendrá otra opinión—prosiguió, queriendo informarse hasta el fin.

—Y yo sé positivamente que mañana dirá lo mismo...—replicó Advotia Romanovna.

La cuestión era tan delicada, que Pulqueria Alejandrovna no se atrevió a seguir la conversación.

Dunia abrazó a su madre, que, sin decir nada, la estrechó fuertemente contra su pecho. En seguida sentóse y esperó, entre angustias crueles,

la llegada de Razumikin. Miraba con timidez a su hija, que, pensativa y con los brazos cruzados, se paseaba a lo largo del aposento.

Razumikin, ebrio y enamorado súbitamente de Advotia Romanovna, manifestóse ridículo. Sin embargo, contemplando a la joven, sobre todo entonces que, soñadora y triste, se paseaba cruzada de brazos por el aposento, muchos hubieran excusado al joven, hasta sin invocar en su favor la circunstancia atenuante de embriaguez, porque la hermana de Rascolnikof era hermosísima.

Razumikin nunca había visto nada por el estilo; era ardiente, sincero, honrado, algo sencillo, fuerte, y se hallaba entonces acalorado por el vino: en tales condiciones, los resultados se explican perfectamente. Además, la casualidad quiso que conociera a Dunia, en un momento en que la ternura, la alegría de volver a ver a Rodia había transfigurado la fisonomía de la joven. La vió soberbia de indignación ante las órdenes de su hermano, y no pudo contenerse.

Por otra parte, había dicho verdad cuando, en sus explicaciones de borracho, dijera que la patrona de Rascolnikof tendría celos, no sólo de Advotia Romanovna sino hasta de Pulqueria Alejandrovna, pues, aun cuando ésta tuviera cuarenta y tres años, aun conservaba reliquias de su antigua hermosura; para decirlo todo de una vez: era el retrato de su hija Dunetchka. Tenía el alma tierna, pero su sensibilidad no era exagerada; naturalmente tímida y dispuesta a ceder, sabía detenerse en la vía de las concesiones en cuanto su honradez; sus principios y sus más queridas convicciones le imponían tal deber.

Veinte minutos después de la separación de Razumikin, dos ligeros golpes resonaron en la puerta; el joven regresaba.

—¡No entraré, no tengo tiempo! —se apresuró a decir cuando le abrieron—. Duerme como un bendito, su sueño es lo más tranquilo del mundo, ¡y Dios quiera que duerma así diez horas! Nastasia está junto a él: tiene orden de permanecer allí hasta que yo vuelva. Ahora voy en busca de Zosimof; vendrá a daros cuenta y en seguida os acostaréis, pues veo que estáis rendidas de fatiga.

Dichas estas palabras se marchó.

—¡Qué joven tan sencillo y tan fiel!—exclamó alegremente Pulqueria Alejandrovna.

—¡Parece de un excelente natural!—agregó con cierto calor Advotia Romanovna.

Y otra vez volvió a pasearse.

Una hora después se oyó nuevo rumor de pasos, y por segunda vez llamaron a la puerta. Eran Zosimof y Razumikin.

El primero tranquilizó a las dos señoras, ordenó que se acostaran, y ambos amigos se despidieron y se marcharon.

—¡Qué encantadora joven es Advotia Romanovna!—dijo con el acento más sincero, Zosimof, cuando se hallaron en la calle.

—¿Encantadora? ¿Encantadora dijiste? — rugió Razumikin.

Y, lanzándose sobre el doctor, le cogió por el cuello.

—¡Si te atreves...! ¿Entiendes? ¿entiendes?—gritó empujándole hacia la pared—. ¿Has comprendido?

—Pero ¡déjame, demonio de borracho!—dijo Zosimof, tratando de esquivarle.

Luego, cuando Razumikin le hubo soltado, le miró fijamente y prorrumpió en una carcajada. El estudiante estaba en pie ante él, con los brazos colgando y el rostro amoratado.

—Naturalmente, soy un burro —dijo con aire sombrío—. Pero tú eres otro que tal.

—No, amigo mío, yo no. Yo no pienso necedades.

Continuaron su camino sin decir nada, y sólo cuando llegaron cerca de casa del enfermo, Razumikin, muy preocupado, rompió el silencio.

—Escucha —dijo a Zosimof—: eres un muchacho excelente; pero tienes una rica colección de vicios; eres, sobre todo, un voluptuoso, un innoble sibarita. Te gustan las comodidades, engordas, de nada te privas. Digo que esto es innoble, porque conduce a la grosería. ¡Afeminado como eres, no comprendo cómo puedes ser un buen médico, hasta un médico honorable y celoso! ¡Se acuesta en colchones de pluma y se levanta a media noche para atender a un enfermo! Dentro de tres años, por mucho que a tu puerta llamen, no abandonarás la cama. Mas no se trata de esto. Oye lo que pensaba decirte: Yo voy a acostarme en la cocina, y tú pasarás la noche en la alcoba de la patrona. (¡Trabajo me costó el consentimiento!) Ello será motivo para que afirmes tu amistad con ella. ¡No es lo que te piensas! Aquí, amigo mío, no hay sobra de eso...

—¡Pero si no pienso nada!

—Es una criatura honesta, callada, de una castidad a toda prueba, y tan sensible, tan tierna... ¡Desembarázame de ella, te lo suplico por todos los santos...! Será muy conveniente... Por ahora, me basta... ¡con ser reemplazado!

Zosimof se echó a reir.

—Se ve que no escaseaste la bebida. No sabes lo que dices. Pero ¿por qué he de hacerle la corte?

—Os convenís el uno al otro maravillosamente. No pienso en ti por primera vez... Y puesto que

a ella vendrás a parar, ¿qué te importa que sea más pronto o más tarde? Encontrarás en ella el fin de las agitaciones, buena comida, bebida buena, trato superior: estarás como en la gloria, y sin embargo, vivirás con ella; doble ventaja. Pero basta de charla, es hora de acostarse. Suelo despertarme por la noche; en este caso, iré a ver cómo sigue Rodion. No te inquietes si me oyes andar. Si te parece, también puedes molestarte aunque sea una sola vez; y si notaras algo extraordinario, despiértame en seguida. Aunque me figuro que no será preciso.

II

A las siete dadas del día siguiente, Razumikin despertó con impresiones que, hasta entonces, jamás habían turbado su existencia. Recordó todos los incidentes de la noche, y comprendió que había experimentado una emoción nunca sentida. Comprendía también que el sueño que cruzara por su mente, era irrealizable de todo punto. La quimera le pareció hasta absurda, y se avergonzó de pensar en ella. De consiguiente, apresuróse a pasar a otras cuestiones más prácticas que aquélla.

Le desolaba sobre todo el haberse mostrado la víspera como un grosero rematado. No sólo le habían visto ebrio, sino que además, abusando de la ventaja que su posición de bienhechor le daba sobre una joven obligada a recurrir a él, había vilipendiado, por un sentimiento de necios y súbitos celos, al pretendiente de aquella joven, sin saber las relaciones que existían entre ella y él, ni quién era tal pretendiente.

El joven, avergonzado por esto y por el sueño que abrigara, recordó haber dicho la víspera que la patrona le amaba y que tendría celos de Advotia Romanovna...

Tal recuerdo vino a colmar su confusión. Aquello era demasiado. Descargó un puñetazo sobre la hornilla de la cocina, se hizo daño en la mano y rompió un ladrillo.

—Sin duda —murmuró— que todo esto está hecho, que es imposible borrarlo. Inútil, por tanto, cavilar. Me presentaré ante ellas sin decir nada; enmendaré el yerro, y... no me excusaré, no diré nada... Ya es demasiado tarde.

Sin embargo, dedicó un cuidado especial a su vestido. Sólo tenía un traje; quizá hubiera conservado el de la víspera aun cuando hubiese tenido muchos, «a fin de no aparentar que lo hacía expresamente». Pero el desaseo hubiera sido de mal gusto. En consecuencia, acepilló su ropa exterior; en cuanto a la interior, Razumikin nunca iba sucio.

Encontrando jabón en la cocina, se lavó cuidadosamente. Pensó en afeitarse, pero se dijo bruscamente:

—¡No, seguiré tal como estoy! Quizá se figurarían que me afeito para... ¡Nunca!

Tales monólogos fueron interrumpidos por la llegada de Zosimof.

Después de pasar la noche en las habitaciones de Prascovia Pavlovna, el doctor había ido a dar una vuelta por su casa, y entonces trataba de visitar a Rascolnikof.

Razumikin le dijo que el enfermo dormía como una marmota. Zosimof prohibió que se le despertara, y prometió volver entre diez y once.

—¡Con tal que esté en casa...! —agregó—. Cuando se tiene un cliente tan aficionado a las fugas,

nada se puede decir. ¿Ha de ir él a verlas, o vendrán ellas aquí?

—Presumo que vendrán —respondió Razumikin, comprendiendo la razón de la pregunta—. Indudable es que tendrán necesidad de hablar de cosas de familia. Yo me marcharé. Tú, en tu cualidad de médico, tienes, naturalmente, más derechos que yo.

—No soy un confesor. Por otra parte, algo más que escuchar sus secretos tengo que hacer; me iré también.

—Una cosa me inquieta —añadió Razumikin, frunciendo el ceño—. Ayer estaba borracho, y cuando acompañaba a Rodion no pude poner freno a mi lengua; entre otras necedades le dije que temías en él una predisposición a la locura... Pégame, si quieres. Pero, *inter nos*, ¿qué opinión tienes respecto de él?

—¿Qué quieres que te diga? Tú mismo me le representaste como un monomaníaco... Y ayer le alborotamos el cerebro... ¡Qué digo, «le alborotamos»! Tú fuiste quien lo verificaste con aquellos relatos acerca del pintor. ¡Linda conversación delante de un hombre cuyo desequilibrio proviene de ese asunto! Si entonces hubiera yo conocido con todos sus detalles la escena de la comisaría, si hubiera sabido que había sido víctima de las sospechas de un canalla, a la primera palabra te hubiese hecho callar. Estos monomaníacos hacen un océano de una gota de agua, las ilusiones de su imaginación les parecen realidades... La mitad de la cosa me fué ayer revelada por lo que Zametof refirió en tu casa. A propósito, el tal Zametof es un muchacho encantador; sólo que... ¡hum...! No debió decir lo que dijo. ¡Es un charlatán terrible!

—Pero ¿a quién se lo dijo? ¡A ti y a mí!

JUNTA DE INTERCAMBIO Y DIVISIÓN DE BIBLIOTECAS PÚBLICAS - LIBROS Y REVISTAS

—Y a Porfirio.

—¡Bueno! ¿Y qué importa que también le oyera Porfirio?

—Pero... ahora que pienso. ¿Tienes alguna influencia con la madre y la hermana? No estará de más que les digas que sean circunspectas con el enfermo...

—¡Se lo diré!—le interrumpió, con aire de contrariedad, Razumikin.

—Hasta la vista. De mi parte, da las gracias por su hospitalidad a Prascovia Pavlovna. Se ha encerrado en su cuarto. Al pasar, le he gritado: «¡Buenos días!», y no me ha respondido. Sin embargo, sé que se ha levantado a las siete; por el corredor he visto que le llevaban de la cocina el desayuno... Ni aun se ha dignado admitirme en su presencia...

A las nueve en punto, Razumikin llegaba a la casa Bakaleief.

Las señoras esperábanle hacía tiempo con febril impaciencia. Se habían levantado antes de las siete. El joven entró sombrío como por la noche, saludó sin gracia, y en seguida se lamentó amargamente por haberse presentado a ellas de aquel modo. Pulqueria Alejandrovna salió corriendo a su encuentro, le estrechó la mano y poco faltó para que se la besara. Razumikin miró tímidamente a Advotia Romanovna; pero, en lugar del aire burlón, del desdén involuntario y mal disimulado que esperaba encontrar, vió en aquel rostro tal expresión de agradecimiento y de afectuosa simpatía que su confusión no reconoció límites. Con seguridad hubiera preferido que le recibieran con reproches. Por dicha había un motivo de conversación, y lo abordó rápidamente.

Al saber que su hijo aun no estaba despierto, pero que el estado del enfermo nada dejaba que

desear, Pulqueria Alejandrovna declaró que lo celebraba, pues tenía necesidad de conferenciar con Razumikin.

La madre y la hija preguntaron al visitante si había tomado el té, y, como respondiera negativamente, le invitaron a tomarlo en su compañía, pues esperaban su llegada para ponerse a la mesa.

Advotia Romanovna tiró al punto del cordón de la campanilla. Apareció un astroso criado. Se le ordenó que llevara té, y fué servido de modo tan inconveniente y tan poco limpio, que ambas señoras se sintieron avergonzadas. Razumikin echó pestes contra semejante servicio; mas, pensando en Lugin calló, perdió su presencia de ánimo y se sintió feliz al salir de aquella situación, gracias a las preguntas que Pulqueria Alejandrovna hizo llover sobre él.

Interrogado sin cesar, habló durante cerca de una hora, refiriendo cuanto sabía concerniente a la vida de Rascolnikof. Terminó con el relato circunstanciado de la enfermedad de su amigo, pasando por alto lo que consideró que no era preciso decir: la escena de la oficina y sus consecuencias, por ejemplo.

Ellas le escuchaban ávidamente; pero aunque creía haberles dado todos los detalles capaces de interesarlas, la curiosidad de madre e hija no estaba aún satisfecha.

—Decidme, decidme; ¿qué pensáis...? ¡Ah, perdón! Todavía no sé vuestro nombre—dijo vivamente Pulqueria Alejandrovna.

—Demetrio Prokofitch.

—Pues bien, Demetrio Prokofitch, me gustaría saber... cómo... en general... mira las cosas, o, para expresarme de mejor modo, qué es lo que le agrada y qué le desagrada. ¿Está siempre tan

irritable? ¿Cuáles son sus ideas, sus sueños, si queréis? ¿Bajo qué influencia se encuentra en este momento?

—¿Qué os diría yo? Conozco a Rodion hace dicciocho meses: es lúgubre, sombrío, orgulloso y altivo. En estos últimos tiempos (pero quizá esta disposición existiera en él de antiguo) se ha tornado receloso e hipocondríaco. Es bueno y generoso. No le gusta revelar sus sentimientos y le cuesta menos burlarse de las personas que mostrarse expansivo. En ocasiones no es del todo melancólico, sino frío e insensible hasta la inhumanidad. Se diría que hay en él dos caracteres opuestos que se manifiestan turnando. En ciertos instantes, su taciturnidad es extremada. ¡Todo le fastidia, todo el mundo le molesta, y permanece tumbado y ocioso! No es burlón, y no porque su espíritu carezca de causticidad, sino porque desdeña la burla como pasatiempo frívolo. No escucha hasta el fin lo que se le dice. Nunca le interesan las cosas que, en ocasiones, preocupan a todo el mundo. Tiene elevada opinión de sí mismo, en lo cual, a mi entender, no va descaminado. ¿Qué más os diré? Me parece que vuestra llegada ejercerá sobre él una acción de las más saludables.

—¡Ah, Dios lo quiera!—exclamó Pulqueria Alejandrovna, inquietísima por aquellas revelaciones referentes a su Rodia.

Por último, Razumikin, se atrevió a mirar con más libertad a Advotia Romanovna. Con frecuencia la había examinado cuando hablaba, pero de soslayo y apartando en seguida los ojos. La joven, por su parte, tan pronto iba a sentarse junto a la mesa y escuchaba atentamente, como se levantaba, y, según costumbre, empezaba a pasear a lo largo del aposento, con los brazos cruzados,

los labios contraídos y haciendo de vez en cuando, y sin interrumpir su paseo, alguna pregunta. Tenía también la costumbre de no escuchar hasta el fin lo que se le decía.

Por diversos indicios, Razumikin reconoció pronto que las señoras eran muy pobres. Si Advotia Romanovna hubiera estado vestida como una reina, probablemente no le hubiera intimidado en manera alguna; pero, por lo mismo que iba pobremente vestida, le infundía gran temor y meditaba con extremo cuidado cada una de sus expresiones, cada uno de sus gestos, lo que, naturalmente, aumentaba el embarazo de un hombre ya poco seguro de sí mismo.

—Habéis dado muchos curiosos detalles sobre el carácter de mi hermano, y... los habéis dado imparcialmente. Así me place. Pensaba que le admirabais —observó sonriendo Advotia Romanovna—. Creo que ha de mediar alguna mujer en su existencia—prosiguió, pensativa.

—No diría tanto, pero es posible que tengáis razón; sólo que...

—¿Qué?

—El no ama a nadie; probablemente no amará nunca—afirmó Razumikin.

—Es decir, ¿que es incapaz de amar?

—¿Sabéis, Advotia Romanovna, que os parecéis terriblemente a vuestro hermano... casi me atrevería a decir que bajo todos los aspectos?—dijo aturdidamente nuestro joven.

Luego recordó súbitamente la opinión que concluía de dar respecto a Rascolnikof, se turbó y se puso encarnado como un cangrejo.

Advotia Romanovna no pudo menos de sonreir al contemplarle.

—Ambos os podríais engañar respecto a Rodia —sentó Pulqueria Alejandrovna algo picada—. No

hablo del presente, Dunia. Lo que Pedro Petrovitch escribe en esa carta... y lo que tú y yo imaginamos, puede no ser verdad, mas no podríais imaginaros, Demetrio Prokofitch, cuán fantástico es y caprichoso. Hasta cuando contaba sólo quince años, su carácter era para mí una continua sorpresa. Hoy lo creo capaz de hacer algo que ningún otro hombre podría imaginar. Sin ir más lejos, ¿sabéis que hace dieciocho meses por poco me quita la vida, con motivo del casamiento con aquella... con la hija de la señora Zarnitzin, su patrona?

—¿Conocéis los detalles de esa historia?—preguntó Advotia Romanovna.

—¿Creéis —prosiguió animada la madre— que hubiera hecho caso de mis súplicas, de mis lágrimas, que mi enfermedad, el temor de verme morir o nuestra miseria le hubieran conmovido? No, lo más tranquilamente del mundo habría llevado a cabo el proyecto, sin detenerse ante consideración ninguna. Y sin embargo ¿es posible que no nos ame?

—El nunca dijo nada respecto a eso —respondió con reserva Razumikin—. Supe algo de ello por la señora Zarnitzin, que tampoco es muy charlatana, y lo que supe no deja de ser bastante extraño.

—¿Qué es lo que supisteis?—preguntaron a una ambas señoras.

—¡Oh! nada de particular ni de interés, hablando con verdad. Todo se reduce a que dicho matrimonio, que era asunto convenido y que iba a efectuarse al morir la futura, desagradaba en extremo a la señora Zarnitzin... Por otra parte, suponen que la joven no era hermosa, o, por mejor decir, que era fea, y además, según dicen, enfermiza, y... antipática. Sin embargo, parece ser

que tenía buenas cualidades. Con seguridad que las tendría; de otro modo, no se comprende...

—Convencida estoy de que era joven de mérito—observó lacónicamente Advotia Romanovna.

—Dios me lo perdone: yo me alegré de su muerte; y, sin embargo, no sé para cuál de los dos hubiera sido más funesto el matrimonio—concluyó la madre.

Luego, tímidamente, tras muchas vacilaciones y mirando a su hija visiblemente contrariada, interrogó nuevamente a Razumikin respecto a la escena desarrollada la víspera entre Rodia y el futuro de su hermana.

Tal incidente parecía inquietarla sobremanera y producirle verdadero espanto.

El joven relató detalladamente el altercado de que fuera testigo, agregando su opinión. Acusó abiertamente a Rascolnikof de haber insultado a Pedro Petrovitch, y no invocó la enfermedad para disculpar aquella acción deliberada de su amigo.

—Antes de caer enfermo había pensado hacerlo—concluyó.

—Lo mismo que yo creía—dijo Pulqueria Alejandrovna con la consternación pintada en el rostro.

Pero quedó sorprendida al notar que Razumikin había hablado de Pedro Petrovitch en términos los más lisonjeros y hasta con una especie de estimación: cosa que chocó igualmente a Advotia Romanovna.

—¿Ese es vuestro parecer respecto a Pedro Petrovitch?—no pudo menos de preguntar Pulqueria Alejandrovna.

—No puedo abrigar otro, tratándose del futuro esposo de vuestra hija—respondió en tono firme y caluroso Razumikin.

Después de una corta pausa, añadió:

—Y no me hace hablar como hablo una cortesía trivial; digo esto porque... porque... ¡basta que se trate del hombre a quien Advotia Romanovna honró con su elección! Si ayer me expresé respecto a él en términos injuriosos, fué porque ayer me hallaba abominablemente borracho y, además, loco. ¡Loco, sí! Había perdido el juicio, estaba completamente extraviado: hoy me avergüenzo de ello...

Se ruborizó y guardó silencio. Las mejillas de Advotia Romanovna se colorearon, pero no dijo palabra: callaba desde que se empezó a hablar de Lugin.

—Oídme, Demetrio Prokofitch... ¿Seré franca por completo con el señor Demetrio Prokofitch?—preguntó a Dunia.

—Desde luego, mamá—respondió de un modo categórico Advotia Romanovna.

—Se trata de lo siguiente —apresuróse a decir la madre, cual si le quitaran una montaña de encima del pecho al permitirle comunicar su pena—: Esta mañana, de madrugada, recibimos una carta de Pedro Petrovitch, respuesta a la que ayer le escribimos para notificarle nuestra llegada. El debía salir a recibirnos a la estación, como estaba convenido. En su lugar, en la estación nos encontramos con un criado, quien nos acompañó hasta esta casa y nos anunció para esta mañana la visita de Pedro. Y he aquí que, en vez de venir, Pedro Petrovitch nos dirige estas líneas... Mejor es que vos mismo las leáis. Contienen un extremo que me inquieta extraordinariamente... En seguida veréis cuál es... Y me daréis francamente vuestra opinión. Conocéis mejor que nadie el carácter de Rodia, y mejor que nadie podéis aconsejarnos. Os prevengo que Dunetchka ha decidido

la cosa inmediatamente; mas yo no sé todavía qué partido tomar, y... os esperaba.

Razumikin desdobló el pliego, fechado la víspera, y leyó:

«Tengo el honor de participaros, Pulqueria Alejandrovna, que causas imprevistas me impidieron esperaros en la estación, por lo cual me reemplazó un criado de confianza. Los asuntos del Senado me privarán del honor de veros mañana por la mañana: por otra parte, no quiero estorbar vuestra íntima entrevista con vuestro hijo, y de Advotia Romanovna con su hermano. A las ocho en punto de la noche de mañana tendré el honor de pasar a veros. Encarecidamente os ruego que evitéis en esta entrevista la presencia de Rodion Romanovitch, pues me insultó del modo más grosero en la visita que ayer le hice. Independientemente de esto, deseo tener con vos una explicación personal sobre un punto que quizá interpretemos de modo distinto. De antemano tengo el honor de preveniros que si, no obstante mi deseo, formalmente expresado, encuentro en vuestra casa a Rodion Romanovitch, me veré precisado a retirarme inmediatamente, y a nadie sino a vos podréis quejaros.

»Os escribo esto en vista de que Romanovitch, que parecía tan enfermo cuando yo le visité, recobró la salud dos horas después y puede, por consiguiente, ir a vuestra casa. Ayer, efectivamente, le vi con mis propios ojos en casa de un borracho a quien acababa de aplastar un carruaje, y so pretexto de pagar los funerales dió veinticinco rublos a la hija del difunto, joven de mala conducta. Ello me sorprendió mucho, pues sé a costa de qué trabajos habíais encontrado esta suma.

»Ruégoos saludéis muy cortésmente a la hon-

rada Advotia Romanovna, y consintáis que me repita, con respetuosa fidelidad, vuestro más afectísimo servidor,

P. LUGIN.»

—¿Qué hacer ahora, Demetrio Prokofitch? —preguntó Pulqueria Alejandrovna casi con lágrimas en los ojos—. ¿Cómo decir a Rodia que no venga? ¿Y qué sucederá si mi hijo sabe que la persona a quien me ha prohibido recibir, habla conmigo? ¿Qué sucederá si aquí se encuentran?

—Obrad como piense Advotia Romanovna—respondió tranquilamente y sin la menor vacilación Razumikin.

—¡Ah, Dios mío! Ella dice... ¡Qué sé yo lo que dice! ¡No me explica sus propósitos! Según dice, es preferible, indispensable, mejor dicho, que Rodia venga esta noche a las ocho y que se encuentre aquí con Pedro Petrovitch... Yo preferiría no enseñarle la carta y valernos de algún medio para impedir que venga... Pensaba conseguirlo con vuestra ayuda... Tampoco veo de qué borracho muerto y de qué joven se trata en estas líneas; ni puedo comprender que haya dado a dicha persona el dinero... que...

—Que representa para vos tantos sacrificios, mamá—concluyó la joven.

—Ayer no se hallaba en su estado normal —dijo Razumikin con aire pensativo—. ¡Si supierais a qué pasatiempo se entregó ayer en un *traktir!* Por otra parte, obró divinamente. ¡Hum...! En efecto, ayer me habló de un muerto y de una joven; mas no le comprendí palabra... Verdad que ayer también estaba yo...

—Lo mejor, mamá, es ir a su casa; en seguida veremos qué hay que hacer. Por otra parte, es

hora... ¡Dios mío! ¡Las diez dadas!—exclamó Advotia Romanovna mirando un soberbio reloj de oro esmaltado que llevaba pendiente del cuello por medio de una fina cadena de Venecia y que contrastaba singularmente con el conjunto de su tocado.

—Un regalo del prometido—pensó Razumikin.

—Sí, es hora de echar a andar... Quizá sea tarde... —dijo Pulqueria Alejandrovna precipitada—. Va a pensar que le guardamos rencor por su acogida de ayer; porque así se explicaría nuestro retraso. ¡Ah, Dios mío!

Mientras hablaba poníase el sombrero y el abrigo. Dunetchka preparábase también para salir. Sus guantes estaban, además de roídos, agujereados, como lo notó Razumikin; sin embargo, aquella pobreza daba a las señoras un aspecto particular de dignidad, como se advierte en todas las mujeres que saben llevar vestidos humildes.

—¡Dios mío! —repitió Pulqueria Alejandrovna—. ¡Nunca hubiera creído que llegaría a temer de tal modo una entrevista con mi Rodia...! ¡Tengo miedo, Demetrio Prokofitch!—añadió, mirando tímidamente al joven.

—No temáis, mamá —dijo Dunia abrazando a su madre—. Yo tengo confianza.

—¡Ah, sí...! yo también, y, sin embargo, no he dormido en toda la noche—agregó la pobre mujer.

Los tres salieron de la casa.

—¿Sabes, Dunetchka, que esta mañana, de madrugada, empezaba a quedarme dormida cuando de pronto vi en sueños a la difunta Marfa Petrovna...? Estaba vestida de blanco... ¡Ay, santo Dios! ¿No sabéis, Demetrio Prokofitch, que ha muerto Marfa Petrovna?

—No, no lo sabía. ¿Y qué Marfa Petrovna es ésa?

—Murió de repente. Y figuráos que...

—Espera, mamá —interrumpió Dunia—: si todavía no sabe de qué Marfa Petrovna estáis hablando...

—¡Ah! ¿No la conocíais? Pensaba que os lo había dicho. Dispensad, Demetrio Prokofitch, ¡tengo la cabeza tan trastornada desde hace tres días! Os considero como nuestra providencia; me hallaba persuadida de que conocíais todos nuestros asuntos. Os miro como a un pariente... ¡No os enfade lo que os digo...! Pero, ¡Dios mío! ¿qué tenéis en la mano? ¿Estáis herido?

—Sí, me he herido—murmuró Razumikin rebosando dicha.

—En ocasiones soy muy expansiva, por lo que Dunia me reprende... Pero, ¡Dios mío, en qué tugurio vive! ¡Con tal de que esté despierto...! ¡Y esa mujer, su patrona, llama a aquello una alcoba! Decís que no le gusta abrir su corazón. Es posible, pues, que le fastidie con mis... debilidades... ¿No podríais darme algún consejo, Demetrio Prokofitch? ¿Cómo deberé de conducirme en su presencia? Estoy completamente desorientada.

—No le hagáis muchas preguntas, si queréis que no arrugue el entrecejo; sobre todo, procurad no hablarle mucho de su salud; no le gusta.

—¡Ah, Demetrio Prokofitch! ¡Qué penosa es, en ocasiones, la posición de una madre! Pero ¡mirad qué escalera...! ¡Qué horrible!

—Mamá, estáis pálida; calmaos, querida mía —dijo Dunetchka acariciándola—. ¿A qué atormentaros así, cuando para él debe ser una dicha el vernos?—añadió con resplandor en los ojos.

—Esperad, iré delante para saber si esta despierto.

Razumikin hizo lo que dijo, y las señoras continuaron subiendo poco a poco la escalera.

Cuando llegaron al cuarto piso echaron de ver que la puerta de la casa de la patrona estaba entreabierta, y que por la estrecha rendija las observaban dos ojos negros y penetrantes. Cuando las miradas se encontraron, la puerta se cerró súbitamente y con tal estrépito, que poco faltó para que Pulqueria Alejandrovna, sobresaltada, dejara escapar un grito.

III

—¡Sigue bien, sigue bien!—exclamó alegremente Zosimof al ver entrar a las señoras.

El doctor había llegado hacía diez minutos, y ocupaba en el diván el mismo sitio de la víspera.

Rascolnikof, sentado en el otro extremo, se hallaba completamente vestido; hasta se había tomado el trabajo de lavarse y de peinarse, cosas que no hacía con frecuencia.

Aun cuando con la llegada de Razumikin y de las dos señoras se llenó el aposento, Nastasia supo encontrar sitio para permanecer y escuchar lo que se hablara.

Efectivamente, Rascolnikof se hallaba bien, con relación a la víspera, sobre todo; pero estaba muy pálido y veíasele sumido en tristes reflexiones.

Cuando Pulqueria Alejandrovna entró con su hija, Zosimof notó, con sorpresa, la impresión que se manifestaba en la fisonomía del enfermo. No era alegría, sino una especie de estoicismo resignado; el joven parecía recurrir a toda su

energía para soportar una tortura de que podía librarse. Cuando empezara la conversación, el médico observó que cada palabra parecía abrir una herida en el alma de su amigo; pero, a la vez, le admiró ver a éste completamente dueño de sí mismo; el monomaníaco, furioso de la víspera sabía dominarse hasta cierto punto y disimular sus impresiones.

—Sí, yo mismo veo que ahora estoy casi curado—dijo Rascolnikof, abrazando a su madre y a su hermana, con una cordialidad que inundó de alegría el rostro de Pulqueria Alejandrovna.

—Hasta admiración he sentido al encontrarle tan bien —dijo Zosimof—. Si este alivio continúa, de aquí a tres o cuatro días estará perfectamente como se hallaba hace un mes o dos... o quizá tres. Porque esta enfermedad se preparaba hacía tiempo. Confesad ahora que vos tuvisteis la culpa de que empezara—terminó el doctor con una contenida sonrisa, que indicaba su temor de irritar al enfermo.

—Es posible—respondió fríamente Rasconikof.

—Ahora que se puede hablar con vos —siguió Zosimof—, quisiera convenceros de que es necesario suprimir las causas primitivas a que se debe el desarrollo de vuestra enfermedad; si hacéis esto os curaréis; si no, el mal siempre irá en aumento. Ignoro cuáles son estas causas primitivas, pero vos debéis conocerlas. Sois hombre inteligente, y con seguridad que las habréis notado. Opino que vuestra salud empezó a alterarse cuando dejasteis de ir a la Universidad. No podéis estar sin ocupación. Os sería, pues, muy útil a mi entender, el ejercicio de un trabajo cualquiera: bastaría que os propusieseis un fin y que le persiguierais con tenacidad.

—Sí, sí, tenéis razón... Volveré lo antes posible

a la Universidad, y entonces todo irá divinamente.

El doctor había dado aquellos sabios consejos, en parte para producir efecto ante las señoras. Cuando concluyó y miró a su cliente, notando que el rostro de éste sólo expresaba una franca burla, quedó algo desconcertado. Pronto se consoló de tal decepción. Pulqueria Alejandrovna se apresuró a darle las gracias, declarándose muy agradecida por la visita de la noche anterior.

—¡Cómo! ¿Fué a veros anoche? —preguntó Rascolnikof inquietamente—. ¿Luego no descansasteis después de un viaje tan fastidioso?

—¡Oh, todavía no eran las dos! Dunia y yo no nos acostamos nunca antes.

—No sé cómo agradecéroslo —continuó Rascolnikof, que, bruscamente, frunció el entrecejo e inclinó la cabeza—. Dejando aparte cuestiones de dinero, perdonadme que aluda a él —dijo a Zosimof—. No sé por qué he podido merecer de vuestra parte tanto interés. No lo comprendo... y... hasta diría que me pesa esta bondad, por lo mismo que resulta incomprensible para mí: ya veis que soy franco.

—No os preocupéis —dijo Zosimof haciendo que reía—. ¡No olvidéis que sois mi primer cliente! Nosotros, los doctores, cuando debutamos, cobramos afecto a los primeros enfermos que visitamos como si fueran nuestros hijos; algunos hasta se enamoran en su noviciado.

—Y no hablemos de éste... —agregó Rascolnikof señalando a Razumikin—. No hice otra cosa que insultarle y molestarle.

—¡Qué tonterías dice! ¡Por lo que veo —gritó Razumikin—, hoy estás sentimental!

De ser más perspicaz, hubiera notado que, muy lejos de hallarse sentimental, su amigo se encontraba en muy diferente disposición de ánimo. Ad-

votia Romanovna fué la única que no se engañó; llena de inquietud examinaba atentamente a su hermano.

—De vos, mamá, casi no me atrevo a hablar —siguió Rascolnikof, que parecía recitar una lección, por la mañana aprendida—. Sólo hoy puedo imaginar cuánto debisteis sufrir ayer esperando mi vuelta.

Dichas estas palabras, sonrió y tendió bruscamente la mano hacia su hermana.

Tal ademán no fué acompañado de palabra alguna; pero la sonrisa del joven expresó una emoción verdadera, sin mezcla de fingimiento.

Alegre y agradecida, Dunia estrechó con fuerza la mano del enfermo. Era aquélla la primera muestra de atención que de él recibía desde la escena de la víspera. Testigo de la reconciliación muda de los hermanos, Pulqueria Alejandrovna tornóse radiante.

Razumikin se agitó vivamente en su silla.

—¡Le querría sólo por eso! —murmuró en su tendencia a exagerarlo todo—. ¡Qué arranques tiene!

—¡Y qué bien ha hecho! —pensó aparte la madre.

¡Qué nobles impulsos! Ese acto sencillo de tender la mano a su hermana mirándola con cariño, ¿no era el modo más franco y delicado de poner fin a la escena de la víspera?

—¡Ah, Rodia! —dijo, apresurándose a responder a la observación de Rascolnikof—. ¡No puedes figurarte hasta qué punto fuimos desgraciadas tu hermana y yo! Ahora que acabó todo, que todos somos felices, puedo decírtelo! ¡Figúrate lo que pasaría por nosotras cuando se nos dijo que estabas enfermo...!

—Sí, sí... todo es penosísimo...—murmuró él.

Pero dijo aquellas palabras con aire tan dis-

traído, por no decir tan indiferente, que Dunetchka le miró con sorpresa.

—¿Qué es lo que aun tenía que deciros? —continuó, haciendo esfuerzos para acordarse—. ¡Ah, sí! Os ruego, mamá, y a ti también, Dunia, que no creáis que he rehusado ir a veros, que haya esperado vuestra visita.

—Pero ¿por qué dices eso, Rodia?—exclamó Pulqueria Alejandrovna, esta vez no menos admirada que su hija.

—Se diría que nos responde por simple cortesía —pensaba Dunetchka—: hace las paces, y pide perdón como si cumpliese con una pura formalidad, como si repitiese una lección.

—Apenas despierto, traté de ir a vuestra casa, pero no tenía ropa que ponerme; ayer debí decir a Nastasia que lavara esa sangre... Hasta hace poco he tenido que esperar para vestirme.

—¡Sangre! ¿Qué sangre? — preguntó alarmada Pulqueria Alejandrovna.

—Nada... no os asustéis. Ayer, cuando deliraba, tropecé en la calle con un hombre que acababa de ser aplastado, y...

—¿Cuando delirabas? ¡Pero si de todo te acuerdas!—interrumpióle Razumikin.

—Verdad —respondió cuidadoso Rascolnikof—. De todo me acuerdo hasta en los menores detalles; pero me pasa algo extraño: no logro explicarme por qué hice tal cosa, por qué dije cuál otra, por qué fuí a tal sitio.

—Ese es un fenómeno conocidísimo —observó Zosimof—. El acto es a veces ejecutado con una rapidez y con una habilidad extraordinarias; pero la causa de que nace se altera en el alienado y depende de diversos impulsos morbosos.

La palabra «alienado» produjo frío; Zosimof la había dejado escapar inconscientemente, entre-

gado por completo al placer de perorar sobre su tema favorito.

Rascolnikof, absorto en una especie de contemplación, pareció no haber oído las palabras del doctor. Una extraña sonrisa flotaba sobre sus labios pálidos.

—Bueno, pero ¿y ese hombre aplastado? Te pregunté, hace poco...—se apresuró a decir Razumikin.

—¿Qué? —preguntó Rascolnikof, como si saliera de un sueño—. ¡Ah, sí...! Pues me manché de sangre ayudando a transportarle a su casa... A propósito, mamá, ayer hice una cosa imperdonable; ni que hubiera perdido el juicio. A su viuda, para el entierro, le di todo el dinero que me enviasteis. La pobre mujer es muy digna de compasión... está tísica... queda con tres hijos... y no tiene medios para alimentarlos... también deja una hija... Quizá hubieseis obrado como yo ante aquella miseria. Por otra parte, reconozco que ningún derecho tenía para obrar de aquella manera, sabiendo, sobre todo, el trabajo que os costara procurarme aquel dinero.

—Deja eso, Rodia. Convencida estoy de que cuanto haces está bien hecho—respondió la madre.

—No estéis tan convencida — replicó él sonriendo.

La conversación se suspendió por algunos momentos. Palabras, silencio, reconciliación, perdones, tenían algo de forzado, como lo notaban todos los presentes.

—¿Sabes, Rodia, que ha muerto Marfa Petrovna?—dijo de repente Pulqueria Alejandrovna.

—¿Qué Marfa Petrovna?

—¡Ah, Dios mío! ¡Pues Marfa Petrovna Svidrigaylof! ¡Te hablé tanto de ella en mi última carta...!

—¡A-a-ah! Sí; me acuerdo... ¿Ha muerto...? —dijo, estremeciéndose, como hombre que despierta—. ¿Es posible que haya muerto? ¿De qué?

—¡Ha muerto de repente! —apresuróse a responder Pulqueria Alejandrovna, animada a proseguir, por la curiosidad que su hijo mostraba—. Murió el día mismo en que te escribí. Aquel hombre temible la mató, según se cree. ¡Se dice que la golpeó desapiadadamente!

—¿Ocurrían semejantes escenas entre ellos? —preguntó Rascolnikof a su hermana.

—No; por el contrario, él siempre se le mostraba paciente, hasta cortés. Daba pruebas de gran indulgencia en muchas ocasiones. Esto duró siete años. Pero, de pronto, perdió la paciencia.

—Entonces, si tuvo paciencia por espacio de siete años, no es un hombre tan malo. Diríase que le excusas, Dunetchka.

La joven frunció el ceño.

—¡Sí, sí, es un hombre terrible! ¡No puedo concebir otro que lo fuera más!—respondió, casi estremeciéndose.

Y tornóse pensativa.

—Tuvieron aquella escena por la mañana —continuó Pulqueria Alejandrovna—. Luego, ella dió orden de que engancharan, porque deseaba ir a la ciudad después de comer, como solía en tales ocasiones. Comió, según se dice, con mucho apetito...

—¿Molida a golpes y todo?

—...Eso era ya costumbre; al levantarse de la mesa fué a bañarse, a fin de estar antes pronta para la marcha... Se curaba por medio de la hidroterapia; hay un manantial en su casa, y todos los días se bañaba. En cuanto entró en el agua se apoderó de ella la apoplejía.

—¡Eso no es admirable!—observó Zosimof.

—Había sido maltratada cruelmente por su esposo.

—Pero ¿qué importa eso?—murmuró Advotia Romanovna.

—¡Hum...! Por otra parte, mamá, no veo a propósito de qué contáis tales tonterías—dijo Raskolnikof con súbita contrariedad.

—Pero, hijo mío, si no sé de qué hablar...—confesó sencillamente Pulqueria Alejandrovna.

—Parece que las dos me tenéis miedo—prosiguió él, sonriendo amargamente.

—No te equivocas —replicó Dunia, que fijó en él una mirada severa—. Cuando subíamos, mamá se persignó. Tan asustada estaba.

Las facciones del joven se alteraron, como si de pronto fuera presa de una convulsión.

—¿Qué estás diciendo, Dunia? No te enfades, Rodia, te lo suplico... Y tú, Dunetchka, ¿cómo puedes hablar así? —dijo excusándose, toda confusa, Pulqueria Alejandrovna—. Lo cierto es que en el tren no dejé de pensar en la dicha de volverte a ver, de conversar contigo... ¡Me prometía tal dicha, que ni aun me di cuenta de lo pesado del viaje. ¡Y ahora soy tan feliz, tan feliz al verme a tu lado, Rodia...!

—¡Basta, mamá!—murmuró él con agitación.

Y, sin mirar a su madre, le estrechó la mano.

—Tiempo tenemos de hablar—dijo a la vez.

Pronunciadas estas palabras turbóse y palideció: de nuevo sentía un frío mortal en el fondo de su alma. Reconocía que acababa de incurrir en una horrible falsedad, ya que en lo sucesivo no le sería posible hablar francamente, ni con su madre ni con nadie. Por el momento, la impresión de aquella cruel idea fué tan viva, que, olvidando la presencia de sus huéspedes, el joven se levantó y encaminóse hacia la puerta.

—¿Qué haces?—gritó Razumikin asiéndole de un brazo.

Rascolnikof volvió a sentarse, y paseó su mirada en derredor. Todos le miraban estupefactos.

—¡Pero qué fastidiosos sois todos! —exclamó súbitamente—. ¡Vamos, decid algo! ¿Por qué permanecer mudos? ¡Hablad! Las personas no se reunen para callar. ¡Vaya, hablemos!

—¡Dios sea loado! Pensaba que tendría otro acceso como el de ayer—dijo Pulqueria Alejandrovna, que se había santiguado.

—¿Qué tienes, Rodia?—preguntó inquietamente Advotia Romanovna.

—Nada, se me había ocurrido una necedad—respondió.

Y se echó a reir.

—¡Vaya, menos mal si era una necedad! Yo temía... —murmuró Zosimof, levantándose—. Es preciso que os deje; trataré de veros otra vez...

Saludó y salió.

—¡Qué buen hombre!—observó Pulqueria Alejandrovna.

—Sí, es un buen hombre, un hombre de mérito, instruído, inteligente... —dijo Rascolnikof que pronunció aquellas palabras con animación desusada—. No recuerdo en qué sitio le vi antes de estar enfermo... Creo haberle visto en alguna parte... ¡Otra persona excelente!—agregó, mostrando con un movimiento de cabeza a Razumikin.

—Pero, ¿a dónde vas?

El aludido acababa, en efecto, de ponerse en pie.

—Debo marcharme también... tengo que hacer...—dijo.

—¡Nada tienes que hacer! Te marchas porque Zosimof se ha despedido. No te vayas... ¿Qué

hora es? ¿Las doce? ¡Qué gran reloj tienes, Dunetchka! ¿Por qué seguís calladas? ¡Sólo hablo yo...!

—Es un regalo de Marfa Petrovna — balbuceó Dunia.

—Y ha costado muy caro—agregó Pulqueria Alejandrovna.

—Creía que provendría de Lugin.

—No, aun no le dió nada a Dunetchka.

—¡A-ah! ¿Recordáis, mamá, que estuve enamorado y quise casarme?—dijo Rascolnikof a su madre, ya asustada por el aspecto imprevisto que tomaba la conversación y por el tono con que su hijo le hablaba.

—Sí, amigo mío—respondió Pulqueria Alejandrovna, cambiando una mirada con Dunia y con Razumikin.

—¡Hum! ¡sí! mas ¿qué os diré? Tampoco yo me acuerdo mucho de todo aquello. Mi prometida era una joven enfermiza. Le gustaba hacer limosnas y siempre estaba pensando entrar en un convento; cierto día la vi derramar lágrimas hablando de esto; sí... me acuerdo... me acuerdo de ello muy bien. Era más bien fea que hermosa. Hablando con verdad, no sé por qué me enamoré de ella. Es posible que la quisiera porque siempre estaba enferma... Si además hubiera sido coja o jorobada, con seguridad que la hubiese amado más. (Sonrió pensativamente). Aquello no tuvo importancia... fué una locura efímera.

—No, no era solamente una locura pasajera—observó Dunetchka con convicción.

Rascolnikof miró fijamente a su hermana, pero o no oyó o no comprendió las palabras de la joven. Luego, con aire melancólico, se levantó, abrazó a su madre y volvió a sentarse.

—¿Todavía la amas?—murmuró con voz conmovida Pulqueria Alejandrovna.

—¿Que si la amo todavía? ¡Ah, sí...! ¡Habláis de ella! No. Todo aquello lo veo hoy muy lejos de mí... Pero hace mucho tiempo... Me produce, por otra parte, idéntica impresión cuanto me rodea.

Y contempló atentamente a las dos señoras.

—Por ejemplo, estáis aquí... pues bien, a mí se me figura que os halláis de mí a una distancia de mil *verstas*... Pero ¡el diablo sabe por qué hablamos de esto! ¿A qué preguntarme?—agregó encolerizado.

Luego, silenciosamente, se puso a roerse las uñas y volvió a abismarse.

—¡Qué mal aposento el tuyo, Rodia! Parece una tumba —dijo bruscamente Pulqueria Alejandrovna, queriendo interrumpir un penoso silencio—. Segura estoy de que esta habitación es en parte causa de tu tristeza.

—¿Esta habitación? —repitió él con aire distraído—. Sí, mucho ha contribuído... También pensé yo eso... ¡Si supierais, mamá, que extraña idea habéis tenido!—agregó con sonrisa enigmática.

Rascolnikof apenas podía soportar la presencia de aquella madre y de aquella hermana, de las que había vivido separado por espacio de tres años, pero con las cuales estimaba imposible toda conversación. Sin embargo, había un asunto entre todos que no sufría demora. Al levantarse, no hacía mucho, se decía que debía decidirse de repente a una u otra cosa. Feliz se consideró en aquel momento al encontrar en tal asunto el medio de salir de su embarazo.

—He aquí lo que tengo que decirte, Dunia —comenzó en tono lleno de acritud—. Naturalmente, me excuso por lo ayer acaecido, pero creo de-

ber mío recordarte que mantengo los términos de mi dilema: o Lugin o yo. Seré un infame, pero tú no debes serlo. Basta con que uno lo sea. Si te casas con Lugin, al punto dejaré de considerarte como hermana mía.

—¡Rodia, Rodia! ¡Vuelves a hablar como ayer! —exclamó Pulqueria Alejandrovna, toda desolada—. ¿Por qué te juzgas infame? ¡No puedo soportar eso! Ayer tenías ese lenguaje, y...

—Hermano mío —manifestó Dunia en tono que no cedía en sequedad y acritud al de Rascolnikof—, el desacuerdo que nos separa proviene de un error en que estás. Reflexioné esta noche, y he descubierto en qué consiste. Supones que me sacrifico y te engañas. Me caso por mi propia voluntad, porque mi situación personal es difícil. Sin duda que después me agradará ser útil a los míos, pero no es ése el motivo principal de mi resolución...

—¡Miente! —pensaba Rascolnikof, que de rabia se mordía las uñas—. ¡Orgullosa! ¡No quiere confesar que intenta ser mi bienhechora! ¡Qué arrogancia! ¡Oh, qué caracteres más bajos! Su amor se parece al odio... ¡Cuánto la detesto!

—En una palabra —continuó Dunetchka—: me caso con Pedro Petrovitch, porque entre dos males quiero el menor. Tengo intención de cumplir lealmente cuanto él espera de mí. No le engaño, por tanto. ¿Qué quiere decir tu sonrisa de hace poco?

Se sonrojó y en sus ojos brilló un relámpago de cólera.

—¿Lo cumplirás todo?—preguntó él, sonriendo amargamente.

—Hasta ciertos límites. Veo lo que quiere, en el modo con que Pedro Petrovitch pidió mi mano. Probable es que la opinión que de sí tiene sea

demasiado presuntuosa, pero confío en que también sabrá apreciarme... ¿Por qué vuelves a reir?

—¿Y por qué tú te ruborizas otra vez? ¡Mientes, hermana! ¡No puedes apreciar a Lugin! Le he visto, he hablado con él. Te casas por interés, cometes una bajeza, ¡y mucho me agrada ver que, por lo menos, te avergüenzas!

—¡No es verdad, no miento! —exclamó la joven, perdiendo su sangre fría—. No me casaré sin estar segura de que él me aprecia, de que me estima; no me casaré sin hallarme plenamente convencida de que a mi vez podré apreciarle. Por fortuna tengo medios para asegurarme de modo perentorio, hoy mismo. ¡Este matrimonio no es una bajeza, como tú dices! Pero, aun cuando tuvieras razón, aun cuando realmente estuviese decidida a cometer una bajeza, ¿no sería cruel hablarme de tal manera? ¿Por qué exigir de mí un heroísmo que quizá tú no tengas? ¡Eso es tiranía, violencia! Si perjudico a alguien será a mí misma... ¡Todavía no maté a nadie...! ¿Por qué me miras así? ¿Por qué palideces? ¿Qué tienes? ¡Rodia, querido Rodia...!

—¡Dios mío! ¡Se desmayó! ¡Tú tienes la culpa!—exclamó Pulqueria Alejandrovna.

—No, esto no es nada: una tontería... No me he desmayado... Siempre estáis pensando en desmayos... ¡Hum...! ¿Qué iba a decir? ¡Ah! ¿Cómo te convencerás hoy mismo de que podrás apreciar a Lugin y de que él... te aprecia? Porque eso ¿verdad? es lo que decías hace poco, si no comprendí mal.

—Mamá, enseñad a mi hermano la carta de Pedro Petrovitch—dijo Dunetchka.

Pulqueria Alejandrovna le alargó el papel con mano temblorosa. Rascolnikof leyó atentamente y por dos veces la carta que conocemos. Todos

esperaban un estallido. La madre, sobre todo, estaba inquietísima.

Después de pensar un instante, el joven devolvió la carta.

—No comprendo nada —exclamó, sin dirigirse a ninguno en particular—. Perora, es abogado, tiene buena charla, pero escribe como un hombre iletrado.

Tales palabras causaron general estupefacción: no era esto lo que esperaban.

—Pedro Petrovitch no oculta que recibió poca instrucción, y le enorgullece ser hijo de sus obras —dijo la hermana, un poco ofendida por el tono que adoptara Rascolnikof.

—Bueno, tiene razón para enorgullecerse, no digo lo contrario. Pareces enfadada, hermana mía, porque he creído oportuno hacer una frívola observación respecto a esa carta. Tú crees que insisto en semejantes pequeñeces para atormentarte. Lejos de eso; en lo concerniente a su estilo, hice una observación que, en el presente caso, no tiene la más mínima importancia. La frase «No podréis quejaros sino a vos misma» no deja nada que desear desde el punto de vista de la claridad. Además, anuncia su propósito de retirarse inmediatamente si me encuentra en vuestra casa. Esta amenaza quiere decir que, si no le obedecéis os plantará a las dos, después de haceros venir a San Petersburgo. Bueno, ¿y qué piensas? Viniendo de Lugin ¿estas palabras pueden ofender tanto como si estuvieran escritas por éste —y mostró a Razumikin—, por Zosimof o por cualquier otro?

—No —respondió Dunetchka—. He comprendido bien que ha revelado con demasiada sencillez su pensamiento y que quizá no es suficien-

temente hábil en el manejo de la pluma... Tu observación es muy severa, hermano mío. No la esperaba...

—Teniendo en cuenta que escribe como un hombre de negocios, no podía expresarse de otro modo, y quizá no sea culpable, a pesar de haberse mostrado tan grosero. Por otra parte, debo desencantarte un poco: contiene una calumnia contra mí, una calumnia bastante vil. Ayer di algún dinero a una viuda tísica y desgraciada, no, como él escribe, «so pretexto de pagar los funerales», sino para los funerales; y entregué esta suma a la viuda, no a la hija del difunto, «joven —según él— de mala conducta», a quien, por otra parte, vi ayer por vez primera. En todo esto no veo deseos sino de rebajarme a vuestros ojos y de indisponerme con vosotras. Aquí también emplea el estilo jurídico, es decir, que revela claramente su objeto y lo persigue sin adornarse con forma alguna. Es inteligente, mas para conducirse con corrección, la inteligencia no basta. Todo esto pinta al hombre, y... no creo que te aprecie mucho. Dicho sea esto para tu edificación, porque sinceramente ansío tu felicidad.

Dunetchka no respondió, su resolución estaba ya tomada; no esperaba otra cosa que la noche.

—¿Qué decides, Rodia? —preguntó Pulqueria Alejandrovna—. Desea que no vayas a casa esta noche, y declara que se marchará... si allí te ve. Por esto te pregunto qué piensas hacer.

—Nada tengo que decidir. A vos y a Dunia os toca ver si esta exigencia de Pedro Petrovitch tiene algo de ofensivo para vosotras. Yo haré lo que gustéis—dijo fríamente.

—Dunetchka ha resuelto ya la cuestión, y yo opino como ella.

—A mi entender, es indispensable que asis-

tas a la entrevista, Rodia, y te suplico encarecidamente que vayas —dijo Dunia—. ¿Irás?

—Sí.

—Os ruego que vayáis también —continuó la joven dirigiéndose a Razumikin—. Mamá invitó igualmente a Demetrio Prokofitch.

—Tienes razón, Dunetchka. Que todo se haga con arreglo a tu deseo —añadió Pulqueria Alejandrovna—. Por mi parte, esto me place; no me gusta fingir ni mentir; es preferible una franca explicación... ¡Pedro Petrovitch es ahora libre de enfadarse, si le conviene!

IV

La puerta se abrió sin ruido en aquel instante, y una joven entró en el aposento, paseando miradas tímidas en derredor.

Su aparición causó gran sorpresa, y todos los ojos se fijaron en ella con curiosidad.

Rascolnikof no la reconoció al pronto. Era Sofía Semenovna Marmeladof. Habíala visitado la víspera por vez primera, mas en medio de circunstancias y en un traje que dejaron imagen distinta en su memoria. Entonces era una joven modestamente vestida, de modales convenientes y reservados, de fisonomía temerosa. Al ver a aquellas personas, que no esperaba encontrar allí, su confusión fué extremada, y hasta dió un paso para retirarse.

—¡Ah! ¿sois vos?—dijo Rascolnikof en el colmo de la sorpresa, turbándose a su vez.

Pensó que la carta de Lugin, leída por su madre y por su hermana, encerraba una alusión

a cierta «joven de mala conducta». Concluía de protestar contra la calumnia de Lugin, y de declarar que la víspera había visto por vez primera a la joven. ¡Y he aquí que ella misma iba a su casa! Recordó también que había dejado pasar sin protestas las palabras «de mala conducta». Todos aquellos pensamientos atravesaron confusamente su cerebro. Pero, observando con más detenimiento a la pobre criatura, la vió tan aplastada por la vergüenza, que de repente se apiadó de ella. En el momento en que, espantada, ella iba a abandonar el aposento, una especie de revolución se operó en él.

—No os esperaba —se apresuró a decir, invitándola con la mirada a que se quedase—. Hacedme el favor de tomar asiento. Venís, sin duda alguna, de parte de Catalina Ivanovna... Permitid, ahí no; tomad, sentaos aquí...

Al llegar Sonia, Razumikin, sentado muy cerca de la puerta, en una de las tres sillas que se veían en el aposento, habíase alzado para dejar paso a la joven. El primer movimiento de Rascolnikof fué invitar a esta última a que se sentara en el diván; pero, recordando el carácter íntimo de aquel mueble, varió de opinión y mostró a Sonia la silla de Razumikin.

—Tú, siéntate aquí—dijo a su amigo, mostrándole el sofá.

Sonia le obedeció casi temblando de espanto, y mirando tímidamente a las dos señoras. Visible era que ella misma no comprendía cómo tenía la audacia de sentarse a su lado. Aquel pensamiento le causaba tal emoción que se levantó bruscamente, y, toda turbada, se dirigió a Rascolnikof:

—He... he venido por un minuto. Perdonadme que os haya molestado —dijo en voz tembloro-

sa—. No teniendo nadie más a quien mandar, Catalina Ivanovna me envía... Os ruega que asistáis mañana a las exequias fúnebres... y que en seguida vayáis a casa... a comer algo... Espera que la honraréis con vuestro asentimiento...

Después de tales palabras, penosamente articuladas, Sonia guardó silencio.

—Cierto que trataré... haré lo posible... —balbuceó a su vez Rascolnikof, que también se había levantado—. Tened la bondad de sentaros —agregó bruscamente—. Os lo ruego... ¿Tenéis prisa...? Quisiera hablar con vos; hacedme el favor de concederme dos minutos...

Con el gesto la invitaba a sentarse; Sonia obedeció; ella volvió a mirar tímidamente a las señoras, y bajó de pronto la vista.

Las facciones de Rascolnikof se contrajeron, su pálido rostro volvióse carmesí, sus ojos despidieron llamas.

—Mamá —dijo en voz vibrante—, es Sonia Semenovna Marmeladof, la hija del desgraciado a quien ayer aplastó un coche y de quien os hablé...

Pulqueria Alejandrovna miró a Sonia y guiñó ligeramente los ojos. No obstante el temor que experimentaba ante su hijo, no pudo impedirse esta satisfacción. Dunetchka se volvió hacia la pobre joven y la examinó con aire serio. Oyéndose nombrar por Rascolnikof, Sonia levantó la cabeza; pero su turbación aumentó.

—Quería preguntaros —se apresuró a decir el joven— qué ha ocurrido hoy en vuestra casa... ¿No os ha molestado la policía?

—No, nada ha habido... La causa de la muerte era evidentísima, se nos ha dejado tranquilas; sólo que los inquilinos se han enfadado.

—¿Por qué?

—Dicen que el cuerpo lleva mucho tiempo en la casa... Como hace calor, huele... De manera que hoy, a la hora de las vísperas, será trasladado a la capilla del cementerio, donde quedará hasta mañana... Catalina Ivanovna no quería esto, mas por fin ha tenido que comprender que no podía obrarse de otro modo...

—¿Luego la conducción del cadáver se verifica hoy?

—Catalina Ivanovna espera que la honraréis asistiendo mañana a las exequias, y que en seguida iréis a su casa a tomar parte en la comida fúnebre.

—¿Da una comida?

—Sí, una colación; me ha encargado que os dé en su nombre las gracias por el socorro con que ayer la favorecisteis... Sin vos no hubiéramos podido pagar los gastos del entierro.

Un temblor súbito agitó los labios y la barba de la joven; pero ésta hízose dueña de su emoción y volvió a fijar la vista en el suelo.

—¿Es posible que Catalina Ivanovna salga de apuros con medios tan exiguos? ¿Y aun piensa dar una colación...?—preguntó Rascolnikof.

—El féretro será sencillísimo... todo se hará con modestia... de modo que no será caro... No hace mucho que Catalina Ivanovna y yo arreglamos cuentas... Incluídos todos los gastos, aun quedará para una ligera comida... cosa de que Catalina Ivanovna no quiere prescindir. Nada puede decirse en contra... Para ella es un consuelo... Sabéis cómo es...

—Comprendo, comprendo... sin duda... ¿Miráis mi aposento? Dice mamá que se parece a una tumba.

—¡Os despojasteis ayer de todo para dárnoslo

a nosotros!—respondió Sonia con sorda y rápida voz, bajando otra vez la vista.

Sus labios y su barba comenzaron de nuevo a agitarse. Desde que llegara había quedado sorprendida ante la pobreza que reinaba en la habitación, y aquellas palabras se le escaparon espontáneamente. Hubo un silencio. Los ojos de Dunetchka se aclararon, y la misma Pulqueria Alejandrovna miró a Sonia con aire un poco afable.

—Rodia —dijo levantándose—, queda convenido que comemos juntos. Vámonos, Dunia. Pero debías salir, Rodia; te sentaría bien un paseo; luego descansarías, y en seguida irías a casa... Temo que te hayas fatigado...

—Sí, sí, iré —se apresuró él a responder, alzándose igualmente—. Por otra parte, he de hacer algo...

—¡Cómo! ¡No vayáis a comer separados! —empezó a gritar Razumikin—. ¡Tú no puedes hacer eso!

—No, no, iré; ciertamente, ciertamente... Pero tú, quédate un minuto más aquí... ¿No le necesitáis, mamá? ¿No os privo de él?

—¡Oh, no, no! Vos también, Demetrio Prokofitch, ¿queréis ser bastante bueno para ir a comer con nosotros?

—Os ruego que vayáis—agregó Dunia.

Razumikin se inclinó, radiante. Extraño embarazo se apoderó por un momento de todos.

—Adiós, Rodia; es decir, hasta la vista; no me gusta decir: «adiós». Adiós, Nastasia... ¡Vaya, he aquí que vuelvo a decirlo...!

Pulqueria Alejandrovna tenía intención de saludar a Sonia; mas, no obstante su buena voluntad, no pudo resolverse a ello, y salió precipitadamente de la habitación.

Advotia Romanovna, por su parte, saludó a

la joven con toda ceremonia. La infeliz se inclinó con temeroso apresuramiento, y en su rostro se vió una dolorosa impresión, cual si la cortesía de Dunia hubiérale afectado penosamente.

—¡Adiós, Dunetchka! —gritó Rascolnikof cuando se hallaron en el vestíbulo—. Dame la mano.

—Ya te la di antes. ¿Acaso lo has olvidado? —respondió Dunia, volviéndose hacia él con aire afable, no obstante sentirse cohibida.

—Bien, vuélvemela a dar.

Y estrechó con fuerza los dedos de su hermana. Dunetchka le sonrió, ruborizándose; luego se apresuró a apartar la mano y siguió a su madre. Esta era igualmente feliz, sin que sepamos decir por qué.

—¡Vaya, he aquí que todo está bien! —dijo el joven volviendo al lado de Sonia, que había quedado sola en el aposento, y mirándola con aire sereno—. ¡Que el Señor procure paz a los muertos, que deje vivir a los vivos! ¿Verdad?

Sonia notó con sorpresa que el rostro de Rascolnikof se había aclarado de pronto. Durante algunos instantes miróla él en silencio; recordaba cuanto Marmeladof habíale contado respecto a la joven...

—He aquí el asunto de que tengo que hablarte—dijo Rascolnikof a Razumikin, llevándole junto a la ventana.

—¿Diré a Catalina Ivanovna que iréis...?

Al pronunciar estas palabras, Sonia se disponía a despedirse.

—Al momento soy con vos, Sonia Semenovna. No tenemos secretos, no nos molestáis... Quisiera deciros dos palabras más...

Y, dirigiéndose de pronto a Razumikin:

—¿Conoces a ése...? —dijo—. ¿Cómo le llaman...? ¿Conoces a Porfirio Petrovitch?

—¿Si le conozco? ¡Es pariente mío! ¿Qué le quieres?—respondió Razumikin, muy intrigado por aquella entrada en materia.

—¿No dijiste ayer que era... juez instructor en... ese asunto... relativo a la vieja?

—Sí... Y ¿qué más?—siguió preguntando Razumikin, que abrió cuanto pudo los ojos.

—Interroga, según decías, a las personas que tienen objetos en casa de la anciana. Y yo había empeñado algo allí; lo cual vale la pena de ser tenido en cuenta. Se trata de una sortija, que me diera mi hermana al partir para San Petersburgo, y un reloj de plata que perteneció a mi padre. Vale todo cinco o seis rublos, mas para mí tiene a la vez otro valor: el del recuerdo. Y no quiero perder esas joyas. ¿Cómo he de arreglármelas para que mi deseo sea atendido? ¿Yendo a prestar declaración? ¿Yendo a casa del juez?

—¡Yendo a casa de Porfirio! —gritó Razumikin, presa de agitación extraordinaria—. ¡Oh, qué contento estoy! ¡Porque podemos ir en seguida, pues él vive a dos pasos de aquí!

—Sea... partamos...

—¡Cuánto celebrará conocerte! Varias veces le he hablado de ti... Ayer mismo... Pero ¡partamos! Conque, ¿conocías a la vieja? ¡Todo se explica admirablemente...! ¡Ah, sí...! Sofía Ivanovna...

—Sofía Semenovna —rectificó Rascolnikof—. Sofía Semenovna, el señor es mi amigo Razumikin, un buen hombre.

—Si vais a salir...—comenzó Sonia, a quien la presentación había tornado más confusa y que no se atrevía a mirar a Razumikin.

—¡Bueno, partamos! —decidió Rascolnikof—. Pasaré por vuestra casa hoy mismo, Sofía Semenovna. Bastará para ello que me digáis dónde vivís.

Pronunció estas palabras, no precisamente con aire embarazado, pero sí con cierta precipitación, y esquivando las miradas de la joven. Esta dió las señas de su casa no sin ruborizarse. Los tres salieron juntos.

—¿No cierras la puerta?—preguntó Razumikin cuando bajaban la escalera.

—Nunca... Por otra parte, dos años hace que ni aun tiene cerradura —dijo lentamente Rascolnikof—. ¡Felices, ¿verdad?, las personas que no tienen nada que guardar bajo llave!—añadió luego alegremente, dirigiéndose a Sonia.

Se detuvieron en el umbral de la puerta de entrada a la casa.

—¿Vais hacia la derecha, Sofía Semenovna? A propósito. ¿Cómo habéis descubierto mi aposento?

Se veía que lo que decía no era lo que había querido decir; no cesaba de mirar con claros y dulces ojos a la joven.

—Vos disteis vuestras señas a Poletchka.

—¿A qué Poletchka? ¡Ah, sí...! Aquella niña... ¿Es hermana vuestra? ¿Y le di las señas de mi habitación?

—¿Acaso lo habíais ya olvidado?

—No... Recuerdo que, en efecto...

—Había oído hablar de vos al difunto... Sólo que no conocía entonces vuestro nombre... que tampoco él conocía... Hoy, al saber cómo os llamabais, vine aquí, preguntando: «¿Vive en esta casa el señor Rascolnikof?» Ignoraba que habitarais en una casa de huéspedes... Adiós. Diré a Catalina Ivanovna...

Feliz al poderse marchar, Sonia se alejó con paso rápido y baja la vista. Deseaba volver cuanto antes la primera esquina, para esquivarse a la mirada de ambos jóvenes y reflexionar sin testigos acerca de los incidentes de la víspera.

Nunca había experimentado semejante sensación. Todo un mundo desconocido surgía confusamente en su alma. Recordó súbitamente que Rascolnikof había espontáneamente manifestado la intención de ir a verla a su casa. ¡Quizás fuera por la mañana, inmediatamente, acaso!

—¡Que no venga hoy! —murmuró toda angustiada—. ¡Señor! En mi casa... en aquel aposento... Verá... ¡Oh, Señor!

Estaba demasiado preocupada para notar que, desde que se separara de los jóvenes, era seguida por un desconocido, el cual, pasando junto a ellos al oir a Sonia decir: «¿Vive en esta casa el señor Rascolnikof?» habíase estremecido, habíala mirado, y había pensado al momento:

—He visto ese rostro en alguna parte.

Después de lo cual, diciéndose que para él era necesario saber dónde habitaba la joven, habíase puesto a seguirla.

Hasta que entró en el portal de la casa en que vivía, Sonia no se dió cuenta de que un hombre seguía todos sus pasos. Cuando llegó al tercer piso se internó en un corredor y llamó en el número 9, sobre cuya puerta se leían estas palabras, escritas con tiza:

KAPERNAUMOF, SASTRE

—¡Bah!—murmuró el desconocido, al parecer sorprendido por la coincidencia.

Y llamó en el número 8.

—¿Vivís en casa de Kapernaumof? —preguntó riendo a Sonia—. Me ha arreglado un chaleco.

Yo vivo aquí, en la habitación que perteneciera a la señora Resslich. ¡Qué casualidad!

Sonia le miró detenidamente.

—Somos vecinos —continuó él en tono jovial—. No estoy en San Petersburgo sino desde anteayer. Vaya, ¡hasta que tenga el placer de volver a veros!

Sonia no respondió. Se abrió la puerta, y la joven entró vivamente en su casa. Estaba intimidada, avergonzada...

—No sabía —decía mientras tanto Razumikin a su amigo Rodia—, no sabía que tú también hubieras empeñado algo en casa de la vieja. Y... y... ¿hace de eso mucho tiempo?

—¿Cuándo fué? —dijo Rascolnikof, tratando de reunir sus recuerdos—. Fué, según creo, la antevíspera de su muerte. Por otra parte, no se trata para mí de sacar esos objetos —se apresuró a agregar, como si la cuestión le hubiera preocupado vivamente—. No tengo más que un rublo, gracias a las locuras que cometiera ayer bajo la influencia de aquel maldito delirio.

Acentuó de un modo especial la palabra «delirio».

—Entonces... ¡sí, sí! —se apresuró a decir Razumikin, respondiendo a su pensamiento—. Con tal objeto, tú... La cosa me había llenado de sorpresa... porque cuando delirabas no hablabas sino de sortijas y cadenas de reloj... ¡Sí, sí! Ahora todo se explica.

—Ha tenido la idea, bien claro se ve —pensó Rascolnikof—. Este hombre se haría crucificar por mí, y es feliz pudiendo *explicarse* por qué hablaba de sortijas en mi delirio. Mi modo de expresarme ha debido acabar con todas sus sospechas... Pero ¿le encontraremos?—preguntó en voz alta.

—Cierto que le encontraremos —respondió sin vacilar Razumikin—. Famoso mozo, como verás. Algo torpe, es cierto; lo cual no quiere decir que carezca de tacto. No, es torpe desde otro punto de vista. Está lejos de ser bruto, pues hasta resulta inteligente; sólo que su inteligencia es particular... Es incrédulo, escéptico, cínico... le gusta confundir a las gentes... Además, permanece fiel a las antiguas costumbres; es decir, que no admite sino las pruebas materiales... Pero sabe su oficio. El año pasado desembrolló una causa de asesinato en la que no se veía ningún indicio. Tiene infinitos deseos de conocerte.

—¿Por qué razón?

—¡Oh, no es que...! En estos últimos tiempos, mientras tú has estado enfermo, hemos tenido ocasión de hablar de ti. Cuando se enteró de que eras estudiante de Derecho y que te habías visto obligado a abandonar la Universidad, dijo: «¡Lástima grande!» De lo cual he deducido... es decir, no me he fundado sólo en eso, sino también en otras muchas cosas... Ayer, Zametof... Oye, Rodia: cuando ayer te llevé a tu casa estabas ebrio, y hablabas a tontas y a locas; mal me sabría que tomaras demasiado en serio lo que te dije...

—¿Qué me dijiste? ¿Que me consideran loco? Acaso tengan razón—respondió Rascolnikof con falsa sonrisa.

Se callaron. Razumikin estaba contentísimo, cosa que Rascolnikof veía con ira. Lo que su amigo acababa de decirle respecto al juez de instrucción, no dejaba de inquietarle.

—Es esa casa gris—dijo Razumikin.

—Lo esencial es saber —pensaba Rascolnikof— si Porfirio está enterado de mi visita de ayer a

casa de aquella bruja y de la pregunta que hiciera respecto a la sangre. Es necesario que yo sepa al punto a que atenerme acerca de eso; de otro modo, aun cuando haya de perderme, tendré el corazón descubierto.

—¿Sabes una cosa? —preguntó bruscamente a Razumikin con una traviesa sonrisa—. Me parece, amigo mío, que a ti te ocurre algo extraordinario. ¿Me equivoco?

—¿Qué? ¡Nada de eso!—respondió Razumikin como ofendido.

—No me engaño, amigo. No hace mucho estabas todo encarnado. Y te ruborizaste sobremanera cuando se te invitó a comer.

—¡Eso es absurdo! ¿Por qué dices eso?

—¡De veras! ¡Tienes timideces de colegial! ¡Diablo! ¡Te ruborizas nuevamente!

—¡Eres insoportable!

—Pero ¿por qué esa confusión, Romeo? Déjame obrar, que hoy contaré yo eso en alguna parte... ¡Já, ja! ¡Cómo van a divertirse mi mamá... y otra persona!

—Escucha, escucha... Te hablo seriamente. Todo eso es... ¡Después, después, diablo...! —balbuceó, helado de espanto, Razumikin—. ¿Qué les contarás? Amigo mío, yo... ¡Oh, qué cochino eres!

—¡Una verdadera rosa primaveral! ¡Y si supieras qué bien te sienta! Un Romeo de dos *arquinas* y doce *verchoks*. Te habrás lavado hoy... Hasta te has limpiado las uñas. ¿Cuándo lo has hecho? Creo, ¡Dios me perdone!, que hasta te has perfumado. ¡Baja la cabeza, quiero olerte!

—¡Cochino!

Rascolnikof estalló en sonora carcajada. Y esta hilaridad, que parecía incapaz de dominar, duraba aún cuando los jóvenes llegaron a casa de

Porfirio Petrovitch. Desde la habitación podía oirse su risa, cosa que pensó Rascolnikof.

—¡Si dices una palabra te apabullo!—murmuró Razumikin lleno de cólera y, asiendo por los hombros a su amigo.

FIN DEL TOMO PRIMERO